

Juan Miguel Aguilera  
y Javier Redal

# MUNDOS EN EL ABISMO

La más espectacular novela de la ciencia ficción española.



grandes éxitos  
**BOLSILLO**

Lectulandia

El cúmulo globular de Akasa-Puspa, en un futuro distante: mundos remotos, en el abismo del espacio intergaláctico. Un pequeño universo de diez millones de soles, tan cercanos entre sí, que los viajes interestelares son posibles incluso con la tecnología más elemental; sacudido por continuas olas de civilización y barbarie; en cuyos planetas se alzan las babeles: colosales torres que dan acceso al espacio.

El último imperio que dominó Akasa-Puspa se encuentra en decadencia y Khan Kharole, el general bárbaro, lucha por mantener la civilización en sus confines. Para ello, deberá aliarse con Srila, supremo líder religioso de Aksa-Puspa, que aspira a la supremacía de la Hermandad sobre los restos del Imperio.

Ajeno a toda intriga palaciega, Jonás Chadragupta, es un científico que investiga el origen de la Humanidad en Akasa-Puspa, ¿cómo llegaron los primeros humanos hasta allí y en qué circunstancias?; pero ha sido reclutado para una misión en una remota zona del cúmulo, donde hallará la sorprendente y espectacular respuesta a este enigma.

**Lectulandia**

Juan Miguel Aguilera y Javier Redal

# Mundos en el abismo

ePUB v1.0

betatron 25.07.2012

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

Título original: *Mundos en el abismo*  
Juan Miguel Aguilera y Javier Redal, 1988.

Editor original: betatron (v1.0)  
ePub base v2.0

*Así como las lentes descubren Mundos  
en el Abismo insondable del espacio,  
así los ojos de los Inmortales  
contemplaban las oscuras visiones de Los  
y la trémula esfera de vida y de sangre.*

WILLIAM BLAKE

# PERSONAJES PRINCIPALES

## Universidad de Vaikuntha-loka:

Jonás Chandragupta: Científico de la Universidad de Vaikuntha-loka

Budnagora Sazzi: Rector de la Universidad de Vaikuntha-loka

## La Utsarpini:

Chait Rai: Mercenario Ksatrya

Khan Kharole: Líder de la Utsarpini

Gwalior Indraprastha: Ayudante mayor de la Vajra

Mohamed Gorani: Segundo oficial de la Vajra

Bana Jalandhar: Sargento de infantería de marina

Sanser Kautalya: Primer ministro de Khan Kharole

Ajmer Adit Yadeva: Oficial médico de la Vajra

Suleiman Yavani: Oficial de comunicaciones de la vajra

Phores Sdebar: Marino

Ali Mohamed: Marino

Tao konarak: Infante de marina (cabo)

Ozman Nasser: Infante de marina (nativo de anandaloka)

Chanakesar: Infante de marina (especialista en explosivos)

## La hermandad:

Hari Pramantha: Capellán de 1º Vajra experto en ordenadores

Srila: Jagad-guru

Habel Swami: Ulama shik

Moises Kovoov: Ulama experto en política

Ibrahim Goswani: Ulama

Prabhupada Shantya: Ulama

## El imperio:

Lilith Firishta: Bióloga

Josue Prhuna: Comandante de la Vijaya

Omar Ban Cha: Analista de sistemas de la Vijaya

Jal Shing:	Gramani de la expedición imperial
Ab Yusuf Rhon:	Exobiólogo
Kot Dohin:	Físico
Eknat Sudara:	Científico experto en láseres
Ivraim Zhastra:	Físico teórico
Anupasyami Sidartani:	Adhyaksa imperial
Abdiel Karoshti:	Primer oficial de la Vijaya

# PRÓLOGO

*Esta naturaleza material está actuando bajo Mi dirección, ¡oh, hijo de Kun ti!, y está produciendo a todos los seres móviles e inmóviles.*

BHAGAVAD-GITA (9.10)

## UNO

En el principio fue el hidrógeno. Fuera de él no existía nada, sólo la rta, el sunyata, y Dios.

La creación del Universo por Dios fue como el crecimiento de un gran árbol baniano a partir de una diminuta semilla. Nadie puede ver el árbol que hay en la semilla, pero todos los ingredientes necesarios para formar el árbol están ahí, incluso la Inteligencia que se requiere para ello. Todos estos elementos materiales se encuentran presentes en nuestros cuerpos tal como también se encuentran en todo el Universo. Anor aniyan mahato mahiyan... (El Katha Upanisad 1.2.20.) Esto significa que aunque algo sea extremadamente grande o infinitesimalmente pequeño, aun así está constituido por los mismos elementos básicos.

Y el elemento más básico de todos, el más simple, aquel a partir del cual creció todo, la semilla del baniano, es el hidrógeno.

Cuando la nube gigante de hidrógeno, en el transcurso de incontables yugas, se contrajo en dirección a su centro de gravedad, fue adquiriendo gradualmente un movimiento de carrusel. Esta rotación actuó como una fuerza ordenadora de la nube que hasta entonces había tenido una forma esférica. La rotación hizo entrar en juego la fuerza centrífuga bajo cuya influencia la esfera comenzó a achatarse muy lentamente, adquiriendo poco a poco la forma de un enorme disco de diámetro superior a los cien mil años luz.

Cuando la nube primitiva estaba precisamente comenzando a girar sobre si misma, dejó tras de sí, como los charcos que deja el océano tras la marea, acumulaciones de estrellas que marcarían, como balizas, las dimensiones originales de la masa de gas. Se formaron condensaciones casuales, núcleos locales de hidrógeno. Concretamente, estos enjambres de estrellas forman lo que se conoce con el nombre de "cúmulos globulares", agrupaciones de varios millones de estrellas, dispuestas en forma de esfera con un diámetro de apenas un centenar de años luz.

Los "cúmulos globulares" eran necesariamente pobres en metales y materiales pesados como consecuencia de la antigüedad de sus soles. La Gran Explosión con la que comenzó el Universo, sólo creó hidrógeno y helio. Los núcleos pesados se sintetizarían más tarde, en el interior de los hornos de fusión que son las estrellas, y



fueron arrojados al espacio por las explosiones de novas para engendrar las estrellas de "segunda generación, ricas en átomos pesados. Pero los cúmulos se formaron al principio, pertenecen a la primera generación estelar, hidrógeno y helio. Algo así jamás podría sustentar la vida con toda la complicación química que requiere...

Por otro lado, la Galaxia tampoco es capaz de albergar vida. Su Núcleo contiene un enorme agujero negro central que lo inunda completamente de mortales radiaciones. En sus brazos espirales, aunque libres de tan perniciosas radiaciones, y poseyendo en abundancia los preciados elementos pesados que posibilitan la dorada complejidad orgánica, la vida inteligente tampoco es posible, pues, estando separadas las estrellas por años luz, esto haría imposible que el Sruti de Dios se extendiera de un sistema al siguiente. Ni tan siquiera el Imperio, con todo el poder tecnológico que Dyaus Pitar tuvo a bien concederle, pudo llegar a construir naves capaces de saltar distancias tan tremendas en un tiempo razonable. Por lo tanto, ¿qué sentido tendría que Dios hubiera creado vida en planetas que se verían, por su propia naturaleza, y por la de su entorno, irremisiblemente condenados a la ignorancia de las Sastras?

Nuestro cúmulo, al que todos los bhaktas llamamos Akasa-puspa, es la excepción, porque Dios así lo ha decretado: Soles con planetas habitados, soles ricos en los elementos pesados que hacen posibles los planetas sólidos.

Los científicos se enzarzan en interminables y absurdas discusiones sobre el origen de estos elementos pesados.

No quieren aceptar la respuesta más obvia, que simplemente nuestro Universo ha sido así configurado por Dios para favorecer la difusión de su Satyasya Satyam.

Como se dice en el Bhagavad-gita: «Sus esperanzas de liberación, sus actividades frutivas, y su cultivo de conocimiento, están irremediablemente derrotados...»

Y fue precisamente para satisfacer nuestra ansia de llevar su Satyasya Satyam hasta los lugares más remotos de Akasa-lor lo que Dios nos dio las babeles, y le confirió a la Gran Hermandad la Sagrada Responsabilidad de su custodia.

(Discurso de Hari Pramantha para los graduados en la Universidad de Krishnaloka, 4.975)

## DOS

En el año cuatro mil novecientos setenta y seis después de la Fundación del Imperio (4.976-dfi) Khan Kharole, el Simha, se dirigía hacia Vannanthaloka, a bordo de su nave insignia: la Purandara.

Trescientos años atrás los Imperiales habían retirado sus ultimas guarniciones de Vaikunthaloka, dejando el planeta a su suerte, y a merced de las continuas oleadas de invasores yavanas. La Hermandad había empuñado entonces el poder y había luchado

por evitar el avasarpini en Vaikunthaloka. Bajo su mano el planeta había conocido una especie de resurgimiento, llegando incluso a constituirse como capital de la Hermandad, cuando sucedió lo que nadie hubiera esperado: la Hermandad fue violentamente expulsada de Vaikunthaloka tras el sangriento triunfo de la Revuelta de los Vaisyas.

Sem dice que los Vaisyas formaron un anillo de estacas, en torno a la base de la babel, con las cabezas empaladas de los Hermanos capturados en su interior. No sé si esto es cierto, o se trata simplemente de leyenda. Soy lo suficientemente viejo para haberlo visto, pero, afortunadamente, no lo vi, aunque lo creo muy posible. Los hermanos son sumamente capaces de provocar emociones tan adversas. Esa no fue la primera vez, ni creo que vaya a ser la última...

Lo cierto es que han debido transcurrir setenta años para que la antigua capital de la Hermandad haya sido anexionada a la Utsarpini por los ejércitos de la Hermandad y de Kharole, unidos en una inestable coalición.

Pero iba a suceder algo extraño. En su cincuentaitresavo día de viaje, nuestra flotilla de veleros solares se vio interceptada por una nave de fusión con las insignias imperiales.

Durante toda la aproximación, la nave imperial no cesó de transmitirnos mensajes tranquilizadores, asegurando tratarse de un vehículo diplomático desarmado. A pesar de ello, pude ver cómo se reflejaba en los rostros de los marinos de la Utsarpini el temor y la desconfianza ante la indudable superioridad tecnológica imperial.

Me encontraba rodeado por el ordenado bullicio del puente de mando de la Purandara, que, con el Simha a bordo, era lo más parecido a un trono real, o un recinto sagrado. Desde allí, el senapatí supremo de la Utsarpini ostentaba el poder de vida y muerte sobre diez mil naves y sus tripulaciones, formadas por más de un millón de seres humanos.

En aquel momento Khan Kharole observaba la imagen de la nave imperial, repetida insistentemente por una docena de monitores. Esta tenía una forma rechoncha, con un gran tanque de hidrógeno como centro de su estructura. Sin adorno alguno sobre su negro casco, destacaba contra el fondo luminoso del cúmulo de estrellas. Una minada de pequeñas luces de posición parpadeaban dispersas por la curva de su casco. Se había aproximado con una elevada velocidad constante para igualar velocidades con la flotilla mediante una espectacular maniobra en la que se habían desarrollado deceleraciones (calculadas por los técnicos de la nave insignia) de hasta diez ges.

—Si pretendían impresionarme, lo han conseguido —dijo Kharole.

Observé como este comentario, pronunciado por Kharole en un tono distendido, contribuyó a relajar la tensión reinante en el puente de mando. Logrado este efecto el Simha volvió a concentrar su atención en la nave imperial, observando ansiosamente

sus eyectores Yo también me volví hacia las imágenes con preocupación. Desarmada o no, ¿qué daños podría causar aquella única nave a nuestros veleros si dirigía contra nosotros sus chorros gemelos de fusión?

Contemplé la negra nave imperial dibujándose contra el llameante fondo de Akasa-puspa. Desde el Límite, Akasa-puspa era una deslumbrante esfera de puntos de luz. Las estrellas estaban muy esparcidas por su borde, densificándose en el centro hasta constituir una sola masa de luz donde no se distinguían detalles. En el hemisferio opuesto, las estrellas raleaban más y más hasta desaparecer por completo, como las pequeñas y solitarias casas que bordean una ciudad.

La nave se aproximaba deslizándose por inercia con una asombrosa facilidad. Un par de estallidos de su horno de fusión, semejantes a explosiones de nova, corrigieron los pocos grados de error para una aproximación perfecta. Alguien comentó que la Purandara, con su velamen de luz, hubiera tardado dos o tres días en ejecutar una maniobra similar.

—...increíble —musitó uno de los técnicos de radar a mi derecha. Se encontraba estudiando el gigantesco tablero de posición, un instrumento que ocupaba completamente uno de los mamparos del puente, tachonado con innumerables minúsculas luces de docenas de colores. Las luces nunca estaban fijas, cambiando constantemente en un laberinto multicolor dentro de una pauta sólo comprensible para los pocos iniciados en su uso.

Le interrogué sobre lo que opinaba de aquel artefacto de la tecnología imperial.

—Pienso que es una nave asombrosa, monseñor Kautalya —comentó mientras la observaba fijamente—. Con naves como éstas, imagínese lo que podríamos llegar a hacer nosotros.

Aquella respuesta me hizo reflexionar sobre el viejo bulo de que el Imperio era cobarde y decadente, y que por este motivo jamás reconquistaría sus territorios abandonados en aquel sector, y que nunca se enfrentaría abiertamente a la Utsarpini a pesar de poseer naves infinitamente mejores. Tal vez al Imperio le convenía que siguiéramos pensando así.

Pero, al menos, el daño que nos causarían con la pérdida de cien de nuestros veleros, sería infinitamente menor de lo que representaría para ellos la destrucción de uno solo de esos aparatos.

Y además está la tripulación. ¿Tiene alguien idea en la Utsarpini de lo que se tarda en entrenar a un especialista capaz de manejar una de esas naves?

Los hombres de la Utsarpini son, en su mayor parte, luchadores de primera clase, hombres escogidos uno a uno en los frentes de batalla, curtidos bajo el fuego enemigo en un millar de planetas. Hombres en los que la shakti fluye ricamente por sus venas, mientras especulan con tétrica indiferencia sobre sus posibilidades de sobrevivir al siguiente ataque. Nosotros podemos reclutar en las colonias a miles de jovenzuelos

dispuestos a todo para escapar de su destino de destripaterrones. Pero los imperiales necesitan años para preparar una tripulación capaz de manejar una de esas naves. Son hombres demasiado valiosos para arriesgarlos locamente. Quizás es eso lo que les ha hecho ser tan cautos hasta el momento.

Pero sería un terrible error por nuestra parte confundir cautela con cobardía.

Centré mi atención en el problema más inmediato. Un pequeño transbordador había partido del hangar de la nave de fusión, y cruzaba lentamente el espacio que nos separaba. Se nos anunció que en su interior viajaba el Adhyaksa Sidartani.

Me pregunté sobre qué extraordinario acontecimiento podría justificar una actitud tal por parte de Sidartani, pues la situación no podía ser más anómala desde el punto de vista diplomático.

Por aquellos días, la situación era tensa. Nosotros hacíamos todo lo posible por mantener la alianza con la Hermandad; pero otro tanto trataba de hacer el Imperio. Creo que Su Divina Gracia tenía más interés en nosotros que en el Imperio. Pero la entrevista secreta que mantuvieron Su Divina Gracia y el adhyaksa Sidartani nos inquietó, y mucho.

Actualmente, no creo que la Hermandad quisiera abandonarnos; pero entonces la situación era muy distinta, y Kharole se enfureció. Fue cuando se produjo el penoso asunto de Krishnaloka: el arresto de Su Divina Gracia.

Kharole, que tenía un temperamento fuerte, juró que "lo fusilaría si ponía un pie fuera de su habitación". Textualmente.

Posteriormente nos reconciamos con la Hermandad, pero el daño ya estaba hecho, y lord Sidartani había realizado una excelente siembra de cizaña...

Sin embargo, cuando Kharole contenía su fogoso temperamento, no había diplomático más suave en Akasa-puspa. Por consiguiente, dio estrictas órdenes para que la Purandara se dispusiera a recibir al adhyaksa Sidartani, subandhu del Imperio y único representante de los intereses del Trono en aquel sector, con todos los honores previstos por el Reglamento para tal circunstancia.

(Tomado de la biografía de Sanser Kautalya: MI VIDA JUNTO A LOS DOS KHAROLE. Editorial Samskara, 4.980-dfi.)

# **PRIMERA PARTE**

# I. UTSARPINI

*Para aquel que me ve en todas partes y ve todas las cosas en Mí, yo nunca estoy perdido, ni él nunca está perdido para Mí.*

BHAGAVAD-GITA (6.30)

## CERO

La organización social de Vaikuntha-loka  
Varnas.

- a. Los VAISYAS son la clase superior. Son los propietarios de tierras e industrias, pero delegan su administración en la clase media: los karmakaras. Sus únicas funciones son la guerra y la política; y son los únicos en poseer derechos políticos (ciudadanos de pleno derecho).
- b. Los KARMAKARAS forman la clase media. Son comerciantes, técnicos, científicos, administradores, etc. Poseen plenos derechos civiles, pero los políticos están limitados a la SABHA (ciudadanos de derecho restringido). Están divididos en gremios de oficios hereditarios.
- c. Los SUDRAS son la clase inferior. Carecen totalmente de derechos, si bien la ley prohíbe matarlos sin aprobación de los Mahattaras. Viven en condiciones de semiesclavitud, siendo obreros, agricultores o servidores domésticos.

Las tres clases son hereditarias. El hijo de un SUDRA o de un KARMAKARA puede acceder a la clase inmediatamente superior tan sólo si es separado de sus padres antes de los seis meses de edad. Esto se practica si, por desastres de la guerra, el número de VAISYAS o KARMAKARAS disminuye por debajo del mínimo. Un KARMAKARA adulto puede ascender a VAISYA por méritos de guerra (pues los KARMAKARAS combaten como auxiliares a las órdenes de oficiales VAISYAS), siempre y cuando haya vacantes, y la vida privada del candidato reciba la aprobación de los kayashta. El ascenso de SUDRA a KARMAKARA es mucho más difícil, requiriendo la aprobación de la Sabha por mayoría de dos tercios, la de los MAHATTARAS por unanimidad, y un expediente limpio en la dharmamahamatra.

## UNO

Jonás Chandragupta contempló el desolado paisaje del campus universitario a

través de la ventana del despacho del rector.

A lo lejos la Babilonia aún humeaba. Carros de combate y zancudos phantes eran el único tráfico de la carretera (ahora destrozada por las orugas de acero) que llevaba hasta la Universidad.

En el cielo, largas estelas señalaban el descenso de los transbordadores de tropas.

Alrededor de los edificios universitarios, en lugar de los habituales grupos de estudiantes, circulaban tropas armadas. Uniformes gris-púrpura para los conquistadores de Kharole. Hábitos de cuero negro para los monjes guerreros de la orden Sikh. Todos ellos con el despliegue de armamento reglamentario: ametralladoras eléctricas, lanzallamas, morteros manuales... Un carro de combate Sikh se había dispuesto junto a la fuente del pequeño jardín central, su torreta trazaba círculos con su cañón apuntando en todas direcciones. Una solitaria cabeza, semioculta por una capucha de cuero negro, se asomaba por una escotilla; el monje estaba examinando la maleza a lo largo del camino con ayuda de unos gemelos. Desde varias troneras en el blindaje del vehículo, unos periscopios hacían lo mismo. Una ametralladora aparejada sobresalía de la proa, desviándose ocasionalmente cuando el invisible artillero le daba ligeros toques. Nadie en el campus estaría seguro si empezaba a disparar.

El joven pasó una mano temblorosa por los desordenados cabellos negros que cubrían su cabeza. Jamás se había preocupado de su aspecto ni de mantener su cuerpo en forma, o mínimamente cuidado. En su mejilla un tatuaje de dos serpientes enrollándose una sobre otra, simbolizando la doble espiral del ADN, le delataban como alguien perteneciente a la varna de los biólogos.

Se apartó de la ventana. Caminaba con torpeza; sus piernas, casi atrofiadas por la polio desde los cuatro años, estaban reforzadas por amazones de metal articulados en la rodilla. Había usado muletas hasta los veinte años. Se libró de ellas sólo gracias a un gran esfuerzo de voluntad, del que pocos le habrían creído capaz.

Una mezcla de dolor y rabia casi le hizo saltar lágrimas de los ojos. Pero aparte de depresión acarreada por su estado de ánimo y la morbosa convicción de que su destino estaba sellado, una parte de su naturaleza se alzaba y se revolvía indignada. ¿Quién se creían que eran esos militares? ¿Por qué irrumpían en un planeta perfectamente sereno y destrozaban su vida?

Budnagora Sazzi, rector de la Universidad, un cuarentón de rostro redondo e inocente, rodeó su escritorio, y avanzó a través del despacho hasta un pequeño armario que colgaba de la pared, entre fotografías de promociones pasadas, premios deportivos y banderines. Extrajo una botella ámbar.

—Guardaba este licor de Gamaloka para una ocasión especial —dijo, sirviendo dos vasos—. No era ésta precisamente en la que había pensado... pero creo que servirá. Toma, bebe. Te sentará bien, te lo aseguro.

Jonás dio un largo trago. Tosió cuando el espeso líquido le quemó la garganta.

—Y así acaban setenta años de libertad religiosa para Vaikunthaloka —dijo con amargura—. Algo único en el Akasa-puspa. Algo que no podía ser permitido. Deberíamos hacer dos montones de libros, unos para quemar, otros para guardar. Así evitaremos que metan sus patatas en la biblioteca.

—No seas tan pesimista —dijo Budnagora mirando hacia la ventana pensativo—. Tengo entendido que los oficiales de Kharole confiscan todos los libros que no les gustan a la Hermandad. Oficialmente para "que no ataquen a la Santa Religión, y al mismo tiempo preservar los conocimientos lejos de las malignas mentes de los carvaka".

Contempló su copa como si allí se hallara la clave del futuro.

—Setenta años... Tan sólo una gota en el océano, Jonás; tenemos una larga historia de resurgimientos y caídas a nuestra espalda. Esta no ha sido la primera, y tampoco será la última.

—Sí, pero, ¿qué va a suceder ahora...? —Jonás intentó que su voz no temblara. Había sido muy fácil hacerse el héroe hasta ese momento. Desafiar a la Hermandad, mientras permanecía fuera del alcance de su brazo.

Recordó el momento en que había emigrado a Vaikunthaloka, cinco años atrás. La biblioteca de la Universidad había sido un paraíso no alcanzado por la mano de la Hermandad. Había encontrado libros prohibidos que sólo conocía por vagas referencias. Conoció a gentes de mentalidad libre; gente que investigaba temas que, en otros planetas, les hubiera conducido a la cárcel o al destierro. Y se había sentido emocionado al comprender que le consideraban uno de ellos. Pero ahora...

Jonás apuró su licor, y dejó que su vista se perdiera entre los lejanos fuegos de Babilonia. En su centro se elevaba la babel, extrañamente ajena al desastre que la rodeaba. La base estaba lejos, pero la babel subía, subía, subía, hasta perderse entre las nubes, alzándose cuarenta mil kilómetros hasta un punto en órbita geosincrónica. Dado que su extremo estaba situado en el cenit, en los días claros esto daba la impresión de que la babel se curvaba como un gancho hasta acabar sobre la cabeza del observador. La parte inferior era invisible, por el polvo y la neblina atmosférica, pero la parte superior era visible en casi todo el hemisferio.

Había una en cada planeta habitable. Nadie sabía quién o qué las había construido, pero gracias a ellas la humanidad había podido escapar a la tenaza de la gravedad y colonizar Akasa-puspa. La cultura podía saltar de un planeta a otro, de una civilización a la vecina. Pero también había transportado las ansias de conquista de los tiranos, la ambición de los saqueadores de planetas, a los angriff...

Sin duda que los beneficios andaban parejos con los riesgos, pero esto era algo que uno no se detenía a considerar hasta que se veía enfrentado a ejércitos llegados de las estrellas pateando el césped de tu jardín.



## DOS

Babilonia era un estándar. Cualquiera que viajara lo suficiente entre los mundos de Akasa-puspa, pronto se daría cuenta que aquella configuración urbana se repetía insistentemente en cada uno de los planetas habitados. Tierra adentro el planeta podía ser todo lo exótico que uno quisiera, pero alrededor de la base de la babel siempre florecería el mismo tipo de ciudad, superpoblada, agobiante, donde las chabolas crecían como hongos a la sombra de lujosos rascacielos.

En todas, un militar, o un marino que buscara algo de diversión, encontraría los mismos tugurios y burdeles.

Aquel sarai había sido ambas cosas, y algunas otras más. Fue construido como un hotel de lujo, para viajeros adinerados en los lejanos tiempos de un dominio imperial, pero en aquellos momentos era apenas un pálido fantasma de lo que fue en su día. La mayor parte de sus habitaciones estaban vacías, con reseca arañas colgando de sus telas sobre las ventanas y las camas. Contaba con una exigua dotación de apenas media docena de viejas prostitutas, que gozaban de cierta fama por ofrecer precios especiales a los soldados con permiso.

La cantina del sarai apenas podía llamarse así. Una barra de algún metal oxidado y mugriento, y varias mesas y sillas dispuestas aleatoriamente sobre un irregular suelo de cemento.

El servicio de camareras había sido encomendado a unas cuantas mujeres que vivían en chabolas cerca de la base de la babel.

Phores Sdebar empujó el vaso semilleno de licor a lo largo de la mojada barra del bar.

Después de esto, con una flota reforzada con las naves de los Sargazzi, unas ochenta y seis naves en total, los Vaisyas se dispusieron a hacernos frente situándose en una órbita alta, no muy lejos de uno de los puntos Lagrange.

—Sin duda esperaban recibir más ayuda de las mandalas —aventuró Mohamed, uno de los marinos recién incorporados a la Vajra.

—Es posible. Lo cierto es que nosotros dudábamos si atacar primero a estas mandalas, en prevención de un ataque por sorpresa de ellas.

—Pero no lo hicisteis...

Un grupo de infantes de marina estalló en carcajadas desde una mesa del fondo.

Phores frunció el ceño y continuó.

—No, porque dos naves de Vaikunthaloka cayeron sobre nosotros y nos forzaron a iniciar la batalla —dispuso pulcramente varios vasos vacíos en fila—. Navegábamos en formación lineal, anclados a la gravedad del planeta, con las velas semirrecogidas. En la aproximación final invertimos cinco días...

—¿Cinco días en Zafarrancho...?

—Exacto. En nuestros puestos de combate, y con la armadura de vacío calada. Allí comíamos, dormíamos y... bueno, tras tantas horas de utilizar los sistemas de "evacuación" del traje, llegué a pensar que después de eso no sería capaz de cagar sin un tubo metido en el culo.

—Sí, me lo figuro. Yo también he pasado por eso... Continua...

—Podría haber sido peor, pero las naves de Vaikunthaloka nos salieron al paso, ahorrándonos así varios días de aproximación. Desplegamos nuestras formaciones, nuestros setenta y seis veleros solares, contra su flota de ochenta y seis naves, dispuestos los Vaikunthanos a babor y a los Sargazzi al otro lado, con los mejores veleros de maniobra.

»Los Vaisyas entraron en acción los primeros; desbordando nuestra ala de estribor con la suya de babor.

Uno de los infantes de marina se levantó y se dirigió hacia la barra.

—Te he estado escuchando todo el rato, marinerito, y si quieres hacerte el hombrecito delante de tus camaradas, por lo menos hazlo en voz baja, para que el resto de la clientela de esta taberna no se sienta ofendida con tus embustes.

El marino enrojeció.

—¿He dicho algo que no sea absolutamente cierto?

—Demasiadas cosas. Para empezar, siempre os pasa lo mismo. Esperáis que todo sea llegar y besar el santo. Transportaron a nosotros de un lugar a otro, y que os hagamos el trabajo sucio sin que tengáis que mancharos las manos. Cuando encontráis algo de oposición os derretís como si fuerais de gelatina. Vuestro precioso almirante Niustand nos la jugó bien jugada. En cuanto empezó un poco el jaleo se le aflojó el vientre, y mandó una orden de rendición al resto de la flota. Orden que nuestros oficiales se negaron a obedecer, y continuamos la lucha, cuerpo a cuerpo, con las naves perforadas como quesos, contra las tropas de asalto Vaisyas que intentaban abordarnos.

—¡Ja! Lo que sucedió realmente es que estabais tan acojinados, tan absolutamente desquiciados por el pánico, que corríais por los pasillos disparando, y matándoos entre vosotros mismos.

El resto de los infantes se levantaron, y rodearon amenazantes al grupo de marinos.

—Tienes suerte de que lleve este uniforme, marinerito. Porque de otro modo éstas podrían haber sido tus últimas palabras.

—¡No deshonre su uniforme escondiéndose tras de él, soldado!

Todos se volvieron hacia el lugar del que provenía la voz.

En uno de los ángulos más oscuros de la cantina, una mesa redonda sobre la que caía un foco cenital. Dentro del cono luminoso sólo era posible ver un brazo con las insignias plateadas de un oficial de la infantería de marina.

Los infantes se cuadraron ante aquellas insignias.

El oficial avanzó, y el resto de su cuerpo se hizo visible a los ojos de todos los presentes. La parte inferior de su uniforme estaba formada por un kilt de sesgo dentado, lo que le delataba como un ksatrya.

Sin embargo lo sorprendente era su rostro. Nada tenía de especial visto desde su perfil derecho: mandíbula pesada, mentón prominente, pómulos altos y angulosos... casi el rostro de militar estandarizado que se usaba normalmente en los carteles de reclutamiento.

Su lado izquierdo era otra historia. Una historia que hablaba de una vida dedicada a la guerra. La historia de una reentrada, en una diminuta cápsula de desembarco que había ardidado, dejando aquella parte del rostro del ksatrya convertido en una masa de brillante tejido cicatrizal en el que apenas se apuntaba la protuberancia de la nariz sobre unos labios carcomidos y tersos, en una demoníaca media sonrisa permanente, que mostraba sus rojas encías.

Sin embargo sus ojos, quizás por contraste, eran vivos, y no del todo fríos. Era el rostro del capitán Chait Rai, la leyenda viviente, el mercenario que había participado en más de cien reentradas, y cuyo valor era un ejemplo común entre los instructores de los centros de reclutamiento de la Utsarpini.

—Si tiene que pelear, o verse envuelto en un altercado —dijo, mientras se dirigía a la puerta— recuerde que luego tendrá que responder por ello. Y llevando un uniforme siempre llevará las de perder... Pero algo así jamás detendría a un hombre al que se le ha faltado al honor...

No dijo nada más. Se abotonó su capote, y salió a la sucia calle. Antes de que tuviera tiempo de cruzar a la otra acera, llegaron a sus oídos violentos sonidos de pelea provenientes de la taberna que había abandonado. Puñetazos, cristales rotos, y sillas volando y haciéndose añicos contra las paredes.

Sonrió con una mueca deformada que mostró aún más sus encías, y siguió caminando.

## TRES

Jonás Chandragupta salió lentamente de su sueño.

Durante un largo rato yació allí, placenteramente, entre la conciencia y la inconsciencia, sintiéndose en paz con el Universo; luego tuvo un súbito sobresalto al pensar que se le habían pegado las sábanas, y que llegaría tarde a su clase en la Universidad. En un instante, todo volvió a él; recordó dolorosamente lo mucho que habían cambiado las cosas en las últimas semanas. Ya no había prisa, la Universidad permanecía cerrada.

En cierto modo, en aquel tranquilo dormitorio, el cansancio y el miedo parecían

lejanos.

Su apartamento de alquiler era pequeño y destartado, pintado de color pardo y con fotografías nocturnas de Martyaloka. Daba enfrente mismo de las grises paredes traseras de tres almacenes propiedad de la Junta de Vaisyas.

Jonás había puesto poco interés en alegrar las habitaciones. Compró unas pantallas para tapar las desnudas bombillas, y dos pares de sábanas para sustituir las fundas de tela raída proporcionadas por el casero.

Abrió los ojos y contempló fijamente el techo en la oscuridad. ¿Qué estaba haciendo en Vaikunthaloka? ¿Por qué no lo olvidaba todo y regresaba a Martyaloka...?

Algo interrumpió bruscamente los pensamientos de Jonás.

Pasos caminando atrás y adelante en el patio tres pisos más abajo, pasos que se hacían audibles por la alfombra de hojas muertas esparcidas sobre las losas... Las hojas sin recoger desde que llegaron los guerreros de las estrellas.

Ahora estaba completamente despierto, aunque un poco aturdido, y el sonido de los intencionados pasos en la ciudad ocupada sólo podía significar una cosa.

Dharmamahamatra.

Unos golpes, rápidos e insistentes, repercutieron en su puerta como un negro presagio.

Se deslizó fuera del lecho, olvidándose del frío de la habitación, y embutió sus piernas en unos helados aros de metal. Durante un instante sopesó la posibilidad de huir. Pero huir, ¿a dónde? ¿Cómo podría salir del planeta si sus verdugos controlaban la única salida: la babel? Se imaginó a sí mismo, corriendo torpemente sobre sus piernas atrofiadas, perseguido por una jauría de perros.

Se ajustó las correas de cuero de sus prótesis, y fue a abrir sin más preámbulos.

Dos hombres vestidos como civiles, pero que tanto su porte como su pelo cortado a cepillo los delataban como algo muy distinto, estaban esperando frente a la puerta de su apartamento. Había estado esperando esta visita durante cada minuto de las últimas semanas. Casi era un alivio pensar que ya no podría controlar lo que sucediese a continuación.

Ambos llevaban un impermeable gris con botones de cuero. Sus rostros también tenían una tonalidad dura y gris, con marcados surcos.

Un coche aguardaba en el aparcamiento, un viejo modelo de combustión interna a base de alcohol, conducido por otro hombre que no le prestó la menor atención.

Toda la bóveda celeste vibraba bajo la luz de los diez millones de soles de Akasapushpa.

Una bolsa de papel, repleta de algún polvo luminoso, dejada caer desde gran altura, estallando y esparciendo su resplandeciente contenido, hubiera conseguido un efecto similar. Martyaloka acudió a su memoria. Recordó las farolas de diseño

barroco. En algunas épocas del año Martyaloka gozaba de noches oscuras. Noches sólo iluminadas por la tenue luz de la lejana Galaxia. Pero en Vaikunthaloka, y en casi todos los planetas de aquel cúmulo globular, la noche era un fenómeno desconocido, y cuando el sol se ocultaba, las estrellas seguían iluminando el cielo con casi igual intensidad.

El automóvil siguió su camino bajo aquella cúpula llameante. A Jonás le pareció que viajaban hacia el noroeste, hacia la base de la babel. Exactamente lo que él había esperado.

Pronto dejaron atrás las afueras y se detuvieron frente a una colonia de barracones militares que bordeaban la Fortaleza Basal.

El campamento de la Utsarpini cubría lo que antaño había sido un compacto grupo de altos edificios de oficinas y alcanzaba al otro lado un pequeño y agradable parque. Los edificios de oficinas habían desaparecido; lo único que quedaba de ellos eran varias pilas montañosas de cascotes limpiamente colocadas en la calle que corría por detrás del campamento.

El espacio aclarado había sido dispuesto de una forma ordenada, y fácilmente defendible, lo que demostraba el adiestramiento militar de los nuevos ocupantes. Uno de los extremos había sido allanado y nivelado, y ahora tenía instalado un parque móvil, que contenía varios enormes ingenios para remover tierras, tres carros de combate ligeros, quince camiones para tropas, un par de autogiros de carga y una pequeña avioneta de observación. El número de vehículos presentes nunca era el mismo por mucho tiempo; fluctuaba constantemente conforme pequeños pero fuertemente armados convoyes llegaban y partían con un horario irregular.

El propio automóvil que conducía a Jonás aparcó en una zona, reservada para él, entre el resto de los vehículos militares.

Fue rápidamente conducido a una celda, sin apenas tener tiempo de ver nada más.

## CUATRO

La celda no era del todo mala, ni estaba especialmente sucia.

Sabía que el interrogatorio tendría lugar, según le habían informado, cuando el dharmamahamatra al mando regresara. Parecía ser que se encontraba ocupado en alguna parte, tal vez persiguiendo tirthikas. Hasta que fuera llamado a su presencia, debía permanecer encarcelado, ser alimentado regularmente, y conducido a las letrinas cuando tenía necesidad de ellas.

Eso era todo. Su único contacto con sus captores era cuando dos guardianes le traían una bandeja de alimentos, y volvían más tarde para contar suspicazmente los platos y utensilios, y luego se alejaban hasta que se veía obligado a llamar a sus tantrin para su expedición a las letrinas.

Pronto perdió la noción del tiempo, las luces no se encendían ni se apagaban nunca. Le habían quitado el reloj, así como todas sus pertenencias personales... Ni siquiera le habían dejado los cigarrillos. De modo que cuando finalmente un grupo de botas militares se detuvo frente a la puerta de su celda, y la llave arañó la cerradura por última vez, Jonás no tenía ni idea del tiempo que llevaba allí. Tal vez tres días, a juzgar por el número de comidas que había hecho.

Pero no podía estar seguro.

## CINCO

El interior de la cápsula personal de lord Sidartani era como una suite en un hotel de lujo. Paredes recubiertas de tapices y cuadros de alguna escuela hiperrealista, muebles de maderas oscuras, que albergaban jarros y vasos de metal o fragmentos de piedras raras: ónix, berilio, jaspe, ópalo, malaquita, tallados en forma de ceniceros, pisapapeles o, simplemente, tal y como salieron de la mina. No era tanto el lujo ostentoso como el buen gusto lo que caracterizaba a lord Sidartani, aunque Srila, habituado al barroco esplendor de la corte de Kharole, lo encontraba un tanto desangelado. El propio Embajador vino a su encuentro.

En tiempos del viejo Patrihara VIII, las relaciones de la Hermandad y el Imperio eran prácticamente nulas. Ocasionalmente, un enviado de la Corte se dejaba ver en Krishnaloka, expresaba las reclamaciones de siempre: control de la elección de Varisthas de babel, impuestos sobre el tráfico interestelar, el derecho de los jagad-seth al cobro del sardesmukhi y de la jizia... La lista no había variado en quinientos años. El Jagad-guru de turno contestaba con una rotunda negativa, cuyo texto se venía repitiendo también desde hacía quinientos años. Era algo casi ritual.

El nuevo Emperador, Patrihara IX, era poco más que una percha donde colgar la Corona. Los subandhus eran los verdaderos amos en un Imperio donde la feudalización avanzaba más y más. La desunión haría más débil al conjunto, y nada hacía pensar que sus relaciones con la Hermandad fuesen diferentes.. —

Pero si lo fueron. Lord Sidartani había sido nombrado nuevo adhyaksa. Estableció su residencia permanentemente en Krishnaloka. Y sus palabras fueron amables y conciliadoras. Era el azúcar que disimulaba el veneno.

En el curso de una entrevista que se empeñó en que fuera lo más secreta posible, Sidartani le había ofrecido ("No son palabras mías, sino de mi Soberano") unas condiciones generosas a cambio de eliminar a Kharole... o, si el ahimsa se lo impedía, a denunciarlo como tirthika. Las condiciones imperiales equivalían a una autonomía casi total.

Tan generosas fueron, que Srila meditó cuidadosamente la cuestión... y mientras la meditaba, se desencadenó el infierno.

Lord Sidartani se inclinó levemente y recitó unas formales frases de salutación, a las que Srila respondió con una bienvenida de igual formalidad.

Era un hombre alto y delgado, de mirada afable y modales exquisitos, que ocultaban la astucia de una serpiente de Striraj-yaloka. Su voz era suave y armoniosa, su cráneo estaba coronado por un krobilo. En su rostro, adornado por una fina perilla teñida de oro, lucía el tatuaje multicolor de un remolino situado entre las cuidadas cejas azules.

Sus ropas habían sorprendido a Srila cuando se vieron por vez primera: era una versión del hábito de la Hermandad, confeccionado con una extraña y sedosa tela azul pálido, producto de la tecnología Imperial. No lucía ningún adorno ni joya, excepto un disco de cobalto del tamaño de una moneda sobre el pecho y un costoso reloj digital de acero en la muñeca.

Por su parte, Srila vestía un jersey de lana color azafrán debajo del hábito blanco de la Hermandad. De su cuello colgaba una bolsa de nylon rojo, adornada con plumas de pavo real, conteniendo las Sastras y los utensilios rituales para su Sagrada Lectura.

Kalyanam, subandhu Sidartani.

—Santam, Sivam, Adwaitam, Srila.

—¿Y bien...? —suspiró Srila—. ¿A qué debo este intenso honor...? Imagino que te darás cuenta de que mi presencia aquí me compromete gravemente.

—Esta nave es el único lugar del planeta completamente a salvo de micrófonos o escuchas. Creo que aquí podremos hablar en libertad, sin temor a que nuestra conversación quede registrada. Aunque esto pudiera despertar suspicacias en tu amigo Kharole.

—Entre Kharole y yo sólo existe el mutuo respeto... Pero mis enemigos podrían darle a este encuentro intenciones insospechadas...

—Claro, con respeto las tropas de Kharole rodearon tu palacio en Gamaloka. Con sumo respeto fuiste sacado de la cama a altas horas de la noche. Con inmedible respeto fuiste arrojado a una oscura celda esperando una respetuosa ejecución.

—La ironía no te favorece demasiado, Sidartani —replicó Srila fríamente—. Todo lo que hay en este enojoso asunto es sencillo. Una camarilla de subandhus que no recibieron tierras en concepto de jargir en los planetas recién conquistados, urdieron una red de calumnias y falsedades. No se puede reprochar a Khan Kharole haber sido víctima de un engaño. Además, ¿de quién fue la voz misteriosa que reveló a estos subandhus nuestra entrevista?

—Oh, quién sabe —Sidartani hizo un elegante gesto de desdén ondeando la palma de la mano—. Un doméstico, un tantrín con una copa de más, un dasyu... No debió ser un personaje muy encumbrado, cuando Kharole no pudo averiguar nada de lo tratado. Y eso que usó métodos muy enérgicos, según dicen —se permitió una risita—. Kharole no ha oído hablar del tusnímdanda, evidentemente.

—Por el contrario, yo creo que fue alguien de tu séquito... y no poco encumbrado, pienso —clavó su mirada en los ojos de aquel perfumado nagaraka. Sidartani le devolvió la mirada sin la menor expresión.

—Una pregunta, Srila, ¿que hacían mientras tanto tus fieros guerreros adhyátmicos...?

Srila sonrió tiburonescamente.

—Putana era una terrible asura enviada por Kamsa para matar a Dios en su avatar de Krishna. Ella untó un veneno mortal en su pecho y se lo ofreció al Niño Krishna para que lo chupara. Krishna, muy consciente de sus intenciones, le absorbió el shakti y la mató. No voy a ser yo quien chupe el veneno que me ofreció Kharole. —Srila se detuvo y miró significativamente al adhyaksa. Sabes que la intervención de los soldados adhyátmicos sólo hubiera provocado un inútil baño de sangre. Y las posiciones de Kharole y las de la Hermandad se hubieran visto enfrentadas para siempre. En cambio ahora Kharole sabe que la opinión pública está de mi parte. Sabe que no puede dominarme mediante amenazas. Se ha convertido en un perfecto aliado.

—Pero, después de eso, ¿crees realmente que la alianza con Kharole puede serte, a la larga, de alguna utilidad? Permíteme recordarte algo —Sidartani elevó un largo y delgado dedo índice—. Los Kharole eran asafja, al servicio del Imperio, hasta que se nos fueron de las manos.

El Jagad-guru se encogió de hombros.

—Lo que para unos es veneno, para otros es comida.

Recordó como, hacia la época en la que él fue elegido como Jagad-guru, el viejo Abdula Kharole nombró como sucesor a su hijo Khan Kharole. De una forma u otra había tenido la necesidad de definirse por uno u otro bando.

—¿Acaso no ves las intenciones últimas de los Kharole? No te dejes engañar por las ventajas donadas por Abdula a la Hermandad. Los terrenos en torno a las babeles, y todo eso. Khan no permitirá que acumuléis tantos privilegios que le impidan destruirnos cuando lo crea conveniente.



Srila sonrió ahora con lástima.

¿Era acaso el Imperio un aliado más recomendable? ¿Cómo habían llegado a manos de Kharole los documentos secretos que en otro tiempo Srila había cruzado con la embajada Imperial en

Gamaloka? Documentos altamente comprometedores para su persona, que habían supuesto para Khan la excusa perfecta para su encarcelamiento.

—«El que acaba de volver del destierro es desterrado de nuevo. El que estaba desterrado vuelve. El hombre corriente se alza sobre el distinguido. Una estirpe se alza contra otra. Los soberanos se arrebatan mutuamente los vasallos...» —recitó Sidartani con gesto cansado, abriendo un pequeño maletín de piel de serpiente—. Pero no es de esto de lo que quería hablarte.

El adhyaksa sacó un grupo de fotografías. Srila observó detenidamente cada una de las imágenes. Manejándolas torpemente con sus dedos deformados por la artritis.

—Parece una maqueta destrozada de uno de vuestros rickshaws... ¿Es eso...?

—Casi. Sólo que no es una maqueta. Se trata de un rickshaw real. Un kilómetro de longitud en su eje mayor.

—Oh...

Sidartani se inclinó hacia Srila mientras acariciaba su perilla.

—Dime, Srila, ¿por qué pensaste que era una maqueta? ¿Por qué?

—La forma en que está destrozado... Es extraño, parece como si alguien lo hubiera masticado y escupido... ¿Qué clase de arma podría hacer algo así...?

—Eso mismo nos estamos preguntando nosotros —suspiró Sidartani—. Sea lo que sea tiene un poder destructivo enorme.

—¿No tenéis ni idea de lo que pueda haber sido? ¿Ninguna teoría?

—Nuestros científicos están desconcertados. Posiblemente tras un examen más detallado in situ... Algunas de sus teorías son de lo más pintoresco: alienígenas inteligentes hostiles, o monstruos espaciales...

—¿Monstruos espaciales...? —Srila pensó que el adhyaksa le estaba tomando el pelo.

—El rickshaw fue atacado por... por lo que fuese, mientras atravesaba una zona del Límite famosa por su fauna espacial. Monstruos de hasta un kilómetro de longitud, adaptados a la vida en el vacío...

—¿Has dicho el Límite?

—Precisamente. Es por este detalle por lo que tú y yo estamos sosteniendo esta agradable conversación en estos momentos. —Sidartani no lo dijo, pero silenciosamente pareció afirmar que de no ser porque Límite estaba fuera de la zona de influencia del Imperio, la Hermandad jamás hubiera tenido noticias del asunto.

—¿Qué podemos hacer nosotros? Nuestros recursos tecnológicos son limitados, como bien sabes.

—Te hablaré con claridad, Srila. No queremos que nuestros problemas políticos se mezclen con este asunto. Tampoco deseamos que la actual tensión existente entre Kharole y tú...

—No sé a qué tensión te refieres exactamente...

—...pueda provocar conflictos de competencia en torno a este tema. Mira, el rickshaw es cosa nuestra, del Imperio, y no queremos que nada pueda interferir en las labores de rescate.

—¿Labores de rescate? ¿Cómo?

—Kharole ha accedido a la petición del Imperio de permitirle el paso a una de sus naves de fusión de alcance ilimitado.

Entonces —pensó Srila— ¿era eso lo que había motivado la entrevista en el espacio entre Sidartani y Kharole, de la que le habían informado sus espías? Últimamente había estado muy preocupado por ese asunto. Tras los sucesos en Gamaloka, un acercamiento entre Kharole y el Imperio era lo último que podía desear.

—¿Una nave de fusión de alcance ilimitado? —exclamó Srila con sorpresa.

—Sí, un aparato de gran autonomía, que en caso de necesidad podría repostar directamente de cualquier gigante gaseoso que hallara en su camino. —Y añadió con ironía—: Imagina, Srila, en lo que una nave así podría convertirse... si cayera en malas manos.

—Podría desnivelar la balanza entre Kharole y la Hermandad...

—Exactamente. Y eso es algo que el Imperio no desea que suceda bajo ningún motivo.

## SEIS

La inmensa sala de banquetes apenas era calentada por una tosca chimenea que ardía en su centro. Las paredes de piedra estaban desnudas de toda decoración exceptuando unas cuantas armaduras espaciales de combate pegadas a ellas. Desde el techo abovedado, situado a quince metros sobre sus cabezas, colgaban los largos y delgados estandartes con los colores de los subandhus fieles a Kharole.

Cerca de la chimenea se extendía una amplia mesa de roble, servida por un pequeño ejército de camareros, y repleta de incontables platos y fuentes en los que se amontonaban los más variados manjares. El ruidoso grupo de comensales estaba encabezado por la espectacular figura de Khan Kharole. Un par de mastines de aspecto despreocupado deambulaban en torno a él, recogiendo los huesos que arrojaba al suelo.

Khan se había ataviado para la recepción oficial con el incómodo uniforme de gala de los coraceros. Sus auxiliares le ayudaron a ajustarse el peto dorado, con el

Tótem de su Clan (el León) grabado sobre su pecho. Se calzó las suaves botas de piel de perro, cubriendo las perneras de sus holgados pantalones grana. Las cinchas, y los complicados emblemas de los cuatro cuerpos del ejército de la Utsarpini.

Antes de salir, Khan se había mirado al espejo, palmeándose satisfecho el abdomen. A los cincuenta años estándar era un hombre corpulento, de un metro ochenta y cinco de estatura, de cuello grueso. Siempre había tenido una salud de hierro, y a pesar de que practicaba con pasión deportes tales como la equitación, la caza, y la lucha en baja gravedad, su constante buen apetito le había dotado de una voluminosa barriga que empezaba a causar problemas a los técnicos que diseñaban sus trajes espaciales.

Sin embargo, ¿cómo iba a adelgazar, si la etiqueta le obligaba a mantener continuamente comilonas como aquélla?

Quizás era necesario que celebraran su reciente victoria en Vaikunthaloka, pero Kharole se preguntaba si realmente había algo que celebrar.

Esta noche no estoy de humor, se dijo. Quizás eran las órdenes de destierro que había firmado. Y, sin embargo, para los cabezas de clan deportados era una buena suerte increíble. Cuando les comunicó su decisión, muchas caras sonrieron. Sin duda ya pensaban en labrarse una buena posición en algún otro planeta con los capitales que pensaban llevarse. Bueno, que piensen que se les dejará hacerlo.

Anteriores senapatis habían tratado de desalentar las rebeliones en las provincias conquistadas mediante un plan de descarnado terror, con abundantes matanzas y mutilaciones. Khan Kharole apelaba a un método más sutil: Deportaciones en masa. Traslataba gran parte de la aristocracia de una provincia, y la establecía en territorios extraños, a la par que llevaba a los extranjeros a ocupar el lugar que había sido vaciado. Como resultado de esto, se debilitaría su conciencia nacional, y se engendraría una segura hostilidad hacia los recién llegados. Esta hostilidad consumiría las energías que de otro modo habrían sido dirigidas contra la Utsarpini.

Quizás había debido cortar algunas cabezas. Pero Kharole estaba harto de sangre. Demasiadas veces había tenido que mostrarse como un verdugo. Suspiró y volvió a concentrarse en la sala.

Los comensales pertenecían a tres categorías. Primero, los generales. Algunos de ellos comentaban (usando los saleros y los cubiertos como piezas) las batallas recientemente libradas. Otros, con la mirada perdida, parecían recordar el pasado con nostalgia; el paso del tiempo tendía a hacer olvidar la sangre y la muerte de los compañeros, y a ver las batallas como un deporte arriesgado. Los sargentos odiados eran recordados ahora como maestros severos, pero firmes y rectos. Los oficiales, como padres.

También había mahamatras. Estos comían y charlaban apaciblemente, como si estuvieran acostumbrados. ¿Hablarían de expedientes perdidos o hallados,

presupuestos y balances? Seguro que no. Tal vez especularían con sus posibilidades de seguir manteniendo sus cargos bajo el gobierno Kharole. Sabía que contaba con el apoyo de la clase burocrática de los mahamatra de la antigua corte, que habían mantenido el peso de la administración de un reyezuelo a otro, y que harían todo lo posible para fomentar un gobierno centralizado. Estos le recibirían con entusiasmo. Y sus servicios de propaganda se encargarían de que ni una gota de ese entusiasmo se desperdiciara.

Luego estaban los subandhus locales, lo bastante astutos como para cambiar de chaqueta antes del desembarco de la Utsarpini. O bien, seducidos por la esperanza de una nueva alba de la civilización. Comprendió que, tarde o temprano, crearían problemas. Lucharían porque la política del Trono favoreciese sus intereses, e intentarían recuperar parte de los privilegios perdidos. Algunos habían accedido a colaborar tras ser apresados y se habían librado por poco del destierro. Se les reconocía fácilmente, pensó Kharole con cinismo, por su buen apetito. "Los ricos siempre ganan la guerra", decía Kautalya, "incluso cuando la pierden".

Se dio cuenta de que alguien le preguntaba algo. Era Khatia Prubada, la elegante esposa de Sri Prubada, uno de los damara de clase media que fue de los primeros vaikhuntanos en aproximarse a él.

—Chattrapati, ¿creéis que acabarán pronto los combates?

—Es difícil de decir, mi dama. Lo peor ha pasado; sólo quedan las operaciones de limpieza. —Que costarán casi tantas vidas, pero se notará menos, pensó Kharole—. Con la babilonia en nuestras manos, podemos traer refuerzos, y los rebeldes quedarán aislados. —Ahora sólo nos queda tomar sus puntos fuertes uno por uno. Y eso tardará diez veces más tiempo. Prosiguió en tono erudito—: Es lo malo de las sociedades feudales, sin gobierno centralizado. Con un gobierno central, el Imperio resistió durante un siglo las continuas oleadas bárbaras contra Krishnaloka. Pero una vez la Histórica Capital se rindió... —hizo un gesto descendente con palma de la mano hacia abajo, como un globo desinflándose— ...tuvo que largarse apresuradamente del Límite. Pero si le preocupan sus negocios, tranquilícese. Las cosas volverán pronto a la normalidad.

Kharole sonrió con confianza. Jizyas altos, devaluación de la moneda, economía de guerra. Tomáoslo con calma, pensó.

De momento parecía que los principales Clanes del hemisferio sur del planeta se habían constituido en una alianza. Bien, sin apoyo económico, los rebeldes no durarían. Y eso era lo que más le preocupaba.

La esposa del general Baquin, nuevo nayak de Vaikunthaloka, se sentaba a su derecha. Era una mujer de aspecto frágil, que parecía a punto de hundirse bajo el peso de las abundantes joyas que salpicaban su atuendo. Durante toda la comida había cumplido excelentemente con su papel de anfitriona con su extraordinario invitado,

procurando que Khan tuviera siempre temas de conversación a su alcance. Lo cual no era muy difícil. A Khan le encantaba hablar, y a su alrededor siempre se formaba una burbuja de atención.

—¿Y vuestro primogénito, el joven Kharole? He oído decir que realiza grandes progresos en la Universidad de Cakravartin-loka.

Khan asintió con satisfacción.

—Eso me han dicho. Algún día, él tendrá que gobernar toda la Utsarpini, y no permitiré que a él le suceda lo que a mí. Con las espadas se puede hacer un trono, pero no sentarse en él. —Sonaron halagadoras risitas entre los comensales. Kharole prosiguió —: Sí, el gobernar es sentarse pacíficamente en algo: los reyes se sientan en tronos, los ministros en sillones. Gobernar no es asunto de músculos, sino de cerebro... y posaderas.

Los invitados le recompensaron con una nueva risa amable, mientras algunas damas se escandalizaban levemente.

—¿Por qué habéis dicho que no queríais que a vuestro hijo le sucediera lo que a vos? —preguntó Khatia.

Kharole carraspeó gravemente.

—De joven, sólo tuve tiempo para la guerra, acompañando siempre a mi padre, de un campo de batalla a otro. Apenas aprendí a leer y a escribir, y sólo conocía las matemáticas más elementales para entenderme con los oficiales astronáuticos. Ahora, aun cuando no tengo mucho tiempo, hago lo que puedo por educarme: matemáticas, física, química, teoría económica, administración. Soy yo el que hace trabajar a mis profesores.

Este era un relato que nunca faltaba en sus conversaciones y discursos. Khan se sentía orgulloso de su esfuerzo de autosuperación, y no hacía nada por ocultarlo. Los invitados mostraron la adecuada expresión de admiración.

Tras la comida todos fueron conducidos a un salón contiguo donde los mayordomos sirvieron el té aromatizado con especias al estilo vaikunthano. Pronto se formaron multitud de pequeños grupos de conversadores.

Khan se reunió con Kautalya, un anciano de labios finos, con un increíble manojó de pelo canoso; era su consejero personal, y lo había sido también de su padre. Su fidelidad a los Kharole estaba por encima de cualquier duda.

—Kalyanam, chattapatri —dijo Kautalya en voz baja—. El joven comandante Isvaradeva os espera en la sala de recepción.

—¡Kali! —exclamó—. Con todo este estúpido ajetreo casi lo olvido. ¿Qué haría sin ti? Lo recibiré inmediatamente. Aquí mismo. No se debe de hacer esperar a un joven tan valioso para la Utsarpini como el comandante Job.

## SIETE

La puerta se abrió, y entró su carcelero, seguido por un tipo adusto, de baja estatura, con cortísimo pelo gris hierro, que ostentaba las insignias de comandante de la Utsarpini. Esto sorprendió a Jonás, que había esperado que le llevaran directamente ante los dharmamahamatras. Recordó que la poca altura era una característica común para los hombres de la Marina, e inmediatamente reconoció el uniforme. ¿Qué podía querer la Marina de él en aquellos momentos?

El hombre se sentó en un taburete frente a él.

—Doctor Jonás —empezó —, ¿es usted natural de Martyaloka?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo lleva en Vaikunthaloka?

—Cinco años.

—Dígame, ¿por qué abandonó un planeta que pertenecía a la Utsarpini, para trasladarse a otro que mantenía una política totalmente hostil a ésta?

—No me sentaba bien el ambiente de Martyaloka... —dijo cínicamente Jonás— ...demasiado cargado. Me asfixiaba.

—¿No simpatiza usted con la Utsarpini? ¿No cree en los principios de nuestra cruzada?

—Claro...

—Debo decirle que la Hermandad está muy disgustada con usted, y que hemos recibido numerosas presiones pidiéndonos su cabeza. —Jonás tragó saliva. Su interrogador le observaba fríamente, admirándole como lo haría un jugador de ajedrez profesional.

El carcelero tendió un grupo de papeles al interrogador, que los ojeó rápidamente.

—Según mis datos usted se doctoró en biología por la Universidad de Martyaloka. ¿Es esto correcto?

—Arqueobiología...

—¿Cómo dice...?

—Arqueobiología. Mi especialidad es la arqueobiología.

—¿Qué diferencia hay...?

—¿Es éste un interrogatorio policial, comandante?

—No tiene usted por qué preocuparse, doctor. ¿Ve usted algún policía aquí? ¿Algún dharmamahamatra de la Hermandad, quizás? ¿Por qué no se toma esto como un diálogo, en vez de como un interrogatorio?

—Esto es una celda, ¿no?

—¿Reconoce estas insignias? —dijo señalándose los emblemas prendidos en su antebrazo—. Tranquilícese, doctor. La Marina no tiene la menor intención de entregarle a esos religiosos carniceros.

—¿Qué quieren de mí, entonces? ¿Se divierten jugando conmigo al gato y al ratón?

—Sólo cumplo con mi trabajo, doctor Jonás. Intento saber si es usted un hombre en el que la Utsarpini pueda confiar.

—¿Me está tomando el pelo? ¿Por qué iba la Utsarpini a necesitar confiar en mí?

—La Utsarpini necesita científicos y técnicos para sus naves de guerra. En estos tiempos difíciles, cualquier buen especialista hallado en un planeta recién integrado, resulta interesante para nuestro ejército...

—Ya veo, se trata de un botín de guerra más.

—Llámelo como quiera, doctor. Mi trabajo sólo consiste en evitar que elementos indeseables, o socialmente peligrosos, entren en nuestras naves.

—¿Quiere decir que me está investigando en estos momentos? ¿Es eso lo que usted está haciendo ahora... ?

—Exactamente.

—¿Y a qué conclusiones ha llegado...? ¿Soy socialmente peligroso?

—Aún no estoy seguro, doctor. Por un lado veo en usted alguien de gran interés para nuestra causa... —El oficial extrajo una nota y la leyó durante unos segundos en silencio. Después levantó la vista, y se dirigió de nuevo a Jonás—. Aunque su especialidad es la biología, también está considerado como un experto en historia, física y química. Ha escrito varios libros sobre pintura y dibujo, y uno de ellos está considerado como uno de los mejores tratados sobre perspectiva cónica realizados fuera del Imperio. Libro en el que además demuestra profundos conocimientos matemáticos y de geometría. Y aún no ha cumplido los treinta años...! ¿De dónde saca su tiempo?

—Tengo un pacto con Putana —dijo rápidamente Jonás.

—Ya veo. Quizás es por ese pacto por lo que ocupa un puesto tan elevado en la lista negra de la Hermandad. Aunque me inclino a pensar que sus teorías sobre el tema de los Orígenes tienen algo que ver... Usted afirma que la raza humana no es originaria de Akasa-puspa. Que nació en algún otro lugar del Universo, y ha escrito varios libros sobre el tema. Esto está en clara oposición a las doctrinas de la Hermandad.

—¿Ha leído usted alguno de esos libros?

—No. Son de lectura "no recomendada" en el ámbito de la Utsarpini.

—Ya veo. Si lo hubiera hecho sabría que en el Imperio hay numerosos biólogos que sostienen esta teoría, que por otro lado no es mía. Yo simplemente he intentado difundirla en la Utsarpini.

—¿Y defienden lo mismo que usted? ¿Que la raza humana se originó fuera de Akasa-puspa?

—Exactamente.

—¿Qué pruebas tienen? ¿Por qué están tan seguros de algo así?

—Todo parece indicar que los humanos colonizamos Akasa-puspa en un pasado

remoto, llevando con nosotros animales y plantas relacionados genéticamente con nosotros. La inexistencia de registros fósiles en todos los planetas conocidos así parece afirmarlo. Como sabe, los animales que encontramos no relacionados genéticamente con nosotros sí poseen ese registro fósil.

—¿De veras? No lo sabía. Pero, entonces, ¿cuál fue nuestro Mundo-origen? ¿Está fuera de Akasa-puspa? ¿Dónde?

—No lo sé. Algunos arqueobiólogos imperiales afirman que se trata de algún planeta de los brazos espirales de la Galaxia.

—¿La Galaxia? Pero estamos a miles de años luz de ella.

Quizás yo no entienda mucho de biología, pero de lo que sí sé es de navegación espacial. Nada puede viajar más rápido que la luz... ¿cómo cruzamos entonces el vacío que nos separa de la Galaxia? ¿Cómo viajaron nuestros antepasados hasta aquí a pesar de la limitación de la velocidad de la luz?

Jonás se encogió de hombros.

—No lo sé. Nadie lo sabe. ¡Si al menos no fuera tan caótica nuestra historia! ¿Por qué Alikasudara Maha, el primer Emperador, decidió emprender la sistemática destrucción de todos los archivos anteriores a la fecha del Dasarajna? ¿Quién construyó las babeles? Apenas contamos con cinco mil años de historia, todo lo demás se resume a leyendas y tradiciones sin ningún valor científico. Lo cual es muy conveniente para algunos. Si preguntamos a un sacerdote nos dirá que ellos ya conocen todas las respuestas: Dios, Dios, Dios.

»Esta es la gran mentira necesaria para la vida de los religiosos. El mundo, tal como existe más allá de este esquema impuesto por la Hermandad, se convierte en algo difuso, irrelevante, y en gran medida imperceptible, acabando por no existir tan siquiera...

Jonás se detuvo y miró suspicazmente al interrogador.

—Por favor, continúe. Me interesa.

—No lo creo. ¿Qué está intentando averiguar sobre mí? ¿Por qué no me lo pregunta directamente?

—Ya le he dicho que mi trabajo es el de aislar los elementos indeseables o peligrosos. Si estuviera inculcado por delitos de sangre, no habría duda; habría sido directamente entregado a la Hermandad, y que ellos se arreglaran con usted.

—Sin embargo, parece una persona violenta. ¿Por qué odia a la Hermandad? No lo sé, sus motivos tendrá... Pero, ¿hasta dónde estaría dispuesto a llegar en su odio hacia la religión? ¿Habría participado en la Toma de la babel de haber vivido en aquella época?

—Yo estaría dispuesto a matar bhaktas... —dijo Jonás tranquilamente, y al observar la esperada mirada de asombro del marino continuó—. Pero esa matanza la ejercería mediante la enseñanza. Sí yo mato su ignorancia, combato la Religión con



argumentos y Ciencia, ¿acaso no estoy exterminando el Virus-Religión que les infecta?

»Siempre he pensado que la Toma de la babel fue una estupidez. ¿De qué sirve liquidar sacerdotes? De nada, tienen la mala costumbre de convertirse en mártires, y esto sólo complica las cosas. Sin embargo, fíjese en el Imperio. La Hermandad apenas tiene poder allí. ¿Por qué? Porque son cultos. La religión es un germen que se extingue rápidamente cuando entra en contacto con la luz del progreso.

—¿Y no cree acaso que ésa es la labor que está realizando la Utsarpini de Kharole? Mientras permanezcamos divididos no podremos hacer frente a los continuos ataques llegados del exterior. Derrocharemos nuestras energías en continuas e inútiles guerras intestinas. Mientras no tengamos paz no tendremos tiempo para dedicarlo al progreso. Y la paz no es posible en una sociedad totalmente feudalizada como la nuestra.

—¿A quién intenta convencer? Ustedes son aliados de la Hermandad. Invadieron este planeta combatiendo hombro con hombro con los religiosos.

El oficial sacudió un brazo como si intentara alejar aquel argumento.

—Eso es lo de menos. El trabajo de los políticos es conseguir alianzas, no importa lo absurdas que parezcan éstas. El de los militares es obedecer órdenes, y luchar por un ideal. Mi ideal, doctor Jonás, es muy semejante al suyo: Cultura y Progreso...

—Aquí en Vaikunthaloka teníamos una sociedad avanzada y libre. Teníamos una democracia. Ustedes han acabado con todo. La Hermandad ya ha empezado a aplicar la censura en todos los medios de comunicación... ¿Es ésta su labor culturizadora?

—¿Libre y democrática? ¿Quién está intentando engañar a quién ahora? Su sociedad era una excusa de los Vaisyas para perpetuarse en el poder. Y ustedes los kamakaras, científicos, administradores y comerciantes, colaboraban descaradamente con ellos. ¿Censura? ¿Para qué necesitaban la censura contra los sudras, si la mayoría no sabían leer ni escribir... ?

—¡Pero era un primer paso! ¿Qué posibilidades tendremos con la Hermandad ejerciendo su poder implacable? Oh, por supuesto, ellos enseñarán a leer y a escribir a los Sudras en sus escuelas para pobres. Pero, ¿de qué les servirá, si sólo tendrán textos religiosos a su alcance... ?

El comandante sonrió.

—Como usted ha dicho, es un primer paso. ¿Se da cuenta? Ambos creemos en un mismo fin, pero seguimos distintos caminos para conseguirlo...

Jonás reconsideró eso durante un momento.

—De todas formas —continuó el comandante —, esto es irrelevante, yo ya he tomado una decisión...

Se puso en pie. Jonás lo miró con asombro.

—¿Puedo saber de qué se trata?

—Acaba de ser admitido en la Marina de la Utsarpini...

—¿Me está tomando el pelo, o es que no ha visto mis piernas?

—No le serán ningún problema en el espacio.

—Gracias, es tentador, pero creo que ese día tengo una cita con el dentista.

—Por supuesto, puede rehusar...

—¿Y en ese caso?

—En ese caso, será entregado a la Hermandad.

—Claro, soy libre para rehusar y morir.

—Mírelo de esta forma: la Hermandad está tras de usted, y usted sólo tiene un medio para salir del planeta, una nave militar. Puede viajar en ella en un cómodo camarote, como oficial científico. O puede, en cambio, ser trasladado en el compartimento de carga, junto a otro millar de reclusos, hasta alguna olvidada prisión en Nirgunaloka...

—La decisión es suya. Piénseselo, doctor.

Y salió de la sala sin darle tiempo a Jonás de decir nada más.

## II. LA HERMANDAD

*Dijéronse unos a otros.  
¡Vamos a hacer ladrillos y a cocerlos al fuego!  
Y se sirvieron de los ladrillos como de piedra,  
y el betún les sirvió de cemento; y dijeron.  
¡Vamos a edificar una ciudad y una torre,  
cuya cúspide toque los cielos...!*

GÉNESIS (11.3)

### CERO

¿Cómo fue fundada la Santa Hermandad?

Hubo un tiempo en el que todos los hombres luchaban entre sí. Cada uno creía adorar a un DIOS distinto, consideraban que las SASTRAS halladas en la babel de su planeta— madre eran las únicas verdaderas, las únicas que habían sido directamente escritas por EKAM EVADWITYAM.

Estaban en un error.

Las diez religiones más poderosas tuvieron que enfrentarse en el DASARAJÑA para comprender este error. Un hombre salió triunfante de esta batalla: Alikasudara Maha. Su Fe era el hinduismo, y su Destino ser el primer Emperador. Sin embargo, Alikasudara fue magnánimo en su victoria. Se reunió con los representantes de todas estas religiones, y les hizo ver su error<sup>[1]</sup>, demostró a sus antiguos adversarios que todos adoraban a un mismo Dios, y aunque cada uno le daba un nombre diferente, las Sastras reflejaban acontecimientos similares<sup>[2]</sup>.

Acto seguido, llamó a su antiguo maestro, el Guru Gurjara Patrihara, y le dio el siguiente encargo:

«Quiero que te reúnas con los sacerdotes de Mahoma, Buda, Cristo, Carlos Marx, ladra, Moisés, Krishna, Zoroastro, Confucio y Smith, y que juntos creéis la Gran Hermandad de todos los Bhaktas. Conmigo empieza la Historia; ya no habrán más guerras de Religión.»

Y así fue. Gurjara Patrihara se convirtió en el Primer Jagad Guru. Hermanando todas las Sastras bajo la idea del hinduismo, porque sólo el hinduismo tenía esta capacidad sincrética<sup>[3]</sup>.

Siempre que el bien decae extinguiéndose poco a poco, predominando en su lugar la maldad y el orgullo, Mi Espíritu se manifiesta en forma humana sobre esta tierra.

Estas son las palabras del Bhagavad Gita (4.7).

## UNO

La imagen mostraba al rickshaw, diminuto, cerca del centro de la pantalla, recortándose como una mancha sobre llameante fondo del Akasa-puspa. El cuerpo cilíndrico, pintado en brillantes franjas amarillas y negras, estaba tachonado por innumerables contenedores de carga, diminutas escotillas y garfios finos como espinas. La banda sonora de la película, se elevó sobre el ruido del motor del proyector:

«El rickshaw del Sistema Cadena, dado por desaparecido hace un año, ha sido encontrado navegando a la deriva a la velocidad de crucero de un cuarto de la velocidad de la luz, a 0.7 años luz de Vaikunthaloka. La detección fue debida a una sonda interestelar del Imperio dirigida hacia el espacio profundo...»)»

—Una de sus sondas espía —aclaró con sorna Srila desde la penumbra.

«...y cuyo programa de misión fue reajustado para localizar el rickshaw, basándose en la idea de que una avería le impediría maniobrar, y proyectando su ruta por ordenador...»

Un violento zoom aproximó la imagen, permitiendo apreciar las verdaderas dimensiones. El rickshaw era un verdadero mundo artificial, que transportaba las riquezas de una docena de planetas. Las escotillas, que antes aparecían como cajitas de fósforos, eran enormes portalones de cincuenta metros. Las "espinas" medirían en realidad cien metros y eran formidables brazos de grúa. Los rickshaws eran "grandes".

Sin embargo, algo terrible había caído sobre éste, desgarrando sus entrañas. Srila observó los labios metálicos de la abierta herida, y le recordó la garganta de un phante destrozada por un perro rabioso. Una bomba de fusión hubiera reducido el rickshaw a partículas radioactivas. Un láser o un rayo de partículas lo hubieran partido en dos limpiamente. ¿Pero qué cosa podría haber causado semejante desastre...? Por otro lado, éstas eran armas del Imperio. Sólo él disponía de herramientas para la destrucción semejantes.

«... el examen de sonda muestra que el rickshaw sufre millares de inexplicables perforaciones en su casco; asimismo los módulos exploradores han descubierto que toda la materia orgánica, y parte de la estructura de aluminio, han sido disueltas...»

Srila avanzó cortando el haz luminoso del proyector. Durante un instante su cuerpo proyectó sobre la pantalla una sombra siniestra y retorcida, como la imagen de un demonio surgiendo de la oscuridad. Era un anciano encorvado, completamente

calvo, nariz grande y aplastada, ojos hinchados, labios gruesos como libros entre los que se entreveían unos pocos dientes ennegrecidos. Podía resultar grotesco para algunos, pero si se limitaban a juzgarle sólo por su aspecto, acababan lamentándolo tarde o temprano.

—Eso es todo —dijo—. Hermano Dasa, puedes encender las luces.

Las luces se encendieron, mostrando una mesa oval en el centro de una ascética habitación de grises paredes de acero, sobre las que aparecían inscritos en relieve algunos versículos del Bhagavad-gita. Ni siquiera la furia destructiva de los Vaisyas había logrado borrar aquellas letras de indestructible metal gris.

Congregados en torno a la mesa, estaban los diez ulamas con más alto cargo de la recuperada Vaikunthaloka.

—Es muy extraño... —comentó Ibrahim Goswami desde su extremo. Tenía un rostro pequeño y oscuro, donde brillaban dos diminutos ojos de hurón—. Aparentemente el Imperio está destruyendo sus propios rickshaws. La pregunta es: ¿Por qué...?

Srila sonrió escéptico.

—Pero, Jagad-guru, ¿quién sino ellos poseen la tecnología necesaria para hacer algo así? Sabemos que nosotros no hemos sido. Sabemos que la Utsarpini, o los Clanes tampoco... Si tuvieran algo como eso ya lo habrían usado. ¿Quién nos queda...?

—Antiguamente, en las guerras védicas se utilizaba el brahmastra atómico. Y para contrarrestarlo, el ejército contrario tenía que utilizar un arma que lo transformara en agua. Pero, ¿dónde podríamos encontrar una Ciencia así hoy en día? —Prabhupada Shantya sacudió la cabeza como si no entendiera nada. Era tan viejo como el mismo Srila, pero en su aspecto no había nada de agresivo. Más bien parecía un pajarillo al borde del shock nervioso. Lo cierto era que, si Shantya había conseguido llegar a un puesto tan elevado en el escalafón de la Hermandad, era más gracias a lo avanzado de su edad que a sus dotes intelectuales. Y de una forma u otra, la senilidad ya había hecho presa en el anciano Hermano—. Hari transcurrido trescientos años desde que el Imperio nos abandonó... Durante todo este tiempo los rickshaws han seguido ahí sin que nadie se preocupara de ellos. ¿Por qué ahora todo este jaleo? ¿Qué utilidad pueden tener ya... ?

Habel Swami era la antítesis física de Shantya. Joven, alto y corpulento, sus rasgos parecían haber sido cincelados en piedra. La larga y negra melena, símbolo de los Sikhs, colgaba sobre sus hombros. A los veintinueve años estándar, Swami seguía siendo enérgico y bullicioso, un individuo avasallador que irradiaba salud. Tenía una mirada recta y franca que iba directamente a los ojos de su interlocutor, y sin embargo poseía también algo indefinible y apenas perturbador que se ocultaba tras su franqueza. Cuando intervenía en una discusión, el resplandor combativo que

iluminaba sus ojos sugería más bien un luchador de peso pesado que un ministro de Dios.

—Este es sólo un sector de paso para ellos. Los rickshaws no se mueven nunca en línea recta, ni utilizan el camino más corto. Describen amplísimas órbitas circundando el Akasa-puspa, variando infinitesimalmente sus trayectorias, apoyándose para ello en el núcleo magnético del Akasa-puspa. Ese rickshaw destruido unía, precisamente, la Cakravartinloka con varias colonias imperiales situadas tras el Horizonte Estelar.

—Sinceramente, hermanos —dijo Shantya, confuso—, me cuesta hacerme a la idea. Durante todos estos años los rickshaws han estado ahí, y nadie ha hecho nada para controlarlos. Comprendo que los Clanes estuvieran demasiado ocupados luchando entre sí como para dedicarse a este tema, pero los Khan, o nosotros mismos... Y no me digáis que no tenían ningún interés. Algo deben de tener esos rickshaws cuando la pérdida de uno solo justifica el desplazamiento de un embajador Imperial de la categoría de Sidartani a lo que técnicamente es un campo de batalla.

—Eso es cierto, hermano, pero... bueno, yo también estoy sorprendido por la preocupación del Imperio. A fin de cuentas sólo han perdido un rickshaw...

—Ellos dicen que sólo han perdido un rickshaw —puntualizó Goswami.

—De todas formas, la utilidad práctica actual de los rickshaws es insignificante. Recordad que el Imperio ha perdido prácticamente la totalidad de las colonias tras el Horizonte Estelar.

—Y las pocas que le quedan, sin duda que no mueven un interés económico que justifique el acaloramiento de nuestro bienamado Sidartani.

—Exacto.

—¿Qué sucede, entonces...? ¿Por qué este repentino interés del Imperio por sus rickshaws...? ¿Hay algo sobre ellos que ignoramos...?

—Es posible que piensen que tarde o temprano recuperarán sus colonias perdidas en la zona...

Goswami levantó su voz.

—Yo pienso que están transportando tropas y armamento hacia sus colonias más exteriores. Preparan una maniobra envolvente contra nosotros, y contra la Utsarpini. ¡Y lo están haciendo ante nuestras narices!

—Vamos, hermano. Si eso fuera cierto, ¿tendrían la desfachatez de venir a pedirnos nuestra ayuda?

—Un momento, hermano Swami. ¿Puedes darnos la situación exacta en la que fue detectado el rickshaw destruido? —dijo Srila.

Swami accionó un interruptor que hizo descender una compleja esfera dorada sobre el centro de la mesa. La esfera era una joya invaluable proveniente del tesoro de la Hermandad. Había sido construida por algún anónimo artesano de Visloka mil

años antes de la fundación del Imperio. Realmente, era un mapa tridimensional del sector. Las estrellas estaban representadas por rubíes engarzados en una estructura de oro. Además de su belleza, su valor cartográfico era inmenso. En todo el Límite ya no era posible conseguir cartas de una precisión equivalente.

Swami se inclinó sobre la esfera, y utilizando un compás calculó la posición del pecio.

—No hay planetas en el sector. El más cercano es Martyaloka.

—¿Nada más?

Swami estudió un momento un pesado libro de anotaciones, encuadernado con piel, y adornado con caracteres en pan de oro, que acompañaba a la esfera.

—Sí. Hay varias mandalas independientes en la zona... Habitadas por rebeldes jainistas...

—Jainistas... —Goswami silbó la palabra con odio. Todos miraban sorprendidos a Srila.

—Esos tirthikas ya se pusieron en contra nuestra en el pasado. Tal vez todo este asunto del rickshaw no sea otra cosa que un ardid imperial para tener una entrevista con nuestros enemigos.

—¿Por qué no? Antes os he sugerido que posiblemente ellos mismos han destruido su rickshaw. Ahora, de pronto, nos enteramos de que esta pérdida les preocupa muchísimo... ¿No estarán buscando una excusa para introducir tropas en nuestra zona...?

—Lo que sabemos actualmente sobre sus problemas de política interna parece contradecir esa posibilidad, hermano Goswami —dijo Srila—. Hermano Kovoov, como observador político, ¿qué opinas... ?

—En estos momentos la situación no puede ser más confusa —dijo Moisés Kovoov—. En el Imperio tienen demasiados problemas internos como para que puedan plantearse la posibilidad de un ataque contra nosotros. Al parecer, existen rumores de que el joven Emperador ha sido asesinado. Nadie lo ha visto desde el pasado dashan. Y ha sido representado, por su madre, en todos los actos públicos celebrados en la Cakravartinloka.

—Probablemente ese tarado que tienen como Emperador estará en sus habitaciones. Oculto en una cama superpoblada. Todos conocemos su interés "científico" sobre el estudio del sexo en masa.

Todos rieron.

—Yo creo que esa ganika de Whoraide ha asesinado a su hijastro, y estará buscando la forma de autoproclamarse emperatriz —dijo Shantha.

—No sería nada extraño. El árbol genealógico de la Familia Imperial tiene, por causas parecidas, muchos esqueletos colgando de sus ramas.

Srila, de pronto, parecía muy interesado.

—¿Qué sucedería entonces?

—¿Cómo, Jagad-guru?

—Sí, ¿cuáles serían las consecuencias de algo así? ¿Qué pasaría si Whoraide se apoderara del trono... ?

—Bueno, Jagad-guru —dijo Kovoov pensativamente—. No lo sé exactamente. Pero es muy probable que eso llevara a una guerra civil. Los Grandes Clanes han estado últimamente muy ocupados peleando entre sí como para causarle problemas al Trono, pero el hecho de ver a una mujer como Whoraide sentándose en él, podría ser el catalizador que los uniera frente a la Cakravartinloka.

—Eso significaría que la Cakravartinloka quedaría aislada, enfrentándose ella sola al resto del Imperio... ¿Qué esperanzas de victoria tendría entonces?

—¿Con todo el Imperio contra la Cakravartinloka? Ninguna, ni siquiera contando con los poderosos tantrins imperiales. Cakravartinloka depende para su supervivencia de varios sistemas cercanos... La guerra cortaría las comunicaciones y... ¡Oh. Jagad-guru, ya veo dónde quieres ir a parar... !

—Exacto, hermano, los rickshaws podrían convertirse en la única fuente de víveres para la Cakravartinloka... en caso de guerra.

—Y esa guerra le parece muy posible a Whoraide, a juzgar por la rapidez con la que nos ha enviado a su lacayo Sidartani.

—La cuestión ahora es ver la manera de que la Hermandad pueda sacar beneficio de todo eso.

—Sidartani ha informado, también personalmente, al propio Khan. Al parecer, no quiere arriesgar nada.

—Y Khan no nos permitirá acceder al rickshaw siniestrado, si piensa que podemos obtener algún beneficio de ello.

—Probablemente tampoco le permitirá al Imperio introducir una de sus naves para investigar el rickshaw.

Swami rodeó la mesa y se aproximó a una pizarra.

—No tendrá más remedio, Jagad-guru. —Swami volvió a usar la esfera dorada para subrayar su exposición—. Esta es la última posición donde fue detectado el rickshaw. Recordad que se está moviendo a un cuarto de la velocidad de la luz. Esta es nuestra posición, en Vaikunthaloka. Este rubí representa Martyaloka. Por un lado es sorprendente lo cerca que estamos, pero de todas formas Khan no posee naves capaces de interceptar el rickshaw y decelerarlo. Necesita una nave del Imperio para ello. Khan deberá permitir el paso de una de ellas, o el rickshaw escapará del Akasapusa, y se perderá en el vacío intergaláctico.

—Por lo que veo —dijo Srila —, el rickshaw fue interceptado por la sonda imperial en el espacio que media entre Vaikunthaloka y Martyaloka...

—Sí, Jagad-guru. Más Cercano de Martyaloka que de nosotros en realidad... Ah!,



ya veo lo que propones... pero no es posible. A la velocidad a la que se mueven los rickshaws ni siquiera desde Martyaloka podríamos interceptarlos... No podríamos igualar velocidades, Jagad-guru.

—No tengo intención de interceptar al rickshaw. Dejemos que el Imperio y Khan se ocupen del asunto. Nosotros llegaremos en el momento oportuno. y recolectaremos el fruto de su trabajo.

—No estoy seguro de entenderte, Jagad-guru... —dijo Swami confuso.

—Partirás inmediatamente hacia Martyaloka. Allí te pondrás al mando de nuestra flota, y acudirás a la cita con Khan y el Imperio.

—Una cita a la que no hemos sido invitados... ¿Qué es exactamente lo que debo conseguir? ¿Y qué medios puedo utilizar para ello?

—Todo nuestro poder se basa en el control de las babeles. Nuestros misioneros en el Imperio tienen poco éxito, porque en él las babeles son innecesarias para salir de un planeta. Si los sueños de reconstrucción de Khan tienen éxito, es muy posible que pronto se conviertan también en artefactos inútiles en todo este sector, haciendo que nuestra estrella se extinga. Los rickshaws son una fuerza que no debemos menospreciar. La Hermandad debe controlar esta arma capaz de destruir rickshaws. También debemos controlar, si ello fuera posible, a los rickshaws mismos. Es importantísimo que así sea. Cualquier medio a tu alcance es bueno si obtienes a cambio ese secreto para nosotros.

—¿Cualquiera...?

—Cualquiera, hermano. Lo dejo a tu criterio.

—Pero...

—Parte inmediatamente, Swami. Toma la nave más rápida de que dispongamos hacia Martyaloka, y cumple tu misión. Nosotros desde aquí nos ocuparemos de las posibles consecuencias de tus acciones.

Swami se levantó, besó fraternalmente uno a uno a los allí reunidos (a Srila en las manos), y salió de la sala dirigiéndose hacia la estación de ascensores, mientras su lustrosa melena ondeaba a su espalda.

Hubo un instante de denso silencio tras su partida. Finalmente, Kovoov dijo casi en un susurro:

—Te das cuenta, Jagad-guru, que esto podría significar la guerra abierta contra Khan, y posiblemente contra el Imperio.

—Concede un poco de perspicacia a este anciano, hermano..

—Sí, Jagad-guru —se apresuró a decir Kovoov con humildad.

...prepárate para acompañarme en una visita a nuestro bienamado protector Khan... Océpate también de todas esas cuestiones de boato y pompa que tanto gustan a los no iniciados.

—Pero, Jagad-guru —intervino Shantya—, las relaciones con Khan no son aún lo

suficientemente distendidas como para...

—Precisamente por eso. Ya va siendo hora de que empiecen a serlo. Ocúpate de todo, hermano Kovoov.

Kovoov asintió. Los demás también aceptaron las órdenes de Srila. Todos sabían que el consejo de acaryas era meramente consultivo, y que siempre, en última instancia, era responsabilidad del Jagad-guru tomar las decisiones definitivas. Aunque éstas condujesen al desastre.

## DOS

Uno de los mayordomos de palacio condujo a Job Isvaradeva hasta el salón donde Kharole y Kautalya esperaban.

Kharole vio al joven comandante, demasiado joven para su elevado rango, que intentaba parecer mayor adornando su afilado rostro con un bigote apenas poblado. La delicadeza de sus huesos y la suave línea de sus labios delataban a Isvaradeva como un subandhu.

—A vuestras órdenes, chattrapati —dijo Isvaradeva saludando militarmente.

Por su parte, Isvaradeva se concentró en aquel hombre. Era una leyenda viviente, el líder que se había propuesto cambiar el curso de la historia, y que estaba en camino de conseguirlo:

Khan Kharole.

En cierta forma, aquel encuentro resultaba decepcionante para Isvaradeva, conocía a Kharole a través de infinidad de carteles y películas que lo mostraban en la plenitud de sus años jóvenes. Ahora tenía ante sí a un hombre de rostro ya maduro, adornado por una impresionante barba canosa, que en sus profundos ojos de halcón empezaba a dejar traslucir el agotamiento de una vida de continua lucha.

—Espero que me disculpes, comandante. Uno sabe la hora a la que empiezan estos malditos actos, pero nunca tengo ni idea del momento en que terminarán. Sin duda te cité, y has estado esperando.

—Apenas unos minutos, chattrapati.

—Bien, lamento que no hayas podido venir antes y acompañaron. ¿Te apetece tomar algo, comandante? Los cocineros, por exceso de celo, han preparado comida para un regimiento.

—Sí... eh, gracias chattrapati, pero comí hace una hora en la nave.

—¿La Vajra? ¿En qué estado se encuentra?

—Ya casi totalmente repuesta del último combate. Pronto estará dispuesta para volver a la acción.

—Estoy seguro de ello. Bien, bien... Tenemos que hablar, ¿sabes? Acompáñame. Kautalya, búscanos un lugar más tranquilo.

Kautalya les condujo a través de varias salas hasta la biblioteca. Llegaron a ella tras un largo viaje por tortuosos pasillos que resultaban (por contraste con el desabrigado comedor) opulentos. Pesados tapices cubrían las paredes; una gruesa alfombra se extendía sobre las frías baldosas de mármol. Óleos de ciudades y paisajes de los más pintorescos mundos del Imperio colgaban a intervalos regulares sobre los tapices; un tenue y no desagradable olor flotaba en el ambiente procedente de ocultas flores. Finalmente llegaron a la Sala. Entraron, y Kharole cerró las dobles hojas de la puerta tras de sí.

Isvaradeva estudió admirado la inmensa cantidad de libros allí acumulados. Muchos debían de pertenecer originalmente a la sala, pero Isvaradeva sabía que Kharole viajaba siempre con una pequeña biblioteca a cuestas.

—¿Fumas...? —dijo, abriendo una caja de cigarros y ofreciéndosela.

—No, gracias, chattrapati —rehusó Isvaradeva.

—Gosser, mi médico, quiere que lo deje. Pero, maldita sea... si no puedo ni disfrutar de estos pequeños placeres. —Kharole encendió un cigarro. Emitió un anillo de humo con satisfacción—. También me agobia con su cantinela de que como demasiado...

Expulsó el humo y señaló los libros con el cigarro.

—En ocasiones estudio hasta muy tarde, por las noches cuando me desvelo. Sin embargo, sé que ésta es una batalla que me ha tocado perder. Quizás porque empecé muy tarde, nunca llegaré a dominar estas ciencias por completo. Cuando era joven tenía otros problemas. Y por otro lado el estudio no estaba muy bien visto en aquellos oscuros tiempos.

—Todos sabemos cómo su chattrapati ha luchado para cambiar eso.

—Hombres como tú, comandante, son los que están haciendo posible mi sueño.

Uno de los camareros trajo el té. A Kharole no le gustaba beber sin acompañarlo con algo, de modo que sirvió una bandeja con una tetera, pasteles, frutos secos, jarritas de crema y un par de platillos de nata.

—Ah, se me olvidaba. ¿Un coñac?

—Eh... no, gracias, chattrapati. No tengo costumbre.

—Eso está bien. Yo tampoco; comer mucho y beber poco, ésa es mi regla. Pero hizo un gesto vago con el puro —no pretendo que lo sea para todo el mundo.

La mano de Kharole se alargó hacia un dossier que había en una mesita cercana. Lo hojeó descuidadamente con la mano libre. Isvaradeva miró la portada, sintiendo un vago deseo de alargar la mano para cogerlo y leerlo. En lugar de eso bebió un sorbo de té. Buena bebida, en nada similar al sucedáneo que servían en las naves de guerra.

—Hummm... No está mal. El Almirantazgo parece tener muy buen concepto de ti. Prácticamente te presentan como el principal artífice de la victoria. Me han cursado

una docena de peticiones proponiéndote para la máxima condecoración militar. Pero, ¿sabes una cosa...? Yo no necesito héroes. Los héroes son para las derrotas. Para que la muchedumbre se fije en ellos, y olvide las pérdidas. Necesito en cambio valientes con un sentido del deber como el que tú posees...

Las cejas grises de Kharole se alzaron, y su mirada penetrante se dirigió al rostro de Isvaradeva.

—Conocí a tu padre. Ah, ¿no lo sabías? Claro; sabiendo cómo pensaba, una amistad como la mía no era algo por lo que ir presumiendo por ahí, ¿no te parece?

—Bueno...

—Vamos, no disimules. Supongo que me habrá llamado "salvaje maloliente", "yavana depredador", "saqueador de tumbas" y otras cosas por el estilo.

Isvaradeva se sentía embarazado por la desconcertante franqueza de Kharole, aunque ya le habían advertido. De todos modos, la posición de su padre no podía ser más lógica. El poder de su Clan se basaba en la posesión de la mayor y más rica región agrícola de Krishnaloka. Cuando el Imperio se retiró de la zona, acompañado por algunos de los clanes más influyentes, sus antepasados no pudieron enrollar sus tierras, meterlas en el equipaje y hacer otro tanto. Tuvieron que quedarse y gozaron de cierto poder e independencia, hasta la llegada de los Kharole.

Khan siguió hablando, con mirada vaga.

—En el fondo, yo lo apreciaba. Tenía valor, hay que reconocerlo. Y creo que él también a mí, aunque no le gustase admitirlo. ¡Un subandhu del Imperio, de la más alta alcurnia, recibiendo órdenes de un yavana guerrero de familia vaysia! Pero, amigo, la vida es así. Todo el sector estaba en pleno caos: angriffs, rebeldes, bandidos. ¡Qué diablos, si incluso había subandhus que capitaneaban naves piratas! Una pandilla de forajidos que estrujaban el bali a una población que vivía al nivel de las bestias, y que buscaban camorra con sus vecinos para cobrarles el chauth. Que es, dicho sea de paso, una forma bastante ineficaz de financiar los gastos del estado. ¡Un auténtico estado de peces, puedes creerme!

Dio una larga chupada al cigarro, exhalando una nube de humo con un suspiro de nostalgia.

—¡Qué tiempos aquellos! Ahora tendría dificultades para embutirme en una cápsula de caída —se palmeó el abdomen—. Tu padre, Isvaradeva, era un hombre cabal; pero ya sabes: por aquí y por allá, había jefes y jefecillos y barandas y de todo, que hacían lo que les venía en gana, sin que nadie pudiera toserles. Tu padre fue una especie de almohadilla entre ellos y la Utsarpini. Sin duda, se evitaron muchas vidas gracias a su buen hacer como negociador.

Quedó un rato silencioso, absorto en sus recuerdos. Isvaradeva se aventuró a decir:

—¿Sí?

Los labios de Kharole se curvaron en una media sonrisa cínica.

—Algún día tenemos que hablar de todo esto, muchacho. Me gustaría conocer mis grandes hazañas. Quizás yo sea el menos informado. ¿Y qué tal me trataban los queridos Hermanos?

—Solo leí elogios.

—Ah, sí —sonrió Kharole—. Aunque sospecho que los Hermanos del Sagrado Fuego de Agni habrán destruido algunos, a raíz de los últimos problemas de Su Divina Gracia conmigo. No muchos, supongo. Srila sabe a quién debe arrimarse. Pero no hablemos de eso. Nuestro tema eres tú.

»Isvaradeva, necesito a un buen oficial. Un tipo que sepa usar sus ojos, oídos y cerebro, antes que los músculos. Un soldado leal.

Se puso repentinamente en pie, y se dirigió a un extremo de la habitación. Isvaradeva, cogido por sorpresa, dejó su taza y se levantó. Se acercó al lugar en el que estaba Kharole, en respuesta a un movimiento de su mano.

Había un objeto enorme y extraño. Parecía un gran bloque de vidrio o plástico transparente, de forma aproximadamente cúbica, de un metro y medio de arista. Descansaba sobre una base metálica de unos treinta centímetros de grosor, y tan ancha como el propio cubo.

—¿Tienes idea de lo que es esto, muchacho? —preguntó Kharole.

Isvaradeva lo examinó cuidadosamente. En el fondo del cubo habían unas cosas... Parecían ¿lentes? ¿proyectores? ¿cámaras? Un aparato, pero no se velan mandos de ninguna clase.

—Parece un artefacto... ¿Imperial?

—Es un artefacto Imperial. Un regalo de cumpleaños, de parte de monseñor Sidartani —el tono de Kharole era falsamente amable—. Lo llaman un "holotank". Es un aparato de visión. Microcomputerizado. Aquí está su tablero de control.

—¿Esto? —Isvaradeva no pudo ocultar el asombro.

El tablero era una placa de reluciente plástico negro, de tamaño doble al de un libro. Lo sostuvo en su mano. Apenas pesaría trescientos gramos.

—Sí, esto —Kharole lo cogió y accionó un interruptor lateral. Al instante, la superficie de la placa se iluminó con hileras de letras y números—. Increíble, ¿no es así? Se comunica con el resto por ultrasonidos, o infrarrojos, o por telepatía, vete a saber. Kautalya, ¿quieres correr las cortinas, por favor?

El peswa obedeció. Mientras, el holotank parecía dar señales de vida. Un suave zumbido de ventiladores llegaba de su base.

El interior del holotank parecía lleno de... Parecían puntos luminosos. De repente comprendió. Era una reproducción, increíblemente detallada, del Akasapushpa.

—Un prodigio de la ciencia Imperial. Me gustaría saber cómo funciona. Mis

técnicos en ordenadores querrían abrirlo, pero no se atreven. Y yo tampoco les dejo. Me dicen que uno de nuestros ordenadores que hiciera lo mismo abultaría tanto como este edificio... y eso que, según creen, la mayor parte del volumen de esta cosa es el conjunto de proyectores.

Isvaradeva escuchaba a medias. Una esfera de puntos luminosos que giraba lentamente ocupaba todo el volumen del cubo, espesándose en el centro, donde formaba una bola de luz casi deslumbradora. La luz permitía (como comprobó) leer letra impresa.

Mirando de cerca, se dio cuenta de que cada estrella se movía en una complicada danza, influida por sus vecinas; pero, a grandes rasgos, todas giraban en torno al núcleo de Akasa-puspa en la misma dirección.

—Esto me servirá para mostrarte el problema, como hizo conmigo Sidartani. —Isvaradeva respingó al oír la voz de Kharole—. Si te consuela, mi boca estaba casi tan abierta como la tuya.

Isvaradeva se volvió. El rostro de Kharole estaba iluminado por las luces del tablero, que seguía sosteniendo en su mano.

—A ver si me acuerdo... esto era para disminuir el brillo.

—El brillo del Akasa-puspa se atenuó un tanto—. Ajá. Y ahora... En el interior del holotank comenzó a extenderse una delgada línea de luz azul, formando un arco casi perfecto. Atravesaba entre las estrellas, en una zona intermedia entre el Núcleo y el Límite.

Pronto la línea hubo cerrado un círculo en torno al Akasa-puspa. Entonces empezó a formarse otra.

Y otra.

Y otra más.

—Estás contemplando el desarrollo del Sistema Cadena —dijo Kharole—. Supongo que sabrás de qué se trata...

Isvaradeva recordó. Lo había estudiado en Historia Antigua. El Viejo Imperio había creado aquella red. Gigantescos vehículos no tripulados de carga, acelerados a un cuarto de la velocidad de la luz, que recorrían en círculos la Zona Habitable del Akasa-puspa. Giraban en torno al Núcleo aprovechando su intenso campo magnético para virar, como electrones en el interior de un ciclotrón.

Había sido la gran obra de los imperiales. Un medio de transporte para facilitar la unión a través de grandes distancias. Una vez acelerados hasta su velocidad de crucero mediante cañones láser, se mantendrían en sus trayectorias sin consumo de energía, excepto para los ordenadores. Y, recordó, ya sabemos las cosas que pueden hacer en el Imperio con ellos; habría que figurarse sus logros pasados...

Una complicada maraña de líneas azules envolvía el Akasa-puspa. Eran círculos máximos que se intersectaban en las proximidades de una estrella. Krishnaloka,

pensó. ¿Cuánto tiempo tardaría un rickshaw en recorrer su circuito? Sacó su regla de cálculo de bolsillo.

Veamos, pensó. El Cúmulo tiene ciento cincuenta años luz de diámetro. La Zona Habitable estaba a... un promedio de cincuenta años luz del núcleo. A un cuarto de la velocidad de la luz, eso representaba seiscientos años. Silbó suavemente. ¡Desde el fin del Viejo Imperio, algo menos de medio circuito!

Kharole parecía haberse dado cuenta de lo que calculaba.

—Y sin embargo —dijo—, hay un fallo.

Isvaradeva arqueó las cejas. ¿Fallar el Sistema Cadena? ¿Después de veinte siglos de perfecto funcionamiento?

Kharole accionó algo en el tablero. Un segmento de una de las líneas azules se volvió repentinamente rojo.

—Un rickshaw de ese circuito está destruido. Justamente mientras atravesaba ese segmento de la órbita —dijo.

—¿Pero... destruido? —casi balbuceó Isvaradeva. ¡Imposible!

—Destruído. Destrozado. Hecho trizas.

—¿Cómo?... ¿Quién?

Kharole suspiró.

—Eso es justamente lo que tú me dirás.

Isvaradeva calló. Empezaba a entender.

—Sidartani me lo ha comunicado. Se tomó muchas molestias para hacerlo, interceptando mi flotilla en el espacio, cuando nos dirigíamos hacia aquí. El rickshaw fue descubierto por una sonda robot del Imperio, una sonda de investigación, según dicen. —De nuevo la sonrisa irónica—. Puedes figurarte el mal rato que pasó monseñor al contarme que tenían vehículos de investigación en nuestro espacio. Por supuesto, fui diplomático y no pregunté qué cosas investigaban. Ahora sé que el Imperio me espía, y saben que lo sé, y sé que saben que lo sé... pero el aspecto diplomático es lo de menos. O no conozco a ese zorro, o Sidartani estaba preocupado, Isvaradeva; podría jurarlo sobre un montón de Sastras.

Súbitamente se volvió hacia Kautalya, que había permanecido escuchando silencioso en un rincón de la biblioteca.

—¿Qué sabes sobre la reunión entre Srila y Sidartani?

—No mucho, chatrapati —respondió el anciano—. Como nos había anunciado el adhyaksa imperial, en su inesperado encuentro en el espacio, se ha reunido con Srila apenas aterrizó en el planeta. La reunión tuvo lugar en su cápsula personal, por lo que nos fue del todo imposible registrar la conversación.

—Es de suponer que le informó de las mismas circunstancias que a nosotros.

—Es de suponer, chatrapati. Pero hay algo muy extraño en comportamiento de Sidartani.

—¿En Sidartani? Lo extraño en él sería que no hubiera nada extraño. Pero, recapitulemos, primero Sidartani se entrevista con nosotros en el espacio y nos informa de la destrucción de uno de sus rickshaws en este sector. Acto seguido viaja hasta Vai— kunthaloka y mantiene una reunión privada con Srila, aparentemente para tratar el mismo asunto... Pero, claro, no podemos estar seguros... ¿Qué pretende Sidartani con todo este complejo juego?

—¿No es evidente, chattrapati? Sidartani os informa a vos y a Srila por separado. Ninguno de los dos sabe exactamente lo que el adyakasa le ha contado al otro. Y lo que es peor, ninguno puede confiar en el contrario para conocer toda la verdad. Con esto Sidartani, a pesar de que quizás os ha descubierto sus cartas, sigue manteniendo la exclusiva de la información. Sigue siendo la única fuente válida de datos... A la vez, incita vuestra rivalidad...

—Si, muy sutil, muy astuto, muy propio de Sidartani... Sin embargo, algo me dice que en este caso hay algo de verdad. De todos modos tendremos que averiguarlo. Nosotros tampoco deseamos que el Sistema Cadena quede destruido.

»Por eso no puedo rechazar la oferta de Sidartani de enviar una nave investigadora. Una nave de fusión de alcance ilimitado.

—Pero... —protestó Kautalya.

—No lo harían sin un buen motivo. ¿Puedes imaginar lo que pasaría si cayera en malas manos? Lo que daría un capitán pirata por ella. O bien lo que daría la... —se calló de repente—. Aunque fuera desarmada. Cosa que, como es natural, es lo primero que exigí. Y aceptaron.

»Y no puedo negarme. Ningún velero de luz podrá alcanzar a ese monstruo de rickshaw, a un cuarto de C. Tiene que ser la nave de fusión del Imperio, o nada.

»De modo, comandante, que ésta es tu misión... Si estás dispuesto a concederme un año más de tu vida...

—Entiendo, chattrapati. Ser vuestro observador en la nave Imperial.

—Exacto. Tener ojos y oídos bien abiertos y mente alerta. Averiguar qué diablos pasa con ese rickshaw. Averiguar si de verdad se dedican a investigar el naufragio... A propósito, te acompañará un científico. He avisado a la Armada para que nos envíen uno.

Kharole accionó algo en la consola. El holotank se apagó. Isvaradeva parpadeó al encenderse las luces.

—Aquí tienes todo lo que sabemos —Kharole le tendió una carpeta—. Examínalo. Y ahora... a menos que tengas alguna pregunta, joven guerrero, déjame solo. Una montaña de papeles me aguarda anhelante.

Cuando Isvaradeva salió de la biblioteca, se le ocurrió repentinamente lo que Khan Kharole no le había dicho: que la Hermandad no debía poner sus manos sobre la nave de fusión Imperial.



## TRES

El autogiro privado de Su Divina Gracia se puso en marcha, despegando desde un punto cercano a la base de la babel.

Kovoor miraba distraído por la ventanilla. Srila suspiró, y le preguntó directamente:

—Tu reticencia no me ha pasado desapercibida. ¿Tienes alguna duda, hermano Kovoor?

—Ninguna, Jagad-guru. Tú no puedes equivocarte, porque el mismísimo Dyaus Pitar habla por tus labios. Sin embargo...

—Sin embargo...

—...los ecos de Su Voz llegan distintos a mis oídos.

La risa de Srila resonó en la sala como la de un muchacho de quince años.

—Es lo que ocurre cuando no se tiene línea directa. ¿Y qué te dicen esos ecos...? Kovoor carraspeo.

—En estos momentos Kharole desconfía abiertamente de la Hermandad, y especialmente de Su Divina Gracia. De no ser por nuestro ascendiente entre el pueblo, el asunto hubiera acabado mucho peor. Sin duda que daría cualquier cosa por ver a cualquier otro al frente de la Hermandad.

—¿Quién sabe lo que este hombre tendrá en su cabeza? «...Como un elefante furioso —dijo Srila recitando el Arthasastra— que montado por un borracho aplasta todo a su paso, así se ha alzado este rey, que no posee el ojo del Libro de la Doctrina y que es ciego, para destruir a las gentes de la ciudad y el campo. Sólo es posible dañarle soltando contra él otro elefante...»

—¿El Emperador...?

—El Emperador —asintió Srila—. Y el rickshaw destruido será la espuela con la que azuzaremos este elefante.

—¿Por qué complicar las cosas? Lo tenemos todo a nuestro favor. Hemos de suponer que Kharole no se siente muy feliz con la presente situación. Ha intentado someter a Su Divina Gracia por la fuerza, y su jugada se ha vuelto contra él. No sería extraño que esperara represalias por parte de la Hermandad.

—Represalias que por otro lado contarían con el apoyo de los Clanes subandhus sometidos —Apuntó Srila.

—Sin duda, Jagad-guru. Podríamos presentarlo como tirthika, lo que haría que incluso sus subandhus más fieles le abandonasen. O, simplemente, denunciarlo como usurpador, cosa que tendría el mismo efecto, pues (en teoría) es al Imperio a quien pertenece el reino de Kharole. No es que los nobles respeten al Emperador, claro está, pero qué duda cabe que éste sería el pretexto ideal para campar a sus anchas... Lo bueno, es que cualquiera de estas acciones contaría con la simpatía del Imperio, que,

sin duda, nos concedería a cambio la autonomía que deseamos.

—¿Es así como pensáis todos? —preguntó vivamente Srila.

—Sí, Jagad-guru. Pensamos que un acercamiento a Kharole no resultaría consecuente en estos momentos.

—¿Crees que nos beneficiaría más acercarnos al Imperio? —preguntó Srila. No esperaba una respuesta, y no la hubo.

—No permitas que tu reciente victoria moral frente a Kharole pierda su poderoso significado —Añadió Kovoov, tras una pausa—. Si sabemos jugar ahora nuestras piezas, antes de un año nos haremos con el control total de los territorios de la Utsarpini. El Imperio está buscando desesperadamente nuestra amistad. No le provoquemos mezclándonos en todo este oscuro asunto del rickshaw. Tal vez seria conveniente tener una nueva entrevista con Sidartani antes de que...

—No. —Srila no reía ahora—. Lo que propones desencadenaría una guerra civil por la sucesión... Una guerra civil en el Límite sería rápidamente aprovechada por el Imperio para "salvar a la Sagrada Hermandad, amenazada por un sanguinario yavana usurpador". Y sí algo no deseamos es la intervención Imperial en el Sector. Eso no haría otra cosa que cambiar un problema por otro peor. Al menos tenemos a Kharole cerca, y siempre podemos tratar con él, pero, ¿cómo influir en la política imperial distante un año luz de donde nos encontramos?

—¿Cómo evitarás ser destituido por Kharole, si llegara el caso?

Srila adoptó la pose de un prestidigitador a punto de extraer un conejo de su chistera.

—Le invitaremos a la próxima ceremonia del Vedi... —Esperó hasta ver la estúpida expresión de asombro que se reflejó en el rostro de Kovoov al comprender el alcance de sus palabras

Como todo el mundo sabe, no se permite el paso de los no iniciados a este sacro ritual. Con Kharole haremos una excepción, pero deberá acudir solo..., y desarmado.

—Kharole no es estúpido. Jamás aceptará una invitación así —dijo Kovoov.

—No podrá negarse a un honor tan grande sin ponerse en evidencia.

—Luego piensas que asesinar a Kharole es la única solución.

—¿Quién ha hablado de asesinar a Kharole? Creía que me conocías más profundamente, hermano. Personalmente, siempre he detestado la violencia innecesaria.

—Entonces...

—Recuerda dónde estamos. En Vaikunthaloka. Esta babel fue el templo donde tradicionalmente se coronaba a los emperadores del pasado. Desde este punto de vista la corona Imperial está vacante. Coronaremos a Kharole como Emperador, a la usanza antigua. Será el Cakravartin.

—No puedes hablar en serio... —se apresuró a decir Kovoov horrorizado.

Srila levantó las manos pidiendo silencio.

—¿Has considerado por un momento lo que eso significaría realmente para nosotros?

—Sí, la guerra con el Imperio.

—No lo creo. Las consecuencias serían otras, y muy distintas: Primera —Srila levantó un huesudo dedo —, colocaríamos a Kharole en una situación inferior, pues recibiría su Corona por graciosa condición de la Hermandad, que dado el caso, también tendría poder para retirársela.

»Segunda, puesto que yo, personalmente, le he hecho tan gran honor, destituirme sería una acción que Kharole se vería incapaz de enfrentar. En realidad (y ésta es la ironía) Kharole estaría en deuda conmigo, y por extensión con toda la Hermandad.

»Tercera, trasladaríamos la hostilidad de Kharole hacia nosotros, dirigiéndola hacia el Imperio, que sin duda estaría más molesto ahora con Kharole que antes. Resultado, la alianza con la Hermandad se vería reforzada.

»Cuarta: el Imperio lo tomará como un insulto. Cuanto más energías empleen contra Kharole, menos se preocuparán de nosotros.

»Quinta, y última. La Hermandad seguirá conservando su autonomía. Este será nuestro precio por ayudar a Kharole en su lucha con el Imperio.

»Como ves, tendremos todas las ventajas de una alianza con el Imperio, y ninguno de sus inconvenientes.

—Admiro tu plan, Srila —dijo Kovoov—. Sin duda es digno de ti. Pero, me temo que Kharole no aceptará la Corona...

—No podrá negarse, porque no sabrá nada hasta el mismo momento de ser coronado..., ante las cámaras de televisión. Tampoco podrá rechazarla después, porque a Kharole le interesa también ser coronado Emperador. Esto dotaría a su causa de un prestigio que le permitirá ser más fácilmente aceptado como raja tiraja por los pueblos de planetas que, en teoría, siguen siendo súbditos del Imperio.

»Tarde o temprano él mismo hubiera acabado por coronarse Emperador. Si rechaza la Corona de nuestras manos, cerrará para siempre esa puerta. No, hermano, no le gustará en absoluto recibirla de esta forma, y en este momento, pero no podrá hacer nada por evitarlo.

"El Señor que está en los corazones por su milagro maya hace que bailen todos los seres como marionetas en una cuerda..." —añadió citando el Bhagavad-gita—. Kharole es un hombre fuerte, y nunca llegaremos a controlarlo completamente, pero sus descendientes serán simples títeres en manos de la Hermandad...

Se volvió para contemplar la Sagrada babel que iba quedando atrás, mientras el autogiro seguía su viaje.

Srila recordó su impresión, cuando era un joven mumukshu, al ver por primera vez aquella misma babel. Les llevaron, a él y a otros, por las aguas del río Dikim.

Srila, que entonces aún se llamaba Juban Sonnot, había yacido en la cubierta del vapor, fascinado ante la visión, sin poder apartar los ojos de ella. Luego, una nube oscureció el cielo y la magia se desvaneció.

Rahu se elevaba de nuevo sobre el horizonte, bañado con su roja luz, para repetir el ocaso.

Setenta años atrás, cuando Srila apenas contaba diez y hacía menos de cinco que sus padres le hicieran ingresar en el Seminario, la Hermandad había sido arrojada de Vaikunthaloka.

Las escenas de la ahora llamada "Toma de la Babel" habían quedado indeleblemente grabadas en su mente infantil. Sólo su corta edad le salvó de la matanza; al ceder su sed de sangre, los Vaisyas permitieron la evacuación de los Hermanos supervivientes a Vaipusaloka. Allí creció, y su piedad y afición al estudio del Bhagavad-gita le valieron rápidos ascensos: Variyan en primer lugar, Varishta pocos años después, un puesto influyente como mahattara del Mahasabha más tarde...

Casi al instante se apoderó de él un extraño pensamiento. ¿El círculo se había cerrado...? ¿Debía retirarse en este mismo momento y esperar la muerte rodeado sólo de paz?

Entonces recordó con rabia la humillación a la que su "aliado" Kharole le había sometido sólo unos meses atrás. Recordó los días de encarcelamiento y la amenaza de muerte que pesó sobre su cabeza.

Su residencia en Krishnaloka custodiada por soldados... La capital prácticamente tomada... La escolta de Hermanos apresada y desarmada. Tres de ellos ofrecieron resistencia y fueron muertos.

No, no podía ceder ahora, cuando la victoria estaba tan próxima.

## CUATRO

El sargento instructor había observado atentamente sus piernas durante unos segundos. Después había elevado su mirada hacia el cielo, como si fuera objeto de alguna conjura cósmica.

Jonás fue separado del resto de los reclutas, para recibir una instrucción especial. Sin embargo, se equivocó al pensar que, dada su condición de minusválido, iban a ser más considerados. Durante treinta días fue empujado, arrastrado y revolcado de un lugar a otro por sus increíblemente sádicos instructores. Después de tan sólo una semana de estar allí le parecía que toda su vida anterior había sido un corto y descansado preludio que apenas recordaba nebulosamente.

Finalmente Jonás firmó el compromiso definitivo que le ligaba por dos años al ejército de la Utsarpini.

En una ceremonia aparte le dieron sus insignias de alférez y un permiso de ocho

días para que arreglara sus cosas antes de presentarse en la base de la babel a las siete de la mañana del octavo día e iniciar el viaje hacia su destino: el velero solar Vajra.

No tuvo mucho que arreglar. Tan sólo podía llevar treinta kilos de equipaje, y esto excluía cualquier posibilidad de llevar sus libros con él. Preparó una maleta con algunos objetos personales y pasó el resto del tiempo despidiéndose de sus amigos, y preguntándose si había hecho lo adecuado. El cambio del campamento, al regresar a su vida habitual, había sido tan brusco que no podía evitar el ver las cosas desde un nuevo ángulo...

¿Dónde se había metido? En fin, lo hecho, hecho estaba. Sin duda, lo que le esperaba por delante no sería peor que su vida en Vaikuntha ahora que la Hermandad había regresado.

La mañana del día que finalizaba su permiso volvió a vestir su uniforme blanco y rojo de la Marina de la Utsarpini, y se puso en marcha cargado con su pequeña maleta. El uniforme era demasiado vistoso y poco práctico, pero sin duda cumplía la principal función para la que había sido diseñado. ¿Cuántos pobres diablos que no habían tenido en toda su vida más que un par de zapatos ingresarían en el Cuerpo sólo por aquel bonito uniforme? Muchos, sin duda. En la Utsarpini abundaban los planetas atrasados, llenos de poblaciones miserables.

Afuera seguía el largo invierno de Vaikunthaloka, pero la noche estaba sobradamente iluminada por el fulgor de Akasa-puspa. El núcleo del Cúmulo se arqueaba en lo alto como una explosión congelada en un millón de chispas deslumbrantes, iluminando unos mundos que no habían conocido jamás la oscuridad.

El viento invernal de Vaikunthaloka se filtraba entre la corta hierba de los parques, entre las plantas exóticas y entre los recortados setos; el viento arrancaba las hojas de los majestuosos robles a lo largo de la calle y las enviaba revoloteando en confusa desbandada. A lo lejos se elevaba hacía el cielo un delgado hilo plateado que parecía surgir de las nubes y remontares casi hasta el cenit. La parte inferior de la babel estaba inmersa en la sombra del planeta, pero la parte superior seguiría iluminada por la roja luz de Rahu durante dos meses y medio más.

Tomó un taxi que le llevara hasta la Base de la babel. El coche emprendió su marcha introduciéndose en la ciudad recién conquistada. El césped de los jardines estaba verde y bien recortado; los arbustos mostraban señales de un delicado cuidado. Coches situados aquí y allá a lo largo de la calle, parados en los bordillos o aparcados frente a los edificios. La ciudad no parecía haber sufrido demasiado el asedio. Algunos edificios habían sido reducidos a cascotes, y otros mostraban la huella de ya extintos incendios. Estos edificios se alternaban en altura entre uno y tres pisos, de acuerdo con la moda local todavía no contaminada por la superpoblación, y la especulación del suelo. Eran de diseño macizo, pintados en tonos pastel y poseían patios escalonados decorados con invernaderos en miniatura. Parecía mentira que

aquella ciudad hubiera pasado por un infierno hacía apenas dos meses. Por todas partes la actividad había retornado a la normalidad: los pequeños quioscos recibían la prensa a aquellas horas y cientos de comercios abrían a lo largo de su recorrido.

Tal vez sería la costumbre —pensó Jonás— las guerras no eran precisamente algo extraordinario en la Utsarpini.

De todas formas, la Universidad seguía cerrada.

El automóvil se detuvo junto a la base, y Jonás se dirigió hacia el ascensor para el que la Utsarpini le había dado un billete.

La babel se elevaba sobre su cabeza como una montaña prismática, convergiendo hacia un punto situado en el infinito, como sí pudiera taladrar la cúpula llameante que era el Akasa-puspa y terminar su camino a los mismísimos pies de Dios.

Había una frenética y ruidosa actividad alrededor de la base. Camiones almacén cargados salían de las bocas abiertas de la Fortaleza y otros vacíos entraban; las cabrías subían y bajaban. Los suelos blindados rechinaban en las bodegas de los pesados autogiros que, una vez cargados, se elevaban velozmente para dejar sitio a otros. A lo lejos, en una improvisada pista de aterrizaje, un brillante tractor amarillo cromo se dedicaba a enganchar las largas y delgadas naves transportadoras de tropas conforme regresaban de sus lanzamientos, y remolcarías hasta la base de la babel. Un continuo río de material estaba siendo descargado rápidamente.

La Utsarpini y todas las culturas yavanas que surgieron tras la retirada del Imperio de aquella zona habían perdido la tecnología necesaria para colocar una nave en órbita, venciendo la atracción del planeta. Las babeles eran su única puerta al espacio.

Una puerta que todos deseaban controlar.

En poco más de doscientos metros montaban guardia una docena de hombres. Varios carros acorazados apuntaban sus armas hacia la inmensa planicie de cemento sobre la que se elevaba la babel. Atacar aquella posición sería poco menos que suicida. Las alambradas instaladas a unos 150 metros del parapeto constituían un jalón invulnerable a la hora de abrir fuego contra cualquier grupo armado.

Para los artilleros de la Utsarpini sería como jugar a los bolos —pensó Jonás.

De hecho, un ataque contra la base de la babel era una eventualidad sumamente remota. El radar permitiría detectar cualquier aproximación del enemigo a babilonia, y su localización exacta. Los morteros harían el resto.

Jonás cruzó la explanada de la base de la babel, mientras el característico viento de aquella época en Vaikunthaloka azotaba las perneras de sus pantalones militares produciendo un débil chasquido y empezaba a morder la carne al descubierto con repentino vigor.

Los trámites en la aduana de la Hermandad no presentaron ningún problema. El joven empleado de la Hermandad echó una ojeada rutinaria a su equipaje y visado

militar, y dijo tras observar su pasaporte con nacionalidad de Martyaloka:

—Espero que haya tenido una estancia agradable en Vaikunthaloka.

—Gracias —dijo Jonás, con gratitud casi excesiva —; muchas gracias.

Por el pasillo se dirigió desde el local de Aduana hasta la sala de recepción, al otro lado del edificio-fortaleza que era la Base de la babel. Jonás parecía haberse recuperado de sus inquietudes, caminaba entre grupitos de viajeros que miraban vagamente absortos los quioscos con escaparates de perfumes, cámaras fotográficas y frutas.

El ascensor era semejante a un vagón de tren vertical, y de extremos aerodinámicos. Estaba dividido interiormente en pisos semejantes a rosquillas por cuyo centro ascendía una escalera de caracol que los comunicaba.

Jonás utilizó esta escalerilla saludando a todo superior, y siendo saludado por todo aquel que se encontrara por debajo de él en el escalafón militar, hasta que dio con un piso en el que no había ningún militar a la vista.

—Tomó asiento, las butacas estaban dispuestas formando círculos concéntricos, y rebuscó en un revistero adosado a ellas.

Había camarotes individuales provistos de literas donde uno podía realizar el viaje durmiendo, pero el ejército no parecía dispuesto a derrochar estos lujos con un simple alférez.

Sin embargo, descubrió que podía reclinar su butaca hasta adoptar una posición casi horizontal y mucho más cómoda.

A través de la portilla el suelo de Vaikunthaloka empezaba a —Alejarse con una velocidad creciente.

Las vigas y estructuras externas de la babel desfilaban ante sus ojos con rapidez. Kilómetros de andamiajes trepaban por sus caras, y las ventanas y aspilleras de la Fortaleza Basal la perforaban. Los primeros quinientos metros de la babel eran una ciudadela vertical casi inexpugnable.

Se produjo un claro en la capa de nubes y Jonás tuvo un confuso cuadro, a través de las troneras, de parches verdes de vegetación, serpenteantes caminos color mostaza y pequeños caseríos solitarios. La babilonia permanecía invisible a sus pies, oculta por la masa del ascensor.

Tras veinticuatro horas de ascensión el aparato alcanzó la mitad de su trayecto, deteniéndose en la estación intermedia.

Jonás pudo contemplar el paisaje del planeta visto desde doce mil kilómetros de altura a través de los miradores semicirculares. Una vez más comprobó que los mundos eran redondos. Bajo él se extendía el planeta como una inmensa curva dotada de todos los tonos entre el azul y el blanco. Pensó en lo lejanos que parecían ahora sus problemas en aquel mundo, contemplados desde esta altura.

Durmió cómodamente en una pequeña habitación de hotel reservada para

oficiales, y al día siguiente reemprendió su viaje.

Esta vez se trataba de un ascensor más pequeño, con la forma aproximada de una caja de zapatos. A aquella altura la atmósfera era tan débil que las formas aerodinámicas eran completamente inútiles.

Jonás observó los emblemas de la Utsarpini en el andén; éste era un transporte exclusivamente militar.

Soy un diminuto ratón atrapado por un torrente —se dijo resignado—. Una cierta fuerza cuyo poder soy incapaz de comprender.

El resto de la ascensión la pasó rodeado de uniformes y de insignias de todos los grados y colores.



### III. LA MARINA

*¿No es milicia la vida del hombre sobre la tierra...?*

Job (7.1)

#### CERO

ESCENA: Sala de banderas del Depósito de Sementales 557 de las Fuerzas Armadas de la Utsarpini. Están presentes un coronel, varios altos oficiales, y un sargento de la Policía Militar.

CORONEL (consultando un papel): Sargento, haga pasar a los siguientes acusados. Tenientes Pramantha y Ramavayu.

SARGENTO: ¡¡Acusados Pramantha y Ramavayu y escolta, de frente!! ¡Un, dos, un, dos! ¡Derecha, ar! ¡Alto!

CORONEL (consultando de nuevo el papel): Tenientes Pramantha y Ramavayu, se les acusa de embriaguez, quebrantar el toque de silencio y conducta impropia de un oficial. Sargento Agnimitra, informe.

SARGENTO: A sus órdenes, mi coronel. La pasada noche, a las veintisiete horas, estaba de guardia ante el dormitorio de la tropa. En ese momento, entraron los tenientes Pramantha y Ramavayu. El teniente Ramavayu cabalgaba una de las phantes de cría...

UN COMANDANTE: ¿Dice usted que entraron CABALGANDO en el dormitorio?

SARGENTO: Sí, mi comandante.

COMANDANTE: Continúe, sargento.

SARGENTO: Sí, mi comandante. El teniente Pramantha montaba un phante macho, que había sido castrado para monta. Ambos oficiales estaban borrachos como el Señor Krishna, como pude comprobar más tarde. Entraron en el dormitorio, armando un estruendo de mil demonios. Parecía... bien, parecía que estaban haciendo una carrera.

CORONEL: ¿He oído bien, Pramantha, Ramavayu? ¿Una carrera de phantes, a altas horas de la noche, en el dormitorio de tropa?

PRAMANTHA: Mi coronel, lo recuerdo muy vagamente, pero... creo que sí. (Los oficiales emiten risitas ahogadas. El coronel los mira con furia.)

SARGENTO: Sí, mi coronel. Los soldados se despertaron dando voces. Entonces se oyó un estruendo como si todo el cuartel se derrumbase. Entré corriendo, encendí la luz, y vi que todas las literas habían caído. Los soldados trataban de ponerse en pie, pero aquello era un revoltijo de soldados, mantas, sábanas, colchones. Y los phantes...

ejem...

CORONEL: ¿Por qué diablos se para? ¡Prosiga!

SARGENTO: Hem... sí, mi coronel. En medio del desbarajuste... hem... el macho y la hembra... ejem... obedecían los dictados de la naturaleza. (Los oficiales ríen entre dientes. El coronel enrojece, mientras los mira colérico.)

CORONEL: ¿No me había dicho que el macho estaba castrado?

SARGENTO: Eso creíamos, mí coronel. Pero, según comprobé más tarde, el trabajo no fue hecho debidamente... y conservaba un cojón... hemm, quiero decir, testículo. Debo añadir, señor, que hasta ahora no había dado muestras de, hem, vida privada.

(Ante las risas de los oficiales, el coronel golpea la mesa.)

CORONEL: ¡Silencio! ¿Algo más, sargento?

SARGENTO: Se presentó a toda prisa el capitán Vísnapurana. Le informé de los hechos, y ordenó el arresto de los oficiales, mi coronel. Eso fue todo.

CORONEL: Que informe el recluta que cumplía el servicio de imaginaria. Soldado... Paryata.

PARYATA: A sus órdenes, mi coronel. Cumplía mí servicio, cuando entraron los oficiales y empezaron a perseguirse entre las literas. Corrí tras ellos, y tras haber dado algunas vueltas, el animal que montaba el teniente Pramantha empezó a bramar. Había poca luz, pero... esto..., la hembra levantaba el rabo... Había un olor a hembra en celo de mil demonios, con perdón...

(Los oficiales se esfuerzan en ahogar la risa.)

CORONEL (con cansancio): Continúe, soldado.

PARYATA: Sí, mí coronel. El animal que montaba el teniente Pramantha bramó, alzando la trompa, y se lanzó hacia adelante. El teniente Ramavayu gritó algo así, como: "Socorro, me aplastan", o algo parecido... Había mucha confusión.

Entonces, el animal que montaba el teniente Pramantha se encabritó, pero el peso del teniente lo desequilibró, y cayó sobre una de las literas. Esta se derrumbó... bueno, entonces fueron cayendo una tras otra, como fichas de dominó, mi coronel.

CORONEL: ¿Tienen los acusados algo que añadir?

PRAMANTHA: No, mí coronel.

CORONEL: Su conducta es imperdonable y estúpida, tenientes. No hace ni dos semanas que usted, Pramantha, fue arrestado por algo similar. Treinta días de calabozo para ambos. ¡Sargento, llévase a los prisioneros!

SARGENTO: Sí, mi coronel. ¡Escolta y prisioneros, media vuelta! ¡De frente, marchen!

(Tan pronto como abandonan la sala, el coronel se echa a reír a carcajadas.)

## UNO

La nave con la que Jonás cubrió la última parte de su viaje era uno de los botes de desembarco de la Vajra, una lanzadera espacial alada con una superficie inferior plana de material ablativo desechable, capaz de soportar las temperaturas de una reentrada en la atmósfera, pero que habitualmente era utilizada para el transporte en órbita alta. Tenía la forma general de una flecha de papel, de color negro, construida con acero inoxidable. Los filos delanteros y el borde de ataque estaban protegidos con grafito, para evitar que la ablación modificara las características aerodinámicas de la nave.

Finalmente Jonás había averiguado su destino, y el verdadero objetivo de su viaje. Apenas el transbordador partió de la estación geosincrónica de la babel, un suboficial se le había acercado llevando un sobre cuidadosamente lacrado.

—¿Alférez Jonás Chandragupta...? —preguntó respetuosamente.

Jonás tardó un instante en reaccionar. Tendría que acostumbrarse a eso.

—Yo soy.

—Traigo unos documentos para usted, mi oficial.

—¿De qué se trata? —preguntó con curiosidad.

—No lo sé, mi oficial. Sólo me ordenaron que se lo entregara en cuanto estuviéramos en el espacio.

Jonás abrió el sobre y leyó su contenido. El suboficial se retiró tras de haber cumplido con el inevitable saludo militar.

Se trataba de los pormenores de su misión. Allí tenía la explicación de por qué la Marina había requerido los servicios de un científico civil.

Siguió leyendo, enterándose de que un rickshaw había sido destruido en una zona remota del Límite, y él debería de colaborar con los científicos imperiales que iban a investigar las causas de esa destrucción.

Evidentemente, ahora que era demasiado tarde para volverse atrás, era cuando la Marina de la Utsarpini había decidido confiar en él. ¡Todo un detalle! Jonás pensó que estaba más atrapado que nunca, pero al mismo tiempo sintió el aguijoneo de la curiosidad: ¿Qué podría haber acabado con un rickshaw de la forma en que aquel informe le describía?

Le habían asignado un asiento situado junto a una diminuta tronera, y a través de ella observó la aproximación del transbordador a la nave de guerra que sería su hogar durante los próximos dos años: la Vajra.

Su aspecto externo recordaba a un espermatozoide introduciendo su cabeza por un anillo. El anillo contenía las velas convenientemente plegadas, la cola era un largo acelerador lineal.

Una gran superficie reflectora, desplegada frente a una estrella, era un verdadero propulsor. Este era el principio que movía la Vajra. En cierta forma era una nave auténticamente adaptada a su medio, con una perfección en su simplicidad que ni tan siquiera los navíos del Imperio habían conseguido igualar. Para empezar, era mucho

más económica, puesto que no necesitaba motor ni carburante. Incluso los sistemas de propulsión eléctrica por conversión de la luz eran más caros. Después, dado que el impulso no cesaba jamás, el navío a vela resultaba maniobrable según los mismos principios que un velero en alta mar. En particular, podía barloventear en la radiación, y remontar a contraviento hacia el sol. O, por el contrario, navegar con la estrella a su espalda para alejarse.

El velamen de la Vajra, estaba constituido por doscientos pétalos inmensos, de un superligero material aluminizado, de apenas 2,5 micras de espesor, unidos a un anillo que rodeaba el auténtico casco de la nave.

Esas doscientas alas servían al propio tiempo para propulsar el velero, gracias a la presión de la radiación, y ayudaban a su control gracias al efecto giratorio engendrado por la rotación del conjunto. La fuerza centrífuga era la encargada de mantener extendidas las velas, en vez de recurrir a una estructura metálica como la de algunas naves de carga.

El conjunto era perfecto. La misma rotación, que procuraba la gravedad artificial al interior de la nave, largaba las velas y las mantenía tensas. El navío era fácil de controlar gracias a las velas orientables alrededor de su eje, como las palas de un helicóptero.

Con naves como aquélla inmensas hordas conquistadoras habían recorrido los planetas del Límite como marejadas de destrucción, saltando como pulgas de un perro a otro.

Las olas de civilización y barbarie se sucedían, ahora en ascenso, ahora en descenso, avarsarpiní y utsarpini, mientras los hombres comunes como Jonás vivían sus breves vidas en sus flujos y reflujos.

Ahora, la Utsarpini de Khan Kharole pretendía volver a reunificar parte de aquel sector, y devolverle el esplendor que un día gozara bajo el Imperio.

Jonás no lo creía posible. El Imperio había tenido cinco mil años de continua expansión, abarcando más y más soles, hasta que sus líneas de comunicaciones se volvieron tensas e inestables. Prácticamente llegó a controlar la totalidad del cinturón de planetas habitables que salpicaban el ecuador de Akasa-puspa, y esto no evitó su decadencia final. Igual que un árbol que ha crecido demasiado, su propio peso fue su principal enemigo.

A lo largo de toda la circunferencia estallaron las rebeliones contra el poder central. Sofocarías, transportar tropas leales a las zonas más alejadas, representaba una sangría de hombres y recursos, que pronto haría tambalearse su monolítico poder.

Y las comunicaciones se convirtieron en su mayor problema. Incapaz de mantener una flota de naves mercantes lo suficientemente compacta, el Imperio se veía, cada vez más a menudo, en la necesidad de alquilar los servicios de las cofradías de navegantes. Por muy ricos que fueran los recursos obtenidos en las colonias,

Krishnaloka apenas alcanzaba a beneficiarse de ellos tras el pago de los portes. El resto del escaso beneficio se quemaba rápidamente al costear las expediciones policiales sobre los planetas rebeldes.

De esta forma, hacia el año 2000 después de su fundación, el Imperio se encontraba en una situación insostenible. Todo su poder residía en su viejo prestigio; monetariamente, estaba al borde de la bancarrota.

Se buscó desesperadamente una solución ante el desastre inminente, y esta solución fueron los rickshaws.

Alguien vio por fin al Imperio como lo que realmente era: un gigantesco ser vivo que estaba muriéndose por la falta de circulación sanguínea, por sus ineficaces y lentas sinapsis nerviosas, al igual que un miembro humano gangrenado.

Los rickshaws representarían un nuevo y estimulante sistema de circulación. Se construirían por cientos de miles, y recorrerían órbitas fijas, moviéndose como hematíes por la corriente sanguínea. Llevando la savia vivificadora a cada una de las ramas del Imperio.

Inmediatamente se construyeron miles de mandalas con la misión de producir rickshaws. El Sistema Cadena empezó a funcionar a pleno rendimiento doscientos años después. Cientos de miles de rickshaws se movían, uno tras otro, por invisibles circuitos, comunicando las colonias entre sí.

Funcionó bien, pero no pudo evitar la lenta caída del Imperio. Dos mil años tras su puesta en marcha, el Imperio abandonaría el Límite, incapaz de seguir manteniendo su influencia sobre aquel sector.

Aparentemente, los damaras siguieron ejerciendo en estos territorios las funciones Imperiales pero, en la práctica, se agudizó el proceso iniciado siglos antes, mediante el cual los grandes jagírdar se desvinculaban del Imperio y lo suplantaron en sus posesiones convirtiéndose, al mismo tiempo, en damaras protectores de miles de sudras, sobre los que ejercían los derechos y atribuciones reservadas a los mahamatras delegados por el Emperador.

En el Límite, que durante mucho tiempo constituyó la frontera más extensa alcanzada jamás por las tropas imperiales, dejó tras de sí a algunos de estos subandhus leales al dinero imperial como asafjas de sus antiguas posesiones. Uno de estos Clanes de grandes damaras destacó sobre los demás y de hecho gobernó el planeta de Krishnaloka, antigua sede de la capital imperial, manteniendo la ficción de que gobernaba como albacea al sueldo del Imperio. Hasta que en el año 4951-dfi, el cabeza de Clan llamado Abdula Kharole acabó por independizarse finalmente de éste, haciéndose coronar por el Jagad-guru tras hacer ver a éste la conveniencia de que el título pertenezca a quien tiene el poder. Fue un hombre extraordinario eclipsado por un hijo, Khan Kharole, llamado el Simha, aún más extraordinario.

Khan Kharole, padre de la idea de la Utsarpini, se puso en marcha con el empeño

de volver a reunir a toda la humanidad de aquel sector bajo un mismo estandarte. Para ello no sólo tendría que enfrentarse con los semisalvajes angriff y los independientes rajanes locales, sino también con el Imperio que poseía una tecnología que el sector había perdido tras trescientos años de oscurantismo político y religioso.

Aunque la lucha abierta entre el Imperio y la Utsarpini nunca llegó a producirse, las continuas intrigas e intervenciones de éste sólo iban encaminadas a dificultar el proceso unificador de Khan.

Frente a todo esto Khan apenas contaba con un único aliado: la Hermandad fundada por el legendario Gurjara Patrihara en los tiempos de Alikasudara Maha.

Un aliado que, en opinión de Jonás, podría llegar a ser mucho más peligroso que sus adversarios...

## DOS

Con esfuerzo, Hari Pramantha introdujo sus bolsas de equipaje y su propia persona en el cubículo que le acababa de asignar el adelantado de reposteros de la Vajra. Tienes espacio para bostezar, se había dicho, y desperezarte, si lo haces levantando los brazos.

No, el camarote no era siquiera un cubículo. Un cubículo es un cubo pequeño, y un cubo tiene seis caras. Era más bien una cuña, pues una de sus caras formaba parte de la curvatura del casco; el piso y el mamparo de popa eran una sola cosa. El techo estaba recorrido por gruesos cables aislados, y tuberías pintadas de gris con anillos de color: verde, amarillo, gris o marrón, lo que garantizaba que a nadie se le ocurriría perforarlo, cortarlo o trasladarlo. O eso esperaba.

De una patada, metió el saco de ropa bajo la litera. El otro lo dejó sobre ésta y lo abrió con cuidado: los libros (las Sagradas Sastras, los textos de Matemáticas, de Astrofísica, de Informática). Sus objetos de culto: varillas de incienso, recipientes de bronce para agua, aceite o soma; la túnica azafrán, el cuenco simbólico de mendicante con sus adornos de oro, y el parasol bajo el cual debía sentarse a meditar.

Finalmente, los objetos que apreciaba tanto como los anteriores, los diferentes artilugios que había diseñado y construido, con el fin de que los miembros de la Hermandad aprendieran a desarrollar el razonamiento: la regla de cálculo lógica, las tarjetas silogísticas, el "órgano lógico" capaz de operar con la lógica difusa que había inventado. Palpó sus teclas suavemente.

Pero no sentía ganas de practicar. Con una mezcla de irritación y aburrimiento lo empujó hacia atrás. ¡No había derecho a...! Se contuvo. Como Hermano debía obedecer, pero ¡por Cristo, que nadie podía ser obligado a tal misión! El no era un espía. Sin embargo, pensó, toda mi vida adulta la he pasado recibiendo órdenes.

Primero como soldado, luego como hermano. ¿Hay algo en mí que rehúsa tomar decisiones?

No debía ser. Como había hecho muchas veces, por consejo de sus maestros del Vedante, cerró los ojos y se sentó en la posición del loto. Respiró lentamente, según el pranayama, sumiéndose en la meditación. *Brahmavit Brahmaiva Bhavati*:

Quien conoce el Alma del Mundo se vuelve Alma del Mundo.

Yo soy Indiviso, pensó Pramantha. Yo soy Infinito. Yo soy *ekam evadwitiyam*. Yo estoy vacío de los tres cuerpos y los tres *avasthas*.

Pero, una vez más, se encontró pensando en sí mismo. Eso no era meditar. Aunque lo había intentado muchas veces, sabía que nunca alcanzaría el Samadhi. En el Samadhi, uno no se siente a sí mismo, sino que desaparece el yo.

Estupor no es Samadhi, le había dicho su guía. Un trance emocional como agotamiento no es Samadhi. Sentarse, adormecido, en una asana durante varias horas en cualquier tiempo no es Samadhi. Habitual pasividad no es Samadhi.

Sin embargo, eso es lo que Pramantha hacía cada vez que meditaba. Recordaba su pasado, y se preguntaba cómo había llegado a ser lo que era. *Ekagra Chittas*: la concentración de la mente en un solo objeto.

No había nada en su infancia y adolescencia que destacase como algo especial. Había nacido en Krishnaloka, la vieja capital. Familia acomodada, no rica. Esto le permitió recibir una formación mejor que la común. Tuvo aventuras, viajes, fiestas, y algo de estudio. Su condición de hijo segundo lo destinaba a las armas. Entraría en una academia, ingresaría en un cuerpo técnico, donde se necesitaba el cerebro; todo estaba predestinado. Quizás el propio Khan, siempre necesitado de gente con formación, lo añadiría a su Estado Mayor. Quizás viajaría a los planetas yavanas recién conquistados como *mirbakshi*...

¿Por qué todo fue tan distinto?

Se había enamorado de una mujer. Era casada, tenía dos hijos. Era hermosa, aunque no tanto como otras. Era instruida, pero no demasiado. Recibía sus insinuaciones con una sonrisa, pero su negativa fue tajante desde el primer día.

Tales asuntos no eran desconocidos en su ambiente, y nada en esta historia lo diferenciaba de miles de otras. Salvo, pensó Pramantha, su obsesión. Cortó con sus otras amistades. La siguió a todas partes. Finalmente la historia llegó a oídos de sus superiores que, para evitar el escándalo, le enviaron lo más lejos que pudieron.

Recibió un destino nada brillante al frente de un depósito de sementales phantes en la zona montañosa del planeta. El ejército ejercía allí una labor de selección natural, que durante siglos había sido llevada a cabo por soldados de todas las creencias y banderas. El Ejército es algo que permanece, y cuando se quiere alterar genéticamente una especie con el fin de mejorarla, no existe otra institución capaz de mantener las reglas y normas de apareamiento, sin cambio alguno durante milenios

tal y como había hecho el ejército con los phantes.

Pramantha había visto algunos de los antecesores de los phantes en zoológicos de la capital. Eran animales grandes, toscos y pesados que contrastaban violentamente con sus descendientes creados por el hombre. Los phantes eran del tamaño y complexión aproximada de un caballo, con pequeñas orejas triangulares, y una trompa tan hábil como un brazo humano, al extremo de su hermosa cabeza ahusada, que encerraba un poderoso cerebro con una capacidad de raciocinio sorprendente para un animal.

Cualquier campesino podía poseer un phante que le ayudaría en las labores del campo como si de un sudra se tratara. Pero para reproducirlos tenía la obligación de acudir a los depósitos de sementales del ejército, donde obtendría el semen más valioso para la mejora de la raza.

Pramantha había vegetado allí durante incontables meses, emborrachándose día tras día, intentando olvidar lo que le era del todo imposible olvidar.

Pasaron dos años más de una vida tan inútil que incluso ahora le avergonzaba recordarla. Al igual que el camello, él también había chupado su misma sangre mientras masticaba ramas espinosas. Al igual que él, las espinas que comía le cortaban la lengua, haciendo que la sangre empezara a manar dentro de su boca. Las espinas mezcladas con su propia sangre fresca le habían producido un falso placer semejante al del estúpido animal de la fábula.

Pero, con el tiempo, se había dado cuenta de que, simplemente, trataba de evadirse de su situación. El no era un hombre tamásico: ignorante, necio, indiferente.

Un repentino burbujeo en uno de los tubos sobre su cabeza casi le sacó del trance. Pero estaba lo bastante absorto como para ignorarlo.

Fue la muerte de la mujer lo que provocó lo que llamaba "el Bhavana Padharta".

Su obsesión por ella había remitido; pero regresó. Un permiso en la capital le permitió enterarse de su enfermedad, un sarcoma degenerativo que la fue devorando poco a poco. Sólo la amputación de algunos de sus miembros permitió prolongar su vida inútilmente.

En este punto, cualquiera de sus amigos hubiera dicho que "sin ella mi vida no tiene sentido". Pramantha estaba convencido de que lo tenía. Pero ¿cuál?

Jagad Mithya: el mundo entero es una total mentira, había pensado. Los placeres sensuales son como crear un hijo con una mujer estéril. El juego del Samsara era una mentira.

Solicitó la baja. Regresó a casa de sus padres, rehusando explicar lo sucedido. El joven turbulento y simpático se había convertido en un hombre silencioso y reservado. Hablaba poco, estudiaba mucho. Y un día sorprendió a todos decidiendo ingresar en la Hermandad.

Esperaba encontrar allí un objetivo en la vida. No creía poder reunirse con la



mujer amada más allá de la muerte. No esperaba que volviese milagrosamente a la vida. Sólo quería hallarle el sentido a todo: a su vida, a la de todos, a Akasa-puspa y sus estrellas, al Viratrupa entero.

Pero, ¿era la muerte de la persona amada lo que provocó el cambio? No estaba seguro. Aquello, pensaba a veces, fue sólo el gatillo disparador. De pensar en la necesidad cósmica (si la había) de la muerte de la mujer, pensó en la necesidad de la muerte en general. De allí a la necesidad de la vida. Y así sucesivamente.

La Hermandad le tuvo ocupado. Aprendió el ritual. Pero se interesó más en la base intelectual de la religión:

«La Realidad siempre existe. Lo irreal nunca existe. No es razonable atribuir realidad a lo que no existe o inexistencia a lo que es real.»

«Todo lo que es inexistente es siempre inexistente, y cualquier cosa que existe es siempre existente.»

Al principio se había sentido atraído por la Vedanta. Pero nunca llegó a aceptar por entero la inexistencia del mundo. Tampoco le atrajo el materialismo. Un carvaka es un idiota, pensaba. Pero tampoco podía admitir que los maestros que predicaban la inexistencia del mundo cobrasen un dinero muy real por sus enseñanzas.

Poco a poco se apartó, adoptando el enfoque de la darsana Shamkya. Pero la mística nunca fue su interés principal. No podía evitar ser, en el fondo, un racionalista. Om, tat, sat.

Poco a poco, fue hallando un campo de interés muy especial. Decidió demostrar racionalmente la existencia de Dios a través de la lógica. Aquí empezó su aventura intelectual.

Al mirar hacia atrás, no podía decidir si alguna vez tuvo esperanzas de éxito, o si, más bien, su mente había hallado un hueso que mantendría sus dientes royendo mucho tiempo. Estudió todas las materias que sus sabios mentores enseñaban. Si había alguna que no enseñaban, iba en busca de otro maestro. Si no lo había, buscaba libros y se enseñaba a sí mismo. Y si no había ni maestros ni libros, inventaba esa ciencia.

Se dedicó sobre todo a la lógica. Primero diseñó artilugios lógicos sencillos, de madera, bronce o incluso cartón. Sus "discos de razonamientos", diseñados por él con cartón y chapa de madera aún se usaban en muchas escuelas para niños de la Hermandad para iniciar a los jóvenes en la lógica simbólica como instrumento de análisis teológico. Su "piano de lógica" con un ingenioso mecanismo interno consistente en una compleja disposición de varillas y palancas conectadas por cuerdas de tripa, pequeños pasadores, espigas y muelles espirales, permitía dieciséis posibles combinaciones de términos verdaderos y falsos, y era una máquina insustituible (gracias a su reducido tamaño) en el equipaje de cualquier matemático o filósofo.

El monasterio era demasiado pobre para tener un ordenador, así que construyó

una máquina lógica eléctrica con piezas de desguace. Aquello le sirvió de mucho para ascender, o más bien para ser ascendido. Los ordenadores le fascinaron al principio y le irritaron después, cuando la programación le obligaba a arrastrarse por corredores sobrecalentados encendiendo y apagando interruptores. Debía haber una manera más sencilla de hacerlo...

Sus superiores pensaron en él cuando Khan Kharole solicitó a la Hermandad la ayuda de sus miembros. En los planetas exteriores poca gente sabía leer; incluso los hermanos recién ingresados necesitaban algún tiempo de aula. Y Khan quería aumentar la preparación técnica de sus hombres.

En la Marina tuvo mucho trabajo convirtiendo a jóvenes analfabetos en marinos. Viajó a fascinantes y extraños lugares, conoció fascinantes y extrañas costumbres y fascinantes y extrañas gentes. No tuvo mucho tiempo para la especulación teológica; quizás los gurús querían matar dos pájaros de un tiro.

Se había adaptado a su nueva vida. Enseñaba y trabajaba. Su experiencia como soldado y su condición de Hermano le permitía comprender a unos y a otros, y ser el lubricante que suavizaba los roces.

Pero, ahora, la Hermandad le había pedido que traicionara a sus camaradas. Su condición de Hermano le obligaba a una obediencia ciega. No podía cuestionarse ninguna otra cosa.

## TRES

Jonás tenía que reconocer que se había perdido. Caminaba a lo largo de los estrechos y sinuosos pasillos de la nave, arrastrando un voluminoso petate de lona gris, que sí bien no resultaba pesado bajo la escasa gravedad producida por el giro de la nave, si era, en cambio, incomodísimo de llevar. Y lo peor de todo era que cada vez tenía menos claro dónde estaba.

Uno de los reposteros lo había conducido hasta la sala de oficiales, junto con el resto de sus acompañantes en la última etapa del viaje, y allí le había indicado el camarote que tenían asignado. Después le habían abandonado a su suerte, para que encontrara el camino por sus propios medios.

Intentó hacerse una idea mental de la forma y de la disposición de la Vajra. Interiormente era semejante a una cebolla, con multitud de capas, o cubiertas internas, subdivididas en forma aparentemente anárquica. ¿Cómo iba a orientarse en un lugar así?

Por todas partes se encontraba con marinos afanados en diferentes actividades, aunque la que más se repetía era la de pintura; esto complicaba aún más las cosas, pues las indicaciones en las paredes habían sido eliminadas en parte. Todo el mundo en la nave parecía ser presa de la locura de pintar del "Gris Armada" los mamparos.

Por lo que Jonás sabía ésta era la actividad típica en una nave de guerra cuando permanecía atracada. Dada la poca gravedad que el giro sobre su eje proporcionaba a la nave, el utensilio más utilizado era un cilindro de esponja sujeto a un depósito de pintura. Algo semejante a un aplicador de crema para zapatos de gigante.

Casi todo el mundo allí iba vestido con el amplio mono azul marino, que parecía ser el uniforme de diario en la nave. Al principio, Jonás había tenido la impresión de haberse equivocado de lugar y de encontrarse en una fábrica en plena actividad.

Finalmente, cuando ya se había dado por vencido de orientares por sus propios medios, se dirigió a un grupo de trabajadores.

Estos llevaban el uniforme de la infantería de marina, y estaban ocupados en algo nuevo. Habían cortado, valiéndose de un soplete, una de las cubiertas y, a través del enorme orificio de bordes cortantes, bajaban una voluminosa mesa de rancho, sujeta a una cuerda que colgaba de cuatro poleas. Jonás recordó que tendría que acostumbrarse a la idea de que en una nave de guerra los mamparos y las cubiertas son algo dispuesto eventualmente, y que por tanto puede sufrir drásticas mutaciones de acuerdo con las necesidades del momento.

Se dirigió a uno de los trabajadores, y le preguntó por la cubierta B, que era donde quería ir.

El infante levantó la vista de su trabajo, y le observó confuso.

Un suboficial le salió al paso saludándole militarmente.

—¿Desea algo, mi oficial...? —El nombre clavó una mirada furiosa en Jonás—. Eh..., mis hombres están trabajando...

Jonás enrojeció, y observó la tarjeta de identificación prendida de uno de los botones del bolsillo superior derecho del uniforme del sargento: «Jalandhar». «Sargento de infantería de mariana: Bana Jalandhar."

—Verá, sargento... —Jonás no sabía cómo decirlo, de forma que no pareciese muy ridículo— ...Creo que no tengo una idea clara del punto de la nave en el que me encuentro.

—¿Dónde quiere ir exactamente, mi oficial? —preguntó Bana fríamente.

Jonás le mostró el papel donde había apuntado los datos sobre la situación de su camarote. El sargento lo estudió un segundo, e inmediatamente levantó la vista.

—Es muy sencillo —dijo como si se dirigiera a un niño atrasado—. Simplemente siga este corredor hasta el final. Allí encontrará una escalera de caracol. Suba dos tramos, y se encontrará en un corredor, gemelo de éste, en la cubierta B. Sólo tiene que comprobar las numeraciones en las puertas, y encontrará su camarote.

Jonás recuperó el papel y se puso en marcha, tras saludar militarmente a Bana.

Este le devolvió el saludo, y permaneció donde estaba observando cómo Jonás se alejaba por el corredor, arrastrando torpemente su petate bajo la escasa gravedad.

—Nagaraka...! —musitó en un tono suficientemente alto como para que le

escuchara el infante que trabajaba junto a él.

—¡Vaya par de galones más nuevos, eh..., mi sargento!

Bana le dirigió una de sus miradas asesinas, y el hombre volvió a su trabajo. Se había ganado la fama de duro y ahora podía hacerse de respetar, sin tener muchas veces que tomar más medidas disciplinarias que alguna mirada furibunda de vez en cuando. Su aspecto físico también había ayudado. Macizo y bajo como una mesa, de manos velludas y gruesas que casi lastimaban de sólo mirarlas. Un espeso bigote, que reptaba sobre su grueso labio superior hasta casi introducirse en su boca, daba a su rostro una seriedad mortal.

Bana podía sentirse orgulloso. Al ingresar en la Infantería de Marina había escapado a su destino: pobreza y hambre como pescador en Rastrakuta. La experiencia en el mar era muy buscada por los oficiales de alistamiento en aquel tiempo. Un marino estaría más preparado que cualquier otro hombre para viajar a bordo de una nave espacial. Tanto los navíos del espacio como los del mar eran pequeñas cápsulas que aislaban la vida humana de un ambiente que les era hostil. Tanto unos como otros estaban acostumbrados a permanecer largos períodos de tiempo hacinados en espacios mínimos, combatiendo el siempre acechante mareo, alejados durante meses de sus hogares.

Bana no era un desagradecido. Sentía un amor fanático por el Cuerpo, que por otro lado contrastaba con su odio hacia los oficiales de academia. Cuando era más joven había intentado repetidas veces ingresar en la General Básica de Suboficiales, sin ningún éxito. Bana pensaba que existía una especie de pacto secreto entre los oficiales examinadores, y que como consecuencia de ello no iban a consentir que alguien llegado de los estratos más bajos de la sociedad, como él, ocupara un puesto de oficial con mando.

Finalmente había desistido, acostumbrado a la idea de que acabaría sus días como un viejo sargento al que cualquier oficialillo imberbe, recién salido de la Academia, tendría el derecho de fastidiar. Se encogió de hombros. Realmente no le importaba. En secreto siempre pensaría que si naves como la Vajra funcionaban era gracias a hombres como él.

## CUATRO

La enfermería de la nave era tan apta para una intervención importante, como para empastar una muela. Parecía imposible que se hubieran podido acomodar tantos objetos en un espacio tan reducido. Sin embargo, el suelo pintado de rojo contrastaba tétricamente con el eterno "gris Armada" de las paredes.

Jonás permaneció en el umbral, inseguro de a quién debía dirigirse.

El que parecía ser el oficial médico atendía a un infante de marina, desnudo de

cintura para arriba, con un aire de meditada profesionalidad. Tras hacerle un rápido chequeo, se quitó el fonendoscopio.

—Realmente increíble. Se ha recuperado usted en un tiempo récord —comentó el médico con sorpresa teatral—. ¿De veras que ya no siente esas molestias en la espina dorsal?

—No, mi oficial —decía resignadamente el infante.

—¿Seguro?

—Me encuentro perfectamente, mi oficial.

—¿Totalmente recuperado?

—Sí, mi oficial.

—¿Listo entonces para volver al trabajo, soldado?

—Sí, mi oficial.

—Fíjense en esto, señores —dijo dirigiéndose a sus suboficiales sanitarios —: Este hombre llegó a mis manos, hace menos de dos días, con una progresiva incapacidad para mantenerse en pie durante largos períodos de tiempo, lo que le imposibilitaba para cumplir con normalidad sus servicios de guardia. Y después de sólo cuarenta y ocho horas de tratamiento su recuperación es total. Si esto no puede considerarse una curación milagrosa...

El infante hizo un ademán de vestirse.

—No, no, no, soldado —el oficial le retuvo por el brazo—. No queremos que recaiga. Aún le falta la última dosis del milagroso tratamiento.

Hizo una señal a uno de los suboficiales, que avanzó con una hipodérmica.

El infante recibió su inyección con rostro consternado. Se vistió, y abandonó la enfermería a escape. Jonás no pudo ocultar su sorpresa ante la escena.

—¿Qué contenía esa hipodérmica? —preguntó.

—Vitamina B. Inofensiva, pero muy dolorosa al ser inyectada —explicó el oficial—. Entre sus muchas características está la de producir rápidas y asombrosas curaciones entre aquellos que intentan fingir una enfermedad para librarse de un servicio... pero, ¿dónde habré puesto mis modales? ¿Lleva mucho tiempo esperando ahí, alférez?

El teniente Ajmer Adit Yadeva era un hombre de corta estatura, rechoncho, y que parecía rondar los cuarenta años de edad. Su cabellera, de un negro intenso, remataba un rostro gordezuelo y de aspecto travieso, en el que los hondos surcos de una risa casi permanente sugerían una personalidad franca, jovial y despreocupada.

—Eh, no, mi teniente. Además ha sido una espera muy instructiva.

—Llámemme Ajmer. Aquí somos todos colegas, ¿no? Usted es... déjeme ver...

—Jonás. Jonás Chandragupta.

—Si, ahora recuerdo —dijo riendo entre dientes— El tipo que se perdió en los pasillos.

—Parece ser que las noticias vuelan en esta nave.

Ajmer se encogió de hombros.

—Somos pocos, y nos conocemos mucho...— explicó—. ¿Ha tenido muchos problemas para encontrar la enfermería?

—Menos de los que tuve para encontrar mi camarote. —Y añadió con cierto tono de reproche —: Entre otras cosas, es algo mayor...

Su camarote había resultado ser más grande que una cabina telefónica. Pero no mucho.

—Si permanece lo suficiente en el ejército, puede que dentro de veinte años le asignen uno lo bastante grande como para que pueda incluso estirar los brazos... — bromeó—. ¿Quiere tomar una copa?

—¿Una copa?

—Sí.

Jonás le miró extrañado.

—Creía que las naves de la marina eran secas.

—Y lo son, amigo mío. Esto no es una bebida alcohólica.

—Extrajo de una alacena una botella etiquetada como "VENENO"—. Esto es alcohol etílico puro (usado como desinfectante local) disuelto en agua pura y destilada, con una cierta cantidad de terpenos, a los que debe esta solución su olor a naranja, amén de ácido cítrico (usado como anticoagulante), a lo que se añade en el momento de usarlo... tenga, eche una cucharada... un poco de bicarbonato sódico para neutralizarlo. —La mezcla inició la efervescencia. El oficial la sirvió en dos vasos de precipitados—. El reglamento no prohíbe beber una mezcla de desinfectante, anticoagulante y esas cosas, ¿verdad? Antes de aventurarse hacia una de las zonas más remotas del Límite un hombre prudente adopta las necesarias precauciones.

Llenó un vaso y se lo pasó a Jonás. El mismo se sirvió una generosa dosis de su mejunje.

—También llevo algo de coñac medicinal, pero lo suelo usar en curar el malestar de estómago del Comandante. Y pasando a asuntos más importantes... —dijo después de beber un largo trago—. Ya era hora de que el Alto Mando considerase alguna de mis peticiones... Me alegro de tenerle aquí, Jonás. Esta nave de guerra es demasiado grande para un solo médico. El exceso de trabajo ha estado a punto de volverme loco...

Jonás miró a su alrededor. Los suboficiales fumaban tranquilamente sentados en uno de los extremos del camarote. El instrumental parecía nuevo por el poco uso. En las alacenas se amontonaban docenas de paquetes de vendas sin abrir. Realmente, si el trabajo les enloquecía, parecían haber recobrado pronto la cordura.

—Su misión aquí será aligerarme un poco en mis obligaciones. Ante todo, iniciativa, mi querido amigo. No me moleste por nada que pueda resolver usted

mismo... Por cierto, ¿en qué especialidad se doctoró?

—Arqueobiología.

Ajmer abrió mucho la boca.

—¿Arqueoqué...?

—Arqueobiología. No soy médico, teniente. Soy biólogo.

—¿Biólogo? —Y lo dijo como si Jonás padeciera una enfermedad vergonzosa.

Todo el aspecto jovial desapareció del rostro de Ajmer. Inconscientemente, Jonás apretó su vaso. Por un momento temió que el teniente fuera a retirarle su bebida.

—Biólogo. ¿Para qué coño sirve un biólogo en una nave de guerra?

—No lo sé, teniente... Tengo orden de presentarme al Ayudante Mayor, para que me informe sobre mi misión..., en cuanto acabe con usted.

—Que va a ser muy pronto. —Se pasó una mano por sus cabellos, y pareció tranquilizarse— Bueno, mi querido amigo, usted no tiene la culpa. Son las cosas del Almirantazgo. En una ocasión recibí dos cajas de píldoras anticonceptivas y esponjas vaginales. ¡Había pedido penicilina, y qué me mandaron! Píldoras y esponjas vaginales! ¿Para qué diablos las quiero en una nave llena de hombres...? Bueno, no importa. Seguiré yo cargando con todo el trabajo. ¿Qué le parece eso?

—No lo sé, teniente. Intentaré cumplir cualquier misión que me encarguen lo mejor que sepa.

—Claro, claro. Eso dice mucho en su favor... —Ajmer meditó un momento—. Por supuesto, usted se hará cargo del sistema de renovación de aire. Es un cargo de mucha responsabilidad,

Jonás. Podemos pasar sin comer, incluso sin beber, pero difícilmente sin respirar. —Soltó una estruendosa carcajada—. De usted dependemos, Jonás. Ya verá lo que hace...

Jonás tragó saliva.

Ajmer siguió hablando. Parte de su aspecto risueño había regresado a su rostro.

—En estado de zafarrancho, su puesto estará aquí. Para ayudarme en lo que surja...

—Perdón, mi teniente. Pero...

—¿Sí?

—¿Quién cuidará entonces del sistema de aireación?

—Normalmente en zafarrancho se lleva el traje espacial. Además, hay técnicos experimentados a cargo del sistema de soporte vital. Su misión será simplemente comprobar de tanto en tanto que la mezcla es correcta, y tomar muestras en diferentes puntos de la nave. No conviene que el gas se estanque. Lo que me lleva a considerar que esto le dejará mucho tiempo libre...

—Sí.

—Bien, aprovechará ese tiempo encargándose del material del botiquín. Intente

introducir un poco de orden en todo ese caos —y señaló uno de los armarios—. No será una tarea fácil. A ver si consigue que uno de esos haraganes le ayude —dijo señalando hacia los suboficiales—. Yo hace tiempo que me di por vencido. Si hace trabajar a uno de ellos consideraré que ha valido la pena su paso por esta santa sala... Bueno, creo que eso es todo. ¿Ha dicho que el Ayudante Mayor le pidió que fuera a verle en cuanto acabase aquí?

—Sí, mi teniente.

—Llámeme Ajmer. ¡Baksar!

Uno de los suboficiales sanitarios se levantó, apagó su cigarrillo, y avanzó hacia ellos. El cabo Baksar era un hombre delgado y ligeramente encorvado. Tenía aspecto de provenir de una zona rural de cualquier planeta perdido del Límite.

—¿Sí, mi teniente?

—Acompañe al alférez al Puente... y —añadió con una mirada de complicidad— cuide que de no se pierda.

—A la orden, mi teniente.

Jonás le siguió en silencio. Sus pisadas no producían el menor ruido al deslizarse por el piso cubierto de goma negra.

—No le haga mucho caso al teniente —dijo Baksar después de un rato de caminar—. No le mata el amor por el trabajo, pero llegado el momento cumple como el primero. Y es muy imaginativo. Le he visto resolver situaciones que pondrían los pelos de punta al mejor cirujano.

Jonás se estremeció. Recordó el suelo pintado de rojo. Sin duda que durante un combate el botiquín no tendría el bucólico aspecto que había contemplado hacía unos momentos. Deseó fervorosamente no tener que enfrentarse nunca a una situación así. Le habían asegurado que en cuanto completara aquella misión sería libre para seguir en la Marina, o pedir la baja si así lo deseaba. En realidad sólo llevaba unas semanas de vida militar, y ya soñaba con acabar cuanto antes.

—¿Sabe cuándo partiremos, cabo? —preguntó.

—¿A qué se refiere?

—¿Cuándo iniciaremos el viaje?

Baksar silbó.

—Ya hace doce horas que estamos en camino, mi alférez.

¡Doce horas! Jonás se rascó la cabeza confuso. Él había embarcado hacia exactamente ese tiempo. La nave se debió poner en marcha apenas hubo subido él a bordo. Y ni siquiera lo había notado!

Bueno, realmente, poco podría haber sentido. La Vajra debía estar usando su impulsor de masas para ascender a órbitas cada vez mas abiertas en torno a Vaikunthaloka. En cuanto se hubiera alejado lo suficiente del planeta largaría las velas, y éstas atraparían el viento solar que les arrastraría hacia las más remotas



regiones del Límite. Pero ni siquiera entonces sentiría el tirón de la aceleración. Los veleros solares eran incapaces de aceleraciones superiores al centésimo de g. Pero podían mantenerlas durante períodos ilimitados de tiempo alcanzando así elevadas velocidades. En diez meses, le habían informado, llegarían a su destino. Diez meses más de regreso, y sería un hombre libre.

Siguieron caminando en silencio. Ascendieron por una escalerilla de tubo de acero. El interior de la nave era un auténtico laberinto. No era extraño que se hubiera perdido al llegar. A los lados, los mamparos parecían repletos de tableros de instrumentos, una puerta y, a continuación, un corredor muy estrecho de unos diez metros de longitud. Al avanzar por él se advertía un fuerte zumbido que vibraba bajo sus pies.

—El impulsor de masas —explicó Baksar.

Cerró la puerta posterior tras él y abrió la anterior; se encontraban en la cámara de misiles de estribor.

—¿Seguro que por aquí vamos al puente? —preguntó Jonás.

—Seguro, mi oficial. —Siguieron caminando, y al cabo de un rato añadió —: Siempre hacia arriba. El puente está situado cerca del eje longitudinal de la nave, y un poco desplazado hacia popa.

—Comprendo, la zona más segura frente a un ataque. ¿Pero no hay otra forma de ir hasta allí? Todo este camino es muy complicado.

—Es un atajo. Pero en caso de zafarrancho no podríamos usarlo. Esta cámara estaría cerrada, con los artilleros en sus puestos.

Jonás miró a su alrededor. Un estrecho y atiborrado compartimento escasamente largo para permitir que los misiles fueran cargados o retirados de los tubos lanzamisiles. Estos tubos, con sus compuertas traseras de sólidos goznes, se disponían contiguamente en dos bancos verticales de tres cada uno. Arriba estaban los trenes de carga unidos a pesadas poleas. Su diseño sugería que aquellos lanzadores sólo podían ser usados deteniendo el giro. Un sistema de embrague liberaría el giro de la rueda de la que partían las velas del resto de la nave. La principal función de ese embrague era la de evitar que el giro de la nave se acelerara, o detuviera el recoger o largar las velas, como consecuencia de la conservación del momento angular. Sin embargo, en caso de combate tenía otra utilidad práctica: la rueda seguiría girando manteniendo la tensión del velamen gracias a la fuerza centrífuga, y la zona habitable de la nave permanecería ingrávida, en posición de zafarrancho, dispuesta a vaciar su arsenal contra cualquier enemigo que se aproximara desde no importa qué dirección.

Siguieron subiendo escaleras. Jonás notó cómo su peso decrecía rápidamente. Al mismo tiempo un invisible brazo tiraba de ellos lateralmente. La fuerza coriolis, analizó Jonás.

Por supuesto, el puente de mando no podía situarse en el mismo centro del navío, pues esto le privaría de gravedad, y haría muy incómodo el trabajo de los que allí estaban. El núcleo estaba dedicado a almacenes y al sistema de mantenimiento vital, pero el puente había sido situado todo lo cerca de él que les fue posible ubicarlo a sus diseñadores.

Las escaleras desembocaban en un pasillo. Al final del pasillo, otra puerta de pesados goznes les permitió situarse en lo que todos consideraban la cabeza misma de la nave.

Entraron en el puente de mando. A la izquierda se veía un departamento aislado para la radio, a la derecha una batería de máquinas y tableros con esferas de incomprensible uso. Más allá, en el centro, macizas columnas de acero y, aún más alejada, la plataforma sobre la que se asentaba el sillón de mando del comandante, rodeada por las terminales de los telescopios y monitores. En aquel momento estaba vacía. Jonás aún no había tenido la oportunidad de ver al Comandante Job Isvaradeva.

—¿Y el Comandante? —preguntó.

—Le será difícil verlo durante los dos primeros meses, mi oficial.

—¿Sí, por qué?

El suboficial se encogió de hombros.

—Es lo normal.

—¿Lo normal?

—Sí, he viajado en tres naves de la Marina, y siempre pasa lo mismo en los viajes de más de seis meses. Al principio el Comandante se pasa el tiempo encerrado. Aunque los hay peores. Los que salen de sus camarotes, y se dedican a incordiar a todo aquel que encuentran a su paso. Yo prefiero a los que se encierran como el Comandante Isvaradeva.

—Pero, ¿por qué?

El suboficial sonrió. Aquella sonrisa empezaba a serle familiar a Jonás. Significaba: "Tú eres nuevo aquí, ¿verdad?"

—Claro, mi oficial, usted nunca ha embarcado para un viaje de dos años...

—Este es mi primer viaje en una nave de la Marina.

—En ese caso todavía no se ha imaginado lo que va a ser pasar entre estas paredes de acero los próximos meses...

—Me lo está pintando muy negro...

—Negro no, mi oficial; gris armada —bromeó el suboficial.

—¿Y al Comandante le afecta eso más que a ustedes?

—No, a todos nos afecta por igual. Pero el Comandante tiene que soportar además el peso de la responsabilidad de todas nuestras vidas, durante esos dos años. Francamente, mi oficial, no me cambiaría por él por nada del mundo.

Jonás devolvió su atención a la sala en la que ahora estaban. En conjunto, la cámara de mando tenía doble tamaño que todas las que había visitado hasta ese momento, pero no por eso dejaba de ser claustrofóbica. Cada centímetro cuadrado de la superficie de ésta estaba ocupado por máquinas de aspecto sumamente complicado o tableros de instrumentos. Incluso el techo era casi invisible, oculto por una complicada y espesa red de conductores, cables y tubos de diferentes medidas y clases. En la tronera anterior de la cámara de mando se veían dos sillas de timonel, forradas en cuero, frente a un par de palancas de mando, tipo aeronaves, encaradas a los tableros de esferas calibradas.

¡Dos años en aquel lugar! ¿Dónde se había metido?

Opuesta a la plataforma de control, al otro lado del corredor que partía de la cámara de mando, había una segunda cámara dividida por mamparos movibles, y ocupada principalmente por una gran mesa con planos y mapas.

Flanqueado por el oficial de derrota y otro tripulante, el Ayudante Mayor estaba inclinado sobre la mesa de mapas, examinándolos atentamente.

Jonás lo reconoció al instante. La última vez que había visto a aquel hombre fue cuarenta y ocho días atrás, en un calabozo militar ubicado cerca de la base de la babel.

En ese día, aquel misterioso comandante le había propuesto ingresar en la Marina.

## IV. VIAJE

*Tan sólo trata de aprender la Verdad acercándote a un maestro espiritual. Hazle preguntas en forma sumisa y préstale servicio a él. El alma autorrealizada puede impartirte conocimiento porque ha visto la Verdad.*

BHAGAVAD-GITA (4.34)

## CERO

La organización de la nave de la marina de la Utsarpini: Vajra

### UNIDAD DE MANDO

Comandante

Segundo

Ayudante mayor

### «BRIGADA "S"»

Piloto

Puente

Máquinas

CIC

Artillero

### «BRIGADAS "T" y "L"»

Oficial de trabajos

Contramaestre

Carpinteros/soldadores

Velas

Talleres

Enfermería

## UNO

El C.I.C. (Centro de Información y Combate) estaba situado, al igual que el puente, y por motivos de seguridad semejantes, cerca del eje de giro de la nave. El noventa por ciento del espacio disponible en la sala estaba ocupado por la gigantesca computadora, las terminales y los teclados de ésta.

En aquel lugar hacía un calor infernal. Los dos técnicos de la armada que servían

al cerebro electrónico parecían estar dispensados de cualquier uniformidad. Sólo llevaban puesta la ropa interior de sus uniformes. Jonás les envidió: su propia ropa empezaba a estar empapada de sudor.

—Espere un minuto, mi oficial —dijo uno de los técnicos. El súbito repiqueteo de las tarjetas perforadas al salir de las fauces del ordenador le obligaba a levantar la voz—. El teniente Hari saldrá en un instante.

Jonás miró alrededor buscando el lugar donde podría encontrarse el oficial. ¿En el servicio?

Gwalior Indraprastha le había informado sobre los pormenores de las causas que lo habían conducido a bordo de la Vajra. Le explicó con detalle el caso del rickshaw misteriosamente destruido en el sector del Límite hacia el que se dirigían, y los acontecimientos que se habían desencadenado tras la visita del adhyaksa imperial, Lord Sidartani.

—Una nave científica del Imperio —le había relatado Gwalior— se encuentra en estos momentos en camino hacia el lugar del accidente, para interceptar y decelerar el rickshaw errante. Chattapatri Kharole ha enviado a la Vajra con la misión de acudir a la cita con los romakas.

»Esta es una nave de guerra que, como ya habrá comprobado, sólo transporta su dotación habitual de marinos e infantes. Necesitábamos a un científico con urgencia, alguien muy versátil, capaz de entender de diversos campos de la ciencia a la vez... Fue una suerte dar con usted antes que lo hiciera la Hermandad.

A su pesar, Jonás se sintió halagado.

—¿Qué se supone que tendré que hacer cuando nos reunamos con los romakas?

Gwalior se encogió de hombros.

—Su misión será la de ayudarles en lo que le sea posible, y también... —Gwalior enarcó las cejas para subrayar la frase— comprobar si los resultados de sus investigaciones se ajustan a los intereses de la Utsarpini. ¿He sido claro en este último punto?

—Muy claro —pensó Jonás—. Quieren que les sirva de espía de los científicos romakas...

—Sin embargo —dijo —, cuando alcancemos su posición, ellos llevarán ya varios meses investigando...

—No podemos hacer nada contra eso, pero... ¿Conoce al teniente Hari Pramantha?

—No...

—Bien, no es extraño. Es un hombre muy reservado para algunas cosas. Que yo sepa, nunca ha acudido al comedor de oficiales, pero es un magnífico experto en computadoras. Tenemos mucha suerte de tenerlo en la Vajra a cargo de nuestro ordenador. Póngase en contacto con él, pídale información. ¿Sabe cómo llegar al

C.I.C.?

Y allí estaba, asándose de calor y esperando encontrarse con aquel oficial.

Una puertecita se abrió en la base del cuerpo principal del ordenador. Un hombre de unos cincuenta años pasó agachándose por el hueco. Tenía el pelo inmaculadamente blanco, cortado al estilo militar, y un fino bigote cano adornando su labio superior. Su indumentaria (o mejor, la falta de ésta) era similar a la de los dos técnicos. Las insignias de teniente colgaban de su cuello al final de una cadena. ¿Hari Pramantha?

Se puso en pie. Era incluso más alto que Jonás. Llevaba un bulto oscuro y peludo en cada mano.

¡Ratas! —pensó Jonás—. Ratas carbonizadas.

—Aquí tiene su avería, Bhatu —dijo, dirigiéndose al técnico que había hablado con Jonás. Dejó caer a los roedores sobre una de las mesas—. Mordieron uno de los cables y la subsiguiente descarga las dejó fritas al instante. Tendrá que mandar buscar a los gatos de la cocina.

—A la orden, mi oficial. —Se volvió hacia Jonás. Les presentó.

—Sí, ahora recuerdo que el Comandante me avisó que usted vendría. Tengo que proporcionarle todos los datos de que dispongamos sobre la región a la que nos dirigimos.

—¿Cree que tendrá suficiente información?

El teniente se encogió de hombros.

—Alimentamos a la "bestia" —dijo señalando al ordenador— con todo lo que sabíamos sobre nuestro destino antes de partir. Pero no sé hasta qué punto encontrará usted interesante la información de que disponemos.

El hombre se sentó frente a una terminal, y empezó a teclear. Uno de los técnicos salió de la sala en busca de los gatos. Regresó al cabo de unos minutos con dos felinos. Abrió la trampilla por la que había salido el oficial, e introdujo a los dos animales.

—¿Tienen muchos problemas con las ratas? —preguntó Jonás.

—Inmensos —dijo, sin levantar la vista del teclado ni abandonar su trabajo—. Son una verdadera plaga. Y poco podemos hacer contra ellas en este lugar.

—¿Por...?

Levantó la vista y señaló la máquina.

—No sé si sabe que funciona a base de válvulas de vacío... ¿Está muy enterado en electrónica?

—No mucho, lo imprescindible. Sé que generan grandes cantidades de calor...

—Precisamente. Mucho calor. Podemos exterminar las ratas del resto de la nave haciendo el vacío. Pero el ordenador lo enfriamos mediante un sistema de refrigeración por convección del aire. Si hiciéramos el vacío en esta sala, se fundiría

al instante.

—¿No pueden apagar el ordenador mientras lo limpian?

—En teoría, sí. En la práctica, no nos fiamos de los bancos de datos. Podríamos perder toda la información almacenada. Lo cierto es que los ordenadores de las naves de la Utsarpini constituyen una auténtica reserva de ratas. Ahí dentro ellas están a sus anchas, cómodas y calientes. Aunque de vez en cuando alguna se tueste por morder donde no debe... Bien, listo. Ya está.

La impresora empezó a moverse ruidosamente sobre el papel pautado.

Jonás ojeó los datos conforme iban siendo impresos. Historia y funcionamiento del Sistema Cadena... una lista de rickshaws destruidos o perdidos en el pasado... mandalas cercanas a aquel sector... De pronto algo llamó su atención.

—¿De dónde provienen esos datos? —preguntó Jonás señalando uno de los apartados.

Hari buscó al final del informe.

—Se trata de referencias de avistamientos de juggernauts. Casi todos han sido realizados por los colmeneros.

Jonás también había recibido abundante información sobre aquellos curiosos alienígenas seminteligentes, que vivían en colmenas horadadas en el interior de pequeños asteroides. No era extraño que los colmeneros fuesen la principal fuente de datos sobre los juggernauts, los colmeneros los cazaban. Se alimentaban con su carne, y vendían los excedentes a algunas mandalas humanas de aquella zona.

—¿No tiene nada más sobre este tema? Hari repasó el catálogo de la memoria.

—Nada más. ¿Es importante?

—No, no creo.

Hari tomó sus ropas de una percha.

—Iremos a comprobar los datos a un sitio más fresco —dijo mientras se vestía.

Unos minutos después estaba correctamente uniformado de acuerdo con las normas de la marina, pero lo que sorprendió a Jonás fue la insignia dorada prendida en su pecho, que representaba la Rueda, la Cruz y la Media Luna entrelazadas. Bajo ellas se podía leer su nombre: HERMANO, HARI PRAMANTHA.

—¡Usted es un sacerdote! —dijo.

—Por supuesto, ¿no lo sabía? Capellán, y oficial analista. Ser el capellán no me exime de cumplir otras misiones.

—Pero... ¿Se supone que es usted a quien han asignado para ayudarme en todo este trabajo?

Pramantha parecía más divertido que molesto con la actitud del biólogo.

—¿Por qué no?, ambos somos hombres de ciencia. ¿Acaso se extraña de que alguien dedicado a una vida religiosa pueda manejarse bien con la lógica y los ordenadores?

—Puesto que lo dice usted... sí. Religión y Ciencia se autoexcluyen. Son términos antagónicos. No creo que alguien pueda jugar a las dos barajas, y no hacer trampa.

—Muy ingenioso, Jonás. Pero lamentablemente éste es un lugar muy incómodo para mantener una discusión teológica. ¿Me permite invitarle a mi camarote? En mi seminario pasaba por preparar el mejor té de la Hermandad, pero me interesaría contar con la opinión de un carvaka.

Se dirigieron hacia el camarote de Han. Una vez en su interior Jonás buscó con la vista donde sentarse.

—Siento no poder ofrecerle una silla, pero como puede ver, si metiéramos una en el camarote, tendríamos que salirnos nosotros.

El religioso desplegó su litera, e invitó a Jonás a que se sentara en ella. De un cajón extrajo un mechero de alcohol, una tetera, y una bolsa de té, que empezó a preparar inmediatamente.

Jonás hojeó los pliegos mientras el agua empezaba a hervir.

«...esta espacio-fauna —leyó— es un ejemplo perfecto de adaptación a un medio tan aparentemente hostil a la vida orgánica, como el espacio interestelar...»

«...su química está basada en el carbono, hidrógeno, oxígeno y nitrógeno: los mismos elementos constitutivos de cualquier organismo vivo encontrado, hasta el momento, por el Hombre."

«...los "juggernauts" son criaturas fusiformes de un kilómetro de longitud, con una boca esfínter en un extremo, y en el otro un orificio eyector de hidrógeno caliente, como medio de propulsión. El hidrógeno es calentado mediante una configuración de tejidos reflectantes que rodean esta zona de cuerpo, y concentran sobre ella la luz de cualquier estrella cercana.

«La teoría más popular dice que los juggernauts viven cerca de algún sol durante incontables años, acumulando energía fotoeléctrica en sus "cloroplastos". Luego, gracias al chorro, cambian su órbita hasta convertirla en una elipse muy excéntrica que les lleve lejos, al Núcleo de Akasa-puspa. Es de suponer que allí encuentran agua, metano o amoníaco congelados que pueden metabolizar, en mayor abundancia que en el Límite... "

Jonás levantó la vista del papel nada convencido por este argumento. En el Núcleo, los juggernauts no sólo encontrarían estos elementos, sino también energía en abundancia. Entonces, ¿por qué moverse de él? ¿Superpoblación? En el espacio eso era absurdo... Por otro lado, el informe no aclaraba de qué estrella del Límite eran originarios los juggernauts...

—¿Cómo pueden evolucionar los animales nacidos en un planeta para adaptarse al vacío? —le preguntó Hari mientras servía dos tazas de humeante té.

—No lo sé —tuvo que reconocer Jonás.

—¿No demostraría eso que la evolución es un bulo? Después de todo, no hay



nada comprobado al respecto —dijo Han.

—Es la mejor teoría de que disponemos...

—Yo tengo una mejor. Tal vez no tan complicada, quizás demasiado clara, incluso para la gente simple, pero mejor.

—¿Dios?

—Dios.

Jonás tomó un sorbo. Hari no exageraba, preparaba un té excepcional.

—En principio —dijo Jonás— podría pensarse que cada especie animal o vegetal es fija: cada individuo se reproduce produciendo descendientes semejantes a él. Pero ésta no es toda la historia: fíjese que las especies pueden agruparse según sus semejanzas anatómicas en grupos, éstos a su vez en otros, etc.

—Eso no demuestra nada —replicó Hari escéptico—. Todas las criaturas están hechas por el mismo Creador.

—¿Y llevan la misma marca de fábrica? Bueno, podría ser. Pero, ¿por qué habría de dotar el Creador del mismo tipo de mano al hombre y al murciélago, siendo criaturas destinadas a vivir en medios distintos? Y las aves, que vuelan como los murciélagos, tienen la estructura de sus alas bastante distinta a la del murciélago.

—¿Qué sabemos de los diseños de Dios? Pudo hacerlos así... bueno, porque quiso.

—Ese es un argumento irrefutable. Porque quiso.

El religioso elevó las cejas.

—¿Quiere decir que me da la razón?

—No. Solamente digo que su argumento no se puede poner a prueba. Cualquier pregunta que pudiera formularse tendría la misma respuesta. La voluntad de Dios. Una teoría científica puede ser falsa, pero si es así, hay medios para ponerla a prueba, y proponer otra mejor.

—De todos modos —replicó Hari —, si las especies evolucionasen, deberían haber dejado pruebas fósiles. Y no las encontramos. En la mayoría de los planetas de Akasa-puspa no hay otros organismos que la vida humana y las especies bhutani, los seres vivos relacionados con ella. Los fósiles que conocemos sólo muestran a criaturas totalmente distintas, a bhutani. ¿Por qué?

—¿Lo sabe la Hermandad?

—Por supuesto. Dios decidió borrar tales abortos de la Naturaleza.

—Admito que es un punto fuerte en su favor. Pero precisamente en éstos que llama "abortos" sí existe un registro fósil continuo.

—Lo cual prueba mi punto de vista: la vida humana es de Creación Divina.

—Sí, Dios se impacientó ante la lentitud de la evolución y decidió ocuparse del asunto personalmente... —comentó el biólogo con sarcasmo—. Pero, ¿no le llama la atención el hecho de que precisamente la vida humana sea la única universal en

Akasa-puspa y la única que no ha dejado fósiles? No, no conteste eso de la creación divina. ¿Tanto cree que nos diferenciamos de las otras formas de vida? Nacemos, crecemos, nos reproducimos. Las mismas leyes debían regir para ambos, creo yo.

—Posiblemente.

—¿Sólo posiblemente? Escuche, ¿ha oído hablar de la ley de diversidad decreciente?

—Pues... no, no recuerdo.

—¿Sabía que, a lo largo de todo Akasa-puspa, el número de especies varía? Es máxima en el lado que apunta hacia la Galaxia, y mínima en el opuesto. ¿Es que Dios se cansó de crear? Puesto que los motivos de Dios son inescrutables, quizás eso fue lo que pasó.

Hari juntó las manos.

—¿Qué explicación propone?

—Que la vida humana procede de algún lugar bien concreto, y que en el remoto pasado se expandió de una estrella a otra. A mayor distancia, menor diversidad.

—Bueno, pero eso no prueba la evolución. Sólo probaría que Dios creó la vida en un planeta dado, quizás hoy desaparecido, y le permitió expandirse.

—Sus maestros proclaman firmemente que Dios creó la vida humana por doquier, al tiempo que las babeles.

—Como dice el Bhagavad-gita en el capítulo catorce: «Sarvayonisu kaunteya murtayah sambhavantí yah tasam brahama mahad yonir aham bijapradh pita...»

—Lo siento, no entiendo el sánscrito.

—Dice: «Todas las especies de vida aparecen mediante su nacimiento en esta naturaleza material, ¡oh, hijo de Kunti!, y Yo soy el padre que aporta la simiente...» Quizás no hayamos interpretado...

—¿Interpretado bien los textos sagrados? Pero, amigo, si las Sastras son tan fáciles de malinterpretar, ¿son una guía segura al conocimiento? Escuche, una vez pregunté a un erudito de la Hermandad si la mecánica cuántica está en el Bhagavad-gita. Y me dijo tan campante: «Sí, si se lo sabe interpretar» ¿No se da cuenta que el razonamiento y la observación permiten descubrir cosas que la autoridad desconoce? Ningún examen de las Sagradas Sastras le dirá nada sobre esto. Y lo que dice es tan vago que puede tener cualquier interpretación.

—Bueno, pero aún tiene que demostrarme lo que dice.

—Bien, silos animales y plantas evolucionaron después de creados, según dice, ¿qué prueba tiene de que fueron creados? ¿No podrían haber estado evolucionando antes? ¿No podrían haber llegado a Akasa-puspa de otra parte, y por eso no hay pruebas fósiles?

—Soluciona el problema proponiendo que la vida humana vino de no sabemos dónde. Debería poder señalar un punto en el cielo y decir: «De allí vinimos». ¡Ahora

no soy yo el que propone teorías que no se pueden poner a prueba!

—Bueno, admito que esta teoría es difícil de probar. Pero no imposible, porque podemos poner a prueba sus consecuencias. Por ejemplo... si es cierta, debería existir un mecanismo por el cual las especies se diversifican en otras. ¿Ha oído hablar de las mutaciones?

—Claro que sí. ¿Pero qué prueba eso? Creo recordar, y corriójame si me equivoco, que las mutaciones son un suceso aleatorio. ¿Cómo puede el azar producir criaturas vivas tan complejas?

—Por selección natural.

—Y, si hay una selección, ¿quién selecciona? Supongamos que un pez pone mil huevos, de los que sobrevive uno por pura suerte. ¿Significa que es superior? ¿Y cómo es posible que la vaca y el caballo, que viven en el mismo medio, no se hayan eliminado uno a otro?

—En el caso de vacas y caballos, no es un argumento, ya que ambos son animales domésticos... aunque creo recordar que una vez se halló un planeta donde habían vacas y caballos salvajes. Los caballos vivían en estepas áridas. Las vacas, en praderas húmedas.

»En cuanto a su primer argumento... un colega mío hizo experimentos a pequeña escala. Colocaba insectos de la misma especie, pero de dos variedades, digamos A y B, en un frasco de cultivo. Había cien de cada variedad, pero sólo se ponía comida para la mitad. Al cabo de unos meses, una de las dos variedades o se había extinguido, o escaseaba mucho en número.

—¿Y qué prueba? Seguían siendo la misma especie, ¿no?

—Prueba que la selección por el medio ambiente existe, cosa que sus maestros niegan con ahínco. Oh, claro que la suerte interviene en algunas etapas. Pero eso sólo indica que hay un elemento de azar, como en la mecánica cuántica, no el caos.

—Cambiano, pero dentro de la misma especie —insistió tercamente el religioso.

—¿Y dónde está la frontera que separa una especie de otra? Tomemos el caso de Nirgunaloka... es un planeta muy alejado del Límite. Hay, digamos, unas diez mil especies animales en el planeta. Herbívoros, carnívoros, voladores, saltadores o corredores. Algunos son acuáticos y otros trepadores, etcétera.

»Pero lo asombroso es ¡que todos son de dos especies! Mejor dicho, dos superespecies que se asemejan entre sí, divididas en una multitud de especies menores. Una es semejante a la rata y otra a un insecto. Le asombraría verlos. ¿Por que Dios se sintió tan tacaño que sólo creó dos grandes especies, y tan fantasioso a la hora de asignarles aletas, garras, uñas, cascos, cuernos, patas, alas, etcétera, a cada especie? Y además, de una forma distinta según el hábitat. Dentro de cada uno de estos grupos, una especie es fértil con otras varias, algunas decenas. Estas varias son fértiles con otras especies, que no obstante son estériles con la primera. Y así

sucesivamente. ¿No se da cuenta de que todo señala hacia lo mismo? Que los seres vivos evolucionan. Y no es eso todo: aun en un mismo planeta, puede darse el caso de islas separadas por unos pocos kilómetros de mar, cada una con especies propias. Tan diferentes entre sí como las de diferentes planetas. Y ahora, aquí tiene el caso de los juggernauts, adaptados a un medio tan hostil como el vacío...

—¿Le apetece un poco más de té? —preguntó Hari con una sonrisa conciliadora. Jonás se sintió avergonzado. Durante un momento se había olvidado de todo, y había levantado la voz. ¿Tal vez Hari había empezado a considerarle un fanático de sus ideas? Pero, ¿en qué estaba pensando? Creer en la Ciencia, como algo por encima de la superstición, jamás es fanatismo.

## DOS

Una nave de guerra sólo puede transportar un número limitado de víveres, y el espacio... Bueno, Jonás ya se había dado cuenta de los problemas de espacio. Todos se veían en la obligación de arrimar el hombro, y pluriemplearse.

Quizás la única ventaja había sido la cómoda gravedad inducida por giro que disfrutaba la Vajra. Apenas un décimo de G en los niveles inferiores. Jonás había arrojado sus prótesis metálicas a un oscuro cajón de su camarote apenas puso un pie en el velero de la Utsarpini. Desde entonces había experimentado la agradable sensación de caminar como un hombre normal. Incluso sus delgadas y sarmentosas piernas parecían fuertes y ágiles en aquella gravedad.

El arqueobiólogo hubiera deseado dedicar más tiempo al estudio, pero no podía dejar de lado todas las labores rutinarias que le había encargado la Marina. El control del aire respirable entre otras muchas.

La Vajra estaba dotada de una planta para la obtención de aire mediante tratamiento químico.

El oxígeno era el elemento más común en las rocas asteroidales, y la Vajra transportaba abundantemente este material compactado en ladrillos de treinta centímetros de longitud. Al igual que Jonás y el resto de las cosas-personas relacionadas con la Marina, estos ladrillos debían cumplir múltiples funciones. Eran introducidos en un reactor de silicatos, al que se añadía metano, y calentados mediante concentración de luz solar por la vela. La reacción producía monóxido de carbono e hidrógeno. Estos gases eran enfriados en un radiador y pasaban a otro reactor, donde el monóxido de carbono reaccionaba con hidrógeno reciclado y producía vapor de agua. Estos pasaban a través de un refrigerador, y a continuación por un separador que aislaba el metano, y lo devolvía al reactor primario. El agua condensada fluía a través de una unidad de electrólisis accionada por energía solar.

El oxígeno resultante era almacenado en estado líquido, mientras que el

hidrógeno se reciclaba en el sistema.

Más tarde, tras haber sido sometida a este proceso, la escoria que contenía silicio y óxidos metálicos sería usada en el impulsor de masas.

Para tranquilidad de Jonás el sistema estaba maravillosamente atendido por un numeroso grupo de técnicos especializados, y su misión era sólo la de tomar una medición de la calidad y presión de la atmósfera cada seis horas, en distintos puntos de la nave.

El biólogo no podía por menos que admirar la compleja ecología cerrada que era la Vajra. Todo se aprovechaba una y mil veces. Nada se desperdiciaba. Uno pronto se descubría amando a aquella nave. En una ocasión, uno de los suboficiales de aireación le había comentado:

—La Vajra no es una nave, mi oficial. Es una chica preciosa.

Jonás pensaba que aquella nave era un bote de café perdido en el vacío. Pero las paredes de aquella lata eran lo único que se interponía entre él y la fría negrura interestelar. Una diminuta isla de vida rodeada por una inmensa y estéril vastedad. A la fuerza uno debía de sentir cierto cariño por aquel bote.

Quizá fue por eso por lo que el biólogo dedicó muchos de los pocos ratos libres realizando detallados dibujos de las salas y rincones de la nave. Llenó un bloc con ellos.

En la enfermería intentó, a la vez, cumplir lo mejor posible con su trabajo. Preguntó a uno de los asistentes por el número de vendas que tenían almacenadas, y éste sólo le respondió con ambigüedades; ordenó que se hiciera una relación del material sanitario que transportaban. Estaba dispuesto a introducir un poco de método científico en aquella sección. Sin embargo, esta idea no prosperó. Cuando el teniente Ajmer regresó un día a la enfermería y se encontró con los armarios vacíos (y su contenido esparcido por el suelo, donde unos enfurecidos asistentes lo catalogaban con desgana, para volverlo a introducir acto seguido en los armarios), pasó su brazo por encima del hombro de Jonás y le recomendó muy serio que no se tomara las cosas tan a pecho.

Mientras tanto, los meses a bordo de la Vajra seguían arrastrándose con lentitud.

## TRES

El técnico en comunicaciones de la Vajra se dispuso a completar la compleja maniobra necesaria para recibir la emisión de Vaikunthaloka.

En común acuerdo con el timonel hizo girar la nave sobre sí misma, encarando la vela hacia el lejano planeta, como si de una gigantesca antena parabólica se tratara.

Una maniobra costosa y difícil, pero que el Reglamento ordenaba que se cumpliera al menos una vez cada siete días, para que las naves en el espacio no

permanecieran desconectadas de los acontecimientos que tenían lugar en los planetas.

Noticias, cartas personales y órdenes del Almirantazgo eran así rápidamente radiadas en un compacto paquete cifrado, durante las escasas horas que duraba la comunicación. Inmediatamente, la nave debería recuperar su posición original, volviendo a dirigir la vela para que captara los fotones propulsores y siguiera su débil pero constante aceleración.

## CUATRO

Phores Sdeber salió de las duchas y caminó por el curvado y estrecho corredor del sollado, a ambos lados del cual se alineaban las apretadas filas de literas. El corredor era tan estrecho que si se cruzaba con algún compañero, uno de los dos debía de encogerse contra una litera para dejar pasar al otro. Después de tres meses en el espacio esto solía constituir un motivo suficiente para promover múltiples discusiones y peleas. Pero en aquel momento Phores tenía pocas ganas de meterse en problemas.

Acababa de salir de su período de ocho horas de servicio, y quería meterse en su litera para dormir otras ocho. Ocho y ocho, ése era el simétrico día de la Marina. A cualquiera que hubiera viajado en una nave de guerra le costaba luego adaptarse a los inconstantes e imperfectos días planetarios.

Como veterano disfrutaba de un coy colocado en dirección de giro, lo que le evitaba todas las molestias producidas por la coriolis. Trepó por el entramado de hierro hasta alcanzarla. Era la última, pegada claustrofóbicamente al techo, y a la pared de estribor. También esto era una ventaja, pues evitaba que nadie tuviera que pasar sobre él para llegar a su coy.

El techo del sollado era una auténtica despensa. De él colgaban diversas variedades de embutidos y grandes pedazos de pan seco, lo que, unido al constante olor a transpiración humana, daba a la sala su aroma característico.

Se podría pensar que cualquiera podría caer en la tentación de alargar un brazo, y apropiarse de una ración extra. Pero a Phores ni siquiera se le había pasado esto por la cabeza. Allí estaban los alimentos que deberían de consumir entre todos a lo largo del viaje, y si alguien intentaba tomar más de lo que le correspondía... Bueno, aquellos hombres tenían un reglamento particular que no constaba en ninguna parte del oficial. Todas sus reglas se podían resumir en una sola: «No perjudicarás al compañero» Por menos de eso uno podía amanecer con la garganta abierta, y nadie sabría lo que le había sucedido.

Localizó una pequeña bolsa de lona, oculta entre los embutidos, y extrajo de ella un cuaderno de cartas.

Phores dedicaba un tiempo de esas ocho horas libres a escribir. Le gustaba

escribir, llenaba largas y torpes cartas contando todo cuanto le sucedía día a día. Por supuesto, jamás podría mandarlas: la energía necesaria para enviar un mensaje estaba fuertemente racionada, y no la desperdiciarían con la carta de un marinero. Pero eso no parecía importarle a Phores, que solía enviarlas todas juntas apenas recababan a algún planeta.

Levantó un momento la vista de lo que estaba escribiendo, y vio llegar a Mohamed por el pasillo central. Llevaba un libro en su mano derecha.

Mohamed ocupaba el coy inferior al suyo, y al igual que él, en aquel momento, debía de acabar de salir de su servicio.

Oyó crujir el lecho de su compañero bajo él, y de pronto se dio cuenta de algo muy extraño. Se inclinó, colgando boca abajo, y contempló un espectáculo insólito. Sí, no había duda, había visto a Mohamed con un libro, ¡y lo estaba leyendo!

Era un libro delgado, sin duda de la biblioteca de la nave, y estaba por tanto muy manoseado, con las páginas amarillentas, y erosionadas en los bordes, prácticamente desencuadernado, con el lomo suelto mostrando una telilla blanca manchada de cola.

—¡Nunca te había visto leyendo...! —dijo Phores, recordando que cualquier marino sabe leer. Al menos, en el ejército les enseñaban la cultura suficiente para enterarse del orden del día.

—Tú te debes de creer un intelectual..., sólo porque escribes una de esas absurdas cartas de vez en cuando.

Phoresladeó la cabeza para poder leer el título del libro.

—«MONSTRUOS DEL ESPACIO INTERESTELAR, GUIA DE AVISTAMIENTOS» —La edición estaba profusamente ilustrada. Phores alcanzó a ver, en la página que estaba leyendo Mohamed, un grabado que representaba a una especie de serpiente gigantesca enrollada en torno al impulsor de masas de un velero semejante a la Vajra—. ¡Vamos, Mohamed, eso es una basural

—No pensarías igual si supieras lo que yo sé... —replicó enigmáticamente.

—¿Sí? ¿Qué te ha pasado, encontraste un chinche más grande de lo normal en tu litera?

—Escucha, sabihondo, hace una hora yo estaba de servicio en la sala de comunicaciones... Y entonces fue recibido el mensaje de rigor...

—Y...

—No sé si debería contártelo. Después de todo, tú no crees en estas cosas.

—Me estás tomando el pelo. Esos mensajes se reciben cifrados, y tú no tienes ni idea de...

—Sí, pero el oficial de comunicaciones lo descifró allí mismo, y yo tuve tiempo de echarle una ojeada antes de que se lo llevase al Comandante.

—¿Lo leíste? ¡Has perdido el juicio! Un día tu curiosidad te va a meter en líos.

—Ya veo, a ti no te interesa en absoluto el destino de esta nave.

—Todos sabemos el destino de la Vajra. El Comandante leyó las órdenes. Nos dirigimos a algún sector en el confín del Límite. Debemos averiguar lo que le pasó a ese rickshaw... —De pronto comprendió, con un estremecimiento, dónde quería ir a parar Mohamed —...¡destruido!

—Exactamente. Yo ya sé lo que le sucedió al cacharro ese...

—Pasó rápidamente las páginas del libro hasta encontrar una que tenía señalada.

Le pasó el libro a Phores.

Este observó con un estremecimiento la lámina. Era a doble página, una aerografía a color elaborada con una maestría tal, que podía pasar por una fotografía. Representaba una especie de mastín gigantesco, con tentáculos en lugar de patas, y una brillante piel listada en rojo y negro. Había saltado sobre una nave mercante, atrapándola con su triple hilera de dientes, y la sacudía exactamente igual como un perro jugueteando con un hueso.

—Vamos, tú no puedes creer en esto —pero su voz no le sonaba convincente ni a él mismo.

—No soy yo quien lo piensa, sino alguien que sabe bastante más de todo esto que nosotros...

—¿Quién?

—Los romakas...

—¿Los romakas?

—Exactamente. Ellos llevan ya varios meses estudiando el pecio del rickshaw.

—Bueno, ¿y qué decía el mensaje? ¿Ya saben qué fue lo que atacó al rickshaw?

—Por supuesto que lo saben... Ahora yo también lo sé.

Phores suspiró. Cuando Mohamed se lo proponía, podía llegar a alcanzar cotas de estupidez inmejorables.

—¿Vas a decírmelo, o no? Se me está subiendo la sangre a la cabeza.

Esto no era cierto. Con la débil gravedad de la Vajra cualquiera podría soportar aquella posición durante horas.

—¿No te lo imaginas ya? ¿No has oído hablar de los animales adaptados al vacío de esa zona del Límite? Son famosos en toda la Utsarpini... monstruos de un kilómetro de largo... ¡Y la Vajra, sin contar las velas ni el impulsor, sólo mide setenta metros de proa a popa! ¡Seríamos apenas un aperitivo para uno de ellos!

—¿Quieres decir que los romakas están ya seguros de que una de esas bestias fue la causante de la destrucción del rickshaw?

—Eso decía el mensaje. No dejaba lugar a dudas... ¡Te lo juro por el Lingam Sagrado!

## CINCO



Uno de los reposteros llamaba a la puerta de Jonás.

—El Comandante le envía sus saludos, mi oficial —dijo asomándose por el hueco —y le ordena que se presente inmediatamente en su camarote.

Jonás se puso la chaqueta del uniforme, sintiéndose confuso y nervioso ante la perspectiva de una entrevista con el mando supremo de aquel microcosmos que era la Vajra.

El Comandante Job no podía haber sido más reservado con él. A lo largo de los tres meses de viaje que llevaban, apenas habían cruzado media decena de palabras. Casi todas fórmulas de saludo militar. Y, por supuesto, jamás había visitado su camarote.

Se preguntó qué podría querer de él en ese momento. ¿Tal vez simplemente informarse sobre las teorías que Jonás había ido construyendo a partir de los datos sobre rickshaws que le habían suministrado?

Lo cierto era que poco o nada había averiguado. Ahora conocía los motivos que habían llevado al Imperio a iniciar la colosal puesta en marcha del Sistema Cadena. Conocía los problemas técnicos y financieros que esta obra había representado. Pero seguía sin tener la solución de la parte más compleja del problema: ¿Quién estaba detrás de la destrucción del rickshaw?

El Sistema Cadena había resultado tan efectivo, que incluso tras la retirada del Imperio del sector siguió funcionando.

Sin embargo, Jonás se sorprendió cuando comprobó que el rickshaw, hacia el que ahora viajaban, no había sido el primero en resultar destruido misteriosamente. Casi una docena de rickshaws habían corrido su misma suerte en el pasado. Ninguno había sido recuperado, ni se habían hallado sus restos. Puesto que entonces se encontraban en guerra con los angriff, se hizo recaer la responsabilidad de las desapariciones sobre éstos.

Pero, ¿era esto posible? se preguntaba Jonás. ¿Podían los angriff interceptar y destruir un rickshaw que se movía a un décimo de la velocidad de la luz?

Con respecto a los angriff, cualquier cosa era posible. Con todo lo que se sabía de ellos, apenas se conseguiría llenar medio folio. Eran guerreros, semisalvajes, pero que poseían naves espaciales extraordinariamente efectivas. Atacaban en hordas con poca o ninguna cohesión entre ellas. Sus blancos preferidos eran las casi desprotegidas mandalas, pero de vez en cuando también se dejaban caer sobre algún planeta, saquearlo y huir tranquilamente a través de la babel. La ineficacia del sistema feudal para la defensa favoreció la impunidad de estas incursiones.

Avanzó pensativo entre las grises paredes del pasillo que lo conduciría hasta el camarote del Comandante, mientras comprobaba casi inconscientemente el buen funcionamiento de las rejillas de aireación, aplicando su mano derecha conforme iba pasando frente a ellas.

Los hombres que viajaban a bordo de una nave de la Marina se veían inmersos en un mundo monocromo: el del "Gris Armada". Un gris neutro, un poco azulón, que uno podía encontrar allí donde mirara. El cerebro, ante la falta de estímulos visuales, podía llegar en ocasiones a generar extrañas obsesiones.

La mamparitis solía presentarse con dos sintomatologías completamente opuestas. El caso de los que se veían obsesionados con los colores vivos, y pasaban horas y horas con los ojos pegados a láminas multicolores, sufriendo ataques de histeria si se veían privados de ellas. O los que parecían tranquilos y felices entre las paredes grises, aparentemente normales, pero que al llegar a un planeta buscaban una y otra vez excusas para no desembarcar, para no abandonar aquel mundo cerrado y uterino donde las cosas no cambiaban nunca.

Jonás siempre había sido una persona demasiado encerrada en sí mismo, demasiado ajeno a lo que le rodeaba, como para ser presa de la mamparitis. Sin embargo, no le cabía en la cabeza cómo nadie había hecho nada para acabar con un problema de tan fácil solución.

En una ocasión se lo comentó al oficial médico.

—Bastaría con pintar cada pared de algún color, en tono pastel —le dijo.

Ajmer le dirigió una de sus miradas circunspectas.

—¿En tonos pastel? —dijo con una sonrisa de oreja a oreja.

—Sí.

—¿Todos los mamparos?

—Sí.

—Olvídelo.

—¿Por qué?

—No le dé más vueltas a ese asunto.

—¿Por qué? Nos evitaría muchos problemas...

—No sería militar.

—¿No sería militar?

—Exacto. Las Ordenanzas son muy precisas en ese punto. La composición del "Gris Armada" está claramente especificada en el Libro. Se trata de una tradición que data de los primeros tiempos del Imperio...

Jonás se encogió de hombros. Aquello era un mundo de locos, y él no iba a cambiarlo en los pocos meses que permanecería en él.

Finalmente alcanzó el camarote del Comandante de la Vajra. Jonás había llegado a imaginar que éste sería una especie de santuario. Se sintió defraudado, era una sala sólo un poco mayor que la suya, y que parecía sufrir de la misma fiebre de aprovechamiento de cada milímetro de espacio libre que el resto de los camarotes de la Vajra.

Una litera incorporada, un lavabo plegable, una caja de seguridad, un par de

sillas, un armario del tamaño de una mesita de dormitorio, un escritorio que podía levantarse como una tabla para planchar, algunas esferas de instrumentos de repetición sobre la litera..., y casi nada más.

Las paredes estaban cubiertas de reproducciones baratas de cuadros en colores chillones. Abundaban los rojos, naranjas, amarillos, verdes y blancos, a menudo en violento contraste. Frutas rojas sobre hortalizas verdes. Uvas púrpura en un plato verde oliva. Colinas amarillas bajo un cielo azul cobalto, en cuyo centro brillaban soles naranja.

Los marinos rumoreaban que eran las que se usaban en las pruebas de daltonismo.

Jonás sonrió al verlas. El Comandante parecía gozar de mejor gusto del que se podría deducir por aquellas láminas, pero al igual que el resto de la tripulación se veía expuesto a la mamparitis.

Junto al Comandante esperaban el Segundo Gorani, y el oficial de comunicaciones, con los que conversaba en voz baja. Jonás esperó junto al quicio de la puerta hasta que el Comandante reparó en él, y le invitó a entrar.

—¿Qué conocimientos tiene sobre la espaciofauna del sector al que nos dirigimos? —le preguntó directamente apenas hubo traspasado el umbral.

Jonás, cogido por sorpresa por la pregunta, tardó unos instantes en responder.

—Muy superficiales, mi Comandante.

—Usted es biólogo, ¿no?

—Por supuesto, estoy al tanto de sus características generales. Pero no puedo considerarme un experto en el tema. Conozco un Exobiólogo en Martyaloka, el doctor Drevasi, que...

—A la luz de sus conocimientos, ¿cree posible que uno de esos animales atacara y destruyera un rickshaw?

Qué pregunta tan extraña. —pensó Jonás mientras advertía cómo la tensión crecía a su alrededor.

Durante un instante imaginó algún mítico monstruo de vacío. Sí, Jonás había oído hablar de criaturas así; según sabía eran parte fundamental de las creencias y leyendas de los navegantes. En oscuros y sucios saráis, situados cerca de las bases de las babeles, era fácil escuchar espeluznantes relatos con estos animales fantásticos como protagonistas, en boca de viejos lobos del espacio.

Recordó con un estremecimiento el aspecto que presentaba el rickshaw destruido...

Pero Jonás era un científico. Y un científico no puede dar crédito a todas esas fantasías.

Era absurdo, la fauna espacial del Límite estaba compuesta por criaturas orgánicas que, asombrosamente, se habían adaptado perfectamente a la vida en el vacío interestelar. Su aspecto, por lo que recordaba, podía ser impresionante:

gigantescas salchichas de hasta un kilómetro de longitud... Pero en realidad eran más semejantes a plantas que a animales, depredadores o no. Por otro lado, se movían por el espacio con una lentitud agobiante. Criaturas así jamás hubieran podido interceptar y destruir un rickshaw de aluminio moviéndose a un veinticinco por cien de la velocidad de la luz.

—No, no lo creo —dijo al fin.

—En ese caso, ¿puedo preguntarle por qué solicitó a la computadora tanta información sobre la espaciofauna del Límite?

—Bueno... —Ahora Jonás había sido cogido por sorpresa. ¿Cómo se había enterado el comandante de que...?— Se trata de una característica del lugar al que nos dirigimos, ¿no? Mi obligación es la de obtener toda la información posible sobre nuestro destino.

—Luego considera, aunque remotamente, la posibilidad de que uno de esos animales haya atacado al rickshaw.

—No, atacar no, pero cabía dentro de lo posible que el rickshaw hubiera tropezado con uno de ellos...

—¿Tropezado?

—Estrellado. Ya ha sucedido antes en planetas. Algunos aviones han sido derribados tras chocar con una bandada de aves.

—En un planeta, pero en el espacio...

—Las probabilidades son infinitamente menores, ya lo sé. Pero, de antemano, no puedo rechazar ninguna posibilidad.

—Sin embargo —intervino Gorani —, por lo poco que sé, esas criaturas devoran asteroides y cometas. ¿Me equivoco, doctor?

—No, los juggernauts, que es como se suele denominar a estas criaturas, se alimentan en efecto de asteroides carbonosos y de cometas ricos en agua. Transforman la materia inorgánica de éstos en orgánica, gracias a un proceso fotosintético semejante al de las plantas. En realidad, se les podría comparar con una especie de árboles gigantes adaptados al vacío, y no tienen más capacidad depredadora que un geranio en su maceta.

El Comandante observó detenidamente la expresión desconcertada de Jonás, y le preguntó mortalmente serio:

—¿De modo que usted está en condiciones de afirmar categóricamente que es imposible que la responsabilidad de la destrucción del rickshaw recaiga sobre los juggernauts?

Jonás dudó, confuso.

—Categóricamente es una palabra muy difícil de usar en biología. Ya les he dicho que no soy un experto en la materia, sin embargo...

—Bien, no perdamos más el tiempo —dijo el Comandante con acritud—. Doctor,

es muy importante que me dé una respuesta precisa a la pregunta que le he formulado.

Jonás meditó unos instantes.

—¿Puedo preguntar por qué?

Gorani estalló junto a él. Era un hombre adusto, que parecía haber sido construido con el mismo material empleado en las paredes de la nave. Su rostro, que normalmente tenía una tonalidad gris, ahora estaba congestionado por la ira.

—¿Dónde se ha creído que está? Le han dado una orden, alférez. Responda a la pregunta del Comandante, y no pierda el tiempo con disquisiciones estúpidas.

Jonás enrojeció.

—Soy un científico. Si se me oculta información, no se puede esperar que obtenga resultados fiables de mis investigaciones.

—Antes que nada, usted es un militar. Y un militar obedece sin hacer preguntas.

El Comandante levantó una mano con un gesto conciliador.

—Es suficiente, Gorani. Creo que el doctor Jonás tiene derecho a conocer las últimas noticias. —Se volvió hacia él—. Lo que va a escuchar a continuación no lo comentará con nadie hasta que yo mismo no decida cómo se va a hacer público para el resto de la tripulación... Teniente Yavani, por favor.

El oficial de comunicaciones asintió y dijo, dirigiéndose a Jonás:

—Recibimos la noticia hace apenas dos horas, durante la última comunicación reglamentaria. Los romakas la enviaron hace casi una semana, informándonos que iban a variar su posición, y dándonos las nuevas coordenadas. Si tenemos que encontrarnos con ellos, como estaba previsto, el viaje se prolongaría un mínimo de dos meses, en la ida.

¡Mierda...! —se lamentó Jonás con una débil crispación. Eso significaba un alargamiento mínimo de cuatro meses de su tiempo de servicio.

—Pero, ¿por qué? ¿No han podido capturar el rickshaw destruido?

—Lo interceptaron, y según afirma el mensaje, lo que allí encontraron les demostró taxativamente que el causante de su destrucción era algún miembro de la espacio-fauna del límite. Su nueva posición se corresponde con la de una de esas criaturas capturadas por los colmeneros.

—El problema —intervino Gorani— es si debemos creerles, o si estamos ante una maniobra que sólo pretende alejarnos de nuestro destino original.

Jonás sacudió la cabeza.

—No lo entiendo, ¿por qué? ¿Qué motivos podría tener el Imperio para mentirnos?

—Tiene uno, y muy bueno —dijo el Comandante—. En la comunicación también venía una noticia muy interesante. Hace unos días, durante la última ceremonia del Vedi, nuestro líder Khan Kharole, el Simha, fue coronado Emperador en la babel de

Vaikunthaloka por el Jagad-guru.

—¿Emperador? —preguntó estúpidamente Jonás.

—Exactamente. Esa es la gran noticia. La Utsarpini ha muerto, acaba de nacer el Segundo Imperio. —Y añadió tras una pausa—. Debemos de suponer que al Antiguo no le habrá entusiasmado la idea.

## V. JUGGERNAUT

*Desde el planeta más elevado del mundo material, hasta el más bajo, todos son lugares de sufrimiento en los que ocurre el repetido nacimiento y muerte.*

BHAGAVAD-GITA (8.16)

### CERO

Nado entre las estrellas, salpicado por sus partículas de luz como si de espuma de mar se tratara. Cabeceo, giro y me agito presa de un frenesí que parece a punto de hacerme estallar el corazón, emborrachado por el inmenso poder que me arrastra, mientras pongo el motor al límite de sus posibilidades en una loca y estúpida carrera que no me conduce hacia ningún sitio. ¿Seguiré así por toda la Eternidad...? Deslizándome solo, como Ulises intentando regresar a Itaca, como un nuevo Holandés Errante, en una búsqueda desesperanzada, hasta que las estrellas se apaguen o exploten, y su polvo pase a ser devorado por mis colectores, y luego sea utilizado por el motor para empujare algunos puntos decimales más hacia la inalcanzable velocidad de la luz...

Miro hacia adelante donde, al combinarse la aberración y el efecto Doppler, todas las estrellas visibles se aglutinan en un estrecho "arco estelar" un anillo multicolor, azul en el borde anterior, que pasa gradualmente al rojo en el posterior, a través del verde, el amarillo y el naranja. El arco estelar tiene ahora una abertura de doce grados, con su borde delantero a veintitrés grados de la línea de vuelo, y, a medida que continúa la aceleración, el arco se estrecha y se mueve hacia adelante, penetrando en el cono de negrura de proa. Con un poco de imaginación me siento viajando por un túnel en algún lejano y olvidado mar de la Tierra. Un túnel sin principio ni fin, donde los ejes del tiempo y el espacio se retuercen como serpientes heridas de muerte.

El mar... ¿Volveré a verlo algún día? ¿Volveré a contemplar la Vieja Tierra, girando a mis pies, como un zafiro tallado por el mejor de los artesanos...? Y si la encuentro, ¿a qué se parecerá?

Extraído del Cuaderno de Bitácora de la Konrad Lorenz

### UNO

La nave imperial ocupaba todas las pantallas del puente de la Vajra. En cierta

forma su configuración era convencional. Los motores situados en la parte posterior, y la necesidad de lanzar los grandes depósitos de propulsor, con el fin de conseguir mejores prestaciones, determinaba su disposición periférica, formando un anillo de tanques esféricos de hidrógeno en torno a su cintura. En el espacio existente entre los depósitos se encontraban las instalaciones de servicio del vehículo, incluidos parte de los reactores auxiliares y del propulsor correspondiente. La zona habitable estaba situada tras un escudo protector de berilio. Al final de la fase de aceleración, la erosión en vuelo debida a la colisión con partículas de polvo, es suficiente para asar a los tripulantes, o hacer estallar el espejo del motor.

Estaba unida a la boca de un gigantesco monstruo verde. Parecía que el juggernaut estaba en proceso de devorar a la nave de fusión. Pero todos sabían que el gigante estaba muerto, y que lo que veían era sólo su cascarón vacío.

Dispuesta paralelamente al juggernaut, podían ver la colmena. Un pequeño asteroide, ligeramente esférico, unido a un impulsor de masas no muy distinto al usado por las naves de la Marina.

Sin embargo, la atención de todos los hombres estaba concentrada en un objeto mucho más pequeño que se aproximaba rápidamente a la Vajra.

—Un transbordador orbital —explicó Gwalior observando la pantalla—. El Imperio los diseñó para transportar obreros y carga entre órbitas bajas y geoestacionarias. Lo emplean para el mantenimiento de satélites, y en los proyectos de construcción en el espacio.

Su estructura no podía ser más simple: tres tanques cilíndricos de combustible, unidos en torno a un pequeño motor químico. Sobre esto, una pequeña plataforma sobre la que viajaba un hombre en traje espacial, manejando los controles.

—Ahí tenemos a nuestro embajador —comentó Isvaradeva—. Será mejor que nos preparemos para recibirlo.

El embajador alcanzó la Vajra, que para entonces había detenido su giro, y traspasó las abiertas compuertas de su hangar.

Lentamente, la gravedad regresó a la nave.

Isvaradeva, Gwalior y Hari esperaban en el comedor de tropa, en el que habían sido amontonadas en un extremo todas las sillas, mesas y demás aditamentos. Con treinta metros cúbicos, era la zona de la nave con más espacio libre. Por lo que sabían, las naves imperiales no padecían sus problemas de espacio, por lo que cualquier otra sala de la Vajra quizás le hubiera resultado incómoda a su invitado.

El imperial avanzó resueltamente por la sala, hasta situarse frente a ellos.

Lucía un complejo maquillaje facial. Estrías rojas y verdes se cruzaban sobre su rostro formando complicados diseños.

Era un hombre de complexión más robusta que la de cualquiera de ellos. Sus músculos destacaban nítidamente bajo lo que tenía todo el aspecto de ser una capa de



espuma solidificada que cubría todo su cuerpo.

Isvaradeva conocía el sistema. En vez de las costosas, complicadas e incómodas escafandras de la Utsarpini, los imperiales rociaban su cuerpo con un spray que formaba aquella espuma adherida íntimamente al cuerpo, como una segunda piel capaz de soportar el vacío. Y bajo su brazo derecho, una burbuja transparente: el casco de su extraordinario atuendo.

—Saludos de parte del Comandante Josué Prhuna, de la nave del Imperio Vijaya —dijo—. Mi nombre es Ban Cha. Soy ingeniero analista a bordo de la Vijaya.

Isvaradeva presentó a sus acompañantes. Pasaron unos minutos mientras los cuatro hombres intercambiaban apretones de manos.

Finalmente, Isvadareva se dirigió a Ban Cha.

—Bien, una vez cumplido con la formalidad de las presentaciones, podemos pasar a cosas más concretas. ¿Qué tienen previsto que hagamos...? ¿Nos acoplamos a la Vijaya directamente o... ?

Ban Cha sonrió tristemente.

—Me temo que eso no va a ser posible, Comandante. Lamento ser emisario de malas noticias.

—¿A qué se refiere exactamente?

—Tenemos órdenes de no permitir que ningún ciudadano de la Utsarpini suba a bordo de nuestra nave...

Isvaradeva y Gwalior se dirigieron miradas significativas.

—Órdenes..., ¿de quién? —preguntó Gwalior.

—Del hombre que está al mando de la expedición —dijo sin entrar en detalles.

—¿El comandante Prhuna?

—No. Se trata de un civil...

—¿Tienen a un civil al mando de una nave de guerra? —exclamó Isvaradeva con sincera sorpresa.

Ban Cha enrojeció ligeramente. No había duda de que no se sentía nada a gusto con la misión que le habían encomendado.

—Lo siento. No estoy autorizado para darles más información.

—Al menos podrá aclararnos si todas estas medidas son una consecuencia directa de la coronación de Kharole.

—Comandante, sólo soy un emisario, ¡y ni siquiera un buen emisario! Mi verdadero trabajo es el de teniente analista. No me gusta esta situación más de lo que pueda gustarles a ustedes, pero he recibido órdenes muy claras de mis superiores... Ya no puedo contarles más sobre el asunto.

—¿Qué se supone que debemos hacer nosotros ahora? Si no podemos acoplarnos, todos los planes previstos son inútiles.

—Hemos dispuesto un hábitat en el interior del cascarón del juggernaut muerto.

Es nuestra base de operaciones. Allí encontrarán a científicos dispuestos a proporcionarles cuantos datos deseen.

—Bien, ¿es posible acoplarse a la instalación?

Ban Cha volvió a torcer el gesto.

—Lo vuelvo a lamentar, Comandante..., pero sólo podemos recibir a tres de ustedes en la instalación. Pueden enviar a quien deseen. Pero sería conveniente que mandaran a alguien con capacidad de decisión. No puedo garantizarles que la comunicación de estos tres hombres con su nave no se vea interrumpida... por asuntos de seguridad.

Gwalior estalló.

—¿Usted nos está pidiendo que le mandemos tres rehenes!

—Ya basta, Gwalior —dijo Isvaradeva—. Este hombre sólo cumple órdenes.

—Gracias, Comandante.

—¿Ni siquiera podemos comunicar con ese civil que está al mando? ¿Intentar aclarar la situación?

—El sólo hablará, en persona, con los tres hombres delegados por ustedes. Pueden mandar a quien deseen... pero deberán ir desarmados.

—Entiendo —Isvaradeva miró a sus hombres—. Bien, creo que comprenderá que, dado lo anómalo de la situación, debemos discutir este asunto en privado...

—Lo entiendo perfectamente, Comandante.

—Mientras tanto, considérese nuestro invitado. Tenemos un camarote a su disposición.

—Gracias, Comandante.

El hombre salió acompañado por un infante de marina.

—¿Qué piensa hacer, Comandante? —preguntó Pramantha en cuanto se hubieron quedado solos.

—No tengo demasiadas opciones.

—Las condiciones que nos ha impuesto el Imperio son en todo humillantes —dijo Gwalior—. Y ni siquiera se han molestado en disimularlo.

Isvaradeva asintió.

—Debemos de seguir hacia delante. No tenemos otro camino.

—¿Va a transigir con todo, Comandante?

—Dígame qué puedo hacer sino, Gwalior —exclamó Isvaradeva irritado—. ¿Puedo dar media vuelta, regresar por donde he venido y decirle a Kharole que la misión ha fracasado porque los romakas se mostraron muy poco corteses? ¿Puedo imponerles alguna línea de acción distinta a la que ellos nos han marcado? Dígame cómo.

Gwalior pareció buscar una respuesta durante un minuto. Finalmente dijo:

—Tiene razón, Comandante. El problema es quién va a ir. El romaka no nos ha

dado ninguna garantía sobre la integridad de los hombres que mandemos.

—Yo iré —dijo Pramantha.

—No, Han. Es necesario que vaya alguien con capacidad de decisión. Lo ideal sería que fuera yo en persona, y que intentara convencer a ese civil que parece estar al mando sobre nuestras buenas intenciones.

—Usted no puede ir, Comandante.

—Lo sé. Por lo tanto la cosa está entre mi Ayudante Mayor y mi Segundo.

—En ese caso, iré yo —afirmó Gwalior—. Todas las acciones de la nave seguirán funcionando aunque no las supervise en persona, confío plenamente en los suboficiales encargados. Pero usted necesita a Gorani en el puente. Es allí donde él está en estos momentos...

Isvaradeva recapacitó. Su Ayudante Mayor tenía razón, él no podía prescindir de su Segundo. Sobre todo teniendo en cuenta lo tensa que estaba la situación. En caso de zafarrancho no podría permanecer continuamente cumpliendo guardias de puente. Tarde o temprano se derrumbaría por el agotamiento. Y ésa era una posibilidad que un Comandante de navío jamás debía enfrentar. Por más que lo lamentara, Gwalior era el más prescindible de los tres. Pero, ¿le estaría ahora enviando a una muerte cierta?

—Muy bien —dijo al fin —, usted irá. Le pediremos al Chait Rai que nos mande al mejor de sus hombres.

—¿Los romakas aceptarán recibir a un infante de marina?

Isvaradeva se encogió de hombros.

—No se lo diremos. Pero lo cierto es que poco podrá hacer. Irá desarmado...

Gwalior sonrió tristemente.

—Cuando ingresé en la Academia no esperaba que todo fueran desfiles con el traje de gala... ¿Quién será el tercero?

—Ese tipo..., Jonás. Después de todo, ésta es una misión científica. A él lo hemos traído para eso, ¿no? Ah, Gwalior, no es necesario que le informe de todos los detalles de nuestra situación. Ya los irá descubriendo por sí mismo. Y para la moral de la tropa no sería bueno que empezaran a considerar a la nave de fusión como una amenaza.

## DOS

—¿Por qué no nos acoplamos directamente a la instalación? —preguntó Jonás.

—No podemos —dijo Gwalior—. El sistema de ensamblaje de la Utsarpini no se adapta a las naves del Imperio.

—Entiendo —dijo Jonás suspicazmente.

Estaban en la cámara de vestuario de la Vajra, ataviándose para el vacío. Aquello

no le gustaba ni mucho ni poco. ¿Quién era aquel tipo que les acompañaba? Llevaba el uniforme de la marina, pero no parecía un marinero.

Parecía un asesino profesional. Todo en él, la forma de moverse, la forma de mirar a su alrededor, los músculos que se tensaban por todo su cuerpo. ¿Qué marino podría tener esos músculos después de ocho meses a baja gravedad? A no ser que se estuviera entrenando continuamente. Un marino no tenía tiempo para eso, cada hora del día la tenía ocupada... Jonás comprendió de pronto que aquel hombre era un infante disfrazado con un uniforme de marinero. ¿Para qué? ¿No confiaban en los imperiales?

—¿Talla?

—¿Talla.? ¿De qué? —Jonás salió de su ensimismamiento.

El suboficial de vestuario le mostró el adaptador del retrete portátil. Era semejante a un preservativo con un largo tubo, conectado al depósito de la orina, unido a su extremo.

—Los tenemos en tres tamaños: pequeño, mediano y grande...

—Usaré el grande.

—¿Me permite un consejo, mi oficial?

—Claro.

—Por experiencia sé que, la primera vez, casi nadie pide el tamaño pequeño... Y algo así no me importaría si luego no me creara a mí problemas posteriores de limpieza. Un tamaño menor del que necesita le oprimiría y dolería, pero un ajustador demasiado grande tendrá pérdidas y se convertirá en algo muy incómodo, sobre todo si no puede quitarse el traje durante varios días.

Jonás se lo pensó durante un momento.

—De acuerdo, sargento. Déme el tamaño mediano.

A continuación se ajustó el mono de refrigeración como una segunda piel, entretejida por infinidad de diminutas tuberías, enroscadas como serpientes por todos sus miembros, por las que circularía el agua de la refrigeración.

El circuito también estaba conectado a la mochila de supervivencia a su espalda, donde se bombeaba el agua, a razón de unos noventa litros por minuto.

A continuación, Jonás, Gwalior y el infante camuflado, dirigidos por el sargento, entraron en la cámara de descompresión. De unas perchas metálicas colgaban las partes superiores de las armaduras. Cada una de ellas pesaba alrededor de los noventa kilos, y tardaron cerca de media hora de complicadas contorsiones en introducirse en las que tenían asignadas.

Después de entrar en los pantalones, uno debía de agacharse para poder entrar en la rígida parte superior de la armadura. Un grupo de auxiliares corría de un lado a otro intentando ayudarles a todos. Entre otras cosas, tanto el casco como los guantes no podían colocárselos sin ayuda. El casco poseía un resistente cristal de roca tallado

en Visloka, con un amplio campo de visión en todas direcciones excepto hacia abajo, donde la caja con las herramientas, sujeta al pecho, impedía toda visión.

Una vez encerrados dentro de la armadura, Jonás puso en marcha con la barbilla el sistema de refrigeración. Con alivio sintió el agua circulando por su cuerpo, absorbiendo el exceso de calor, y transportándolo al exterior.

A partir de aquel momento tendrían que respirar oxígeno puro a baja presión, y necesitarían cuatro horas y media para purgar todo el nitrógeno de la sangre. Sólo así podrían soportar la diferencia de presión existente entre la atmósfera de la Vajra y sus escafandras. Durante este tiempo, Jonás y sus acompañantes deberían de permanecer en la sala de descompresión que ya estaba siendo abandonada por técnicos y auxiliares, y que permanecería herméticamente cerrada.

El técnico de vestuarios pasó revista por última vez a las tres escafandras, comprobando minuciosamente cada ajuste, cada cremallera, cada cierre. Todo debió de ser de su aprobación, porque poco tardaron en dejarlos solos y encerrarlos en la cámara. Las alarmas sonaron indicando que se iniciaba el largo período para ajustarse al cambio de presión.

Jonás protestó ante la perspectiva de pasar cuatro horas muertas en aquel incómodo traje. Todo aquello le parecía absurdamente complicado. Una vez fuera, tendrían que ser arrastrados por el pequeño transbordador monoplaza del oficial imperial. ¿Es que la Marina no era capaz de idear algo mejor? ¿Por qué simplemente la Vajra no se aproximaba más a la estructura?

El infante de marina se atrevió a hablar por primera vez. Hasta el momento había permanecido distante y tenso. No estaba acostumbrado a permanecer encerrado en un espacio tan pequeño con oficiales. Echaba de menos la escala de mandos. Sabía cómo comunicarse con su sargento, pero le ponía nervioso el tener que tratar directamente con la oficialía. Finalmente se decidió a romper aquel silencio tenso. Pensaba que si esto disgustaba a los oficiales, le harían callar y entonces sabría a qué atenerse.

—No tiene por qué preocuparse, mi oficial —dijo, dirigiéndose a Jonás—; estos trajes los fabrican en mi planeta. Anandaloka; son los mejores de la Utsarpini. Muy seguros

Su voz sonaba opaca y lejana tras su máscara facial.

Su nombre era Ozman Nasser. Había sido pescador de esponjas en las islas de Anandaloka. Usaba escafandras bastante distintas, y mucho más sencillas que aquellas armaduras de presión. Sin embargo su utilidad era la misma, mantener a algo tan frágil como un ser humano vivo en un ambiente que le era profundamente hostil.

Al salir de la Vajra, los tres hombres experimentarían un descenso de presión similar a la que sufre un buzo al emerger rápidamente a la superficie tras una inmersión a treinta metros de profundidad.

En el fondo marino se acumula gran cantidad de nitrógeno en la sangre que

debido a la rápida inmersión, se transforma en burbujas de gas, como cuando se abre una botella de gaseosa. No era un chiste. El infante relató cómo había visto morir de esta forma a varios camaradas suyos. Era algo terrible, muy doloroso.

Jonás tragó saliva y se preguntó si tendría el traje bien ajustado.

—Si quiere que el tiempo hasta la salida pase rápido, duerma. Es durante estos períodos de descompresión cuando es posible dormir más profundamente —Ozman hablaba por experiencia. En aquella silenciosa sala se estaba muy lejos del tumulto de las literas, donde el continuo ir y venir de los grupos que cumplían sus servicios hacía muy difícil el descanso.

Sin embargo, Jonás se sentía incapaz de dormir sentado dentro de una incómoda armadura de presión. Pasó, por tanto, las siguientes horas efectuando una recapitulación mental de cuanto sabía sobre los juggernauts, el Imperio y los rickshaws. El infante de marina dormía plácidamente, tal y como había aconsejado a Jonás. Gwalior permanecía quieto, como ensimismado en profundos pensamientos. Jonás le observó durante un largo rato, preguntándose si dormiría también Pero el Ayudante Mayor se movía de vez en cuando.

Cuatro horas y media más tarde, la esclusa cicló y los tres salieron al espacio. En total habían pasado seis horas desde que iniciaran la preparación para el espacio.

Desde fuera, la nave de guerra era una gran sombra a sus espaldas. Pero no había oscuridad: La Galaxia, del tamaño aparente de una rueda de carro, a un metro de distancia, bañaba todo con su luz lechosa. En los brazos espirales se combinaban el blanco hueso y marfil amarillento, con oscuros pozos de gas color cinabrio. Al otro extremo del cielo, Akasa-puspa era un escudo fulgurante de colores variables, desde el amarillo mostaza hasta el grana oscuro, pasando por todos los matices del rojo, escarlata, melocotón y magenta.

A sólo unos quinientos metros, el juggernaut cubría una amplia fracción del cielo, y a Jonás le recordó la configuración de una raíz bulbosa, como un rábano monstruoso terminado en un inmenso entramado de fibras y raicillas, nervaduras

entre las que se extendía un tejido con aspecto de una gasa reflectante.

Jonás había visto a través del telescopio que la piel de la criatura era irregular como la de un elefante vista a vuelo de mosca. Su superficie era de color verde oliva, estaba recubierta de plaquetas hexagonales de curiosa regularidad, y excoriada por infinidad de minúsculos meteoritos.

En un extremo del gigante, relucía un obeso objeto de metal.

La astronave de fusión del Imperio ocupaba el lugar de la antigua boca. Como una luna de aquel planeta vivo, asomaba sobre el horizonte del juggernaut el asteroide colmena. Jonás no pudo ver detalles, aunque creyó ver siluetas moverse sobre él.

Por supuesto —pensó—, son los colmeneros. El vacío es muy transparente.

—¡Jonás...! —Gwalior le habló juntando su casco con el suyo.

—¿Eh? ¿Qué pasa?

—Cuidado, no se suelte. Amarre su cable al transbordador.

—Bien, bien...

No lo había visto. El imperial se había acercado lentamente a ellos, manejando diestramente los controles de su minitransbordador. Jonás admiró por primera vez su curioso traje, que le daba el aspecto de un hombre que acaba de salir de un baño de espuma. Parecía una criatura que ha evolucionado en el vacío. Como los juggernauts o los colmeneros. Junto a él, Jonás se sintió torpe y fuera de lugar con aquella pesada armadura que llevaba puesta.

El viaje fue lento, y tan agradable como una caída desde un autogiro sin paracaídas. Jonás apartó su imaginación del vacío negro en torno suyo, imaginándose que nadaba en una piscina pintada de este color, sujeto por un cable al asidero del transbordador. La nave espacial adosada al morro del juggernaut crecía lentísimamente.

Aquello era asombroso. Por lo visto los imperiales estaban acostumbrados a pensar de manera distinta. ¿A quién de la Utsarpini se le hubiera ocurrido instalar un laboratorio dentro del cascarón de un animal que una vez había estado vivo?

—¿No podemos ir más aprisa? —preguntó Jonás.

—Estamos acelerando a un décimo de G.

—¡Ah! Comprendo —dijo sin comprender.

Ahora estaban cerca. Ya eran visibles las pequeñas figuras de los colmeneros, saltando de aquí para allá, con la facilidad que da una multimilenaria adaptación al espacio.

—¡Atención ahora...! —Advirtió Ban Chan.

La deceleración hizo que Jonás diera una voltereta, y sus botas casi rompieron los espejos que rodeaban la portilla de visión del transbordador. Gwalior y el infante se habían afirmado por los pies.

Los colmeneros les rodeaban curiosos. Eran criaturas de no más de un metro y medio de la cabeza a la cola. Parecían un cruce de lagarto e insecto. Su piel era una espesa cutícula que constituía un traje del espacio natural, poseyendo válvulas esfínter en la boca y el ano para impedir que el intestino se vaciase al salir al espacio. Sólo tenían dos miembros similares a brazos humanos, articulados por los codos y rematados en manos. En la ingravidez, las piernas servían de bien poco; una cola prensil, como la que ellos poseían, era más útil. La cabeza tenía dos ojos laterales que proporcionaban una visión de trescientos grados.

Sobre la espalda salían siete cortos tubos en fila albergando otros tantos tentáculos retráctiles, que servían como medio de comunicación en el vacío.

La inteligencia de estos individuos aún era objeto de discusión. Al parecer eran incapaces de pensamiento abstracto, pero eran hábiles con sus manos de cinco dedos, dotadas de pulgares oponibles, y aprendían a manejar máquinas humanas con mucha facilidad.

Varios estaban, en ese momento, acurrucados en el armazón que unía la nave imperial y el juggernaut. Todos estaban muy quietos, sujetos con manos y colas. Uno de ellos, situado enfrente de los demás, agitaba como un poseído sus tentáculos dorsales.

—¿Tienes idea de lo que dicen? —preguntó Gwalior a Ban Cha.

—No conozco bien sus señales, pero creo que esos movimientos tan veloces son juramentos contundentes.

Un colmenero aterrizó cerca de la nariz de Jonás. Pudo ver que llevaba herramientas en un cinturón, varios rollos de cable sujetos al mismo, y dos tanques de gas a la espalda. Saltó apoyándose en el transbordador, guiándoles a través del laberinto de vigas del armazón.

Entraron en la boca del juggernaut. El interior era muy oscuro y había gravedad, inducida por el giro. Dos hombres con trajes similares al de Ban Cha se acercaron.

Entre los dos llevaron el transbordador de Ban Cha, ahora tan inútil como una tortuga panza arriba.

Los acomodaron en un pequeño monorraíl, parecido al coche de una montaña rusa. La vía se perdía en la oscuridad interior del juggernaut, pero allá a lo lejos se veía una laguna de luz.

El monorraíl arrancó. Caía a lo largo de la curvatura interior de la rígida piel del animal; Jonás trató de recordar que el gigante estaba vacío en su interior, víctima de la extraña plaga que le había traído hasta allí. Pero su imaginación le hacía creer que estaban en un universo nuevo, sin sol, sin estrellas. Un universo que constaba de suelo, vías y un pequeño gusano luminoso a lo lejos. Al principio caían libremente; luego, a medida que la trayectoria se hacia paralela al eje, notaba el progresivo aumento de la gravedad. La vía estaba peraltada para compensar la fuerza de coriolis.



Jonás creía que iban despacio, pero una vez más, la falta de resistencia del aire le había engañado. Las señalizaciones dispuestas a ambos lados de la vía le demostraban que se movían a gran velocidad.

Finalmente, las luces quedaron frente a ellos. Ya se advertían las cabañas prefabricadas y alineadas en una avenida, iluminadas por tres filas de fluorescentes. De cada una de las cabañas partía un conducto traslúcido, con forma de cordón umbilical, que la unía con la siguiente.

El monorraíl frenó. Entraron en una esclusa, ésta cicló y pasaron al refugio.

Una muchacha, joven, de pelo corto y rostro anguloso, les salió a recibir. Hubiera parecido más guapa de no ser por la expresión dura y desaprobadora. Sus ojos eran azules como el oxígeno líquido, y casi igual de fríos. Era una de esas criaturas a las que la madre naturaleza ha dotado de una mirada de cero absoluto.

Su piel también era azul, y de un tono semejante al de sus ojos.

Concedió a Jonás la dudosa merced de una breve mirada, y se volvió hacia Ban Cha.

—¿Son éstos los científicos yavanas? —Por el tono de voz parecía preguntar por el nombre científico de alguna nueva especie de insecto.

—Sí. Yo soy... —dijo Jonás en un tono más alto del debido. Casi al instante se arrepintió, pues la chica se volvió a mirarlo como si el insecto aún estuviese vivo.

—Son ustedes unos estúpidos, doctor...

—Chandragupta.

Hari comprometido gravemente esta misión para nada.

—No sé a qué se refiere.

Como era costumbre en él, Jonás se sentía irritado. No esperaba una corona de flores y banda de música, pero ¡por Dyaus Pitar...!

La muchacha hizo un gesto despreciativo.

—Sígueme —dijo, y se puso en marcha sin esperar a ver si los demás la acompañaban o no.

Ahora que la veía de espaldas, Jonás se asombró al darse cuenta de que era veinte centímetros más baja que él. Por un extraño fenómeno, parecía tener mayor altura cuando se la miraba frente a frente.

## TRES

Lilith Firishta, la bióloga del Imperio, les había dejado en una sala de conferencias. Su centro estaba ocupado por una mesa oval con asientos para unas diez personas. Cada silla estaba equipada con una pantalla de vídeo, una terminal de ordenador y dispensadores de alimentos, adosados a la mesa.

Sentado en la cabecera les aguardaba un hombre grueso y de aspecto aceitoso,

con un rostro blanco, de piel lisa, donde se veían un par de ojillos de cerdo, semicubiertos por los párpados, y que parecían no haber estado nunca totalmente libres de sospechas. Sus labios, cejas y uñas estaban pintados de un enfermizo color verde.

Cuando entraron, se limitó a lanzarles una mirada reprobatoria, e indicarles con una mano repleta de anillos y joyas que se sentaran.

—Mi nombre es Jai Shing —dijo a modo de presentación, pero continuó hablando antes de que ninguno de los recién llegados pudiera abrir la boca—. He sido delegado como gramani de esta misión por el mismísimo Emperador de la Humanidad —remarcó ostentosamente las palabras "Emperador de la Humanidad".

Su voz era insólita. Era una voz infantil, como la de un niño de siete años.

Un eunuco —comprendió de pronto Jonás. Era lógico, por lo que sabía del Imperio. Los cada vez más débiles emperadores ya no confiaban en sus generales y militares. Colocaban a eunucos irreversibles al mando de expediciones de aquel tipo, pensando que un hombre incapaz de tener descendencia, incapaz de fundar una dinastía, no intrigaría para apoderarse del trono.

—¿Puedo saber a qué se deben todas estas medidas? —preguntó Gwalior muy tranquilo—. Le recuerdo que ustedes son invitados en territorio de la Utsarpini. Y actúan como si fuesen los amos, y nosotros los prisioneros.

—Son mis prisioneros —dijo el eunuco con evidente satisfacción.

Gwalior se levantó.

—No estoy dispuesto a...

—¡Siéntese, comandante! —su voz sonó como la de un niño malcriado, pero con los ojos hizo una señal a los guardias de la puerta, que avanzaron un paso.

El infante de marina miró alrededor, nervioso, sin saber qué hacer. Realmente, ¿qué podría intentar él solo y desarmado, contra los guardias imperiales? Por su parte, Jonás intentó pasar lo más desapercibido posible.

—Siéntese. Este ya no es territorio de la Utsarpini. ¿No lo recuerda? La Utsarpini ya no existe. Su glorioso líder, Kharole, se ha proclamado emperador. Lo malo es que el título ya estaba ocupado.

—Esos no son asuntos de nuestra incumbencia. Somos militares, no políticos. Y hemos venido a cumplir con una misión que no tiene nada que ver con todo ese asunto.

—¿De veras, comandante? —Shing se retorció las manos—. ¿Creen que pueden seguir manteniendo esa coartada?

—¿Coartada? No sé a qué se refiere. Nuestra misión es únicamente la de supervisar su trabajo en nuestra zona. Y la de ayudarles, en la medida de nuestras posibilidades, a esclarecer las causas de la destrucción de sus rickshaws.

—Su misión era la de apoderarse de una nave de fusión del Imperio...

—¿Nosotros...? —Gwalior casi se echó a reír. Tomó asiento ya más relajado. Aquel eunuco era simplemente un paranoico. Aquello podría resultar problemático, pero no algo que él no pudiera manejar—. ¿Cómo, con un solo velero contra toda su tecnología de fusión?

—No es necesario que siga fingiendo, comandante. Su mascarada ha quedado al descubierto. —El eunuco pulsó, con sus dedos gordezuelos, unos controles dispuestos frente a él.

Cada uno de los monitores de vídeo se iluminó con una cegadora vista del cúmulo. Jonás admiró la imagen. Era en color, a diferencia de los primitivos monitores a base de válvulas de vacío de la Utsarpini, e increíblemente detallada, a pesar del tamaño minúsculo de la pantalla.

—¿Qué me dice ahora, comandante? ¿Qué nuevo embuste está tramando ahora? —la voz chillona sonaba triunfal.

—Usted está loco —dijo Gwalior—. No sé qué quiere que vea en esta diapositiva de Akasa-puspa.

Jai Shing tomó lo que a Jonás le pareció un lápiz metálico, unido mediante un cable a su monitor, con el que garabateó sobre la pantalla de éste.

En los monitores de los tres hombres de la Utsarpini aparecieron varios círculos rojos remarcando algunas zonas. Lo contenido en el interior de los trazos se amplió rápidamente. Ahora la imagen era más borrosa, pero Jonás pudo distinguir varias manchas circulares de un negro profundo que contrastaban violentamente contra la blanca masa de estrellas que le servía de fondo. Jonás pudo contar veinte de aquellas manchas. Eran veleros solares.

—¿Esperaban no ser detectados hasta estar sobre nosotros, comandante? —los ojos del eunuco chispeaban triunfales—. Sin duda pensaban encontrar a una nave imperial desarmada, una presa fácil, ¿no?

—Si está insinuando lo que pienso —dijo fríamente Gwalior —, en ese caso le aseguro que...

—¿No se rinde nunca, comandante? No, a pesar de las evidencias intentará seguir manteniendo su postura contra viento y marea. Así son ustedes los yavanas, incapaces de dar su brazo a torcer.

—¿Usted afirma que ésas son naves de la Utsarpini?

—De la Utsarpini o de la Hermandad, qué más da. ¿No son ustedes aliados? ¿No son ustedes los únicos que utilizan ese tipo de navíos?

—También los subandhus rebeldes del sector poseen veleros.

—¿Y serían capaces de reunir una flotilla de veinte naves en un espacio de tiempo tan corto? No, no intente escurrirse, comandante. Nuestro adhyaksa sólo informó de nuestra posición a Kharole y a Srila en persona. ¿Y sería tan estúpido Kharole de poner sobre aviso a sus enemigos los subandhus? No, más bien Kharole es muy listo.

Insistió mucho en que nuestra nave llegara completamente desarmada. Pero en eso se equivocó. Nos menospreció, tomándonos por idiotas. Cuando la flotilla alcance nuestra posición se encontrará frente a una nave de guerra imperial perfectamente armada con misiles de fusión.

—¿Ustedes han traicionado la palabra dada a Kharole? ¿Han introducido armamento atómico en nuestro sector? —La voz de Gwalior parecía tranquila, pero Jonás apreció una vena latiendo furiosamente en su cuello.

—Por supuesto. Y si somos atacados responderemos con la máxima dureza. Estamos preparados para ello. ¿Su misión era introducirse en nuestra nave, e intentar apoyar desde dentro el ataque de sus veleros?

Gwalior no respondió.

—¿Se le han acabado los argumentos, comandante? No importa. Desde este momento son ustedes mis prisioneros. Por supuesto tienen totalmente prohibido el acceso a nuestra nave de fusión. Pueden cumplir, si así lo desean, la misión que les ha servido de tapadera, pero si intentan comunicar con la flotilla... repito, si intentan advertir a sus camaradas, reduciremos su nave a partículas elementales, antes de que tengan tiempo para darse cuenta. Esto no es una amenaza, comandante. Advierta a su superior de su nave. No podrían mandar mensajes, de todas maneras; tenemos bloqueada su radio. Pero si lo intentan... Advuértale.

No dijo nada más. Se levantó y salió de la habitación, mientras sus fofas carnes se estremecían a cada paso bajo la débil gravedad.

Los tres hombres quedaron solos. Durante un par de minutos nadie dijo nada. Finalmente, Jonás estalló.

—¡Muy bien! ¡Estupendo! ¿Dónde nos deja esto? —gritó.

—¿Y ahora qué...

—Cállese, Jonás.

—...vamos a hacer? Nos la ha jugado bien ese bastardo de Kharole...

—¡Alférez! —Gwalior elevó su voz por encima de la de Jonás.

—...cebos. Hemos sido usados como cebos. Para distraer a los imperiales del verdadero ataque...

—¡SILENCIO! ¡CÁLLESE, ESTÚPIDO! —Jonás se interrumpió de golpe. Nunca habla visto a Gwalior tan furioso. Su aparentemente inamovible calma parecía haberle abandonado—. Escúcheme, ahora usted es un oficial de la Marina de la Utsarpini. Quiero que esto le entre en su cabezota de civil de una vez para siempre. Está bajo el Reglamento militar. Le guste o no. Si vuelvo a escuchar de su boca palabras ofensivas para nuestro senapatis supremo, o balbuceos histéricos como los de hace un momento... será encerrado en el más oscuro calabozo de la Vajra, para, a nuestro regreso, comparecer frente a una corte militar. ¿Me ha comprendido, alférez?

Jonás apretó los dientes y asintió con la cabeza.

—Ahora apártese de mi vista. ¡FUERA!

Jonás salió. Gwalior se volvió hacia el infante de marina. Ozman parecía intentar encoger su musculoso cuerpo hasta hacerlo desaparecer. Las discusiones violentas entre oficiales, como aquélla, caían fuera de su experiencia cotidiana, pero sabía lo suficiente sobre el tema como para comprender que si dos oficiales se trataban de aquel modo, cualquier soldado que anduviera cerca corría el peligro de pasarlo muy mal.

Gwalior sonrió para tranquilizarlo.

—Bien, soldado. Creo que es hora de que llamemos a la Vajra para informar.

## CUATRO

Isvaradeva accionó el comunicador. La voz del suboficial de comunicaciones de la Vajra le saludó desde el otro extremo de la línea.

—Hay un mensaje del comandante Gwalior —informó.

—Enterado. Pásemelo a mi camarote.

—Tendrá que conectar su monitor, mi Comandante. El mensaje viene con imágenes.

Isvaradeva asintió. Evidentemente, Gwalior estaba utilizando los aparatos de comunicaciones del Imperio. Miró hacia su monitor. En aquel momento lo ocupaba una imagen de la nave Imperial. Isvaradeva había permanecido las últimas horas dando vueltas por su nave, como un león enjaulado, preguntándose qué se estaría cociendo en el interior de aquel cascarón de juggernaut.

—El monitor ya está conectado. Pásame la comunicación —dijo con impaciencia.

La imagen cambió bruscamente. El impávido rostro de Gwalior sustituyó a la negra nave de fusión.

—Saludos, Comandante —dijo Gwalior—. Antes que nada, quiero advertirle que no tenemos ninguna duda de que esta conversación está siendo escuchada y registrada por los imperiales.

—Ya contaba con eso, Gwalior. ¿Algo que pueda decirme?

—Muchas cosas, Comandante. Y ninguna agradable.

Isvaradeva asintió. Negros pensamientos pasaron rápidamente por su mente. Pero ninguno de ellos era tan malo como lo que le faltaba por oír.

—Los imperiales no se han tomado nada bien la coronación de Kharole. ¿Me equivoco?

—Negativo, Comandante. Pero hay más.

—¿MÁS?

—Ordene que se dirijan los telescopios de la Vajra a esta posición... —leyó una serie de números que delimitaban unas precisas coordenadas espaciales.

Isvaradeva anotó rápidamente las cifras.

—Un momento, Gwalior —dijo. Y a través del intercomunicador se las pasó a los serviolas. Volvió con su Ayudante Mayor—. ¿Qué van a encontrar exactamente, Gwalior?

—Veleros solares... Una flotilla de veinte veleros se dirige directamente hacia nuestra posición.

—Oh, Krishna... —musitó Isvaradeva.

—Los imperiales han interpretado esto como un ataque por sorpresa de la Utsarpini hacia una de sus naves...

¿Qué otra cosa podrían deducir, si no? —pensó Isvaradeva.

—...están furiosos. Piensan que les hemos tendido una trampa... —y añadió con pesar —: Yo no he sido capaz de encontrar los argumentos adecuados para convencerles de lo contrario...

—Enterado, Gwalior —repuso Isvaradeva tristemente—. Lo importante ahora es averiguar lo que está pasando exactamente. Comunicaremos con Vaikuntha para que Kharole pueda explicarnos...

—No podemos comunicarnos con ningún sitio, Comandante. Los imperiales tienen bloqueadas nuestras transmisiones. Amenazan con disparar contra nosotros si lo intentamos.

—¿Disparar?

—Afirmativo. Ellos tampoco han jugado limpio. A pesar de las condiciones que les impuso Kharole, han traído armas atómicas.

—¿Sólo eso? —Isvaradeva se sentía abatido, superado por las circunstancias —. ¿No tiene ningún desastre más para comunicar?

—Por otro lado, el hombre que está al mando, pretende que continuemos con los planes de investigación previstos. Aparte de esto, nada más, mi Comandante.

Isvaradeva se despidió de su Ayudante y dejó que el torbellino de pensamientos que había estado conteniendo durante la conversación, se abatiera ahora sobre él.

¿Había sido traicionado por Kharole?

—Cuando se vieron en Vaikuntha le había prometido que ésta sería su última misión. ¡Y no bromeaba! Comprendió que había sido enviado a una misión suicida. El era la mano que muestra libre el prestidigitador, mientras que con la otra realiza el truco. Khan Kharole, el mago, haciendo desaparecer naves y hombres, para sacárselos más tarde de la manga.

Recordó el final del almirante Niustand. Un títere más lanzado al vacío por Kharole, sacrificado para servir a sus complejos propósitos.

¡Y ahora le había tocado el turno a él!

Llamó a su segundo y le puso al tanto de las últimas novedades. Sirviera para algo o no, la nave debería de estar dispuesta para entrar en combate.

## CINCO

Lilith había establecido su laboratorio en una sala cilíndrica que, en caso necesario, giraría sobre su eje independientemente del resto. La mayor parte de sus aparatos necesitaban gravedad para funcionar, y era más seguro para los diferentes reactivos y líquidos que debía utilizar. Jonás conocía formas más agradables de morir que respirar glóbulos flotantes de ácido sulfúrico.

La científico se mostró distante con él, pero dispuesta a colaborar. Al parecer, el eunuco la había instruido para que actuara de esta forma.

Antes que nada, Jonás preguntó por la estructura del ácido nucleico de los juggernauts.

La científico habló un momento con su ayudante, y los dedos de éste volaron rápidamente sobre el teclado de la terminal del ordenador.

El ayudante iba vestido con un diminuto taparrabos, pero no parecía desnudo; su cuerpo estaba totalmente cubierto por un complicado dibujo. Peces geométricos trepaban por sus piernas para ir transformándose lentamente en lagartos a la altura de la cintura, y éstos en pequeños mamíferos como musarañas cuando alcanzaban el cuello.

Jonás había creído captar entre los dos científicos algo más que una relación puramente profesional. Se encogió de hombros; aquello no era asunto suyo. Se concentró en la terminal.

Por lo que Jonás pudo averiguar, aquella terminal estaba directamente conectada con el banco de datos de la nave de fusión. En un instante, Jonás tuvo en sus manos un resumen de todos los análisis genéticos realizados a los juggernauts hasta el momento. Jonás recordó la lentitud e ineficacia del ordenador de la Vajra y no pudo por menos de admirar la avanzada tecnología imperial.

La base de la herencia eran los ácidos nucleicos, como sucedía en la vida bhutani. Pero los componentes eran distintos. El azúcar que los formaba no era ribosa sino xilosa.

Ácido desoxixilonucleico y ácido xilonucleico. ADXN y AXN.

Las bases nitrogenadas no eran tampoco las mismas: 2—me-til-Adenina, guanina, 5— metil-citosina, 5—hidroxi-metil-uracilo e hipoxantina.

¿Qué podría hacer él allí que no hubieran realizado ya los imperiales con medios mucho mejores?

—Además —continuó Lilith —, hemos detectado indicios de que ha existido un cruce genético entre los juggernauts.

—¿Cruce genético? ¿Cómo es posible? Los Juggernauts se reproducen por gemación.

—Misterio.

Bueno —pensó —, al menos no lo saben todo.

—Siete meses estándar atrás habíamos logrado interceptar el rickshaw, y desacelerarlo, a costa de un tremendo gasto de combustible...

Lilith describió con detalle las condiciones en las que encontraron el rickshaw. Toda la materia orgánica disuelta... incluso el vidrio fue atacado, por no decir el metal.

—¿No os aclararon nada los restos? ¿No encontrasteis ninguna pista?

Lilith sonrió

—Encontramos esto...

Se había puesto unos guantes y extraía de un contenedor un objeto que había estado sumergido hasta entonces en nitrógeno líquido.

De forma aproximada a la de una botella de vino, y de unos quince centímetros de largo, estaba todo él teselado por caras triangulares, como un icosaedro aplastado longitudinalmente. El objeto tenía un brillo cerúleo y era blanco. En torno al cuello se enrollaba un hilo molecular de longitud aparentemente infinita.

Jonás lo observó fascinado.

—¿Qué es eso?

—Se trata de nuestro misterioso destructor. O al menos lo sospechamos. Creemos que es una espora o una cápsula.

—¿Puedo cogerlo?

—Toma —dijo alargándole un par de guantes—. Póntelos, está muy frío

No era muy pesado. Jonás preguntó por la composición y no le sorprendió oír el eterno cuarteto carbono-hidrógeno-oxígeno nitrógeno.

—El caparazón es proteínico, con zonas de fosfolípido entre las capas interna y externa —recitaba Lilith con casi insultante eficiencia—. Las proteínas tienen un alto porcentaje de aminoácidos cargados, aspártico, glutámico y muchos más. El interior es una masa indiferenciada, una especie de gelatina sólida. No nos fue muy difícil relacionarlo con los juggernauts. Su ADXN es similar. Bueno, con algunas diferencias...

—¿Diferencias?

—Por ejemplo, que carecen de 2—metil-Adenina... Pero, de una forma u otra, esta cosa proviene del mismo lugar de donde vinieron los juggernauts.

—¿Por qué estáis tan seguros?

—Logramos localizar uno de estos animales tras ponernos en comunicación con varias Colmenas de la zona. Cuando los colmeneros lo interceptaron, no quedaba mucho de él, el caparazón sobre el que ellos habían establecido su base de operaciones, algunos pingajos de carne... y millones de esas cosas.

—¡Parásitos! —exclamó Jonás, comprendiendo de pronto—. O depredadores que se alimentan de los juggernauts...



—...Y que son incapaces de distinguir un juggernaut de un rickshaw —completó Lilith.

—¿Fue entonces cuando nos informasteis de vuestro cambio de posición?

—Exacto.

Jonás recordó su primera impresión de incredulidad cuando recibió la confirmación de que los rickshaws habían sido atacados por criaturas vivas. Ahora todo parecía más claro, aunque resultase en cierta forma sorprendente. ¿Quién podría haber imaginado que los rickshaws se habían contagiado de una enfermedad de los juggernauts?

Pero Lilith seguía hablando.

—...El examen de lo que quedó nos mostró que los tejidos del juggernaut, al igual que el casco del rickshaw, fueron atacados por un ácido muy corrosivo. Fluorhídrico. No sabemos cómo lo segrega el organismo, pero sospechamos que lo forma por secreción de un ácido fuerte con fluoruro. Necesita una membrana para protegerse de él pero... —Su mente divagó por un momento— ¿Alguna pregunta?

—Sí; ¿tiene algún nombre?

—No —se encogió de hombros—. Le hemos puesto un número de catálogo. ¿Alguna sugerencia?

—Cintamanis. "Joya autorreproductiva que permanece siempre igual a sí misma."

Lilith se encogió nuevamente de hombros.

—Puedes llamarlo como te plazca.

—¿Cómo se desplazan?

—Las capas de proteína están cargadas. Lejos del sol probablemente sean superconductoras. Una corriente eléctrica puede circular sobre ella y crear un campo magnético que lo arrastra hacia su presa... —Jai Shing había entrado en aquel momento en el laboratorio. Cruzó los brazos y se recostó contra una de las paredes del cilindro. Hizo un gesto descuidado con una de sus manos: "continuar". Lilith asintió— ...En el espacio abierto se sirven del hilo molecular desenrollado como una vela de luz. Al igual que haría una araña que, colgando de su hebra, se dejara arrastrar por el viento...

—No parece muy efectivo.

—Teniendo en cuenta el peso de la criatura, y disponiendo del tiempo suficiente, podría llegar a cualquier sitio.

—¿Podría alcanzar a un rickshaw, igualando velocidades con él?

—¿A un cuarto de la velocidad de la luz? Lo veo difícil.

—Tal vez lo atrapó el campo magnético del rickshaw. No, espera. Primero se fijaría a un container de mercancías, y de allí al rickshaw. Del primero saldrían millones de cintamanis, moviéndose a un cuarto de C. Entonces... sí, entonces el campo barredor puede atraparlos. La infección se ha ido extendiendo poco a poco a lo

largo del Sistema Cadena.

—Algo parecido habíamos pensado nosotros. Pero, si fuera así, esto lleva funcionando desde hace mucho. Quizás desde los primeros tiempos del Sistema Cadena. ¿Por qué no nos habíamos dado cuenta hasta ahora?

—Ahora los parásitos se han extendido por la zona de un cuarto de la velocidad de la luz, siguiendo las órbitas de los rickshaws. Como una infección viajando por los circuitos de las venas. Era cuestión de probabilidades que un rickshaw tropezase con ellos, pero, al aumentar el número de cintamanis, la cosa es más fácil —Jonás estaba ya inmerso en su trance creativo acostumbrado, y la idea le hizo feliz—. Un momento, ¡ya lo tengo! Los cintamanis viajan a la velocidad estándar de los rickshaws, si los acelerásemos un poco...

—Imposible. ¿Tienes idea del trabajo que representaría reprogramar los ordenadores de todos los rickshaws? Si se va a extender tan rápidamente como pensáis, antes de acabar no tendremos rickshaws que reprogramar. Además, no sería definitivo. Sería cuestión de tiempo el que otro cintamani fuera atrapado por el campo barredor de otro rickshaw.

—Os preguntáis cómo habían conseguido los cintamanis moverse a un cuarto de la velocidad de la luz —los ojillos de Jai chispeaban malévolos—. Yo os lo diré: no alcanzaron esta velocidad por sus propios medios. Alguien los ha acelerado —y miró acusadoramente a Jonás.

—¿Con qué objeto? —preguntó Jonás, aunque sabía exactamente cuál iba a ser la respuesta.

—Para acabar con el Sistema Cadena, por supuesto. ¿No te das cuenta, Lilith? Se trata del arma perfecta. Simplemente se siembran los circuitos con cintamanis... y esas criaturas harán el resto.

Jonás suspiró. Había catalogado a aquel tipo como un paranoico desde hacía tiempo, y ahora confirmaba su primera impresión.

—Vamos, Shing —protestó Lilith—. Piense lo que diga. Los cintamanis han estado extendiéndose por las rutas de los rickshaws desde hace miles de años...

Jonás intentó cambiar de tema.

—¿Habéis visto a una de esas cosas en activo?

—No..., nada de lo que hagamos lo ha hecho vivir. Lo hemos probado casi todo...

—Nuestra teoría es que hay algo en los juggernauts vivos que los provoca. Pero no sabemos qué —dijo el ayudante de Lilith.

Jonás meditó un segundo.

—En ese caso, debemos capturar un juggernaut vivo, y observar el proceso de infección.

Lilith añadió sarcasmo a la frialdad de su voz.

—Una idea muy inteligente. Pero ya se nos ocurrió a nosotros. No pasa nada.

—¿No pasa nada con qué?

—Con todo. No hay infección. Punto.

—Pero eso es imposible.

—Lo mismo pensamos. Te habrás dado cuenta que esto nos coloca en un callejón sin salida. Si no sabemos cómo el cintamani infecta al juggernaut, ¿cómo vamos a impedir esa infección en los rickshaws?

—¿Seguro que lo habéis probado todo?

Lilith suspiró mirando al techo.

—Seguro. Dispusimos cintamanis por toda la superficie del juggernaut, se los hicimos tragar, los introdujimos por su ano, extrajimos el ADXN del cintamani y lo inyectamos directamente en las células del juggernaut... Resultado: cero.

—Vaya, así que... —murmuró Jonás contrariado. Todo aquello era muy extraño. ¿Eran o no los cintamanis parásitos de los juggernauts? ¿Por qué entonces no era posible infectarlos en circunstancias normales?—. Bueno, la cosa requiere estudio. ¿Puedo tener acceso a una terminal propia? Y a vuestros archivos, claro.

—¡No faltaría más! —respondió Lilith con engañosa calidez.

—A pesar de todo, creo que sería interesante repetir los experimentos sobre un juggernaut vivo.

—¿Crees que es tan fácil? Los colmeneros invierten años en detectar a uno.

—No somos colmeneros. Y vosotros disponéis de toda la tecnología imperial para buscarlos. ¿De dónde sacasteis el segundo? El que utilizasteis para probar la infección...

—Los juggernauts suelen encontrarse por parejas. Se reproducen por gemación, ¿recuerdas? El juggernaut hijo suele viajar durante mucho tiempo cercano al padre...

—¿Existe algún tipo de relación entre ellos?

—No. Es una consecuencia de su ineficaz sistema de propulsión. Viajan juntos porque se mueven a la misma velocidad, y les resulta muy difícil variar su trayectoria.

—¿Y qué pasó con ese juggernaut vivo?

—Los colmeneros lo reclamaron. Se lo dimos. A nosotros ya no nos era de ninguna utilidad. Te repito que lo probamos todo, intentando infectarlo. Si quieres comprobar los experimentos, tenemos vídeos a bordo. Incluso películas tomadas por los propios colmeneros.

—¿Películas tomadas por los colmeneros?

—Sí. Y nos han sido tremendamente útiles. Nos muestran el estado en que se encontraba el primer juggernaut cuando los colmeneros lo interceptaron.

Lilith le explicó que los habitantes de algunas mandalas cercanas compraban estas películas a los colmeneros. El rodarlas resultaba para ellos un negocio casi tan provechoso como el de la venta de proteínas. Los habitantes les proporcionaban las

cámaras, y los instruían en su manejo.

Jonás recordó que las mandalas cercanas estaban habitadas por Jainistas, la secta herética perseguida por la Hermandad. Y éstos no destacaban precisamente por su interés por la Ciencia.

¿Quién pagaba realmente aquellas películas? ¿Serían sólo científicas, como Lilith pretendía, o los colmeneros eran utilizados como espías por el Imperio?

A Gwalior le gustaría saber aquello. Lo anotó mentalmente para informarle en cuanto le viera.

## VI. CINTAMANI

*Las aguas me estrecharon hasta el alma, el abismo me envolvió, las algas se enredaron en mi cabeza. Había bajado ya a las bocas del Hades...*

JONÁS (2.6)

### CERO

/MENSAJE CODIFICADO /09000734/ A—@ 0078/ DIRECTAMENTE TRANSMITIDO MEDIANTE LÁSER A LA SAGRADA MAJESTAD DEL EMPERADOR NUESTRO SEÑOR POR SU REPRESENTANTE ANTE LA MISIÓN INVESTIGADORA DEL CONFÍN: JAI SHING /

«(Muy Alto y Poderoso Príncipe, Invictísimo Emperador y Señor nuestro:

»Ya he relatado a Vuestra Objetividad la verdad de todo lo sucedido en esta misión, cómo lo que debía haber sido una rutinaria expedición científica, se convirtió (a mis ojos) en una trampa urdida por los yavanas para capturar vuestra nave.

»Esta fue mi sincera interpretación, y así consideré necesario de hacerla saber a Vuestra Alteza. Sin embargo, ahora recibo informes que parecen contradecir mi primera idea: Vuestro adhyaksa, subandhu Sidartani, y los informadores a vuestro servicio en Martyaloka, afirman que la flotilla de naves que se dirige hacia nuestra actual posición (transcribo literalmente)

..no pertenecen a la Armada de Kharole..."

»¿Cómo debo interpretar datos tan dispares, reverendísimo señor?

»Suplico a Vuestra Real Excelencia que, si existe en su objetivísimamente alguna sombra de duda sobre mi capacidad para llevar a buen fin este asunto, envíe una persona de su confianza que haga inquisición y pesquisa de todo e informe a Vuestra Sagrada persona de ello.

»Muy alto y muy excelentísimo príncipe: Ekam Evadwityam la vida y muy Real Persona y muy poderoso estado de Vuestra Sagrada Majestad conserve y aumente por largo tiempo, con acrecentamiento de mayores reinos y planetas, como su real corazón desea.

»De Vuestra Sagrada Majestad muy humilde siervo y vasallo, que besa los Reales pies de Vuestra Majestad: JAI SHING."

/FIN DE CODIFICACIONI 0009675/ G—@ 00987/ FIN DE MENSAJE

## UNO

Jonás llevaba dos días contemplando videos, intentando averiguar cuanto fuera posible sobre los misteriosos cintamanis. El nombre con el que él había bautizado a los destructores de rickshaws había acabado por imponerse entre los científicos imperiales.

Jonás se encontraba en aquel momento acompañado por uno de ellos: Kot Dohin, un hombre de aspecto frágil, con el cráneo y las cejas rasurados, y las pupilas teñidas de color oro. Sus ojos siempre reflejaban una continua mirada de asombro, y parecía incapaz de permanecer quieto durante mucho tiempo. Jonás le hubiera echado alrededor de los cuarenta años. Pero sabía que tenía más del doble de esa cifra. Los milagros de la medicina imperial.

Se encontraban en la sala de proyecciones. Una cabina prefabricada que en nada se diferenciaba del resto de las instaladas. Dohin había pasado con él los últimos días ayudándole, y explicándole con una paciencia infinita las distintas películas que Jonás iba viendo.

Dohin parecía feliz de ser útil para alguien. Su especialidad era la energía atómica, aplicada al armamento. Al descubrirse que los rickshaws habían sido atacados por algún tipo de ser vivo, se había quedado prácticamente sin nada que hacer.

—Es una suerte que mandaran biólogos a una expedición así —le comentó Jonás en una ocasión.

—No tiene nada de extraño. Este sector es famoso en el Imperio por su fauna adaptada al espacio. Cuando se produjo la detección del rickshaw destruido, en seguida hubo quien relacionó ambas cosas. Como puedes ver, la primitiva idea de monstruos espaciales, apostados tras asteroides, acechando para saltar sobre la primera nave que pase cerca, no ha abandonado nunca completamente nuestro subconsciente.

En aquel momento mostraba a Jonás las filmaciones de la captura del juggernaut tomadas por los colmeneros.

La captura fue una operación rutinaria, pero fascinante de observar. Los colmeneros dispusieron una trampa, un inyector de gas a alta presión que se ocultaba en un bloque de hielo, lanzado al espacio, y situado en una trayectoria coincidente con el sendero del gigantesco juggernaut.

El juggernaut era un colosal cigarro verde oscuro. Persiguiendo una diminuta pelota de nieve.

De algún modo estos animales podían detectar el alimento a distancia: quizás

percibían, a través de su extensa piel, la emisión térmica de microondas del agua.

—Los colmeneros tuvieron un fallo en sus cálculos.

—¿Un fallo? —preguntó Jonás desde la penumbra.

—Sí, lanzaron su cebo a demasiada velocidad. El juggernaut tardó más de lo previsto en capturarlo. Esto lo alejó mucho de la ruta de intercepción calculada por los colmeneros.

—Entiendo. La capacidad de maniobra de la colmena es muy limitada.

—Mucho. Invirtieron seis meses extra en alcanzar a su presa. —Dohin encendió una pequeña luz situada junto al proyector mientras cambiaba el cartucho—. En cualquier caso el juggernaut engulló el cebo... al poco rato, el hielo se licuó, y el oxígeno almacenado en el inyector escapaba, aplastando los órganos vitales del juggernaut por el aumento de presión interna.

—¿Por qué oxígeno? —preguntó Jonás.

—Bueno, verás. Los asteroides están formados por silicatos. El gas más fácil de obtener y abundante es el oxígeno. El nitrógeno o el hidrógeno son más escasos... y valiosos. Pero claro, esto nos creó graves problemas a nosotros a la hora de abordar el juggernaut.

—Por... Ah, ya entiendo...

—Claro, fue muy peligroso: Hidrógeno proveniente de los depósitos destrozados del juggernaut, mezclado con el oxígeno de la trampa a alta presión...

—Una mezcla muy explosiva... ¿Cómo os las arreglasteis?

—Con mucho cuidado. No podíamos vaciar la atmósfera sin falsear los resultados de los análisis. Nos conformamos con reducir la presión todo lo que los tejidos del juggernaut podían soportar.

La nueva cinta mostraba un largo desgarrón situado a un tercio del morro del animal; allí, la presión había hecho estallar el pellejo, aunque la mayor parte del cuerpo seguía aún bajo presión. Los juggernauts estaban segmentados interiormente como un gusano; sin duda para protegerse de las perforaciones meteóricas.

Como una nave espacial, comprendió de pronto Jonás. Todo lo que el hombre invente, la naturaleza lo ha inventado antes.

La abertura bostezó hacia ellos mientras el colmenero cargado con la cámara accedía al interior del monstruo. Redujeron la velocidad y encendieron los focos.

Lo que veía tenía poca relación con las pulcras láminas y los claros esquemas que había consultado en la Vajra. La presión había reventado o aplastado muchos órganos, y la descompresión subsiguiente a la rasgadura de la piel había completado el trabajo. Luego, el vacío había deshidratado el revoltijo; de ese modo, los monumentales órganos se habían convertido en irreconocible despojos.

Un colmenero saltó súbitamente atravesando por un momento el cono iluminado por los focos.

Luego otro.

Y otro.

Jonás comprendió que los pequeños alienígenas no se movían siguiendo el estrecho campo de luz. Sin duda sus ojos infrarrojos les permitían ver en la oscuridad más absoluta, y aquellos focos eran sólo una concesión a los espectadores humanos.

—¿Por qué conformarse con una película? —preguntó una voz femenina desde la oscuridad—. Puedes admirar ese espectáculo al natural. Si tienes valor para ello.

Jonás se volvió. En la penumbra logró apreciar la figura de Lilith. Había estado tan enfrascado con la filmación que no se había dado cuenta del momento en que había entrado la científico.

Dohin también parecía haber sido cogido por sorpresa.

—¡Lilith! ¿Hace mucho rato que esperas ahí?

—Hola, Dohin. Un par de minutos. Bien, Jonás, ¿qué te parece? ¿No te gustaría contrastar tus datos con la cruda realidad?

—¿A qué te refieres exactamente?

Lilith señaló la filmación.

—Puedes encontrarte con eso. Hemos mantenido una sección del juggernaut en esas condiciones. ¿Te interesa?

Jonás se lo pensó un momento. Descubrió que la idea de meterse en un lugar así no le entusiasmaba.

—Te lo agradezco. Pero preferiría ir a la colmena, y obtener una muestra actual de la carne del segundo juggernaut.

—Hagamos un trato, Jonás. Tú me acompañas hasta ese lugar, y yo haré de guía turística para ti en la colmena.

## DOS

Estaban en la cámara de vacío de la improvisada base. Jonás miró en torno buscando su traje.

Lilith sonrió, leyéndole el pensamiento.

—Nos ataviaremos para el vacío a la manera imperial. No tenemos tiempo para esperar a que te pongas encima toda esa chatarra.

—Pero... —Jonás iba a protestar, pero Lilith dio un paso, y la bata de laboratorio que llevaba puesta cayó silenciosamente a sus pies. Jonás supuso que utilizaba algún tipo de cierre electrostático. El cuerpo de la científico era maravillosamente delgado y musculoso, como el de un galgo azul...

La sorpresa lo dejó mudo durante un instante. Luego se encogió de hombros. Los romakas eran así.

Jonás contempló disgustado el spray de trajes, pero no había duda de que era un



artefacto útil. Comenzó a extender sobre su piel una capa de espuma que, rápidamente, se polimerizaría hasta convertirse en una escafandra temporal, íntimamente adherida a su epidermis, como una segunda piel, pero resistente al vacío. Las macromoléculas del pegajoso material se unirían unas con otras, dando una sola gigantesca molécula, muy resistente, como un capullo de seda de pocos milímetros de espesor. La capa exterior se volvería reflectante. La capa intermedia evaporaría el sudor y a su través (era muy porosa) circularían gases reguladores de temperatura. Una vez puesto, el traje sólo podía eliminarse con un disolvente especial. Escafandras de usar y tirar, sin duda uno de los grandes logros del Imperio.

Jonás cambió el spray de mano, y se recubrió la derecha. Luego los pies. Tal y como le habían instruido se roció los pies y las manos con una capa triple. Sólo faltaba la cabeza. Jonás se puso el casco (respirador-radio-visor espejo de 360 grados...) semejante a una pompa de jabón, pero de material durísimo, y lo roció también. Puso especial cuidado en el cuello.

En esos momentos apareció Lilith, ya enfundada en su traje. Inspeccionó su equipo, como pasando revista.

—¿Me ves alguna zona sin cubrir? —preguntó Jonás tímidamente.

—No. Toma, ponte esto. —Le alargó un artefacto de aspecto aparatoso que se acoplaba a la mochila mediante un complejo sistema de cierres.

—¿Qué es esto?

—Un pequeño propulsor a base de gas comprimido —explicó.

Sus mochilas estaban equipadas de herramientas, focos, equipo de urgencia y reservas de aire extra. Nunca exponerse al azar, era la consigna de los trabajadores espaciales. Ni siquiera en aquella salida rutinaria.

Jonás se ajustó la nueva pieza, ayudado por la científico. Los mandos del reactor sobresalían, con un brazo metálico, a la altura de su mano izquierda.

Se dispusieron para salir.

—Échame una mano con esta escotilla, ¿quieres?.

Avanzaron por la curvada superficie interna de la piel del juggernaut. Las luces y la instalación pronto quedaron atrás; parecían caminar por una infinita superficie ligeramente rugosa. Jonás se sintió como una mosca paseando por un plato.

El sector al que se dirigían se encontraba en el extremo del animal opuesto a la boca. En él los científicos imperiales habían preservado las condiciones internas del animal cuando lo encontraron los colmeneros.

Habían instalado una de sus curiosas puertas-esfínter en el septo que separaba la parte vacía de los segmentos aún presurizados. El tabique estaba tenso por la presión al otro lado.

Atravesaron el esfínter.

El interior era una confusa pesadilla. Lilith consultó su medidor atmosférico:

amarillo. El aire era una mezcla del oxígeno usado en la muerte del juggernaut, metano, indol y aminas diversas, vapor de agua e hidrógeno. Grandes cantidades de hidrógeno derramadas de las bolsas que almacenaban el gas de propulsión.

El fantástico decorado se completaba con los grandes órganos muertos, como el escaparate de una carnicería de cíclopes. Enormes bultos húmedos, viscosos, relucientes. Rosados, verdosos, blancos, marrones... La luz de sus lámparas les revelaba el nauseabundo cuadro en pequeñas porciones.

Caminaban chapoteando unos humores sanguinolentos que inundaban el suelo. De vez en cuando, sus pies se enredaban en masas de filamentos pegajosos, similares a espaguetis rosados.

Jonás empezó a sentirse muy mal.

Lilith le hizo una señal para que la siguiera. Se adentraron cada vez más en aquel sanguinolento universo, guiándose por las marcas dejadas por la científico en anteriores visitas.

—¿Qué esperas encontrar... ?

—Espera, y tú mismo lo comprenderás.

Jonás se volvió a mirarla. La muchacha, con su traje y casco, parecía un fantasma plateado que vagase por un lóbrego caserón. Un castillo de carne, sangre, y vísceras.

Siguieron avanzando en silencio. Caminaban por una especie de corredor entre grandes masas de tejidos colapsados. Finalmente, el pasillo desembocaba en una cavidad mucho más amplia.

—Utiliza los impulsores de mochila —dijo Lilith, y saltó al interior de la cavidad, poniendo en marcha el suyo. Jonás la imitó.

Sobre las paredes de la cámara se retorció una horda de repugnantes masas informes. Eran criaturas no mayores que los dos puños de un hombre unidos, de forma vagamente globular. Eran de un color blanco sucio, y continuamente se movían: gritaban, se arrastraban, algunas saltaban en el aire. Su forma era repulsivamente variable; temblaban como flanes, se estiraban, encogían, alargaban, aplanaban...

Jonás tuvo que hacer un violento esfuerzo para no vomitar y ahogarse en su traje.

Las criaturas formaban un tapiz viviente que recubría los tejidos de las paredes. Era imposible contarlas, pero debían haber varios cientos de miles a la vista. Era como un aquelarre de amibas gigantes.

Sus cuerpos rezumaban una burbujeante espuma amarillenta. Todo el piso estaba inundado de ella.

—Sobre todo, no pises esa espuma. —advirtió Lilith. Es ácido fluorhídrico.

Jonás asintió, mientras manejaba cuidadosamente los controles de su mochila. Con la baja gravedad no era demasiado difícil.

—¿Qué te parece? ¿Te gusta?

Jonás tuvo que refrenar su instinto de salir corriendo de allí.

—Me encanta. Cintamanis en estado activo. —Tragó saliva—. ¿Qué les impide disolverse a sí mismos?

—Mucopolisacáridos. Básicamente el mismo sistema que impide que nuestros estómagos sean digeridos por los propios jugos que segregan.

»Los cintamanis funcionan con una especie de relación comensal-simbionte. Todos colaboran generando ácido, y todos se benefician absorbiendo la papilla que se forma. Sígueme.

Se dirigieron hacia una de las paredes. Jonás descubrió que su mochila era más fácil de manejar sí, en vez de mantener un chorro continuo a baja potencia, daba pequeños tirones de gas a máxima.

—Mira... allí, en aquel sitio. ¿Lo ves?

—No... espera, sí. ¿No son eso cintamanis encapsulados?

El brazo de Lilith apuntaba una mancha cercana a la base, frente a ellos. Un grupo de unas cien o doscientas cápsulas, idénticas a las que Lilith guardaba en nitrógeno líquido. Su superficie brillaba céreamente, reflejando la luz de sus lámparas en sus facetas geométricas.

Se acercaron aún más. Jonás comprobó que muchos de aquellos cintamanis se encontraban en distintos estadios de transformación. En algunos la cápsula multifacetada era apenas una película cristalina de aspecto frágil. En otros se encontraba más endurecida, y cada vez más opaca, hasta llegar al individuo perfectamente encapsulado.

—¡Cuidado...!

Jonás estaba tan ensimismado con el espectáculo que reaccionó tarde al grito de Lilith. Uno de los cintamanis en estado activo saltó súbitamente hacia él. Jonás no pudo hacer otra cosa que protegerse el rostro con su brazo derecho. El cintamani se estrelló contra su antebrazo, cerca del codo.

—¡Ah... Kamsa...! —Jonás miró atónito la mancha de corrosión gris-negrucza que avanzaba por su traje. Se volvió hacía Lilith con los ojos desorbitados por el pánico. Y ahora, ¿... qué hago?, pareció decirle con una mirada suplicante.

Pero Lilith ya había extraído un frasco plateado de su mochila. Proyectó un chorro del aerosol sobre la mancha que humeaba en el antebrazo de Jonás.

—¿Q-qué... es... eso? —tartamudeó Jonás. Su respiración se había vuelto jadeante.

—Un aerosol alcalino. No te preocupes, iba preparada para este caso.

Lilith siguió lanzando una nube de solución concentrada de sosa cáustica, hasta que la mancha dejó de crecer.

—¿Te ha alcanzado el ácido la mano? ¿Quieres que regresemos?

—No, no. —Jonás luchó por tranquilizarse—. Estoy bien, de veras. Creo que sólo

ha atacado la superficie...

—Vámonos a un sitio más tranquilo —dijo Lilith—. Quiero mirar esa manga más despacio.

Salieron de la cámara utilizando sus impulsores. Jonás estaba tan nervioso que Lilith tuvo prácticamente que arrastrarlo tras de sí. Finalmente volvieron a pisar suelo firme. Desconectaron sus reactores de mochila.

Lilith aplicó un parche al brazo de Jonás utilizando el aerosol de trajes.

—Gracias... —dijo Jonás mientras observaba el trabajo de Lilith—. Un poco más, y me agujerean... Has pensado rápido.

—Se nos adiestra para ello. —De pronto pareció recordar algo, y su semblante volvió a recobrar su acidez característica—. Diez años de estudio y trabajo... Realmente no sé para qué.

—¿A qué te refieres?

Lilith se incorporó.

—Aquí me tienes... —dijo señalándose los pies invisibles bajo el liquido rojizo—, chapoteando en la mierda. ¿Qué te parece?

Jonás se encogió de hombros.

—¿Qué vamos a hacer ahora? ¿Hay algo más que ver?

—No mucho. Creo que te has ganado que te acompañe a la colmena. Vamos.

Se dirigieron hacia la salida-esfínter. Y de allí caminaron hacia el extremo posterior del juggernaut. El suelo se curvaba suavemente mientras ascendían por el cono. A cada paso la gravedad descendía, conforme se acercaban al eje central del juggernaut.

—¿Qué has querido decir antes? —preguntó Jonás mientras caminaban—. ¿No estas aquí por tu voluntad?

—¿Por mi voluntad? ¿Estás loco? Yo tenía un futuro tremendamente halagüeño en la Universidad de Cakravartinloka. En estos momentos sería decana de la cátedra de biología. La más joven de la historia... Un año más, y lo habría conseguido...

—¿Por qué aceptaste venir aquí, entonces? ¿No pudiste negarte?

—¿Negarme? ¿Sabes cómo funcionan las cosas en el Imperio...?

Jonás se encogió de hombros.

—Si un científico quiere trabajar... Si prefiere no morir de hambre con su doctorado en el bolsillo... Debe aceptar la protección de algún subandhu, de algún Clan importante, que esté dispuesto a ejercer un mecenazgo sobre tus investigaciones... De una forma u otra, pasas a ser propiedad de esa Familia. Pueden venderte, o cambiarte por algún otro lote de científicos, si así lo desean.

—Pero, eso es terrible.

—¿Terrible? Es mucho peor que eso. Fíjate, el Imperio, el Tesoro público, está arruinado. En estos momentos vivimos de las rentas de un pasado glorioso... Estamos

devorándonos a nosotros mismos. Consumiendo rápidamente las grasas y calorías engordadas a lo largo de milenios.

—Pero, de algún sitio tendrá que salir el dinero. ¿Cómo paga esta investigación, por ejemplo?

—El Trono subasta competencias para la investigación entre los principales Clanes. El mío se quedó con este apestoso asunto de la destrucción de rickshaws. No pude elegir. Simplemente me dijeron: «Lilith, prepara tu equipaje. Vas a estar fuera un par de años...» ¡Estupendo! ¡Y mi carrera, que se la lleve Putana...!

—Entiendo. No me parece un sistema muy efectivo. ¿Cómo se pagan las guerras?

—El Imperio reparte tierras entre los Clanes que le apoyan. ¿Con qué otra cosa podría pagarles?

Jonás no lo sabía. Y había dejado de interesarle el tema. La carcoma de la feudalización que había obligado al Imperio a abandonar el Límite trescientos años atrás, seguía realizando su labor destructora. Algún día el Imperio se derrumbaría sobre si mismo como una gigantesca viga de madera completamente podrida. De todas formas ése no era ahora su principal problema, y allí se sentía muy incómodo para seguir hablando de política.

Llegaron al extremo del cono. Como Jonás había esperado, éste se cerraba con una compuerta instalada por los imperiales. Lilith la abrió, y los dos científicos pasaron al otro lado.

Se encontraban ahora en el exterior; el Universo entero giraba en torno a ellos. La Galaxia, Akasa-puspa, la nave de fusión, la Vajra, el Imperio, la Hermandad, la Utsarpini, Khan Kharole, su Divina Gracia, los angriff..., y la colmena. Todo danzaba a su alrededor.

Mirando a lo largo del cascarón ahusado del juggernaut, en cuyo extremo se encontraba, uno se sentía como Dios contemplando su creación desde lo alto de Meru, la Montaña Sagrada. O quizás como un microbio subido a la punta de una aguja. Depende de la escala que uno adoptara.

—Ahí tenemos la colmena —dijo Lilith señalando la masa de roca asteroidal—. ¡Vamos! —Y una vez más saltó al vacío sin haberle avisado previamente.

## TRES

El asteroide-colmena flotaba frente a ellos, iluminado por la luz combinada del Akasa-puspa y la Galaxia. Parecía increíblemente cercano, apenas tendrían que saltar un par de kilómetros más para alcanzarlo.

Era una estructura ligeramente esférica de unos doscientos metros de diámetro. Visto desde fuera, no presentaba rasgos que indicaran el pequeño pero complejo microcosmos viviente que anidaba en él. Excepto por un detalle; los dos kilómetros y

medio de espiga impulsora, con sus negras pantallas solares alineadas sobre él.

El sistema de propulsión era muy común en la Utsarpini: un impulsor de masas que eyectaba materia (cualquier materia) a gran velocidad, tras ser ionizada y acelerada en un campo magnético. La energía necesaria era de origen solar.

Lilith y Jonás sobrevolaron la casi interminable fila de placas fotovoltaicas colocadas sobre la larguísima espina del impulsor, a la manera de grandes velas rectangulares dispuestas sobre una gigantesca lombriz metálica.

Alcanzaron al fin el asteroide, y reptaron sobre su curva hasta encontrar la entrada. Los colmeneros habían colocado una serie de garfios estratégicamente dispuestos para permitir a los humanos asirse a ellos, y desplazarse sobre la irregular superficie.

La entrada-esfínter se dilató, y la pareja de biólogos accedió al interior.

La colmena estaba profundamente excavada formando galerías y pozos, donde se almacenaba la maquinaria, los pertrechos, y los sistemas de soporte vital.

Jonás flotó a lo largo de interminables corredores, siempre guiado por Lilith. De vez en cuando pasaba a su lado un colmenero a toda velocidad, como un meteorito con patas. Los corredores estaban iluminados con una fea luz amarillenta, colocada por los imperiales.

—Al menos podrían haber fijado trozos de roca coloreada, o cristales de gran tamaño —comentó Jonás observando con disgusto las frías paredes de roca—. Hasta las ratas decoran sus nidos. Quizás tengan razón los que piensan que son sólo animales.

La colmena estaba tallada en el pétreo corazón del asteroide, una roca de un verde negruzco, con minúsculos granos cristalinos. Los corredores estaban desprovistos de todo adorno. Globos de luz. Anónimas tuberías que discurrían por las paredes/suelos/techos, (Jonás ignoraba las convenciones), barandillas y asideros para la cero-g. De lo que no carecía era de sensaciones para el olfato. La colmena entera bullía de olores raros: a creosota, a jabón, a almendras amargas, a gasolina rancia, a acroleína, y otros más extraños que desafiaban a la pituitaria del más experto sabueso.

Jonás se preguntaba cómo les parecería a ellos el olor a ácido butírico que desprenden los mamíferos. Si tenían olfato, pues este sentido, en el vacío, les era más bien inútil.

Finalmente alcanzaron el núcleo del asteroide, una serie de cámaras blindadas con varias capas de material protector: allí se guarecían los colmeneros en caso de tormenta solar, y allí criaban a sus hijos.

Los retoños eran muy sensibles al vacío y a las radiaciones, puesto que carecían de cutícula protectora. A medida que crecían, ésta se desarrollaba, pero aún eran vulnerables, especialmente durante las mudas. Sólo los adultos podían soportar exposiciones al espacio casi indefinidas.

Eh el núcleo también se encontraba la despensa, y los almacenes de alimento.

Lilith hizo girar una manivela que les permitiría acceder al almacén principal. Jonás miró alrededor nervioso. Un grupo cada vez mayor de colmeneros les rodeaban observándolos con sus inescrutables rostros. Su armadura contra el vacío les daba un aspecto siniestro, como el de un guerrero de algún planeta yavana. La punta de su máscara se prolongaba hacia delante como el hocico de un cerdo. Sin embargo, los dos orificios cónicos al extremo de este "hocico", no eran para oler, eran dos auténticos ojos de infrarrojo. Todos aquellos ojos se clavaban ahora en la pareja de científicos. Los tentáculos de su espalda se agitaban espasmódicamente.

—Lilith... ¿crees que se molestarán si entramos aquí?

La científico miró alrededor.

—No te preocupes, son inofensivos. —Y entró en la cámara.

Jonás dirigió a los colmeneros una mirada de disculpa, y siguió a Lilith.

En el interior, el olor a rancio se sobreponía a cualquier otro aroma captado por Jonás en la colmena. Era una cámara casi cuadrangular, de unos cien metros cúbicos de capacidad. El hedor provenía de una serie de balas de color negruzco que se amontonaban llenando el noventa por ciento del espacio de la cámara.

—Ahí tienes tu juggernaut —dijo Lilith señalando las balas. Jonás se aproximó a la más cercana. Era un cubo, de aproximadamente un metro de lado. Estaba compactada con la ayuda de alambres.

Tomó un poco del material que contenían. Este desmigó entre sus dedos en innumerables escamas que flotaron en torno a él.

—¿Qué es esto?

—Liofilizado —explicó Lilith—. Los colmeneros conservan las proteínas desecando los tejidos de juggernaut al vacío.

—¿Por qué has esperado hasta ahora para decírmelo? Podríamos habernos ahorrado el viaje.

—Quería que te convencieras por ti mismo. ¿Qué más podía hacer? Te relaté detalladamente nuestros intentos de infección. Tú mismo viste las películas... Además, quería que vinieses aquí para conocer a un personaje muy singular: el exobiólogo Ab Yusuf Rhon.

—¿Ab Yusuf Rhon?

—¿No lo conoces? En el Imperio es muy famoso. Ven, te gustará. En cierta forma es muy parecido a ti.

## CUATRO

Entraron en otra de las cámaras del núcleo aclimatadas para humanos. Esta le recordó la enfermería de la Vajra. Era un hospital en miniatura, concentrado en una

pequeña habitación semiesférica de no más de veinte metros cúbicos de capacidad.

El centro de la cámara estaba ocupado por una mesa de disección, sobre la que destacaba un objeto rojizo. Cuatro hombres embutidos en batas de laboratorio trabajaban sobre este "objeto" bajo la potente luz de una batería de focos situada en el techo de piedra.

El contraste entre la heterogeneidad de la roca, y la aséptica pulcritud del resto de utensilios que los humanos habían añadido a la estancia, le daba a ésta un aspecto tétricamente surrealista.

Uno de los cuatro hombres levantó la vista, y sonrió al ver a Lilith. Era más alto que los demás y enfermizamente delgado. Tenía el aspecto de olvidarse habitualmente de comer durante varios días. Su rostro, surcado por una cantidad increíble de arrugas, estaba enmarcado por una aureola de revueltos cabellos blancos, que se movían como tentáculos bajo la ingravidez. Evidentemente, aquel hombre no hacía uso de las técnicas de cirugía estética imperiales. Jonás tampoco pudo apreciarle ningún tipo de maquillaje corporal.

—¡Lilith, cariño! ¡Cuánto tiempo! Había empezado a considerar la posibilidad de que os hubierais largado sin mi.

—¿Has hecho los ejercicios? —preguntó la bióloga con su habitual frialdad.

—¿Qué? Ah, no; aún no.

—Pues hazlos. Corre por ahí un rato. No tengo ganas de cargar con más casos de osteoporosis.

Ab Yusuf Rhon se dispuso a correr por la cámara.

—¡Aquí no, estúpido! —bromeó Lilith—. En el juggernaut. Allí encontrarás espacios lo suficientemente grandes. Corre por las paredes; haz un poco de motorista en el muro de la muerte. Pero muévete bien. Llevas demasiados meses a cero g. He encontrado un exceso de calcio en tus análisis de orina.

El exobiólogo simuló estar asombrado.

—Increíble —dijo—. Miss Iceberg preocupándose por mi.

Jonás observaba a la pareja de imperiales asombrado, comprendiendo sólo a medias la conversación entre ambos. Finalmente, Lilith reparó en él, y le presentó al exobiólogo.

Lilith había tenido razón. A los cinco minutos de conversar con el científico imperial se sintió como si fueran camaradas de toda la vida. Jonás reconoció inmediatamente en aquel hombre el mismo afán de saber, la misma curiosidad insaciable, que lo dominaba a él.

Hablaron del estado de la Ciencia en el Imperio, y lo compararon con la Utsarpini. Por mucho que esto sorprendiera a Jonás, los científicos de la Utsarpini disfrutaban de más libertad que los imperiales. También hablaron de los juggernauts, de los rickshaws y del Cúmulo. Al igual que él Yusuf era un ferviente defensor de la



idea de que la raza humana, y la fauna emparentada con ella, había colonizado Akasa-puspa desde la Galaxia. Les habló de los libros que había publicado sobre el tema en Vaikunthaloka, y cómo esto provocó las iras de la Hermandad.

—¿Cuál es aquí tu campo de interés, Yusuf? —preguntó Jonás. Había hablado demasiado sobre sí mismo, y ya era hora de conocer más datos sobre el exobiólogo.

—En estos momentos, única y exclusivamente los colmeneros. ¿Te sorprende...?

—No, ¿por qué?

—Yusuf ha dado por imposibles a los cintamanis. —explicó Lilith.

—Por supuesto —dijo Yusuf, enrojeciendo de ira—. ¿Qué diablos esperan que haga yo con todo ese galimatías? Si tu tractor se contagia de la gripe, ¿a quién debes llamar? ¿Al médico o al mecánico? Y luego el fracaso de Lilith al intentar activar los... ¿cómo les llamáis ahora?

—Cintamanis.

—Cintamanis... ¡ah! Algún día tendremos la clave de todo esto, pero dudo que para entonces nos quede algún rickshaw del Sistema Cadena. Mientras tanto yo aprovecharé las confusas circunstancias que me han traído hasta aquí, y efectuaré la única investigación seria de los colmeneros.

—¿La única?

—Sí, fíjate que he dicho "la única" y no "la primera".

—No te entiendo. —Aquello era nuevo para Jonás.

El exobiólogo juntó los dedos y miró hacia el abovedado techo de piedra.

—Hace años empecé a interesarme por los colmeneros. Los colmeneros son, a su manera, unas adaptaciones al vacío tan sorprendentes como el resto de la espacio-fauna del sector... Intenté reunir toda la información posible sobre estas criaturas, pensaba que dado lo asombroso de una ecología basada en la vida en el espacio, la documentación sería abundante.

—¿Y te equivocabas...?

—Sí. Apenas logré reunir cuatro generalidades... Parecía que nadie se había interesado jamás por estos seres.

—¿Nadie?

—Encontré muy pocos datos, como ya te he dicho.

—Eso no es tan extraño. El interés del Imperio por la Ciencia ha tenido fluctuaciones. Creo que hacia la época en la que el Imperio abandonó el sector, lo que estaba realmente de moda era la Religión...

—Sí, también pensé en eso. Pero incluso en las épocas más oscuras, siempre ha habido individuos aislados interesándose por la Ciencia. Pero en este caso era como si alguien hubiese intentado conscientemente borrar todas las huellas.

»En los primeros siglos de colonización, cuando el Imperio controlaba el sector, los recién llegados vieron la solución a muchos de sus problemas: adiestrar a los

colmeneros como cazadores de juggernauts. Proporcionarles armas y equipo. Comprar la proteína como valiosa fuente de alimento para las mandalas del sector, como fertilizante, o como materia prima para sintetizar productos.

»¿Cómo es posible que entonces nadie sintiera siquiera un ápice de curiosidad? Los tenían al alcance de la mano, ¿por qué nadie intentó saber más sobre ellos?

—Al retirarse el Imperio —intervino Lilith —, las mandalas fueron presa fácil de los angriff que exterminaron a la mayor parte de los colonos del Límite.

—Si —corroboró Jonás—. Cuando las tropas de Kharole reconquistaron la zona, se sorprendieron al comprobar que los colmeneros seguían vivos. De algún modo se las arreglaron para sobrevivir, conservando la maquinaria que poseían en funcionamiento hasta el regreso de los humanos. ¿Es posible que durante el interregno se perdiera la información?

—¿De los bancos de datos de la Universidad Imperial?

—Sí.

—No —Yusuf agitó una mano como si intentara alejar aquella idea de la mente de Jonás— no lo creo, al menos si quieres decir que se perdieron de forma no premeditada. Hay una "inteligencia" tras esa pérdida.

—¡La Hermandad! —Afirmó Jonás.

—No. Es posible que la Hermandad parezca muy poderosa vista desde la Utsarpini. Pero en el Imperio no goza de la fuerza suficiente como para acceder a millones de ordenadores, y hacer desaparecer datos de ellos como si nunca hubiesen existido.

—¿Entonces...?

—No lo sé. Este es un punto que sigue intrigándome. Sin embargo, puedo asegurarte que mi trabajo aquí en los últimos meses, va a arrojar una luz muy reveladora sobre los colmeneros.

Jonás casi no podía disimular que el científico imperial había despertado, con sus palabras, un vivo interés sobre los resultados de sus investigaciones. Sin embargo, se mostró cauto y reprimió la oleada de preguntas que afluían a su boca. Tal vez el exobiólogo recelaría de él si empezaba a bombardearlo con preguntas. Además, era posible que no hiciera falta; Yusuf parecía ansioso de hablar y contrastar sus teorías con un nuevo biólogo.

—Échale un vistazo a esto —dijo misteriosamente, y se impulsó con un débil salto hasta la mesa de disecciones. Los ayudantes de Yusuf, que hasta ese momento habían permanecido trabajando en silencio sobre ella, se hicieron a un lado.

Jonás le siguió, y una vez estuvo lo suficientemente cerca comprobó que (tal y como ya se había figurado) lo que había sobre la mesa era el cadáver de un colmenero, convenientemente despiezado.

El colmenero muerto estaba bajo una especie de cúpula transparente; Yusuf

introdujo sus manos por unos guantes adosados a la cúpula, y tomó un bisturí de su interior.

Jonás adivinó la función de este artilugio. A cero g, la sangre que manaría de los cortes practicados al cadáver formaría burbujas que serían atrapadas por la cúpula y evacuadas mediante algún sistema de succión.

Yusuf hurgó con el bisturí en la rosada carne.

—Fíjate en esto...

Jonás tragó saliva, sintiendo que se le revolvía el estómago.

—¿No les molesta que les hagas eso? —preguntó.

—Amigo mío, a éste ya no le molesta nada.

—Me refiero a los demás... ¿Saben lo que se hace en esta cámara?

—Por supuesto. Pero ellos carecen de costumbres funerarias. No tienen tabúes religiosos al respecto. En realidad, no parecen tener religión alguna. Cuando uno de ellos muere, lo arrojan al secadero.

Jonás recordó las escamas de carne liofilizada, y volvió a sentir un estremecimiento en el estómago. Miró a Lilith, que flotaba frente a ellos y que parecía disfrutar con sus apuros.

Pero Yusuf volvió a requerir la atención de Jonás sobre el cadáver del colmenero.

Cortó un complejo paquete muscular hasta dejar al descubierto...

—¿Qué crees que es eso?

—Parece un fémur —aventuró Jonás.

—Es un fémur.

—Pero...

—¡Huesos! —exclamó Yusuf—. Uno podría dejarse engañar por el insectoide aspecto externo del colmenero, pero, como puedes ver, por debajo de su armadura cutánea tenemos un ser vivo, de sangre caliente, tan complejo al menos como nosotros... Fíjate en la delicada estructura de su columna vertebral...

Jonás observó confuso, mientras el exobiólogo practicaba cortes con maestría en los tejidos del colmenero.

¿Era aquella masa gris lo que quedaba del hepato-páncreas? ¿O era algún tipo de depósito de reservas? Aquellos filamentos blanquecinos podían ser parte del aparato circulatorio... o nervios. Un gran anillo lobulado, cerca de la base del cráneo, parecía un plexo nervioso sometido a deformación...

—Lo siento —dijo al fin —, pero creo que me estoy haciendo un buen lío. No entiendo lo que quieres mostrarme.

Yusuf pareció salir de un trance. Se volvió hacia Jonás.

—Claro, disculpa. He olvidado que yo llevo meses con esto, y tú sólo unos minutos. —El exobiólogo sacó sus manos de los guantes adosados a la cúpula—. Fíjate, el grado de adaptación de los colmeneros al espacio es asombroso, hasta el

último detalle.

»Son criaturas de sangre caliente... ¿te has fijado en sus curiosos hocicos...?

—Sí, son ojos infrarrojos. ¿Me equivoco?

—No. Están dispuestos al final de esas especies de trompas, para evitar ser engañados por el propio calor corporal del animal.

—Entiendo. Es como si nosotros intentáramos ver con nuestros cuerpos irradiando una potente luz.

—Exacto; la trompa (o el hocico, como quieras llamarle) está rellena de un esponjoso tejido aislante. ¿Puedes imaginar una adaptación más perfecta? En el vacío los infrarrojos son diez veces más efectivos para la visión que en una atmósfera planetaria.

—Oh...

—¿Y su capacidad de contener el aliento por espacios de tiempo casi ilimitados? Si tienen oportunidad de respirar oxígeno, lo almacenan en sus tejidos preparándose para futuros paseos espaciales. Incluso cuando se les agota, pueden aún sobrevivir varias horas por medio de la fermentación de los alimentos... ¿Sus cerraduras esfínter para la boca y el ano... ?

—Sí, conozco todas esas características. Pero no veo que...

—Escucha, antes te has dejado confundir por el aspecto caótico de la disección...

—Sí.

—Entonces, quiero que veas esto.

Yusuf se aproximó a un pequeño ordenador personal, situado en un rincón de la cámara, entre papelotes y restos medio secos de pasadas comidas. Tecleó rápidamente, y la pantalla se iluminó mostrando un dibujo tridimensional increíblemente detallado de un esqueleto.

—Es una simulación de la estructura ósea de los colmeneros, obtenida a partir de los datos que he ido introduciéndole durante estos meses.

En la pantalla, la figura simulada giró sobre si misma hasta mostrar el lado que Yusuf deseaba.

—Fíjate en esa pelvis... Parece diseñada para contener el peso del paquete visceral. Y en esa columna vertebral... ¿qué necesidad tiene de algo tan complejo un ser que jamás va a sufrir el tirón de la gravedad?

A Jonás se le iluminó el cerebro de pronto.

—Entiendo. ¿Para qué necesita un esqueleto una criatura que evolucionará en el espacio?

—Exacto. Lo cierto, es que en estos momentos, como puedes ver, los huesos han quedado reducidos a su mínima expresión. Hasta los huesos de los pájaros parecen vigas de acero comparados con ellos. Su función ha quedado reducida a una percha a la que los músculos puedan agarrarse. Si sometiéramos a un colmenero a un campo

gravitatorio, por débil que éste fuera, moriría aplastado por su propio peso. Sin embargo, ahí están... fíjate en esto. —Tecleó algo, la zona de la simulación correspondiente a la parte superior del tórax se amplió hasta llenar la pantalla—. ¿No dirías que esas depresiones, situadas donde deberían estar los hombros, son los restos de una articulación.

—Brazos —comprendió Jonás—. Los colmeneros tenían brazos, como nosotros, cuatro miembros en vez de los dos que aún les quedan... Pero eso significa... ¡No es posible!

—Sí, adelante. ¿Qué ibas a decir?

—Los colmeneros son originarios de algún ambiente con gravedad. Algún planeta... De alguna forma evolucionaron para adaptarse a la vida en el espacio. ¿Pero qué circunstancias podrían provocar que un ser vivo sufriera cambios tan drásticos?

—Ninguna. Un pez puede evolucionar hasta adaptarse a la vida en tierra. Puede transformar sus aletas en patas, sus branquias en pulmones... Pero tierra y mar están íntimamente unidas... ¿Qué clase de planeta permitiría un acceso tan rápido al medio espacial?

—Sácame de dudas. ¿Tienes o no alguna teoría sobre cómo evolucionaron los colmeneros?.

—Sólo pudo ser de una manera. ¿Recuerdas a los juggernauts?

—¿Cómo iba a olvidarlos?

—¿Crees que ellos sí evolucionaron en el espacio?

—No... no lo sé. Parecen más extraños.

—Pero volvemos a la misma cuestión: ¿Puede una criatura evolucionar en el espacio por sí misma?

—Parece ser que no. Pero ahí están, ¿no?

—Ni siquiera allí. Es un medio demasiado hostil, que da muy pocas oportunidades a los seres vivos más simples para poder llegar a un estado de complejidad que les permita la vida en el vacío...

—Pero...

—Sí, ya se. Están ahí. Por mucho que nos empeñemos en decir que es imposible, ahí los tenemos. Imposible, sí. No pudieron evolucionar por sus propios medios... Por sus propios medios

—Espera, ya sé dónde quieres ir a parar... Pero...

—Creo que los juggernauts son seres artificiales, Jonás —dijo Yusuf con lentitud—. Creados hace millones de años por una raza superinteligente, para que sirviesen de alimento, de astronave, o ambas cosas.

—Parece increíble.

—¿Por qué? Es la única forma en que pudo aparecer la vida en el espacio. ¿Te parece absurdo? Tal vez algún día hagamos lo mismo, cuando la genética molecular

avance bastante. Crearemos organismos que crezcan en cometas o asteroides, que fabriquen aire, calor y alimento para nosotros. Entonces, colonizaremos realmente Akasa-puspa, sin depender de mandalas, astronaves o escafandras.

—¿Y los colmeneros son los descendientes de los amos...? —preguntó Lilith, no muy convencida.

—Sí. Modificados genéticamente para adaptarse a la vida en el espacio. Uno puede ver claramente que la mano que estuvo hurgando en sus genes, fue la misma que transformó a los juggernauts...

—Al igual que uno puede reconocer a un artista por el cuadro que pintó —Añadió Jonás.

—Precisamente. Sin embargo, actualmente todo parece indicar que los colmeneros han degenerado como consecuencia de su extraño medio ambiente. Ya no recuerdan su pasado glorioso...

Jonás observó ahora a aquellos animales de aspecto ridículo de un modo completamente nuevo. Sus antepasados podrían haber sido los creadores de aquellas moles vivientes viajeras por el espacio llamadas juggernauts. Podrían haber poseído una tecnología que ni la Utsarpini ni el mismísimo Imperio podrían llegar a sonar jamás... Tal vez algún día respondieran a muchas preguntas. Aunque en aquellos momentos Jonás se conformaría con que le dijeran cómo detener la plaga de cintamanis.

Jonás comentó estos pensamientos con el exobiólogo.

—Puede que les hagas tú mismo esas preguntas antes de lo que piensas —fue la sorprendente respuesta de Yusuf.

Abrió una alacena y extrajo de ella un frasco de formol. Se lo mostró a Jonás. En el interior del líquido conservante flotaba un curioso órgano procedente, sin duda, de algún colmenero viviseccionado en el pasado.

—¿Qué es?

—¿Qué te parece a ti que es?

Jonás lo observó con detenimiento. El órgano constaba de un bulbo central, rodeado de una espiral de tubos semejantes a los canales semicirculares de un oído humano.

—Parece un oído interno diseñado por algún dios borracho.

—Estupendo. Casi has acertado. De hecho, mi teoría es que fue diseñado a partir de un oído... En un colmenero se encuentra ubicado en el área parietal de su cráneo. Escucha esto...

Yusuf se había aproximado al receptor de radio. Lo conectó, e hizo girar el dial.

Una algarabía de trinos, chasquidos y pitidos llenó la estancia. Parecía una reunión de grillos compitiendo por vez quién era capaz de producir el sonido más extraño.

—¿Qué es eso? —pregunto Jonás.

—Ssssh. Escúchalo, es muy importante.

—¿Es una grabación?

—No, es algo que está sucediendo en estos momentos...

—Pero...

—Estás escuchando el parloteo de la colmena en pleno.

Jonás levantó el frasco a la altura de sus ojos. ¿Sería posible que...?

—¿Radio? —musitó como si temiera decir algo que fuera ridículo.

—Increíble, ¿verdad? Esto es un aparato de radio orgánico...

—¿Es eso posible?

—Lo tienes en tus manos. Volvemos al capítulo de las adaptaciones milagrosas. En el vacío del espacio, ¿se te ocurre un mejor sistema de comunicación? Alguien ha estado jugueteando con los genes de esas criaturas. Alguien que dejaría al mejor ingeniero genético del Imperio a la altura de un brujo de tribu.

—Pero, entonces, ¿la teoría de que se comunicaban usando de sus tentáculos estaba equivocada? ¿Cómo es posible que nadie captara antes sus emisiones?

—Mi teoría es que ellos utilizan los tentáculos al igual que nosotros usamos nuestras manos, y también para la comunicación cercana. Piensa que el alcance de una emisión de radio es mucho mayor que el de la voz humana... Por otro lado no es extraño que nadie captara antes sus emisiones. Fíjate, trabajan en una onda muy larga, incluso para la Utsarpini.

—Y también cabe la posibilidad de que si alguien los detectó en el pasado, esta información se haya perdido como tantas otras referentes a los colmeneros... —apuntó Lilith.

Pero, ¿quién pudo manipular el ADXN de los colmeneros? —se preguntó Jonás. Sobresaltado, se dio cuenta de que había empezado a pensar como un paranoico. Como Jai Shing.

El exobiólogo le dirigió una mirada divertida.

—Sin embargo, te he guardado lo mejor para el final. Pregunta: ¿Por qué infieres que los colmeneros tienen ADXN? ¿Sólo porque ellos y los juggernauts son criaturas adaptadas a la vida en el espacio... ?

—Un momento —dijo Jonás lentamente—. ¿Estás intentando decirme que los colmeneros poseen un ácido nucleico distinto al de los juggernauts?

—Sí, muy distinto. Los colmeneros poseen el mismo tipo de ADN que los perros, gatos, ratas, y... que nosotros mismos. Los religiosos dirían que los colmeneros son "criaturas de Dios", para diferenciarlos de aquellos seres que no comparten nuestra herencia. Según nuestros propios términos, los colmeneros están emparentados con la raza humana, de una forma u otra.

»Son vida buthani...

## VII. EL ARTEFACTO

*Los Hombres son como perros, cerdos, camellos y asnos.  
Alaban a aquellos hombres que nunca escuchan  
las narraciones de los pasatiempos trascendentales del Señor,  
el que libra de todo mal*

SEGUNDO CANTO DEL BHAGAVATAM (2.3)

### CERO

Esta es la Marina Espacial de la Utsarpini

"La Marina me ha dado responsabilidad, satisfacción y paz interior"

(Sargento Jaun Iwukule, originario de Martyaloka)

La Marina puede hacerle sentir realmente BIEN consigo mismo. Este es el premio a su labor. A una labor hecha LO

MEJOR QUE USTED PUEDE HACER.

La Marina le ofrece:

DESAFÍO:

Usted podrá demostrar de lo que es capaz. Recibirá una excelente preparación física que le capacitará para llegar hasta donde muy pocos privilegiados son capaces de llegar, al servicio de LOS MAS ALTOS IDEALES.

AVENTURA

Su Servicio en la Marina le permitirá visitar los más alejados y exóticos planetas de Akasa-puspa, donde participará en la SAGRADA CRUZADA de Khan Kharole de llevar la Utsarpini y a la Civilización a los más recónditos lugares.

BENEFICIOS:

No debemos olvidar el factor material: Sueldos elevados. Bonos por servicios especiales. Treinta días de permiso al año, y tres pagas extras. TODO ELLO LIBRE DEL JIZYA.

Ninguna computadora reemplaza a la MENTE HUMANA. Somos personas. Necesitamos personas.

Consulte el banderín de enganche más cercano y

"ÚNASE A LA GENTE QUE NOS HEMOS UNIDO A LA MARINA"

### UNO

Gwalior observaba a Jonás con aspecto cansado, sus ojos expresivos como dos



botones de vidrio.

Se encontraban en la habitación que los imperiales habían acondicionado para ellos. En ella, los tres hombres de la Utsarpini disponían de suficiente espacio y comodidades para despertar las envidias de sus compañeros de la Vajra. Sin embargo, no se dejaban engañar por esto; aquello era poco menos que una cárcel, por muy cómoda que resultase.

Jonás había intentado ponerle al corriente del estado actual de las investigaciones. De vez en cuando tropezaba con conceptos biológicos que al militar se le escapaban, pero generalmente demostraba ser un hombre capaz de aprender, y comprender rápido.

—Me temo que los científicos romakas han llegado a un callejón sin salida. Saben lo que produce la destrucción de los rickshaws...

—Ese organismo... ¿Cómo lo llaman?

—Cintamani.

—Sí, ¿cómo es posible que una criatura de apenas quince centímetros de longitud acabe con una estructura metálica de un kilómetro?

—¿Cómo es posible que algo tan pequeño, y tan simple, como el virus de la rabia acabe con un organismo de la complejidad de un ser humano?

—¿Cómo pueden confundir un rickshaw con un juggernaut?

Jonás se encogió de hombros.

—No han descubierto ningún tipo de órgano especializado en los cintamanis activos, ni en las cápsulas. ¿Cómo detectan a sus presas? Probablemente se fijen a todo lo que tenga unas características generales, de tamaño y forma, semejantes a las de un juggernaut vivo. Tal vez la mayor parte de los cintamanis se pierden fijándose a asteroides, o cosas por el estilo. Eso justificaría su elevada tasa reproductora. Lilith ha calculado que de un solo juggernaut pueden partir cinco mil millones de cintamanis.

—¿Lilith?

—Sí, es la bióloga romaka. Una persona muy competente...

—De acuerdo, me decía que los romakas ya tienen aislado el causante. ¿Qué problema les puede quedar entonces? ¿No es posible crear una sustancia que..., por ejemplo, inhiba la reproducción de los cintamanis?

—Ese es el callejón sin salida del que le hablaba. Nada de lo que han intentado hasta el momento ha sido capaz de activar un cintamani. Básicamente, son grumos de ADXN encapsulados... mucho más complejos que los virus, a pesar de todo. Recuerde que necesitan reproducirse por millones, devorando un juggernaut, salir al vacío rompiendo el cascarón del animal, viajar por el espacio, localizar otro juggernaut, adherirse a él, y activarse. Todas estas acciones han sido ya explicadas por los romakas, excepto la última. Devoran a sus presas segregando ácido

fluorhídrico, disolviendo sus tejidos, y asimilándolos entre todos los cintamanis. Cuando han completado su ciclo, se encapsulan y salen al espacio. Viajan colgados de un largo hilo, que hace las veces de vela de luz. Se adhieren al juggernaut magnéticamente, gracias a este mismo hilo, y... eso es todo. Los romakas no saben cómo se activan. Está claro que infectan al animal, y se reproducen. Pero, ¿qué los activa? —terminó Jonás mientras sonreía de oreja a oreja.

—Usted tiene aspecto de saberlo.

—Creo que lo sé.

—Estupendo. En ese caso, ¿por qué no comparte sus conocimientos con el resto? Eso podría ayudar, que entre otras causas es por lo que está aquí.

Jonás enrojeció. No tenía previsto informar de momento a Gwalior del tema de los colmeneros, ni de su sorprendente conversación con el exobiólogo imperial... Pero de todas formas, el Ayudante Mayor hubiera acabado por enterarse, y entonces Jonás hubiera tenido que dar cuenta de los motivos por los que no puso inmediatamente al tanto a su superior.

De modo que Jonás relató, lo mejor que pudo, todos los detalles de su entrevista en la colmena.

—Yusuf parece pensar que existe una "mano negra" tras la desaparición de los datos sobre los colmeneros. Personalmente creo que está "viendo enanos". Pero el resto de sus apreciaciones me parecen muy correctas.

»Estas criaturas pudieron transportar nuestra herencia genética a través del vacío que nos separa de la Galaxia. Ellos están adaptados de tal forma al espacio que un viaje así no representaría prácticamente ningún cambio en su rutina diaria. El objetivo final del viaje, apenas importaría para miles de generaciones de colmeneros...

—No. No lo creo. ¿Tiene idea de lo que está hablando? Cruzar un vacío de miles de años luz. ¿Cómo, con las colmenas?

—Con los juggernauts. Los juggernauts son auténticas astronaves vivientes. Imagínese un rebaño de millones de juggernauts encaminándose hacia Akasa-puspa, los colmeneros saltando entre ellos, viajando sobre ellos, alimentándose de su carne. Un viaje así pudo durar miles de millones de años si fuera necesario.

—Sí, parece que tiene sentido.

—Más que eso. Es la única manera realmente posible. ¿Qué otra cosa nos queda? ¿Viajes más rápidos que la luz? Absurdo. ¿Naves generacionales? ¿Cómo evitar que una ecología tan reducida se mantuviera estable durante millones de años?

—Esto que dice me recuerda... ¿Conoce el planeta Asuraloka?

—Sólo por referencias. ¿Es un mundo completamente helado?

—Sí, estuve allí en una ocasión. Visto desde el espacio es como una gran bola de nieve. Al girar, el lado que mira hacia su estrella está a unos diez grados bajo cero, y la zona de sombra desciende por debajo de los —30. Los habitantes de Asuraloka no

tienen más remedio que llevar una vida nómada. Continuamente están viajando, huyendo del lado frío hacia el cálido. Utilizan para ello trineos tirados por cabras de los hielos. Las cabras les transportan, y les sirven de alimento. De esta forma llevan cientos de años recorriéndose el planeta de arriba a abajo.

—Es el mismo principio. ¿Se da cuenta de las implicaciones de esto?

Jonás mismo había empezado ahora a verlas. En su cabeza giraban imágenes confusas de la migración de los colmeneros.

Una hazaña que quizá jamás sería igualada de nuevo: cruzar el inmenso vacío que separaba Akasa-puspa de la Galaxia... Millones de juggernauts conducidos por millones de pastores colmeneros con un destino prefijado... ¿Por quién?

—Sí. A la Hermandad no le va a gustar. ¿Cree que fueron ellos los que destruyeron la información sobre los colmeneros?

Jonás dudó un momento.

—Sería lo más lógico, desde mi punto de vista. Yusuf, en cambio, no lo cree posible.

—¿Por qué?

—Piensa que la Hermandad no ha podido tener acceso a los ordenadores imperiales. Lo cierto es que, con lo que sabemos, me parece que no les faltarían motivos a los religiosos para emprender una acción así. Si se demuestra que la raza humana llegó a Akasa-puspa de esa forma, bueno, usted lo sabe; Será un duro golpe para ellos.

A Gwalior se le ocurrió de pronto algo.

—¿Y toda la diversidad de razas que comparten nuestro ADN, a lo largo de todos los planetas de Akasa-puspa, provienen de los colmeneros? ¿Qué ha pasado entonces con los eslabones intermedios de vida bhutani? ¿Por qué nunca habéis encontrado nada, ningún resto, los que habéis estudiado el tema? ¿O si los habéis encontrado, y soy yo quien lo desconoce? No soy un experto, como ya sabe.

Jonás pensó que Gwalior estaba más enterado de todos estos temas de lo que él se hubiera imaginado. Sin duda que su trabajo reclutando científicos para las naves de guerra de la Utsarpini le había obligado a instruirse.

El militar había hallado el punto débil de la teoría. Allí por donde hacía agua. Jonás había pensado mucho sobre aquello, sin haber encontrado una solución aceptable.

—Quizás se extinguieron por la dura competencia de los habitantes originarios del cúmulo. No lo sé. Lo cierto es que acabamos de abrir una caja de sorpresas. Lo que averigüemos en los próximos años al respecto, cambiará toda la concepción que tenemos de nosotros mismos y de lo que nos rodea. Pero, bueno, de momento todo esto me ha dado una nueva clave a la hora de interpretar el problema de los cintamanis...

—Adelante. Diga de qué se trata.

Jonás levantó las manos en un gesto conciliador.

—Lo siento, comandante Gwalior, pero ya le he dado todas las claves para que llegue a las mismas conclusiones a las que yo he llegado. Lo que le he dicho, es lo que sabemos positivamente; el resto son especulaciones mías, y no las voy a arriesgar hasta que Lilith me entregue ciertos análisis.

—Ya veo. ¿Y cuándo tendrá esos análisis?

—En cuanto hable con Lilith. Con la tecnología del Imperio, creo que podremos tenerlos en unas horas. Entonces, puede que podamos descansar todos... ¿Cuánto tiempo llevamos aquí?

—Mañana se cumplirá una semana.

—Bien, pues yo, desde que he llegado, apenas he dormido tres o cuatro horas diarias.

—No se queje, Jonás; éste tampoco ha sido un viaje de placer para mí.

—¿Sabe algo más sobre lo que piensan hacer los romakas?

Gwalior se encogió de hombros.

—Ese eunuco es un maldito hijo de puta —repuso tranquilamente.

Jonás miró nervioso en torno suyo. ¿Se había vuelto loco Gwalior? Sin duda que los romakas habían infestado aquella habitación de micrófonos.

—De todas formas —siguió diciendo —, la cosa parece más distendida. Hoy han aprobado recibir a un nuevo grupo de nuestros hombres.

—¿De veras? Eso sí que es una noticia. ¿Se sabe ya a quién más van a enviar?

—Sólo hay uno seguro, de momento.

—¿Quién?

—Hari Pramantha.

## DOS

Cuando entró en el laboratorio, encontró a la científico en su puesto, absorta en su trabajo, tal y como había esperado.

—Buenos días, Lilith. —Se acercó a su banco.

—Ah, estás ahí.

—Sí. Eeeh... ¿Tienes los resultados?

—¿Cuál de todos?

—El del ADXN de juggernaut, ya sabes... El de...

—Sí. Me preguntaste sobre las regiones con hipoxantina en lugar de 5—metil-Adenina. Pues bien, las regiones H, como las llamo yo, son regiones continuas, o casi. O sea: hay tramos enteros de ADXN con regiones H. ¿Era eso lo que esperabas? ¿Qué significa?

—Bien, esto... Verás. ¿No te parece extraño que haya genes en los juggernauts idénticos a los de los cintamanis? Los genes de los cintamanis tienen hipoxantina y no 5—metil-Adenina. Son todo región H.

La mujer frunció el ceño. Era un gesto natural en ella, como si sus músculos faciales estuviesen permanentemente contraídos y necesitase un esfuerzo para relajarlos.

—Hmmm. ¿Y qué significa?

—Significa que... Bien, ahora sabemos de dónde salen los cintamanis.

—Un momento, hay otra cosa. En las regiones H hay intercalados fragmentos de ADXN normal. Con 5—metil-Adenina.

—Ah, eso lo esperaba.

—¿Lo esperabas? No lo creo. Tú sostienes que los cintamanis son algo así como parte de los juggernauts. No deberían, por tanto, llevar ADXN de juggernaut.

—Tal vez no. Pero, dime, ¿por qué no intentas expresar los genes de las regiones H?

Lilith volvió a concederle una de sus miradas de cero absoluto.

—Tú te crees que todo es muy fácil. ¿No te das cuenta de que esos genes están bloqueados por represores que desconozco, y que se supone que tengo que eliminar? ¿No comprendes que tengo que purificar... ?

—Bueno, bueno, bueno. La verdad, sabes que no tengo tu habilidad manual y tus conocimientos técnicos, pero... eh..., precisamente por eso te necesito...

—Escucha, yo llevo ya casi un año con este asunto...

—Mientras que yo, prácticamente acabo de llegar, de acuerdo. Sé que es estúpido por mi parte el querer liquidar este asunto en sólo unas pocas semanas, pero...

—En mi opinión no eres en absoluto necesario en todo esto.

¡Ajajá! —pensó Jonás. Replicó:

—Un momento, espera... Yo no puedo hacer nada sin ti... En realidad, los últimos tiempos me he dedicado a la arqueobiología, y...

—No debiste dejarla.

—Su Divina Gracia no opinaba así. Pero no importa. De acuerdo, no te interrumpiré más.

—Ah, un momento —dijo Lilith —: ¿Qué esperas que encuentre en cuando active los genes de las regiones H?

—Proteínas de cintamani.

## TRES

El Comandante Isvaradeva se sentaba tras su mesa de despacho plegable, a bordo de la Vajra, enfrentándose a los inescrutables ojos del capitán Chait Rai.

El capitán de infantería de marina de la Utsarpini Chait Rai no era nunca alguien agradable de ver.

En aquel momento permanecía perfectamente firmes, con su gorra de plato sujeta bajo el brazo, tal y como mandaban las Ordenanzas. Isvaradeva lo observó admirado; cada línea, cada arruga imperceptible de su cuidado uniforme estaba donde se supone que debería estar. Era imposible una perfección mayor, el porte de aquel hombre sólo podía compararse con las idealizaciones representadas en los carteles de reclutamiento. Sin embargo, su rostro era otro asunto.

Chait Rai siempre llegaba precedido por la fama de sus hazañas... y por lo monstruoso de su semblante que daba fe de algunas de ellas. Isvaradeva observó fugazmente aquel rostro, forzándose para no detener la vista en ningún rasgo, finalmente había optado por clavar sus ojos en los del capitán.

¿Era consciente de la incomodidad y desazón que provocaba en los que tenía enfrente? Sin duda que sí, pero Isvaradeva no hubiera podido asegurarlo observando aquellos ojos, inexpresivos y distantes.

Ningún sentimiento podría escapar jamás de ellos —pensó Isvaradeva, aunque había oído decir que en lo peor de la batalla, aquellos ojos cobraban vida, e irradiaban calidez y confianza para los hombres que estaban bajo su mando.

Cualquiera que no hubiera conocido personalmente al capitán Chait Rai, habría deducido que todo lo que se contaba sobre él era pura ficción. Se decía que había combatido a las órdenes del Imperio, que había viajado más allá del horizonte estelar para reprimir la disgregación de las colonias que éste aún poseía en aquellos remotos planetas.

Chait Rai pertenecía a una estirpe de mercenarios, los ksatrya de Hogar del Héroe. Sus remotos antepasados habían constituido una aristocracia guerrera, controlaban con implacable tiranía un planeta habitado por millones de esclavos a su servicio. Sólo una vida de continuo entrenamiento para la lucha les permitía seguir ejerciendo el control sobre aquellas masas, y controlar las continuas rebeliones. Todo esto acabó cuando el planeta fue incorporado al Imperio; amos y esclavos pasaron a ser una misma cosa, todos sometidos por igual al poder imperial. Los ksatryas habían perdido su razón de ser, pero su larga tradición militar no podía ser borrada en unos pocos años. Cuando el Imperio liberó Ksatraloka, los antiguos aristócratas se transformaron en preciados mercenarios. No les importaba a las órdenes de quién combatieran, mientras pagara su justo precio.

Isvaradeva no podía dudar de la fidelidad de Chait Rai hacia la Utsarpini en aquellos momentos, lista era la principal regla de los ksatryas: «Honor para quien te paga."

Pero Isvaradeva lo había llamado por otras razones.

—Estoy preocupado —dijo—, la situación podría írsenos de las manos en

cualquier momento. —Hizo una pausa, y observó el rostro del mercenario. Ningún cambio—. Los romakas me han concedido que envíe tres hombres más. Esto podría significar dos cosas muy distintas: O bien la tensión entre nosotros se está relajando, o bien es todo lo contrario y quieren más rehenes... Tú conoces mejor que nadie a los romakas, has trabajado a sus órdenes, has viajado en una de sus naves... ¿Qué opinas?

—¿Quiere realmente mi opinión, Comandante? ¿La opinión de un militar de nacimiento no influida por la diplomacia, o los intereses políticos?

—Sí.

—Creo que deberíamos actuar antes de que fuera demasiado tarde.

Isvaradeva tardó un instante en comprender la intención de las palabras de Chait.

—¿Estás sugiriéndome que iniciemos un ataque contra los romakas?

—Me ha pedido mi opinión, mi Comandante. Usted puede seguirla o no, eso es decisión suya.

—¿Crees que tendríamos alguna oportunidad contra el armamento del Imperio?

—La pregunta, desde mi punto de vista es: ¿La tendremos si nos dejamos conducir al matadero como corderitos?

Isvaradeva asintió. Lo que el mercenario sugería tenía sentido. Si los imperiales consideraban que naves que se acercaban hacia ellos llevaban intención de atacarles, sin duda no permitirían que la Vajra se uniera a la batalla.

—¿Cómo podríamos tomar la nave romaka? ¿Tienes hombres suficientes? Tú conoces esas naves por dentro, ¿crees que podrías dirigir un ataque sorpresa contra ella?

Chait negó lentamente con la cabeza.

—No podríamos. Esas naves son fortalezas. Apenas llevan infantes a bordo, porque no los necesitan; abordar uno de esos artefactos es prácticamente imposible..., nos cazarían como a conejos mientras trabajábamos con los sopletes intentando perforar el casco.

—¿Entonces...?

Chait señaló la estática imagen del juggernaut en una de las pantallas del camarote.

—No sería difícil hacernos con el control de la base construida en el interior de ese animal. Como ya le he dicho, los romakas apenas llevan infantes.

—¿Qué ganaríamos con eso? La nave de fusión podría volatilizar a la Vajra en segundos.

—No si tomamos rehenes. Ese cascarón está repleto de valiosos técnicos y científicos. Incluso, con suerte, podríamos capturar a ese civil que está al mando. En ese caso no tendrían más remedio que pactar con nosotros... No espere más, mi Comandante, le han pedido que envíe a otros tres hombres. Mande tres infantes de marina aleccionados para actuar desde el interior, y facilitarnos el camino cuando

iniciemos el abordaje.

—¿A quién propones?

Chait meditó un instante.

—Los suboficiales Bana, Chanakesar y Konarak son los más adecuados.

Isvaradeva dudó. Cuantas más vueltas le daba al asunto, más se convencía de que el ksatrya tenía razón.

—De acuerdo, lo haremos como dices —dijo al fin—. Pero no enviaremos a tres infantes solos. Los romakas podrían sospechar; Hari Pramantha irá con ellos.

## CUATRO

Jonás no esperó mucho para poner al corriente al religioso sobre los últimos descubrimientos. Apenas llegó a sus apartamentos-base en el juggernaut, Jonás le relató las teorías según las cuales los colmeneros podían estar emparentados en línea directa con la vida bhutani.

Jonás observaba atentamente a Hari mientras le narraba esto esperando captar alguna emoción en su rostro. Quedó desilusionado. El religioso mantuvo una sonrisa cínica, inmutable en todo momento.

Sólo cuando Jonás acabó de hablar, aquel rostro impasible cobró vida.

—¿Qué pretendes demostrarme con todo esto? —dijo con su bien modulada voz.

—Que tal vez este viaje no haya sido del todo una pérdida de tiempo... Y que yo estaba en lo cierto en lo referente a nuestro origen galáctico.

—¿Tienes alguna prueba de lo que dices? Los científicos sois muy aficionados a las pruebas. ¿Tienes alguna?

—Las conseguiré. Si no yo, tarde o temprano alguien dará con ellas. Todos los científicos de la Utsarpini y el Imperio se lanzarán a investigar cuando esto se haga público. Es sólo cuestión de tiempo. Esta vez no tendréis ocasión de destruir las pruebas.

—Perdóname, Jonás. Pero no he entendido esto último que has dicho.

—No es posible que nadie antes de nosotros hiciera ninguna investigación seria. Todos estos datos sobre los colmeneros deberían de ser conocidos desde los primeros tiempos del Imperio, pero fueron borrados de los archivos Imperiales.

—¿De veras? ¿Por quién?

—Por alguien a quien no interesaba que se divulgaran, porque esto socavaría la fe de muchos bhaktas. Por la Hermandad.

Hari se permitió una carcajada.

—Mi querido amigo, lo que dices es absurdo en dos vertientes. Para empezar, nadie en la Hermandad podría acceder a los ordenadores del Imperio. Aunque peque de inmodestia, debo admitir que yo he alcanzado una de las cotas más altas de la



Hermandad en materia de informática. ¡Y no tengo idea de cómo atacaría un problema así! Aun en el hipotético caso de que tuviera acceso a sus vigiladísimos bancos de datos, ¿cómo borrar parte de la memoria sin afectar al resto? Los ordenadores imperiales poseen memorias holográficas, semejantes a las de nuestra propia mente. Si partes por la mitad un cristal holográfico, tienes en cada mitad la misma información que en el original, aunque un poco menos detallada... Pero, bueno, en realidad todo esto no tiene importancia. Porque, ¿qué interés tendríamos en borrar una información que nos sería tan útil? En privar a nuestros fieles de una confirmación de las Sagradas Sastras del calibre de la que me has descrito.

Jonás sintió en sus propias carnes la reacción de sorpresa desagradable que previamente había intentado provocar en el religioso.

Intentó desesperadamente ocultárselo a Han, pero no estaba seguro de haberlo conseguido.

—¿Qué...? ¿Qué quieres decir? ¿Cómo podría beneficiaros el que se sepa que los colmeneros podrían estar emparentados con nosotros?

—Jonás, para atacar con un mínimo de posibilidades de vencer, hay que empezar por conocer bien a tu enemigo. ¿Acaso no sabes que nuestra fe afirma, en multitud de textos sagrados, que la nuestra no es la primera, ni la única, raza creada por Dios?

»Los primeros hombres que fueron creados por Dios eran súbditos del Señor Varuna. Por ello, nunca mentían, ni robaban; practicaban el ahimsa. Sólo comían frutos silvestres, miel y leche, y no comían carne. Tenían conocimiento de su alaya vijñana, de modo que, para ellos, la muerte no era más penosa que una ausencia temporal del hogar. Vivían felices, cantando y riendo, en armonía con la Naturaleza.

»Esta raza ya no existe; escaparon al samsara y se convirtieron en boddhisatvas. Así acabó el primer yuga.

»Después, Dios creó otra raza. Sembraban la tierra y comían pan, y estaban totalmente sometidos a sus madres. No daban culto a dios alguno, pues eran pendencieros e ignorantes. Pero al menos no hacían la guerra. Fueron destruidos por el Señor Indra con ayuda de su maza Vajra. Así acabó el segundo yuga, y también la Utsarpini.

»Con el tercer yuga empezó el Avasarpini. Nació una nueva raza de hombres que cayeron como frutos del árbol Boddhi. Labraban los metales, comían carne y pan, y gustaban de la guerra, pues eran insolentes y crueles. Algunos de ellos eran nobles guerreros y se convirtieron en héroes. Fueron ellos lo que lucharon en la guerra entre los pandava y los kaurava, y al lado del divino Rama. El Diluvio Universal acabó con todos, y también con el tercer yuga.

»El cuarto yuga es el Kali Yuga, en el que ahora vivimos. Los hombres actuales somos indignos descendientes de Manu, a quién Dios salvó del Diluvio en su avatar de pez. Somos impíos, degenerados, crueles, injustos, mentirosos, malos hijos,

traicioneros, lujuriosos, adúlteros... Para el final de Kali Yuga aún faltan, según los ulamas, 2.317.467 años. Tras él empezará un nuevo Utsarpini. Un auténtico Utsarpini, dicho sea de paso, y no la caricatura emprendida por Kharole.

Jonás estaba estupefacto.

—¿Pretendes decirme que los colmeneros son los últimos supervivientes de algún yuga anterior?

—Está muy claro, pienso yo. El demostrar esto será labor vuestra. De los científicos. ¿No lo ves? Cuanto más intentáis atacar a Dios, más cumplís su voluntad. Si sois sinceros al afirmar que buscáis la verdad, vuestra meta está muy clara. Lo malo es que nosotros ya conocemos esa Verdad, podríais ahorraros mucho trabajo, y mucho tiempo perdido, si nos escucharais... —el religioso se encogió de hombros—. Bueno, es vuestro problema. Al final vuestras conclusiones serán las mismas que las nuestras.

En aquel momento fueron interrumpidos por el sonido de la llamada del videófono. Jonás conectó el aparato, sintiéndose aliviado por aquella interrupción.

Era Lilith, llamaba desde la sala de juntas donde Jai Shing les recibió el primer día.

Ya tenía los resultados de los análisis. Parecía excitada, y Jonás creyó captar un tono de admiración hacia su persona en la voz de la científico.

Se volvió hacia Hari más animado que unos momentos antes.

—¿Te interesa venir? Creo que ya tenemos todos los cabos de este enojoso asunto de los juggernauts bien atados.

—Por supuesto. No me lo perdería por nada de este mundo.

## CINCO

La sala de juntas estaba ahora prácticamente llena.

Por parte de la Utsarpini se sentaban tras las terminales: Jonás Chandragupta, el comandante Gwalior, Hari Pramantha, y tres infantes de marina con el uniforme de marinero. Por parte del Imperio, encabezaba la mesa Jai Shing, y le rodeaban la bióloga Lilith, su ayudante, el físico Dohin, y los ayudantes de éste.

Al entrar Jonás buscó entre ellos el rostro de Yusuf, sin encontrarlo. Sin duda el exobiólogo seguía dando muestras de su desinterés por todo aquello. Se lo imaginó en la colmena destripando a algún pobre colmenero.

—La base de la herencia química de los juggernauts —empezó Lilith— es similar a la nuestra, con algunas diferencias. En los humanos, y en el resto de las criaturas que conocemos aparentemente emparentadas con nosotros, la base es el ácido desoxiribonucleico, una molécula muy larga formada por otras menores unidas en cadena; cada una de éstas es un nucleótido, formado por tres moléculas: un azúcar de

cinco carbonos, ácido fosfórico, y una base nitro...

—Si, ya sé —intervino Hari—. Hay cuatro bases: adenina, tiamina, guanina, citosina. El ADN se puede representar como una cabeza de bases, ordenadas del mismo modo que las letras del alfabeto, también ordenadas, forman palabras y frases. En una ocasión escuché este símil a un predicador de Visloka: "La caligrafía de Dios", le llamaba.

—Sí... Bueno, volviendo a los juggernauts: La diferencia es el azúcar de cinco carbonos, la pentosa. La pentosa no es la ribosa o la 2—desoxirribosa, como la de nuestro organismo, sino la xilosa o la desoxixilosa. Lo llamamos ADXN. Pero esto es un detalle. Las bases son también distintas: son la 2—metil-Adenina, la guanina, la 5—metil-itosina, el 5—hidroxi-metil-uracilo. En realidad, importa poco cuáles sean. El caso es que el código genético es parecido al nuestro, en sentido general. ¿Lo ves?

—Hmm, sí. Del mismo modo que algunos alfabetos son distintos pero se basan en el mismo principio. Continúa, por favor.

—Creo que es mejor que esto lo cuente Jonás. Al fin y al cabo es a él a quien debemos la resolución de todo este misterio.

Jonás le hizo una seña de agradecimiento a Lilith por cederle la palabra, y empezó:

—Cuando vi los análisis que hizo Lilith del ADXN, noté un detalle extraño. Los cintamanis contienen otra base en lugar de la 2—metil-Adenina. Esta nueva base es la hipoxantina... esto ya era bastante extraño. Pero un análisis más detallado nos mostró una situación más compleja. El ADXN de los juggernauts contenía regiones con hipoxantina en lugar de 2—metil— Adenina, aunque la norma es que haya hipoxantina.

—Repíte eso más despacio. —Y Jonás lo repitió—. Bueno, ya entiendo. Prosigue, te lo ruego.

—Entonces empezó a darme vueltas la cabeza... y además estaba el problema de que Lilith no pudo infectar a un juggernaut sano con los cintamanis extraídos del otro... Y el sistema que empleaste fue intachable... ¿Dónde estaba el error?

—¿Dónde? —preguntó el eunuco ansiosamente.

—Nos has dejado como unos perfectos tontos —dijo Lilith—. Te pido disculpas.

—No, no. Vuestro problema era precisamente que estáis demasiado avanzados tecnológicamente. Los campos de saber son demasiado amplios, y esto requiere de la especialización. Mi caso es distinto, en la Utsarpini un biólogo puede tener nociones de física, de química o de matemáticas sin que esto represente un trabajo excesivo, pues nuestros conocimientos de todas estas materias son más superficiales que los vuestros.

—Sin embargo, esto representa una ventaja frente a nosotros. Veis la superficie, pero vuestra vista alcanza hasta más lejos...

—Exacto. Por lo que sin tu excelente labor en tu campo en particular, yo no hubiera llegado muy lejos. En la Utsarpini no conocemos sistemas de análisis tan sutiles...

Jai Shing les interrumpió.

—Bueno —dijo ácidamente —, ¿podéis dejar las alabanzas mutuas para otro momento, y explicarme cómo vamos a detener la plaga de cintamanis? ¿Debo entender que sabéis por fin de dónde vienen?

—Es muy sencillo. Los cintamanis se originaron en los juggernauts... las regiones H... las regiones con hipoxantina, me refiero... ¡No son otra cosa que genes de cintamani intercalados en los genes del juggernaut!

Saboreó la sorpresa. El eunuco no dijo nada, pero el silencio que siguió a las palabras de Jonás fue muy significativo.

—Pero... ¿cómo llegan hasta allí?

—Mediante la infección ordinaria —afirmó Lilith—. Estaba equivocada... Yo creía que los cintamanis invadían a un juggernaut, lo devoraban y luego, reproducidos por millares de millones, podrían invadir otro. Pero la situación resulta ser más compleja. El cintamani invade al juggernaut, pero, en lugar de devorarlo, incorpora su ADXN al ADXN del juggernaut. Ese es el origen de las regiones H.

—Parece una locura.

—Oh, no. Tiene una lógica. Para el cintamani es más ventajoso. De este modo puede reproducirse cada vez que el juggernaut huésped se reproduce. Esto es más lento, pero más económico que el ciclo completo de infección, muerte del juggernaut, y nueva infección. Así evita el problema de encontrar nuevo huésped, que en el espacio interestelar no debe de ser tarea fácil. Además, ¿recuerda los casos de cruce de ADXN entre juggernauts? ¿La asombrosa capacidad evolutiva de éstos, a pesar de reproducirse asexualmente?

—¿Los cintamanis?

—Los cintamanis.

—No son parásitos... Son simbioses —comprendió de pronto Han.

—Más que eso. Se han adaptado tan perfectamente a los juggernauts que han entrado a formar parte de ellos. Nosotros mismos llevamos en nuestras células un ejemplo de algo similar: las mitocondrias. Se cree que originariamente fueron bacterias parásitas que acabaron por fusionarse a su huésped, y colaborando con él. Aunque aun hoy la fusión no es total, pues las mitocondrias poseen su propio ADN, independiente del ADN de las células de nuestro organismo. En el caso de los cintamanis es como... si, como la parte viajera de su sistema reproductor. Algo ideal en el espacio. Pueden dividir su información genética en millones de cápsulas, que recorren grandes distancias hasta comunicarlas a otro juggernaut. Los cintamanis transmiten de esta forma sus mejoras genéticas, y el superhostil medio espacial se

encarga de realizar la selección natural.

—Pero los cintamanis devoran a sus huéspedes. Nuestras mitocondrias no nos atacan a nosotros.

—Por supuesto. Imagine esto: el juggernaut muere. Por cualquier causa; son inmortales, pero no indestructibles. ¿Qué diablos hacen allí los cintamanis? Les conviene largarse cuanto antes. ¿Cuál es su única fuente de energía?, la que les permitirá crecer y guardar reservas calóricas para el largo viaje que les aguarda? Los propios tejidos del hospedador. Los genes inactivos vuelven a vivir, se forman cintamanis activos, devoran al hospedador e infectan otro nuevo, que no lleve genes de cintamani... No devoran a su huésped más de lo que un embrión humano devora a su madre.

—O nuestras propias bacterias intestinales, que tras habernos servido durante toda la vida, a nuestra muerte, inician la putrefacción a partir del intestino. Para, tarde o temprano pasar al aire donde colonizar a otro ser humano, al que le servirá, durante la digestión.

—Muy bien. Es un símil perfecto —corroboró Jonás.

—Un momento —dijo Hari —: ¿De dónde evolucionaron los cintamanis?

—¿Qué quieres decir?

—Sí. Si los cintamanis fueron los que hicieron posible la evolución, eso quiere decir que antes de ellos ésta no se producía entre los juggernauts. ¿No? ¿Queréis decir que fueron diseñados por los creadores de los juggernauts? ¿Para qué producir una criatura que haría evolucionar a los juggernauts descontroladamente?

—Desde mi punto de vista —dijo Lilith —, los cintamanis son una mutación casual, y aislada, de algún órgano del juggernaut. El que no exista cruce genético no quiere decir que la evolución se haya detenido, simplemente discurre más lenta. El primer juggernaut que produjo cintamanis se aseguró con ello la supervivencia de sus genes, y por lo tanto no tardó en imponerse a los demás.

—También es posible —añadió Jonás— que los cintamanis fueran diseñados exactamente igual que los juggernauts. ¿Para qué? Si la función de los juggernauts era la de constituir un rebaño que cruzara el vacío intergaláctico, a sus constructores les interesaba el cruce genético como único medio para asegurar las mejoras que fueran surgiendo, y su capacidad de adaptación a un nuevo medio ambiente, como era Akasa-puspa, no se perdieran

—Perdonadme —dijo una voz infantil —, todo lo que decís es terriblemente interesante, pero yo aún no he escuchado la solución al caso que nos ocupa...

Todos se volvieron hacia el eunuco.

—¿A qué se refiere?

—¿Sabéis o no cómo detener la destrucción de rickshaws?

Jonás carraspeó.

—Yo creo que tengo una idea al respecto.

—Magnífico. ¿De qué se trata? —preguntó Jai Shing burlonamente.

—Los cintamanis sólo pueden activarse tras la muerte del juggernaut. Lo que demuestra que éstos no son inmortales como muchos piensan. Probablemente vivan mil o dos mil años, pero al final, ya sea por envejecimiento, o por accidente, mueren. ¿Qué le indica al cintamani que su anfitrión ya ha muerto, y que puede empezar a reproducirse?

—¿Qué?

—No lo sé. Pero tengo una idea de cómo averiguarlo. Capturemos otro juggernaut. Analicemos su química orgánica cuando aún está vivo, lo matamos, y sometámosle al mismo análisis después de muerto. Las diferencias al comparar los dos análisis nos mostrarán los cambios en su química que disparan la producción de cintamanis.

—¿Y...?

—Es muy sencillo. Una vez tengamos la sustancia que inhibe la producción de cintamanis, no tendremos más que espolvorearla por el interior de los rickshaws. Podríamos acelerar contenedores llenos de un gas con esa sustancia X, y que una vez en el interior del rickshaw lo liberaran.

—Es una buena idea, pero hay un problema —intervino el ayudante de Lilith.

—¿De qué se trata?

—No sabemos cómo conseguir otro juggernaut. Hemos estado rastreando la zona con los radares de la Vijaya, sin resultado alguno.

—Tal vez, en este tema —dijo Hari— pueda ayudaros. Le eché un vistazo a los datos sobre los avistamientos de juggernauts, cuando Jonás me pidió que los recuperara del ordenador... —Se detuvo un momento, como si ordenara mentalmente sus ideas—. Estoy seguro de que advertí una cierta relación entre todos los casos. No puedo explicaros de qué se trataba, pero estoy acostumbrado a tratar con ordenadores, y allí había una relación.

—Bien, en ese caso nos pondremos todos manos a la obra —dijo Jai Shing—. Lilith, ¿quién es el mejor técnico en ordenadores de que disponemos?

Lilith meditó un momento.

—Ban Cha. El analista de la Vijaya.

—Estupendo, le avisaremos. Reverendo, ¿cuento con su ayuda?

—Por supuesto.

—En ese caso, ya no hay más que hablar. Esperaremos resultados, y a ver si se aclara finalmente todo este asunto.

## SEIS

Jonás Chandragupta era un hombre feliz. Se encontraba en su dormitorio, dispuesto a pasar durmiendo las siguientes doce horas. Desde que había llegado a la base del juggernaut, se encontró envuelto en un torbellino tal de acontecimientos que apenas dispuso de tiempo para dedicarlo al descanso.

Finalmente todo se había resuelto. Pronto localizarían un juggernaut, y tras los análisis necesarios, tendrían la solución final para contener la plaga de cintamanis. Por lo que a él concernía, ya había cumplido. El trabajo restante lo podría finalizar un estudiante de bioquímica de primero.

Si, se sentía feliz. Exultantemente feliz. Casi deseaba echarse a reír y a saltar por toda la cámara. Después de esto no podrían negarle la licencia. Regresaría a Martyaloka, y allí volvería a ser un civil. Ocho meses más de viaje de regreso..., y se acabó la estúpida vida militar.

Esta era una oportunidad de oro para iniciar una nueva vida. Su pasado estaba muerto, ya había perdido demasiado el tiempo recordando lo que ya no podía cambiar. El hombre que desembarcaría en Límite sería alguien muy distinto de aquel joven biólogo que abandonó su planeta seis años antes...

Se dejó caer en la cama de agua de diseño imperial y se estiró sobre ella satisfecho. Para un hombre agotado, una cama de agua en baja gravedad era algo muy semejante al Nirvana. Se durmió casi al instante.

Fue cruelmente despertado por un obstinado zumbido. Se frotó los ojos intentando alejar de ellos el sueño. Miró el reloj.

¡Apenas había dormido un par de horas!

Buscó con la vista el origen del sonido.

La luz indicadora del videófono parpadeaba insistentemente.

Se levantó maldiciendo todos los nombres de Dios.

—¿Qué sucede? —preguntó lo más bruscamente que pudo tras pulsar el contestador.

El rostro del reverendo Hari sonreía desde la pantalla. Aquello era lo último que Jonás hubiera necesitado ver para tranquilizarse.

—¿Te he despertado?

—Sí. ¿Qué sucede?

—Pensé que te gustaría estar al tanto de lo que fuéramos descubriendo. ¿Acaso he cometido un error despertándote?

—No... es igual. ¿Habéis descubierto algo?

—Sí, yo estaba en lo cierto. Existía una relación entre todos los juggernauts avistados: una parte de ellos viajaba en una determinada dirección, y el resto en la contraria.

Jonás lo pensó un momento. Desistió, su cerebro aún parecía aletargado.

—¿Y eso qué significa?

—Se mueven en una sola órbita. Yo diría que se trata de una elipse muy excéntrica. Estamos calculándola... Deberías de venir aquí, estos ordenadores romakas son... No sé cómo me voy a acostumbrar de nuevo a nuestros viejos procesadores de válvulas... Aquí aún no has formulado la pregunta, cuando ya tienes la respuesta... ¡Y programando en lenguaje corriente... !

—¿Habéis localizado ya algún juggernaut?

—Todavía estamos en proceso de calcular la elipse. Una vez tengamos los focos, la cosa estará clara. Si aún queda algún juggernaut por ahí fuera, seguro que lo encontraremos viajando por esa órbita.

—Estupendo. Despiértame entonces —y se volvió a dormir.

Fue como si el videófono hubiera empezado a sonar de nuevo, apenas puso su cabeza en la almohada.

Miró su reloj. Había pasado media hora.

El rostro del reverendo estaba demacrado y sudoroso. Sus ojos parecían acabar de enfrentarse con los de su Creador. Le hubiera sorprendido saber lo cerca que había estado de acertar en esa primera impresión.

El sueño abandonó a Jonás al instante. Jamás había visto a Hari de esa forma. Se sintió realmente impresionado. ¿Qué estaba pasando?

Le hizo esta pregunta al religioso.

—Es mejor que vengas —respondió—. Estamos en la sala de ordenadores.

Jonás se dirigió hacia allí mientras era invadido, a cada paso, por negros pensamientos. La posibilidad de acabar con todo y regresar a Límite inmediatamente le parecía ahora más lejana que unos momentos antes.

Recordó con un estremecimiento el rostro del religioso. No podía imaginar muchas cosas capaces de transformar así el semblante de un hombre, y algunas eran demasiado horribles para ser ciertas.

En la sala de ordenadores le esperaba Han, junto a Ban Cha, Lilith, y Jai Shing. Todos estaban mortalmente serios.

Jai Shing era el que tenía un aspecto más impresionado. Se retorció frenéticamente las manos y paseaba nervioso de un lado a otro.

Miró alrededor; algunas pantallas estaban encendidas, mostrando imágenes multicolores sin sentido para Jonás.

El ya había visitado aquella sala, y había quedado impresionado por las diferencias con su visita a la cámara del C.I.C. de la Vajra. Unas pocas terminales, silenciosas impresoras láser, grandes monitores policromos, y un ambiente limpio y relajado. Todo seguía igual, excepto lo último. El ambiente allí, en aquellos momentos, no tenía nada de relajado.

—¿Alguien puede decirme qué está pasando? —se atrevió a preguntar.

Nadie parecía ansioso por explicárselo. Finalmente Ban Cha empezó a hablar.



—Recibió una llamada del reverendo... Estábamos intentando encontrar los focos de la órbita elíptica de los juggernauts...

—Sí... ¿Los han encontrado?

Ban Cha estaba sentado en una silla giratoria. Sin decir palabra se volvió hacia la terminal que tenía a su espalda.

Tomó el ratón conectado al ordenador, y lo deslizó sobre la superficie de trabajo.

Las imágenes empezaron a tomar forma en la pantalla principal. Primero un punto de luz. Después varios puntos menores, aparentemente dispuestos al azar.

—El punto grande representa nuestra posición actual. —Una flecha apareció en la pantalla; Ban Cha la movió sirviéndose del ratón—. Los puntos menores son avistamientos de juggernauts efectuados en el pasado. —Tecleó algo, y una línea azul empezó a unir los puntos. Era una amplia curva. Una elipse delgada y aplastada como un fino huso—. Uno de los focos no fue difícil de calcular: se trataba de alguna estrella en el núcleo de Akasa-puspa.

—Sí, eso ya se suponía —dijo Jonás.

—Bien, el otro foco nos dio más trabajo. Como ve, es una elipse bastante excéntrica, por lo tanto debía de estar muy alejado del primero...

—Teníamos muchos puntos de la elipse —dijo Hari —; el problema es que las estrellas próximas la perturban. Tuvimos que incluir en el programa del ordenador las influencias de las estrellas próximas, una a una; luego introducir las más alejadas. Afortunadamente, cuanto más alejadas, más débil es su influencia, y hay tantas que aproximadamente se cancelan. Finalmente logramos calcular la situación del segundo foco con un margen de error de unos cientos de kilómetros.

—¿Entonces? ¿Cuál era el problema?

—Pues que cuando dirigimos hacia esa zona los telescopios de la Vijaya no encontrásemos nada.

—¿Nada?

—Nada. Ninguna estrella, ningún objeto visible.

—Eso no es posible.

—Por supuesto. Allí debía de existir alguna masa, utilizada por los juggernauts para variar su órbita... Fue al teniente Ban Cha a quien se le ocurrió la idea de utilizar el telescopio de infrarrojos. Y encontramos... será mejor que te lo muestre...

Ban Cha volvió a teclear algo.

—Fíjese —dijo —, éste es el sector del espacio visto por el telescopio óptico.

La pantalla mostraba una imagen parcialmente negra. Ninguna estrella cercana a la vista. Aquello era el final del cúmulo, el límite más exterior de Akasa-puspa. Más allá sólo miles de años luz de vacío intergaláctico, y en un extremo de la imagen, la borrosa imagen de uno de los nubosos brazos espirales de la Galaxia.

—Y esto —continuó Ban Cha —, es la imagen que nos dio el infrarrojo.

La pantalla cambió de color. Ahora era toda ella de un frío tono azul pálido. En su centro destacaba un punto rojo. Eran colores falsos; lo que la imagen reflejaba era calor, no luz.

—¿Qué es eso? —preguntó Jonás—. ¿Un gigante gaseoso?

—Eso fue lo primero que pensamos. Un gigante gaseoso. Helio e hidrógeno calientes, con pequeñas reacciones termonucleares en su interior, pero demasiado pequeño para brillar.

—¿Quiere decir que no se trata de eso? ¿Qué otra cosa podría ser...?

—Ni en un millón de años lo adivinaría. —Ban Cha volvió a utilizar el ratón. La flechita se dirigió hacia el pequeño punto, y dibujó un cuadrado en torno a él.

Ban Cha estiró, y el cuadrado aumentó de tamaño hasta llenar la pantalla.

Jonás contuvo el aliento. Lo que estaba viendo era cualquier cosa menos un gigante gaseoso. Cualquier cosa menos un objeto natural.

La imagen lo mostraba asombrosamente nítido con sus colores ficticios. Un núcleo rabiosamente grana, luego un espacio vacío, frío, y una cáscara anaranjada. Sí, una cáscara. De eso no había duda, la imagen la mostraba como un espectro de cambiantes colores anaranjados girando en torno al núcleo super-caliente.

Jonás comprendió de pronto.

—¡Es un artefacto!, una especie de mandala. Pero esférica, en vez de toroidal o cilíndrica. El Imperio las ha construido durante siglos. ¿Qué tiene eso de extraordinario? ¿La central de energía atómica central? Tal vez sea una nave espacial...

Jonás se detuvo súbitamente. ¡Una nave espacial!

—Sí —dijo Lilith —, tal vez sea una nave espacial como las que muchos postulan que se utilizaron para cruzar el vacío intergaláctico. Esto podría resultar sorprendente, tal vez extraordinario, pero lo realmente terrorífico es su tamaño.

—¿Su tamaño?

—Es un objeto artificial, de eso no hay duda; nada en la naturaleza podría crear ese cascarón perfectamente esférico. Por lo tanto, hemos descubierto una obra de algún tipo de inteligencia. ¡Y los juggernauts vienen de allí!

—¿Cuánto mide ese artefacto? —preguntó nerviosamente Jonás, recordando las limitaciones de las naves generacionales: demasiado pequeñas para mantener una ecología estable.

—No puede haber error alguno —dijo Ban Cha mortalmente serio—. Al principio pensamos eso, que se trataba de un error en nuestros cálculos, repasamos una y mil veces las mediciones... Finalmente tuvimos que aceptar que estábamos ante un objeto artificial de... ¡225 millones de kilómetros de radio!

La primera reacción de Jonás fue la de incredulidad. ¿Se estaban burlando de él? Aquello era... No, no bromeaban. No había más que ver sus rostros. Estaban tan

aterrorizados como él.

Inmediatamente llegó el pánico, un miedo supersticioso que empezó a helarle los huesos, un terror semejante al de un salvaje enfrentándose a las fuerzas de Dios. Su bien cimentado ateísmo se tambaleó durante un segundo.

¡Una máquina de 225 millones de kilómetros de radio! ¡Casi media hora-luz de diámetro! ¿Qué tecnología poseería la civilización capaz de construir algo así? Todo lo realizado por el Imperio en su época de gloria eran ridículas obras en un hormiguero.

¿Seguirían allí los constructores? En ese caso poco importaba si eran dioses o no. Ni siquiera la Hermandad podría diferenciarlos de éstos.

Buscó un asiento donde dejarse caer y meditar...

Necesitaba pensar en todo aquello.

## **SEGUNDA PARTE**

## VIII. INCURSIÓN

*Sólo los cuerpos son perecederos; el espíritu eterno que los anima no tiene fin ni medida, por eso lucha impávido como un héroe.*

BHAGAVAD-GITA (18.8)

### CERO

#### «CATALOGO DE ARMAS DE LA UTSARPINI»

##### REPETIDORA MODELO 21

Longitud:	908 mm.
Peso:	7,450 kg.
Cañones:	403 mm.
Calibre:	21 mm.
Rayado:	6 estrías
Cadencia de tiro:	200 dpm.
Vel. inicial:	369 m/s.
	21-A: bayoneta retráctil de 35 cm. alimentación por cargador (sod.)
Versiones:	21-B: cañón reforzado, bocacha lanzagranadas adaptable, alimentación por cinta.
	Ambos modelos con bipié cortaalambres.

### UNO

—Faltan cinco minutos —anunció el sargento de la infantería de marina Bana Jalandhar.

El grupo de hombres que se hacinaban, hombro con hombro, en la sala de descompresión, se vio recorrido por una ola de ansiedad que se tradujo en golpeteo y chasquidos de las armaduras entre sí.

Tenían un aspecto temible, como un insecto veteado en rojo y gris. Los trajes de vacío de los infantes habían sido desarrollados a partir de las primitivas armaduras utilizadas por los subandhus yavanas en el combate. Muchos de sus rasgos habían sido diseñados originalmente para provocar el terror en los enemigos; abundaban los

ángulos agudos y las protuberancias semejantes a púas. Un grueso anillo de hierro protegía la zona más vulnerable de cualquier traje espacial: el cuello. Por encima de este collarín sólo sobresalía la parte superior del casco, como una cúpula con una rendija para los ojos. Esto restringía de tal forma la visión, que se hacía necesario un par de espejos retrovisores rectangulares que sobresalían como dos cuernos a ambos lados de la cabeza.

El conjunto se completaba con el pesado fusil ametrallador de calibre veintiuno y la aparatosa mochila que contenía el soporte vital capaz de mantener al infante con vida en el vacío.

La sala no contaba con espacio suficiente para que los veinte infantes que la ocupaban pudieran sentarse, y a pesar de la escasa gravedad, tras seis horas de permanecer de pie, cargados con todo aquel equipo, los hombres empezaban a protestar y a gruñir, al compás de los "clang" "clang" producidos por el incesante golpeteo de las hombreras de las armaduras.

—¡Cabo, abra las compuertas! —ordenó secamente Bana.

Las batallas siempre son una rareza en la vida de un soldado. La mayor parte del tiempo lo pasa viajando de un lugar a otro. Pero por mucho que un infante tenga que esperar, siempre llega el momento en que la puerta se abre, y todo es igual a partir de entonces.

Meses de aburrimiento seguidos de segundos de terror —pensó el sargento Bana mientras saltaba al vacío.

## DOS

—Ahí va el primer grupo —comentó Isvaradeva.

Se encontraba junto al capitán Chait Rai, al otro lado de la puerta que conducía a la cámara de descompresión, observando la salida de los infantes a través de un monitor.

Los hombres habían formado grupos de cinco miembros. En cada grupo, cuatro hombres eran arrastrados por el quinto que se servía de un pequeño impulsor a base de hidrato de hidracina y agua oxigenada.

El capitán Chait Rai se volvió hacia sus hombres y les ordenó que ocuparan sus puestos en la cámara de descompresión.

—Sabemos que los laboratorios se encuentran en la zona ecuatorial del casco vacío del juggernaut —dijo Chait Rai mientras repasaba mentalmente el plan—. El sargento Bana irá primero. Avanzará con sus hombres por la cara exterior hasta pasar el punto medio. Yo iré en la segunda expedición seis horas después. Intentaremos sorprender a los romakas entre dos fuegos. Contaremos para todo esto con el apoyo de nuestros infantes del interior. Si nos ajustamos al plan prefijado, pocas cosas

pueden salir mal.

—Las cartas ya están repartidas —dijo Isvaradeva mientras pensaba que, en algo tan imprevisible como un grupo de hombres armados, muchas cosas podían salir mal —; a partir de ahora poco podremos hacer para cambiar la situación.

—Si le sirve de algo, le diré que creo que ha hecho lo adecuado, Comandante.

En ese momento el último de los infantes ya había entrado en la cámara. Chait Rai se colocó el casco de su armadura, y saludó militarmente a Isvaradeva.

—Intentaré comunicar con usted en cuanto me sea posible, Comandante —dijo, a modo de despedida. Y siguió a sus hombres en la cámara de descompresión.

Tras él, uno de los cabos cerró y aseguró la escotilla de acceso.

## TRES

—Lo siento. Pero sin una orden directa del propio Gramani Jai Shing no puedo permitirle acceder al compartimento de salida.

El infante de marina de la Utsarpini Ozman Nasser se encogió de hombros.

—Esto me parece ridículo. ¿Sabe cuánto tiempo tardaré en ponerme este traje? —dijo, exhibiendo la escafandra de vacío de lona y caucho que llevaba descuidadamente sobre su brazo derecho—. Estaré ahí dentro a su merced mientras me lo coloco. ¿Cómo iba a engañarle? Usted sólo tendría que abrir la compuerta al vacío y...

Pero mientras hablaba, sabía que el guardián no se iba a dejar convencer. A pesar del uniforme de la Marina que llevaba puesto, el otro hombre lo observaba como un guerrero que mide a su oponente. Su proyector de partículas estaba listo para entrar en acción.

—Usted es un militar como yo —dijo el guardián—. Por favor, comprenda que he recibido unas órdenes y que debo cumplirlas.

—Muy bien, llame... —Ozman señaló el interfono—. Compruebe que he recibido permiso del mismísimo Jal Shing. Vamos, ¿a qué espera?

El guardián pareció dudar un momento. Finalmente se dirigió al aparato de comunicación sin dejar de encañonarle.

Empezó a marcar el número de las habitaciones privadas del eunuco.

Ozman cambió el traje de vacío de brazo, con un movimiento natural.

Un dardo de acero se clavó en el pecho del guardián. Este observó la pequeña flecha con mudo asombro. ¡Se suponía que los hombres de la utsarpini no estaban armados!

Reaccionó tarde. Alzó su arma hacia Ozman, pero éste giró rápidamente sobre sí mismo, y se la arrancó de las manos de una certera patada. Acto seguido, saltó hacia el guardia, y le hundió la tráquea con un golpe dado con el canto de su mano derecha.

## CUATRO

Konarak señaló con un sutil gesto de la cabeza las cámaras que les observaban desde las cuatro esquinas de la habitación que los Imperiales habían asignado a los hombres de la utsarpini.

En silencio, se dirigió hacia uno de los puntos ciegos bajo una de las cámaras. Gwalior le siguió.

El infante de marina garrapeó rápidamente sobre una cuartilla, y se la pasó a Gwalior.

El mensaje decía:

"Mi comandante, estamos aquí en misión de combate. Nuestras órdenes vienen directamente del Comandante. Los infantes, Ozman y Chanakesar están cumpliendo en estos momentos los planes perfilados. Le transmito las órdenes del Comandante de que usted, y el resto de los marinos aquí presentes, se mantengan al margen."

Gwalior asintió. Dobló cuidadosamente el papel, lo dejó sobre uno de los ceniceros de pie, y lo quemó aplicándole la llama de su mechero. A continuación se encendió un cigarro, y se sentó tranquilamente junto a Jonás.

Chanakesar entró en esos momentos. Con la misma actitud silenciosa de Konarak tomó uno de los maletines de instrumentos de biología, y se dirigió a otro de los puntos ciegos.

—A pesar de las miradas reprobatorias de Gwalior, Jonás se levantó, y se acercó a observar las acciones del infante.

Este había abierto el maletín sobre una silla, sacó uno de los microscopios ópticos que contenía, y desmontó su pie. Encendió un mechero de alcohol, y colocó la base ahorquillada del microscopio sobre la llama. El metal empezó rápidamente a deformarse.

Jonás había observado atónito esta operación, hasta que súbitamente lo comprendió todo.

¡Metales con memoria de forma! Había oído hablar de ellos, pero por lo que sabía era uno de los secretos militares mejor guardados: Se forjaba una pieza en una determinada aleación, a alta temperatura. Acto seguido se la dejaba enfriar, y se sometía a deformación mecánica, hasta que el resultado no guardara ninguna semejanza con la pieza original.

El objeto permanecería así hasta que alguien le aplicara calor. Entonces, al alcanzar la temperatura crítica, el metal recuperaría la forma original en la que fue forjado.

Lo que el infante tenía ahora en sus manos había perdido toda su semejanza con un pie de microscopio. Tras unos minutos mas de trabajo, Jonás comprobó que aquel hombre había construido ante sus ojos, con ése y otros elementos, una pequeña



ballesta del tamaño de una pistola. Varias agujas de disección, tras añadirles sendas plumas improvisadas con papel de filtro, se convirtieron en cortos pero efectivos dardos.

Pero no había terminado su trabajo. Desmontó uno de los oculares, y extrajo de su interior una espesa materia arcillosa. ¡Explosivos! Poco a poco fue añadiendo más de aquel material grisáceo que salía de los más insólitos lugares hasta que formó una bola de aproximadamente medio kilo de peso.

Jonás se volvió, furioso, hacía Gwalior. Una vez más le habían puesto en peligro. Habían desafiado las órdenes de los imperiales, y además utilizando su material para ello. Si los guardias de la Vijaya hubieran descubierto todo aquello, él hubiera sido el primero en ser fusilado.

Abrió la boca para protestar indignado, pero Gwalior le hizo callar aplicando su dedo índice a sus labios, mientras le dirigía una mirada asesina.

Mientras tanto, el infante había abierto una lata de cerveza de una conocida marca imperial, la había vaciado de su contenido, e introducía cuidadosamente pegotes de la masa explosiva mezclados con los más heterogéneos objetos metálicos: tuercas y arandelas del desmontado microscopio, y tornillos de acero provenientes del respaldo de una de las sillas de la sala.

Para completar el conjunto pidió a Gwalior su mechero, y tras desmontar el mecanismo piezoeléctrico de éste, lo clavó en la masa de explosivo.

Al ver esto, Jonás se apartó prudentemente al extremo opuesto de la habitación.

Konarak le pasó otra nota a Gwalior.

"Mi comandante, dentro de unas seis horas tendrá que ponerse en contacto con Jai Shing, y concertar una entrevista con él. Pídale que nos reciba para tratar el primer tema que se le ocurra."

Gwalior asintió comprendiendo lo que los infantes de marina se proponían. Se dirigió hacia el intercomunicador.

## CINCO

Había sido como intentar subirse a un carrusel en marcha. El único punto accesible era el extremo del huso que era el cascarón del juggernaut muerto.

Bana había dirigido hacia allí a sus hombres, y después le había cedido el puesto de cabeza al cabo Jhangar, zapador especializado en accesos difíciles.

Jhangar abría el camino sobre la piel del animal. Técnicamente era como avanzar colgado del techo de alguna superficie rocosa. Para conseguir gravedad artificial los imperiales habían dotado al juggernaut de rotación. Los infantes de marina debían de moverse como moscas sobre el plato de un tocadiscos. La fuerza centrífuga parecía empeñada en arrojarles lejos.

Como siempre, antes de vérselas con el enemigo, tenían que cruzar el peligroso espacio intermedio.

El grupo avanzaba muy lentamente; Jhangar utilizaba una taladradora eléctrica para ir abriendo agujeros en la piel coriácea. Tras esto, introducía spits de montaña en los agujeros, y los aseguraba con un par de golpes con el mango de la taladradora. De cada spit colgaba un estribo del que se serviría el resto de la tropa. Tardaron cinco horas en alcanzar su punto de destino mediante este sistema. Las aparatosas armaduras de combate no les facilitaban en absoluto el trabajo.

Para entonces, el segundo grupo comandado por el capitán Chait Rai, tras cumplir con su período de descompresión, ya había partido de la Vajra, y cruzaban el vacío que los separaba del juggernaut.

## SEIS

Ozman se había puesto uno de los trajes de espuma desechable del Imperio, y había caminado lentamente, contando sus pasos sobre la amplia curva que era la cara interior del cascarón del juggernaut muerto.

Le rodeaba una oscuridad espesa que los focos de su casco apenas podían taladrar.

Siguió la vía del monorraíl que utilizaban los imperiales para moverse rápidamente de un extremo a otro de la estación. Era el único sistema de orientación de que disponía, y lo utilizó a pesar del peligro que entrañaba. Cuando los imperiales descubrieran al guardia muerto, saldrían a buscarle utilizando precisamente aquel mismo monorraíl.

Finalmente calculó que había llegado a su punto de destino, se acuclilló, y colocó la masa explosiva que llevaba consigo pegada a la superficie córnea. Se alejó unos metros, hasta que consideró que se hallaba a una distancia segura, y dirigió hacia ella el arma que le había arrebatado al guardián unos minutos antes. Un fino rayo de luz coherente roja se movió sobre la masa explosiva.

En uno de los extremos del visor del casco que llevaba puesto, apareció una ventana que le mostraba una ampliación de la escena que tenía ante él teñida en tono rojos. Accionó un interruptor del rifle de partículas, y la imagen monocroma sufrió un violento zoom, hasta que la masa explosiva pareció acercarse a menos de medio metro de él.

Ozman maldijo furioso. Con armas como aquéllas, hasta el más torpe y miope soldado imperial podía competir en puntería con el mejor tirador de la Utsarpini.

Desechando aquella idea comprobó la hora que marcaba su reloj, y se sentó tranquilamente a esperar hasta que se cumpliera el plazo previsto.

## SIETE

Jai Shing rodeó la mesa de juntas y se colocó directamente enfrente de los tres hombres de la Utsarpini.

Gwalior miró hacia atrás con preocupación. Los guardias personales del eunuco no se había quedado afuera en esta ocasión. Permanecían en cambio a sus espaldas, expectantes, con sus armas de partículas alzadas en posición de combate. Y para empeorar las cosas estaban las omnipresentes cámaras, registrando toda la escena desde los cuatro vértices superiores de la sala.

Gwalior se encogió de hombros. No sabía cómo iban a solucionar aquella situación los dos infantes de marina, pero su papel a partir de entonces iba a ser de actor de reparto, y no de protagonista.

—Muy bien —empezó el eunuco —, ¿qué asura quiere ahora, comandante? Debo decirle que yo no estoy aquí a su servicio. Y que no espere convocar una reunión como ésta cada vez que se le antoje.

—Sin duda tiene asuntos más importantes que tratar. —dijo Gwalior.

—Sin duda —replicó Jai Shing sin darse por aludido por la ironía.

—Bien, de todas formas, creo que los últimos acontecimientos nos obligan a esclarecer nuestra situación aquí.

—¿A qué se refiere exactamente, comandante?

—En estos momentos, nuestro estatus es poco menos que de prisioneros. Sin embargo, nuestros hombres han colaborado tanto como los suyos en los últimos hallazgos.

—¿Se refiere a ese artefacto gigantesco?

—Exactamente. Queremos que se nos permita comunicar esta información a nuestra nave. También queremos participar, en plano de igualdad, en la expedición que sin duda realizarán hacia ese lugar.

El eunuco sonrió displicentemente.

—Por supuesto, por supuesto... Sin embargo, debo decirles que estamos esperando la respuesta del Trono a nuestro último mensaje. Entonces, y sólo entonces, trataremos todos estos temas.

—¿Qué trataremos entonces? ¿La forma más rápida de eliminarlos?

Gwalior se volvió sorprendido. El que había hablado era Konarak. Su voz parecía tranquila, pero el comandante comprendió que lo que fuera a suceder iba a suceder muy pronto.

Tal vez dentro unos minutos, o segundos, los tres estarían muertos o...

A su derecha Chanakesar se movió imperceptiblemente.

—No comprendo a qué se refiere exactamente —dijo Shing con cautela.

—Está bastante claro que somos un estorbo para ustedes. ¿Quieren convencernos

de que marcharán a investigar ese artefacto dejándonos a nosotros a sus espaldas...?

—Aún no sabemos si el Trono aprobará esa expedición... —se apresuró a decir Shing.

—Qué más da. De una forma u otra somos un estorbo para ustedes. Sí no se deciden a investigar ahora, seguro que querrán mantener el secreto hasta que estén dispuestos a hacerlo. ¿Qué harán para asegurarse que no abramos la boca?

—Esto es absurdo...

—Quizás... —Konarak, con toda naturalidad, había sacado su improvisada bomba de mano, y jugueteaba con ella sobre la mesa de juntas— ...O quizás no. No podemos correr el riesgo.

Shing recayó entonces en aquel objeto.

—¿Qué...?

—Esto es una bomba de mano, con medio kilo de trinitrotolueno. Terriblemente efectiva a esta distancia... ¡Ordene a su perro guardián que retire su arma!

Uno de los guardias mantenía el cañón de su fusil de partículas apoyado contra la sien de Konarak.

—¡Suelte esa bomba o morirá, vidvaraha! —chilló histéricamente el eunuco.

Konarak alzó su brazo derecho con la bomba firmemente apretada en su mano. El dedo pulgar presionando ligeramente el disparador piezoeléctrico.

—Déjeme que le explique algo sobre este artefacto —dijo el infante con una tranquilidad de pesadilla—. Su fulminante es piezoeléctrico. Una presión de una décima de milímetro de mi dedo y... ¡BUM! Si su esbirro dispara, bastará la convulsión subsiguiente a mí muerte para detonarlo, y en una habitación tan pequeña como ésta, una bola de mierda tan gorda como usted no podría esconderse en ningún rincón.

El eunuco miró alrededor sudoroso, buscando inútilmente una salida como una rata acosada.

—¡Está loco! ¡Va a matarnos a todos!

—Ordene a sus hombres que depongan las armas —dijo fríamente Gwalior.

—¡Ya lo han oído! ¡Obedezcan! ¿Qué pasa..., se han vuelto todos locos?

El guardia permanecía inmóvil como una estatua, con el cañón apoyado en la sien de Konarak.

El otro guardia seguía invisible a sus espaldas. Gwalior notó un cosquilleo en su nuca, pero no se giró para ver lo que el soldado del Imperio estaba haciendo.

Durante unos segundos fue como si la escena se hubiera congelado. Los seis hombres permanecieron allí, sudorosos, en una guerra de nervios, donde cada grupo intentaba averiguar hasta dónde estaría dispuesto a llegar el adversario, y cuánto era un farol.

Sin embargo, el reloj corría en contra de los hombres de la Utsarpini. Gwalior

observó con preocupación las cámaras, preguntándose cuánto tardarían en llegar los refuerzos de los imperiales.

—Súbitamente, Chanakesar entró en acción. Una aguja de disección convertida en flecha atravesó limpiamente la muñeca del guardia que apuntaba a Konarak.

El hombre gimió, soltó su arma, y retrocedió sujetándose el antebrazo con el rostro convertido en una máscara de dolor.

Gwalior se inclinó y tomó el fusil de partículas casi antes de que tocara el suelo.

¡Al fin podía ver al otro guardián! Estaba con la espalda pegada a la puerta, el rifle activado y trazando amplias curvas semicirculares con el cañón. El láser guía saltaba de uno a otro de los hombres de la Utsarpini, demostrándoles que estaban perfectamente cubiertos por el arma.

El rayo láser no sólo era útil para apuntar el arma, serviría además para ionizar el aire, haciéndolo conductor para el chorro de partículas cargadas.

Gwalior activó a su vez el rifle que había capturado y un círculo de luz roja apareció en el pecho del guardia. Este tragó saliva. Además de conducir el rayo de partículas, el láser era un eficaz medio de disuasión.

—Esto es ridículo —le dijo razonablemente Gwalior al guardia—. Está usted en clara inferioridad. ¿Espera que le maten para obtener una medalla póstuma? No tiene ninguna posibilidad. Rinda su arma.

El hombre no se movió. Permaneció en la misma posición, pero sus ojos se desviaron imperceptiblemente hacia las cámaras.

Gwalior comprendió de pronto. Giró rápidamente, y disparó a las cámaras. Una tras otra, provocando una lluvia de partículas metálicas, trozos de vidrio y componentes ópticos por toda la sala.

Se volvió hacia el guardia.

—Ya nadie le ve. Viva o muera, lo hará de incógnito. El hombre lo pensó un instante, se inclinó, y dejó cuidadosamente su arma en el suelo.

—Bien —dijo Gwalior con alivio —, eso es empezar a actuar con inteligencia.

Konarak recogió el arma dejada por el guardia, y rodeó la mesa de juntas hasta alcanzar a Jai Shing.

—Muy bien, gordito, es tu turno —dijo mientras jugueteaba con el cañón de su arma revolviendo los escasos cabellos del eunuco—. Ponte a trabajar o esparciré tus sesos por toda la habitación.

—¿Q-qué quiere que haga...? —lloriqueó.

—Llama a la Central, y ordena que todos entreguen sus armas.

—S-sí... —Shing intentó torpemente marcar un número en el interfono con sus gordos dedos empapados de sudor y temblorosos.

—Será inútil —Dijo uno de los guardias.

—¿Por que será inútil? —le preguntó Gwalior.

—Nadie le hará caso. En estado de guerra, el Gramani pierde sus prerrogativas. El mando pasa al militar presente de más alta graduación.

—Eso tiene sentido —comentó Chanakesar.

—¿Es cierto? —inquirió Konarak, sacudiendo al eunuco.

—S-sssi...sí.

—Se han metido ustedes mismos en una ratonera —continuó el militar del imperio—. La guardia pronto estará aquí. Si para capturarlos tienen que matarnos a todos, no duden que lo harán.

## OCHO

Los cinco soldados imperiales entraron en la sala privada de los hombres de la Utsarpini tras derribar la puerta.

Un sorprendido Jonás Chandragupta saltó de su asiento para verse enfrentado a la boca del cañón de un fusil de partículas.

—¿Dónde creen que...?

—Al suelo —dijo el soldado que lo encañonaba en un tono que no admitía discusión.

—Pero... —protestó Jonás.

Hari Pramantha ya se había tumbado, y separaba las piernas para facilitar el cacheo.

—¡Al suelo! —repitió el militar.

Jonás permaneció de pie, confuso y furioso.

—Te sugiero que obedezcas, Jonás —le dijo tranquilamente Hari desde donde se encontraba—. Ese hombre parece muy nervioso.

—¡Esto es ridículo! —gruñó Jonás mientras se tumbaba.

El soldado empezó a cachearlo.

—¿Qué espera encontrar? Yo no soy un militar. ¡Soy un científico! No he tenido nada que ver con todo esto.

—¡Silencio, yavana!

—Van a estropearlo todo... —gimió Jonás—. ¡El más importante descubrimiento de nuestra historia, y pierden el tiempo matándose entre ellos... !

Otro soldado que lucía las insignias de cabo en el antebrazo apareció en el quicio de la puerta, y le hizo una señal al resto para que salieran.

—Permaneced donde estáis —les dijo a los dos hombres de la Utsarpini—. Si alguno de vosotros intenta abandonar este lugar —levantó significativamente su arma—... estaremos afuera esperándole.

## NUEVE

Ozman volvió a mirar nerviosamente el reloj. Era la hora, pero no había recibido la esperada señal. ¿Debía entonces proceder de acuerdo con el plan, y descubrirse?

Tal vez la débil señal de radio no podía atravesar la espesa piel del animal —se dijo mientras tomaba el arma y apuntaba cuidadosamente sirviéndose del láser.

Hizo fuego, y el haz de protones saltó detonando la carga explosiva.

Bien, —Se dijo —, si los romakas no estaban ya sobre aviso, ahora sin duda lo están.

Unos minutos después, a través del agujero abierto por la explosión, empezaron a entrar infantes de marina de la Utsarpini.

Incluso con la armadura de combate puesta, Ozman reconoció la pesada figura del sargento Bana. Se acercó a él.

—Le felicito, Ozman. Una sincronización perfecta. Me alegro de no haber tenido que utilizar nuestros explosivos. No se estaba nada seguro colgando ahí fuera.

—Gracias, sargento. Es mejor que nos pongamos en marcha; seguro que los romakas han oído la explosión, y no tardarán mucho en llegar...

Oznian no se equivocaba. Unos minutos después, los veinte hombres desandaban el camino recorrido horas atrás por Ozman.

En el pecho de uno de ellos pareció encenderse una diminuta luz roja. Casi al instante caía hacia atrás con una perforación perfectamente circular en su armadura.

Antes que el cuerpo del infante tocara el suelo, otros tres más fueron alcanzados, siempre por certeros disparos en el pecho.

Las armaduras de poco servían contra las armas de partículas.

Ozman reaccionó, mientras por el rabillo del ojo veía caer a otro de sus compañeros.

Había visto un relampagueó rojizo a lo lejos. Quizás demasiado lejos para una puntería tan certera. Pero recordó las características de las armas del Imperio, una de las cuales tenía ahora entre sus manos.

Abrió al máximo el haz láser de su arma, y la utilizó como una linterna de largo alcance.

A unos trescientos metros avanzaba uno de los vagones del monorraíl repleto de soldados imperiales. La luz roja los deslumbró durante un instante mientras intentaban, desesperadamente, ajustar los visores de sus cascos.

Todos los hombres de la Utsarpini empezaron a disparar a la vez.

Ozman se vio rodeado por un espectacular —pero silencioso por la falta de aire —fuego a discreción.

Los casquillos vacíos saltaban en todas direcciones, rebotando contra las armaduras.

Mantuvo su haz lo suficiente para ver cómo el vagón, alcanzado por innumerables impactos de la pesada munición de los infantes, se salía del raíl, y dando varias vueltas de campana, que arrancaron violentos chispazos de las partes metálicas, acababa por detenerse a pocos metros de ellos, completamente destrozado.

Los infantes se acercaron para contemplar el daño producido. Discernibles a través del humo, enredados en grotescas posiciones entre los fragmentos metálicos del vagón, se veían cinco cuerpos horriblemente mutilados.

Bana se volvió y contempló tristemente los siete infantes que habían quedado en el camino.

Una amarga victoria —pensó. Siete contra cinco. Había perdido un tercio de sus tropas en el primer encuentro. ¡Y aún no habían entrado en la Estación!.

## **DIEZ**

El grupo de infantes comandado por Chait Rai se deslizaba cautelosamente por el corredor. Chait abrió de un puntapié una puerta metálica, y avanzó con la ametralladora dispuesta.

Un rápido movimiento frente a él, y lanzó una ráfaga casi sin pensar. Vio cómo un soldado imperial levantaba sus brazos, y caía de espaldas.

Aprovecharon el momento de indecisión para parapetarse buscando posiciones. Unos tardíos haces de protones restallaron contra una de las paredes tras ellos, haciendo saltar trozos de aluminio, escayola y astillas de cristal. Aplastándose contra el vientre de sus armaduras los infantes respondieron de inmediato, vaciando sus cargadores sobre la fuente de los rayos rojos, hasta que todos se apagaron.

Esperaron tensamente durante varios segundos. No hubo nada más. Chait Rai se puso en pie, y cruzó la habitación. Tras dudar unos segundos, le siguieron prudencialmente sus hombres. Junto a varias cajas amontonadas yacía un cuerpo con el uniforme imperial. Debía de encontrarse de guardia en aquella especie de almacén, cuando fue sorprendido por la incursión.

Las balas de grueso calibre de la Utsarpini habían cosido una amplia línea de postas a través del pecho del soldado. De hombro a hombro. La pechera de su uniforme estaba empapada de sangre. Chait imaginó que si alguien intentaba arrastrar el cadáver por los brazos se partiría en dos por aquel sitio.

Otro cadáver, el que había caído en primer lugar, yacía unos metros más allá.

Dejándolos allí, el grupo de infantes atravesó la sala. Encontraron una salida que daba a un callejón de servicio.

Chait escudriñó el camino estrecho y repleto de cajas de embalaje, antes de cruzarlo. Al otro extremo del callejón, los infantes subieron unos escalones metálicos, encontrando la puerta de salida del almacén.



Chait se sentía como un ratón jugueteando con una ratonera, esperando que de un momento a otro se disparara el ceпо.

Abrieron la puerta lo suficiente para permitirles pasar. Se deslizaron por ella, agachándose en la semioscuridad, todo lo que les permitía sus armaduras.

A su izquierda, una inmóvil escalera automática daba acceso al segundo piso. Ante ellos, unas puertas conducían a un amplio y despejado corredor. Pudieron ver algunos diminutos coches eléctricos, como los de las ferias, pulcramente aparcados.

Con su aguzado sentido del peligro guiándole, Chait se volvió; condujo a su hombres por la escalera mecánica. Al llegar al segundo piso, se dirigió hacia una de las barandillas metálicas. Atisbó el corredor con cautela.

A ambos lados del mismo, aplastados contra las paredes, agachados en los cruces, detrás de los coches, esperaban en silencio una buena docena de soldados imperiales.

Uno de los imperiales alzó su rifle de partículas.

Como una centella, Chait se aplastó contra el suelo. La barandilla de metal cromado se retorció como una serpiente herida, por el impacto de los ardientes protones.

Desde su posición Chait no podía ver a los soldados que estaban justo debajo de él, pero vio a un par de ellos corriendo por el pasillo lateral para unirse a la refriega.

Echándose hacia atrás, para evitar que la bocacha de su ametralladora denunciara su posición, les lanzó una amplia andanada. Los soldados se detuvieron de repente, mientras las balas danzaban a su alrededor, rociándoles con esquirlas de mampostería. El de la izquierda quedó en el suelo, gritando y pateando en un estertor. El otro logró atravesar ileso el muro de fuego, y se unió a sus compañeros.

Una nueva ráfaga de haces de partículas se abatió sobre la pasarela ocupada por los infantes en respuesta a los disparos de Chait. El capitán se volvió, e indicó a sus hombres que tomaran posiciones con órdenes tan cortas y secas como las ráfagas de su repetidora.

Con movimientos precisos, Chait quitó el cargador vacío de su arma y lo sustituyó por uno nuevo.

Una confusa figura apareció al borde de la escalera, precedida por su fusil que sujetaba firmemente frente a él.

Tras él apareció otro soldado imperial. Y otro más.

El soldado del Imperio que iba en cabeza giró violentamente sobre sí mismo cuando le alcanzó la nube de proyectiles. Cayó primero de bruces, rebotó y se deslizó flojamente sobre el piso, prácticamente desmembrado.

El espacio ante ellos cobró repentinamente vida. Los imperiales surgían en oleadas del hueco de la escalera, saltando y rodando sobre el piso, en busca de un lugar donde parapetarse. Mientras tanto, disparaban sus armas con mortal efectividad.

Chait comprendió rápidamente que en aquel intercambio de disparos ellos

llevaban las de perder. Se lanzó desesperadamente al cuerpo a cuerpo, sin esperar siquiera a comprobar si sus hombres le seguían o no.

A corta distancia, nada mejor que el arma blanca. Oprimió el botón que liberaba la bayoneta de su 21—A. La clavó en el primer imperial que se le puso delante.

El rostro del enemigo se crispó de dolor a unos centímetros del suyo. Retorció su repetidora, tratando inútilmente de extraer la bayoneta. Abrió fuego, y la ráfaga a quemarropa destrozó carne, huesos e intestinos, liberando el arma.

A través de su visor nublado por las gotas de sangre, Chait vio a los infantes aplastar en pocos minutos a los sorprendidos guardias romakas. Las espadas cortas de los imperiales no eran adaptables a las bocachas de sus sofisticados pero, por ahora, inútiles superfusiles. En cambio, las bayonetas incorporadas a los 21—A daban un metro más de alcance a los infantes.

Chait intentó ordenar sus pensamientos. ¿Por qué los imperiales habían concentrado allí el grueso de sus tropas?

Abajo, los guardias retrocedían hacia estrechos pasillos donde esperaban que los infantes no pudieran seguirles.

—¡Bairam! —gritó a uno de sus hombres —: Prepara el lanzallamas.

Bairam colgó su ametralladora al hombro, y descargó de su espalda el arma indicada, unida mediante un grueso tubo a la mochila.

Chait se lanzó sobre la escalera mecánica, en persecución de los guardias. Bairam y los once infantes supervivientes le siguieron, levantando ecos metálicos al golpear con sus botas contra el suelo.

—¡Abre fuego! —dijo, señalando los pasillos donde aguardaban emboscados los imperiales.

Un chorro de líquido ardiente atravesó el espacio, fustigando ciegamente las paredes del pasillo como un látigo.

Los imperiales fueron sacados precipitadamente de sus escondites por las llamas. La ola de energía se meció entre ellos, carbonizando cuanto tocaba, arrancando gritos de sus torturadas gargantas, mientras sus cuerpos envueltos en llamas chocaban ciegamente contra las paredes.

Esto continuó hasta que todo lo que se encontraba dentro de aquel corredor quedó ennegrecido. Los soldados imperiales eran ahora confusos montones que ardían silenciosamente. Chait avanzó entre ellos, mientras los filtros de su traje luchaban inútilmente contra el nauseabundo olor del aceite del lanzallamas, la pintura de las paredes humeantes, y la carne quemada.

Finalmente alcanzó una puerta cerrada al final del pasillo. La derribó, y se enfrentó con un compacto grupo de unos diez o doce civiles ocultos en su interior. Tal y como había esperado, los guardias imperiales habían sido sorprendidos por su grupo cuando intentaban evacuar a aquellos hombres.

Una joven de baja estatura y ojos muy claros le plantó cara.

—Mi nombre es Lilith Firistha. Soy ciudadana del Imperio. Si hace algún daño a alguno de los aquí presentes...

La joven se detuvo súbitamente. Chait había bajado su ametralladora en un intento de tranquilizar a los civiles. La sangre cubría ésta, y su brazo hasta la altura del codo. Al bajar el arma la sangre resbaló goteando por la punta de la bayoneta, formando un espeso charco a sus pies.

—Auténtica sangre de "Ciudadanos del Imperio" —dijo cínicamente.

## ONCE

El rostro del comandante Prhuna apareció en los monitores del puente de la Vajra.

Parecía tan joven como el propio Isvaradeva, pero éste sabía que el aspecto físico nunca es un indicativo de la edad entre los ciudadanos del imperio.

—¿Hasta cuándo espera seguir con esta locura, comandante? —preguntó Prhuna con evidente cansancio en su voz.

—Las acciones desesperadas siempre pueden parecer locuras, comandante —replicó Isvaradeva.

—Debo admitir que he sido cogido por sorpresa. Nunca hubiera imaginado que un soldado de la Utsarpini, con el elevado sentido del Honor Militar que dicen poseer, emprendiera un acto así.

—Mí sentido del honor me obliga principalmente a regresar a casa con todos mis hombres.

—¿Aunque para ello haya tenido que incurrir en una acción de piratería?

—Usted lo llama piratería. Yo lo llamo defensa propia.

—¿Mezclando a civiles? ¿Escudándose tras ellos? ¿Utilizándolos como a rehenes a los que se les ha prometido la muerte? ¿En qué código de honor podría haber algo así?

—No fuimos nosotros los que metimos a los civiles en esto. Hasta este momento teníamos entendido que toda la misión estaba supervisada por un civil. Un civil del que sólo hemos recibido amenazas, y por el que fuimos tratados como prisioneros desde el primer momento.

—Nadie ha atentado contra su vida.

—¿Debemos de creerle a usted o al gramani? Se nos ha comunicado por la fuerza del resto de la Utsarpini. Alejándonos de cualquier posibilidad de pedir ayuda. Contra esto, sólo tenemos su palabra asegurándonos sus buenas intenciones. ¿Qué garantía es ésta? ¿Qué valor real tiene? ¿Se jugaría usted su nave, y su tripulación, a unas cartas tan impredecibles?

Prhuna se frotó los ojos y durante un instante pareció mucho más viejo.

—Si sus hombres cumplen sus amenazas, y ejecutan a los rehenes, ¿de qué les servirá? La Vijaya sigue siendo una nave superior a la Vajra. Acto seguido su nave sería reducida a partículas por mis baterías de proa. ¿Quiere usted cargar con la responsabilidad de esas muertes para todo el samsara?

—Si usted ordena a sus artilleros disparar contra mi nave, la responsabilidad será tan suya como mía.

—No, eso no es cierto. No intente engañarse con esa mentira. ¡Si yo ordeno a mis artilleros que abran fuego, estaré cumpliendo con mi deber!. Si usted da la orden de que se asesine a los rehenes, no.

—¿Cree usted que hubiera emprendido una acción como ésta sin haber sopesado previamente todas las implicaciones morales que entrañaba? —dijo Isvaradeva con amargura.

—Pero, ¿qué posibilidades de victoria tiene? El resultado de todo esto sólo puede ser un baño de sangre que no beneficiará a nadie.

—Creo que en ese punto estamos completamente de acuerdo. ¿Qué propone?

—Ordene a sus infantes que entreguen sus armas...

—Olvídelo.

—Muy bien, de acuerdo. Pídales simplemente que regresen a la Vajra...

—¿Para ponerse al alcance de sus baterías de proa?

—Le doy mi palabra de honor de que...

—Lo siento, comandante. Pero lo que está en juego es mi nave. Usted también tiene esa responsabilidad, y sabe que cualquier otra consideración es secundaria. En otras circunstancias no dudaría de su palabra, pero usted mismo ha observado que los acontecimientos pueden llevarnos a emprender acciones que pueden incluso atentar contra nuestro honor.

—¿Me está diciendo que no hay solución? ¿No tenemos otra salida que la violencia?

—Acaben el bloqueo de comunicaciones a que nos han sometido. Permítanos comunicar con nuestro Alto Mando, y si ellos me ordenan que les entregue mi nave, lo haré sin dudar. Pero tiene que comprender, que en el estado de aislamiento en que me encuentro, mi única consideración debe de ser la de mantener la integridad de mi nave a toda costa.

—Lo que dice es bastante razonable, pero... —Prhuna se volvió y consultó algo con alguien situado fuera de la pantalla—. Discúlpeme, comandante. Necesito solucionar un problema... Le volveré a llamar en unos minutos.

La pantalla quedó en blanco. Isvaradeva hizo girar su silla de mando hasta quedar enfrenteado con su Segundo.

—¿Qué opina, Gorani?

—No me gusta este repentino silencio. ¿Qué estarán tramando los romakas en

estos momentos?

Isvaradeva decidió que a él tampoco le gustaba. ¿Pero qué podría hacer para evitarlo? El era casi un espectador en todo aquello. La auténtica acción se estaría desarrollando en el interior del juggernaut.

—¿Todavía no tenemos noticias de los infantes? —preguntó al oficial de comunicaciones.

—La línea sigue bloqueada, mi Comandante.

—Es probable que la situación en el juggernaut haya dado un giro contrario a nosotros —aventuró Gorani.

—Si así fuera, lo sabremos muy pronto. —Llamó a la cámara de misiles de proa.

Le respondió la voz del artillero jefe.

—Atkha, ¿tenemos la nave romaka perfectamente cubierta?

—Sí, mi Comandante. Una orden suya, y vaciaremos sobre ellos todo nuestro arsenal.

—¿Está pensando lo que creo que está pensando, Comandante?

—Sólo como último recurso, Gorani. En un duelo de misiles con la Vijaya llevaríamos todas las de perder, pero no me gusta la idea de dejarme conducir al matadero sin oponer algo de resistencia...

La señal de llamada de la Vijaya le interrumpió.

—Voy a proponerle un trato, comandante —dijo Prhuna reapareciendo en la pantalla.

## DOCE

Jonás observó sorprendido al teniente Ban Cha flanqueado por los dos guardias imperiales.

—¿Quiere que le acompañe? ¿A dónde...?

—¿Usted confía en mí, Jonás?

—Sí. —Jonás comprendió de repente que aquélla era una afirmación sincera. Confiaba en aquel hombre, al que consideraba más científico que militar—. Pero ahí fuera se están matando a tiros. ¿Qué podemos hacer nosotros? ¿Qué posibilidades tenemos de avanzar diez metros sin que nos cuezan a balazos?

—Escuche, nuestros respectivos comandantes se encuentran en estos momentos cada uno con un cuchillo apoyado en la garganta del otro. Un movimiento sospechoso de alguna de las partes, y nos veremos inmersos en un baño de sangre...

—Pero yo no...

—Usted me ayudará a convencer a su comandante de las buenas intenciones del mío.

—¿Cómo?

—En su nave no saben nada del gigantesco artefacto que hemos detectado. Cualquier diferencia entre nosotros es ridícula si la comparamos con la importancia que ese descubrimiento puede tener para nuestras dos naciones.

—Yo pienso así. Todo esto es absurdo. En estos momentos deberíamos de estar colaborando en averiguar de qué se trata, y de dónde procede.

—Muy bien. Si yo fuera a su nave con la historia de que hemos hallado un objeto artificial cuyo diámetro ha sido calculado en 450 millones de kilómetros... ¿cree que después de los últimos acontecimientos se mostraría predispuesto a creerme?

Jonás admitió que no. Incluso él mismo no lo creía completamente a pesar de haber repasado los cálculos una y otra vez.

—Muy bien. ¿Qué debemos hacer?

Ban Cha se volvió con alivio hacía los silenciosos guardias imperiales.

—Mis hombres nos servirán de escolta hasta los límites del sector que controlamos. A partir de ahí dependemos de su habilidad diplomática para evitar que los infantes abran fuego contra nosotros.

—¿Han sido puestos sobre aviso...? Quiero decir, ¿los infantes saben que vamos?

Pienso que sí. Mi comandante me ha asegurado que el bloqueo radiofónico ha sido levantado... pero por supuesto, no podemos estar seguros. Los infantes no revelarían su posición contestando.

—¡Estupendo! —dijo biliosamente Jonás—. Será mejor que nos pongamos en marcha. Cuanto más tarde esto en solucionarse, más nerviosos estarán esos hombres, y más dispuestos a apretar el gatillo sin comprobar si el que viene es amigo o enemigo.

Empezaron a recorrer los sinuosos corredores. Tal y como Ban Cha había dicho, los guardias les dejaron al aproximarse a la zona controlada por los infantes de la Utsarpini. A partir de ahí avanzaron con más cautela.

Siguieron caminando por espacio de media hora, mientras Jonás voceaba advirtiendo a los invisibles infantes que quienes se movían por allí eran amigos. Para mayor seguridad, Jonás gritaba de vez en cuando frases que conocía en alguna lengua regional de la Utsarpini.

Una corta ráfaga estalló frente a sus pies, señalando una barrera que no debían atravesar.

—¡Tírense al suelo! ¡Túmbense, y separen las piernas! —dijo una voz en un tono nada tranquilizador.

Jonás murmuró una maldición. Los métodos de los militares eran curiosamente similares a ambos lados de la línea divisoria.

—¡Soy el alférez de la Vajra Jonás Chandragupta! —gritó Jonás alzando las manos.

—Le he reconocido, mi oficial. Pero no así al romaka que le acompaña. Le ruego

que se tumbe en el suelo, o me veré obligado a liquidarles a ambos. Le pido disculpas por esto, mi oficial.

Por segunda vez en las últimas horas Jonás tuvo que obedecer a regañadientes aquella estúpida orden. Han Cha le imitó, tumbándose a su lado, sobre el destrozado piso lleno de esquirlas y cascotes.

Tres infantes surgieron de sus escondites, y avanzaron hacía ellos con las armas trazando nerviosas curvas, en busca de enemigos emboscados sobre los que disparar.

Rápida y efectivamente comprobaron que Han Cha estaba desarmado.

—Gracias, ya pueden levantarse.

—¿No han recibido la comunicación de la Vajra advirtiéndoles de nuestra llegada? —preguntó Jonás sacudiéndose el polvo.

—Sí que la recibimos, mi oficial, y estábamos esperándoles. Pero cabía dentro de lo posible que los romakas hubieran intentado servirse de esto para atravesar nuestra línea, e intentar rescatar a los rehenes.

Les condujeron hasta la salida, les dotaron de trajes de vacío y de un par de pequeños impulsores personales.

Los dos hombres cruzaron el espacio que separaba el juggernaut de la Vajra para ser inmediatamente recibidos en el camarote del Comandante.

## TRECE

—Esto es una locura —decía Isvaradeva por enésima vez.

—No hay más remedio que aceptar los hechos, mi Comandante —repitió fatigadamente Jonás.

—A nosotros también nos ha costado entenderlo —añadió Han Cha—. Comandante, usted puede pensar que en el Imperio las maravillas tecnológicas son cosa usual. Bien, lo son, pero esto... ¡me hace sentir como un campesino llevado a una mandala!

Isvaradeva estaba acostumbrado a calibrar el estado de ánimo de las personas por su voz, sus gestos, su forma de moverse y hasta de estar sentados. Era una habilidad muy útil para el que mandaba a muchos hombres.

Y Ban Cha y Jonás estaban sinceramente asustados.

Se levantó y caminó unos pasos, meditando. Jonás había debido ponerse respetuosamente en pie, observó, pero no lo había hecho. Seguía sentado, mirando fijamente al frente. Isvaradeva cruzó las manos tras la espalda.

—Yo no soy un experto en procesos astrofísicos, pero una civilización con un potencial tecnológico suficiente para emprender la construcción de un artefacto así... Bueno, simplemente no nos podría haber pasado desapercibida.

—Ese artefacto puede tener millones de años, y nuestros textos históricos no

reseñan nada más que lo sucedido en los últimos cinco mil años. Por otro lado, no existen telescopios de infrarrojos fuera del Imperio.

Isvaradeva seguía mirando las fotografías. Si sólo fuesen los romakas quienes sostuviesen eso... Pero Jonás lo apoyaba. Y no parecía estúpido ni crédulo.

Jonás había estado silencioso durante la exposición de Ban Cha, pero ahora habló. Parecía haber leído los pensamientos del Comandante.

—Mi Comandante —dijo con exagerada formalidad —, los imperiales tienen técnicas muy avanzadas. A veces no puedo comprender cómo funcionan sus aparatos. Pero, sí bien no sé cómo lo hacen, sí sé lo que hacen. Nadie ha falsificado pruebas para mí. Créame, hubiera sido más difícil inventar pruebas falsas, y al mismo tiempo creíbles, que presentar los datos auténticos.

Isvaradeva miró a Han Cha. No parecía irritado con sus dudas.

—Lo que dice Jonás es cierto. Conoce la teoría tan bien como nosotros, únicamente tenemos mejor material.

—Y no han tenido oportunidad de montar un fraude, aun de haberlo querido —añadió Jonás—. No me han negado acceso a ninguno de sus aparatos. Incluso me enseñaron a manejar algunos. Esas fotos que tiene en la mano son las que hice yo.

—Supongo —dijo lentamente el Comandante— que no tengo otro remedio que rendirme ante las evidencias. A partir de ahora tendré que vivir sabiendo que alguien era capaz de construir un artefacto de 450 millones de kilómetros de diámetro.

No era un pensamiento tranquilizador.

—Es necesario averiguar más sobre él —continuó Ban Cha— investigarlo de cerca, tal vez sobrevolarlo. La Vijaya podría cubrir la distancia que nos separa en sólo unas pocas semanas... Pero para ello tendremos que colaborar.

Isvaradeva alzó la mano.

—Esperen un momento. Comprendo su entusiasmo, Han Cha, pero creo que esto excede los límites de nuestra misión...

—No es así, mi Comandante. —Ahora era Jonás el que hablaba. Isvaradeva pestañeó un poco; era la primera vez que un subordinado le contradecía tan abiertamente, pero no dijo nada—. Con todo esto, hemos perdido de vista un hecho: los juggernauts vienen de la Esfera. Vienen y van. Y el misterio de los juggernauts está relacionado con la destrucción de los rickshaws.

—¿Y qué relación puede haber?

Han Cha sacudió la cabeza.

—Eso es lo que no sabemos. Pero una civilización tan avanzada... Ustedes nos acusaron de usar una superarma contra nuestros propios rickshaws, Comandante, y nosotros nos reímos. Quizás reímos demasiado pronto. ¿Quién sabe si los... llamémosles Esferitas... han desarrollado los cintamanis como arma?

Isvaradeva se sintió interesado. ¿O era que estaban todos volviéndose tan



paranoicos como Jai Shing?

Sacudió la cabeza. ¡Si esto duraba mucho, estarían todos listos para un manicomio!

—¿Qué propone su Comandante?

—Acabemos con toda esta locura. Confíen en nosotros...

—Por supuesto. Permítanos comunicar con nuestro Alto Mando.

Han Cha sacudió la cabeza.

—No es posible. No hasta que no sepamos de qué se trata. El Imperio debe defender sus intereses en este asunto.

—En ese caso...

—Vengan con nosotros. Cuando sepamos con lo que estamos tratando, entonces ambos lo comunicaremos a nuestras respectivas naciones.

—La Vajra no podrá igualar velocidades con ustedes. Y como podrán suponer, yo no estoy dispuesto a abandonar mi nave...

—Sí, sí. Ya contábamos con eso. El comandante Prhuna le propone otra cosa. Usted, junto con la Vajra y su tripulación esperarán aquí. Sus infantes de marina vendrán con nosotros.

—¿Como rehenes?

—No; para sustituir a nuestros soldados... que se quedarán con ustedes...

Isvaradeva lo entendió todo de pronto. Le estaban proponiendo que intercambiaran sus fuerzas de choque. Como rehenes, y para evitar que alguna de las dos partes intentara traicionar a la otra.

—No me gusta... Eso contraviene todas las ordenanzas...

—Estamos en una situación límite. El Reglamento jamás podría predecir una secuencia de acontecimientos como la presente. ¿Qué otro camino se le ocurre, Comandante? Yo sólo veo dos. Uno nos conduce a la violencia, y a la destrucción de una de las dos naves. El otro nos da una esperanza de entendimiento...

Isvaradeva dejó las fotos sobre su mesa y caminó indeciso por su camarote. ¿Qué debía hacer? Recordó los veleros que se dirigían hacia allí. ¿Era su obligación aguantar como pudiera, hacer tiempo hasta que aquellas naves les alcanzaran? Si Kharole lo había utilizado como un cebo sin consultárselo antes... ¿estaba él obligado moralmente a actuar como tal?

Su cabeza era un torbellino. Las preguntas sin respuesta se sucedían en torturadora procesión.

¡Cuánto se habría reído de él su padre! Traicionado por Kharole, que ahora era Su Majestad Imperial Khan Kharole, y aún se preguntaba sobre la mejor manera de servirle. Pero, ¿qué determinación tomar? ¿Y si aquellas naves no eran de Kharole? Simplemente carecía de datos suficientes. Ante esto, sólo podía decidirse por aquello que resultara menos peligroso para su nave.

Únicamente veía una solución. Se volvió hacia los dos hombres.

—De acuerdo —dijo —, lo haremos como proponen. ¡Y que Krishna, Jesús y Mahoma nos ayuden...! Hablaré con el Comandante Prhuna. Caballeros, pueden retirarse.

Había recuperado su tono de oficial en la última frase. Jonás se acordó de cuadrarse antes de salir.

En el corredor le asaltó un pensamiento paradójico. Se sentía más seguro yendo a enfrentarse a los misterios de la Esfera, que aguardando la llegada de la flota.

## CATORCE

El trasvase de personal se llevó a cabo sin demasiados problemas. Los infantes de la Utsarpini abordaron los transbordadores imperiales enviados a recogerles. Los infantes imperiales abordaron los transbordadores de la Utsarpini. Los oficiales de uno y otro grupo, buscando sus alojamientos y despistándose inevitablemente en los corredores, entre los refunfuños de los marinos que veían su trabajo interrumpido por aquellos pelmazos. Luego vendría la dificultad de acomodarse a diferente horario de comida y de sueño, a diferentes códigos para nombrar cubiertas y corredores, a diferentes toques de silbato, y hasta diferencias dialectales.

Al menos, la estación en el juggernaut ya había sido desmantelada, y sus aparatos trasladados a la Vijaya. Se decidió que los heridos graves quedaran en su nave, pero que los heridos leves fueran con sus compañeros sanos. De común acuerdo, los muertos quedarían sepultados en el cascarón del juggernaut. Hari Pramantha, en calidad de capellán, celebró un funeral magnífico en honor de los valientes muertos de ambos bandos. En su sermón habló elocuentemente sobre la heroicidad del bhakta que obedece los mandatos del Señor, y leyó en el Bhagavad-gita las exhortaciones a la batalla de Krishna al príncipe Arjuna. Evitó comparar a Arjuna y a sus seguidores con cualquiera de los bandos, Imperio o utsarpini, de modo que ambos pudieran identificarse con los vencedores.

Unas horas después, Job Isvaradeva contemplaba desde el puente a la Vijaya. La nave se alejaba lentamente bajo el impulso auxiliar; pronto desapareció tras la mole del juggernaut; como precaución suplementaria, Job había ordenado que la Vajra se resguardase tras él. Cuando estuviese a una distancia segura, ardería el brillante fuego de fusión.

La Vijaya se fue reduciendo poco a poco de tamaño.

—Treinta minutos para la ignición —dijo alguien en el puente.

Y, cincuenta minutos más tarde, un nuevo sol artificial añadió su resplandor a los miles de soles de Akasa-puspa.

## IX. LA ESFERA

*Tierra, agua, fuego, aire, éter, mente, inteligencia y ego falso. Todos estos ocho, juntos, constituyen Mis energías materiales separadas.*

BHAGAVAD-GITA (7.4)

### CERO

—Ordenador, te voy a hacer una pregunta. Quiero que medites sobre ella, y que me des una respuesta.

—Adelante.

—Pregunta: ¿Qué podría acabar con la raza humana en el Universo?

—Es una cuestión curiosa. Se me construyó para que preservara la vida humana, no para que pensara en su aniquilamiento. Además, ¿a ti qué más te da? No eres humano.

—¡Respóndeme!

—Evidentemente habría que matar a todo ser humano de la Galaxia. Si sobreviviese un grupo de sólo cincuenta personas de ambos sexos, en algún lugar, la operación sería inútil. Nuestra civilización podría volver a su estado anterior en sólo medio millón de anos.

—¡Entonces, es preciso que encontremos la Tierra! Aunque la vida humana se hubiera extinguido en la Galaxia, con la tripulación de la Konrad Lorenz podríamos repoblar la Tierra, si aún existe.

Extraído del cuaderno de Bitácora de la Konrad Lorenz.

### UNO

—Yo tenía razón! —exclamó Ban Cha desde su puesto sin poder contenerse.

Jonás percibió su figura inclinada sobre su consola gracias a la débil iluminación que emanaba de ésta.

El puente de la Vijaya era un mundo de maravillas, completamente distinto al abigarrado y claustrofóbico puente de las naves de la Utsarpini.

En realidad, uno no recibía la impresión de encontrarse en un lugar cerrado. La sala tenía forma de esfera, y sobre sus paredes se proyectaban imágenes captadas por las cámaras situadas sobre toda la superficie de la nave.

Los cuadros de mandos estaban situados sobre una plataforma circular dispuesta en el interior de esa esfera, y unida con la escotilla de acceso mediante una pasarela.

Con todas las luces de la sala apagadas, era como si viajaran por el espacio cabalgando sobre un disco volador.

En el mismo centro de esta plataforma, el Comandante Prhuna dirigía la nave desde su sillón de mando giratorio.

El propio Comandante había invitado a Jonás, a Gwalior, y a Hari Pramantha al puente. Jonás interpretó esto como un gesto de buena voluntad, ahora que el fin de su viaje estaba a la vista.

La verdad es que, a pesar de los amplios y cómodos camarotes que los imperiales les habían reservado, el viaje no se había caracterizado por su ambiente relajado o distendido. Durante las tres semanas que había durado la aproximación, los infantes de marina de la Utsarpini habían estado permanentemente alerta, con sus armaduras caladas y sus armas dispuestas. Jonás había captado en ellos el nerviosismo y la paranoia del soldado atrapado en campo enemigo, en un ambiente extraño y sólo en parte comprendido por algunos. Más de una vez Jonás había temido que esa tensión acabara por estallar provocando un nuevo enfrentamiento mortal.

Sin embargo ahora tenían ante ellos su punto de destino y, afortunadamente, la sangre no había llegado a correr por las limpias cubiertas de la Vijaya.

Sí, Ban Cha había tenido razón. Tras alcanzar la mitad de su viaje, la nave había girado sobre sí misma, e iniciado el período de frenado. El brillo de la llama de fusión eclipsaría su destino durante la siguiente semana y media, impidiéndoles captar más detalles de aquella estructura. Pero antes de esto, el analista en jefe de la Vijaya ya había deducido que no se trataba de un cuerpo sólido.

—Si el caparazón fuera sólido —había dicho —, tendría doscientos gramos de masa por centímetro cuadrado de superficie, y entre dos y tres metros de grosor, según la densidad del material. A la velocidad con que la Esfera gira sobre sí misma, debería de haber sido construida con un material imposiblemente tenaz para evitar que fuera destrozada por su propia inercia.

Si estas fuerzas desconocidas no pudieran preservar la rigidez del caparazón, éste se contraería en arrugas, como consecuencia del efecto de marea y su propia gravitación.

—Y los constructores de un objeto tan sorprendente, ¿no podrían disponer también de materiales igualmente sorprendentes? —replicó Yusuf.

Poco después, se inició el frenado, y aquella discusión quedó aplazada por espacio de una semana y media. Cuando finalmente la llama de fusión se extinguió, las imágenes reflejadas en las paredes del puente dieron la razón a Ban Cha.

La estrella enana amarilla parecía sucia o enturbiada por el fantasmal velo que la encerraba. A aquella distancia la Esfera parecía una nube de humo.

—¿Qué clase de color es ése para una estrella? —dijo alguien.

—Teniente Ban Cha, ¿tenemos la espectografía de ese sol? —preguntó el

Segundo comandante Kharosthi.

—Sí... pero es demasiado asombroso para creerlo.

Ban Cha pasó los datos que había recibido en su terminal a las pantallas murales. Superponiéndose a la imagen de la estrella, aparecieron en letras luminosas los datos referentes a su composición.

—¡Es una estrella de Segunda Generación! —exclamó Dohin.

—Ese sol no se ha originado en Akasa-puspa —dijo Jonás mirando desafiante a Hari Pramantha—. Es una estrella típica de los brazos espirales de la Galaxia.

—¿Qué quieres decir exactamente con eso de que no se ha originado en Akasa-puspa?

—Alguien lo ha movido.

—¿De veras? —dijo Hari burlonamente.

—En Akasa-puspa todas las estrellas son de Primera Generación. ¿Se te ocurre una explicación mejor...? No, no hace falta que me contestes.

—¿Cómo moverías por el espacio una estructura así? —Hari Pramantha intentó dar un acento de seguridad a su voz—. No crees en Dios, y en cambio pareces dispuesto a aceptar fácilmente a criaturas capaces de mover las estrellas por el espacio como si fueran canicas.

Jonás se encogió de hombros.

—No lo sé. Pero puedo imaginar algún tipo de impulsor sin reacción, capaz de mover cada átomo de la Esfera en un determinado sentido, sin inercia alguna.

—Sí, yo también soy capaz de imaginar un dharaní capaz de tocar la Esfera, y transportarla a donde desee. Francamente, Jonás, esperaba una explicación mejor por parte de un científico.

—Tal vez los datos del espectrómetro han sido falseados por ese velo que cubre la estrella... —dijo Lilith—. ¿Podemos saber de qué está compuesto?

Yo diría que son asteroides, o pedazos de roca, formando una biosfera de cuerpos en órbitas independientes, uno junto a otro, hasta completar el caparazón de la Esfera... —Aventuró Yusuf.

—Parece muy complicado —dijo Hari—. Seguimos con el problema de saber quién se ha tomado todas esas molestias, y para qué.

—Recordad que los juggernauts vienen de ahí... ¿Es Posible que sean una especie de abejas interestelares? Animales sociales, y que la Esfera sea su panal...

—¡Vamos, Yusuf...! No hablarás en serio.

—¡Es la mejor idea que se me ha ocurrido hasta el momento.

—Teniente ¿podemos obtener una ampliación parcial de la imagen?

—Estoy en ello, mi Comandante —replicó Ban Cha mientras tecleaba frenéticamente.

La Pantalla geodésica se cuadriculó en líneas de luz rojiza. La imagen de uno de

esos cuadrados empezó a crecer ocupando el espacio del resto. Si se miraba sólo ese sector, era como si la Vijaya hubiera acelerado repentinamente a la velocidad de la luz, y se precipitara en forma suicida hacia la Esfera.

Jonás, que flotaba ingrávido, se agarró inconscientemente a la barandilla que rodeaba la plataforma del Puente.

—¡Krishna y Cristo! —musitó Hari a su derecha.

Durante un momento, la nube de insustancial humo que parecía rodear la estrella, se convirtió en una nube de Polvo., y los granos de polvo crecieron ante sus atónitos ojos para convertirse en...

—¡Por todos los...! ¡Fíjense en eso!

—Por favor, señores, tranquilícense —dijo Prhuna dirigiéndose a los civiles que ocupaban el puente.

Empezaba a arrepentirse de haberles invitado. Sin duda que sus hombres estaban tan asustados como él mismo pero al menos no lo exteriorizaban. Aquellas voces de asombro podían degenerar en una histeria colectiva.

Se alegró de que al menos Jai Shing hubiera decidido seguir los acontecimientos desde las terminales de su camarote. En aquel momento no se sentía con humor para soportar al eunuco representante del Emperador.

La pantalla estaba llena de cientos de miles de millones de rocas de todas las formas y tamaños concebibles; giraban sobre sí mismas, y seguían apretadas órbitas en torno a la estrella amarilla, en una danza frenética.

Jonás apartó los ojos del mareante espectáculo de todos aquellos objetos, aparentemente diminutos, girando locamente.

—¿Qué son esas configuraciones? —Lilith señalaba la superficie de los asteroides que parecían envueltos por una tupida pelusa—. ¿No podemos obtener una ampliación mayor?

—Sólo a cambio de perder la nitidez de la imagen —respondió Ban Cha.

—Parece... vegetación —dijo Lilith sin apartar la vista de la imagen.

Cada roca estaba envuelta por un halo de finísimas y enmarañadas fibras plateadas, salpicadas de manchas verdosas.

—¡Es exactamente eso! —afirmó Jonás.

—Vegetación... ¿En el vacío?

—¿No comprendéis que es la verdadera función de la Esfera?

—Está claro que su función es aprovechar toda la energía desprendida por ese sol amarillo —dijo Yusuf pensativo—. Pero esas plantas...

—Al girar, cada asteroide expone alternativamente esas plantas a la estrella, y entre todas capturan casi hasta el último fotón desprendido por ésta. —Jonás se sentía tremendamente excitado ante aquella nueva maravilla biológica—. Estamos ante un embalse. Un embalse semejante al que usamos con nuestros ríos para obtener

electricidad. Pero lo que aquí se contiene no es el agua, sino la propia luz de esa estrella.

Ante la sorpresa de Jonás, se abrió una "ventana" en la pantalla. En ella aparecieron los vulgares rasgos de Jai Shing.

—Comandante, le ordeno que dé la vuelta inmediatamente.

Prhuna suspiró; el eunuco debía de haber estado siguiendo los acontecimientos gracias a los repetidores de su camarote.

—¿Puedo preguntar por qué, gramani?

—¿Ha visto el tamaño de esas mandalas?

—¿Mandalas, gramani?

—Por supuesto. ¿Quién iba a ser tan estúpido como para dotar de vegetación a una roca muerta y sin aire? Eso son ciudades espaciales, comandante, ¡y hay miles de millones de ellas! —Jai Shing desorbitó los ojos al decir esto—. Eso significa, que si están todas habitadas, ese lugar tiene capacidad para contener una población infinitamente mayor que la de todos los planetas de Akasa-puspa juntos. Ahora yo le voy a hacer una pregunta, Comandante...

—Adelante.

—¿Por qué una cultura capaz de una hazaña de ingeniería tal no se ha extendido por el resto del Cúmulo y ha permanecido, en cambio, encerrada en un espacio tan limitado?

—Si nos acercáramos más, tal vez podríamos averiguarlo...

—¡No! Esa configuración cerrada indica una sociedad fanáticamente aislacionista. Hasta el momento no nos han molestado, pero sí violáramos su intimidad... ¿Qué podría hacer el Imperio contra una tecnología tal, si se decidieran a emplearla contra nosotros...? ¡Puede que ni siquiera sean humanos! No tenemos capacidad, ni representación, para enfrentarnos a una decisión de esa envergadura. Le ordeno que dé la vuelta y regrese al Imperio.

—Temo que eso no es posible, gramani.

—¿Cómo se atreve? ¡Debe obedecer mis órdenes... como si las recibiera del Emperador en persona!

—Pero los infantes de la Utsarpini no están sometidos a la voluntad del Emperador —dijo Prhuna mirando de reojo al comandante Gwalior, que asintió silenciosamente con un gesto de complicidad—. Ellos no nos permitirán regresar antes de tener más datos sobre la Esfera, porque saben que nosotros no podremos liberar la Vajra sin conocer su verdadera naturaleza. En cuanto Kharole conociera la existencia de la Esfera, intentaría establecer con sus habitantes una alianza en contra nuestra. Recuerde que la Esfera está en el interior del espacio controlado por la Utsarpini. Y que en caso de problemas, los infantes de marina de la Vajra intentarían hacerse con el control de esta nave.

—Lo intentarían, Comandante.

—Con eso quizá sería suficiente. Por supuesto, siempre nos queda una posibilidad. Podríamos anular los campos magnéticos del motor, y permitir que la Vijaya se desintegrara en una explosión nuclear. Al menos eso simplificaría, de momento, el problema... ¿Qué le parece, gramani?

Jai Shing rezongó alguna palabrota. La ventana de la pantalla se cerró.

—Bien —dijo Prhuna con una sonrisa —, salvado este pequeño inconveniente... ¿Dónde estábamos...? ¿Qué sugiere usted, comandante?

Gwalior tardó un instante en responder.

—Como usted bien ha dicho, no podemos decidir nada hasta disponer de más datos. Sugiero, por tanto, que orbitemos la Esfera.

—Lo mismo pienso yo, sólo que no voy a perder el tiempo orbitándola. No creo que aprendamos mucho más observándola desde fuera. Voy a llevar mi nave directamente a su interior.

Una voz rompió el silencio tenso que siguió.

—¿Cree que eso sería prudente, Comandante?

—¿Qué pasa, doctor Dohin? ¿Jai Shing le ha contagiado sus temores?

—No, no es eso, pero... ¿Podrá la Vijaya pasar a través de esos asteroides? Sus órbitas son tan cercanas, y tan rápidas, que...

—No tenemos por qué arriesgarnos —dijo Jonás—. La Esfera no puede estar completa, pues las rocas que forman el cascarón deben de girar en una misma dirección para evitar las colisiones entre ellas. Los polos de la Esfera deben estar libres de objetos en órbita...

—Buena idea —dijo el Comandante—. Lo comprobaremos. Karoshti, fije con el piloto la trayectoria más rápida y (dentro de lo posible) la menos cara, hacia uno de los polos.

El Segundo transmitió rápidamente las ordenes, y unos minutos después, una sucesión de pastillas de deuterio y helio—3 eran inyectadas en el centro del campo magnético del motor de fusión, en el que colisionarían simultáneamente con varios haces de electrones de alta energía, a razón de 250 explosiones por segundo.

El motor de la Vijaya volvía a estar en marcha, y Jonás percibía la sucesión de explosiones como un débil zumbido casi inaudible. La plataforma del puente impedía ver el penacho de llamas de fusión sobre el que cabalgaba la nave imperial, lo cual (desde el punto de vista de Jonás) era una suerte, pues no había esperado que fuese una visión tranquilizadora.

## DOS

Frente a la puerta del camarote de Jai Shing, montaban permanentemente guardia



dos infantes de marina.

La puerta se abrió cuando Jonás se acercó a ella, pero el biólogo se detuvo en el umbral totalmente desorientado.

Por el momento pensó que estaba sufriendo una alucinación.

Ante él, el anodino umbral metálico se abría a un lujurioso bosque de cuento de hadas. Los árboles de troncos retorcidos se elevaban hacia el cielo entrelazando sus frondosas ramas. Entre las hojas de verde intenso se filtraban dorados rayos de sol, y pequeñas bandadas de pájaros revoloteaban atravesando los estrechos haces luminosos. Olía a musgo, y a césped recién cortado.

Jonás lo observaba todo boquiabierto, cuando la infantil voz del eunuco le devolvió a la realidad.

—Adelante, doctor Jonás —dijo—. Gracias por venir.

Jonás localizó a Jai sentado ante una mesa de roble negro, al pie de un árbol de proporciones gigantescas. Parecía un djin salido de algún cuento infantil.

El biólogo avanzó un paso, y bajo sus pies crujió una tupida alfombra de hojas secas. Sin poder contener su curiosidad, se dio la vuelta y extendió la mano hacia el lugar donde debería estar la pared que cerraba aquel camarote. Sus ojos sólo le mostraban una extensión de árboles y ramaje, y un pequeño riachuelo saltando al fondo, pero su mano palpó el frío metal del mamparo a menos de medio metro frente a él.

—Holografía —explicó el eunuco, divertido por la sorpresa de Jonás—. Los efectos pueden parecerle espectaculares, pero se trata de una humilde proyección en tres dimensiones. Muy poco, si tenemos en cuenta que de algo tan sencillo depende mi equilibrio mental. —Suspiró—. Por supuesto, intentaron privarme de este inofensivo juguete... El Comandante Prhuna, que Krishna confunda, intentó convencerme de que su maldita nave no podía cargar con el sobrepeso extra de mi conjunto de proyectores... Pero de no ser por esos proyectores, ahora estaría yo subiéndome por las paredes. Padezco...

—Mamparitis... —apuntó Jonás.

—¿Qué? Oh, sí. ¿Es así como le llaman en la marina? Pero lo mío es crónico, desde pequeño no soporto los lugares cerrados...

Y añadió con complicidad:

—Ni las situaciones estrechas... ¿Me comprende, doctor?

Jonás se encogió de hombros, y miró alrededor buscando un lugar donde sentarse.

—Por Dios, discúlpeme —dijo el eunuco—. ¿Dónde habré puesto mis modales? —Oprimió un interruptor situado bajo la tabla de la mesa, y un tronco de árbol se transformó milagrosamente en un confortable sillón que Jonás ocupó rápidamente—. Se estará preguntando por los motivos que me han llevado a invitarle a mi camarote.

—Sí.

—Bien —Jai entrelazó sus gordos dedos —, usted es un científico de prestigio en la Utsarpini. Y debo admitir que se ha ganado el respeto de sus colegas del Imperio...

—Gracias.

—De modo que no es extraño que yo desee hacerle una pregunta relacionada con esa Esfera, ¿verdad?

—Cualquiera de mis colegas del Imperio podría responderle mejor que yo —dijo Jonás fríamente. Habitualmente no le gustaba el gramani Imperial, pero ahora que parecía esforzarse en resultar simpático, mucho menos.

—Claro, claro —la sonrisa del eunuco se crispó un poco—. Sin embargo, yo quisiera contar con su opinión. Le repito que es muy importante para mí.

—Se la resumiré en cuatro palabras: no tengo ni idea.

—De lo que no cabe duda es de que estamos ante algo inmensamente peligroso y perturbador.

—Peligroso, ¿para quién? —preguntó el biólogo.

—Para nosotros, por supuesto —respondió Jai poniendo los ojos en blanco—. Mire, Jonás, le voy a ser sincero: usted es un hombre de mundo y estoy seguro de que sabrá comprenderme...

—Adelante, le escucho.

El eunuco se frotó vigorosamente su bulbosa nariz antes de continuar.

—En el Imperio están pasando cosas muy complicadas últimamente. Hace meses que nadie ha visto al joven Emperador. Su madrastra y uparaja Whoraide se encarga personalmente de todos los asuntos públicos. Hay quien asegura que incluso es ella la que firma su correspondencia privada... ¿Me sigue?

—No estoy seguro. ¿Qué tiene eso que ver con...?

—Mucho, como ya verá. Hubo un tiempo en el que se decía que el Emperador no podía ventosearse sin que las estrellas temblaran... Ahora, claro está, ya no es lo mismo. Pero, para el estrecho círculo de los que como yo nos dedicamos al servicio directo del Trono, cualquier cambio de poderes en las más altas esferas nos puede afectar muy directamente. Hay muchos que piensan que el joven Emperador ya no existe, que fue asesinado por Whoraide, y que ella no tardará en ceñirse la Corona... No voy a aburrirle con detalles de lo que sucedería si se atreviera a emprender una acción así, pero cuente con que varias Casas subandhus se levantarían y... bueno, las cabezas de los servidores de uno u otro bando serían las primeras en rodar.

—En ese caso, es aquí donde usted estará más seguro. Cuando regrese a Cakravartinloka, sin duda que su cabeza podrá seguir reposando sobre sus siete vértebras cervicales.

—¿Eso cree? —el eunuco casi rió—. Me temo, mi buen amigo, que usted no está demasiado al tanto de las intrigas de la Corte. Para mí sería fatal encontrarme lejos del lugar de la acción mientras se tramitan las nuevas alianzas...

—Quiere decir que necesita regresar a Cakravartinloka, para poder cambiar de bando en el momento apropiado. —Jonás estaba asombrado del cinismo del gramani.

—Exactamente, veo que va cogiendo la idea. Mi fidelidad para el Trono es absoluta, se lo aseguro; pero no tanto respecto al que se siente en él. Si el actual Emperador estuviera realmente muerto, y si Whoraide fuera depuesta, sería conveniente para mí iniciar un discreto... eeh... acercamiento hacia el candidato que más despuntara en la carrera hacia el Trono. ¿Me entiende?

—Totalmente.

—Estupendo. De modo que queda claro que para mí esta misión se ha convertido en un grave inconveniente. Cuando regrese al Imperio me encontraré con los hechos consumados, y con mis enemigos políticos actuales asentados firmemente en el poder... Mi futuro no sería nada halagüeño.

Jonás empezaba a sentirse asqueado de todo aquello.

—Aún no he visto dónde encajo yo en toda esta... ¿política?

—Es muy sencillo. Hace un momento usted estaba de acuerdo conmigo en que la Esfera puede ser un lugar muy peligroso. Usted se ha ganado el respeto de sus compañeros de la Utsarpini, prácticamente encontró solo la solución al asunto de los cintamanis, sin duda es un joven muy brillante y..

—Gracias, pero, ¿dónde quiere ir a parar exactamente?

—Si usted... bueno, si usted les hablara a sus compañeros infantes de esos peligros que vamos a encontrar en la Esfera... Tal vez no estarían tan ansiosos de llegar a ella... ¿Qué le hace tanta gracia, doctor?

Jonás no había podido evitar una carcajada cínica. El eunuco le miraba muy serio, con la boca torcida en un gesto de repugnancia, como si acabara de morder algo que estuviera rancio.

—No me lo puedo creer. Realmente me está sugiriendo que amotine a los infantes de marina de la Utsarpini.

—No que amotine. Esa es una palabra muy fea, doctor Jonás. Ustedes no están sujetos a la escala de mando de esta nave. Son prácticamente unos rehenes, si se apoderan del mando de esta nave no harían más que cumplir con su deber.

—Pero, esto es increíble ¿No es usted quien está al mando de esta expedición? ¿Me está pidiendo que le quite el mando de su propia nave?

Una ardilla se paró para mirarles con descaro sobre una rama del árbol que estaba tras Jai Shing. Jonás hubiera jurado que era real.

—De nuevo demuestra usted desconocimiento de la situación en el Imperio. Allí las cosas no son tan sencillas como en la Utsarpini, créame. El mando de esta nave no es una cuestión que resulte tan clara como lo sería en un navío de Kharole. En el pasado se dieron demasiados casos de comandantes y generales, destinados a zonas alejadas de la capital, que decidieron independizarse de la Corona. Actualmente el

Emperador evita concentrar demasiadas competencias en un solo hombre.

—Entiendo. Pero usted se equivoca si cree que los infantes de marina me prestarán alguna atención. ¿Por qué no habla todo esto con el comandante Gwalior?

El eunuco agitó su mano derecha en el aire como si intentara alejar aquella idea.

—Gwalior jamás me comprendería. Es uno de esos militares de cabeza cuadrada que tanto detesto. En cambio usted, aunque lleve ese uniforme, no será jamás un militar. Eso se puede ver inmediatamente. Tómelo como un cumplido, porque creo que pertenece al mismo tipo de persona que yo. Detestamos la estrechez de miras de los militares.

Jonás se sintió algo ofendido cuando el eunuco afirmó que pertenecía a la misma categoría humana que él, pero no dijo nada.

—Sus infantes de marina —continuó Jai Shing— ya han demostrado sobradamente su valor, no tienen por qué seguir arriesgando su vida en la Esfera, para que resulten beneficiados los de siempre. Su ataque a nuestra estación en el juggernaut fue impecable... —Y añadió con amargura— Yo tuve la ocasión de comprobarlo desde muy cerca..., pero le aseguro que no les guardo ningún rencor. En cambio me demostraron que eran perfectamente capaces de hacerse con el control de una nave del Imperio, si la atacaban desde dentro...

Jonás agitó la cabeza.

—Sigo pensando que se está dirigiendo usted a la persona menos apropiada.

—No, precisamente es todo lo contrario. Usted es el único —que puede ayudarme. Hábleles a los infantes, sugiérales los peligros a los que van a enfrentarse, cargue las tintas si lo cree necesario... Seguro que le creerán. ¿Quién sino un científico puede hablar con propiedad de estos temas? Y si todo esto falla... prométales que en el Imperio unos guerreros tan valerosos serían muy bien acogidos. Si puedo regresar, y todo saliera de acuerdo con mis planes, podrían llegar a ser los tantrins del nuevo Emperador... Y está claro que tampoco me olvidaría de usted. ¿Se imagina lo que sería trabajar en una universidad imperial?, con todo el potencial tecnológico y (no lo olvidemos) económico de nuestras instituciones. Un joven tan brillante como usted, con los medios adecuados, ¿hasta dónde podría llegar?

Antes de que pudiera darse cuenta, Jonás se descubrió considerando seriamente la propuesta del eunuco. ¿Por qué no?, ¿qué le unía realmente a la Utsarpini? Nada. Ellos habían invadido el único lugar del Límite donde había encontrado algo de paz, y la posibilidad de trabajar libremente. Ahora esa posibilidad había desaparecido. ¿Qué haría cuando acabara su período de alistamiento? ¿A dónde iría?

—Lo siento —dijo al fin el biólogo —, casi me convence. Lo cierto es que ha sido usted muy persuasivo, gramani, y no es culpa suya el no haberlo conseguido. Pero hay algo con lo que usted no ha contado...

El eunuco le miró con odio, mientras Jonás se levantaba y se dirigía hacia la

invisible puerta.

—¿Qué es? —preguntó con su voz de niño malcriado.

—Que yo quiero entrar en la Esfera. Mire, soy un cobarde integral, imagino que con eso había contado cuando decidió hacerme esa propuesta, pero no me hubiera metido en la arqueobiología si mi curiosidad no superara a mi prudencia. No sé lo que es esa misteriosa Esfera, pero daría con gusto la vida para averiguarlo, sobre todo si me da alguna respuesta en relación a los Orígenes. —Jonás miró apreciativamente alrededor—. Tiene usted un camarote muy bonito, gramani. ¿Puede decirme dónde está la puerta?

Jai Shing pulsó un interruptor con furia y, frente a Jonás, una puerta se abrió de la nada. Jonás la cruzó, sin atreverse a darle la espalda al gramani.

## TRES

La Esfera estaba directamente frente a ellos, y la abertura polar bostezaba como la boca de algún gigantesco ser de pesadilla.

Los camareros habían servido el té en el puente, y el Comandante Prhuna mantenía la humeante taza entre sus manos, sin apartar la vista de la pantalla geodésica.

—Parece ser que estaba usted en lo cierto, Jonás —comentó—. Los polos están limpios.

Jonás gruñó un asentimiento, y se concentró en las asombrosas imágenes. Lo que veían era demasiado fuera de toda experiencia previa, demasiado enorme para que el cerebro humano pudiera interpretar las verdaderas dimensiones.

Ante sus ojos, y desde aquella posición, la Esfera era un gordo animal de piel negruzca que abría una impresionante y redonda boca hacia ellos. Una boca por la que arrojaba fuego. Desde su perspectiva, el interior de la Esfera parecía estar en llamas.

¿Y si todos se habían equivocado? ¿Y si la Esfera era algo distinto a todo lo conocido por el hombre hasta el momento? Un agujero en la piel del Universo. Una puerta hacia una dimensión inversa de la que los hombres conocían, como un negativo fotográfico. Un universo donde el fuego era lo abundante, y el vacío la excepción. Años luz de llamas con algunas burbujas de vacío salpicándolas...

No se atrevió a comentar este pensamiento en voz alta. En cambio, preguntó:

—En caso de necesidad, ¿podríamos desembarcar en alguno de los asteroides que forman el caparazón?

De acuerdo con los valores de masa y distancia que hemos calculado —respondió Ban Cha —, al acercarnos al caparazón nos moveríamos lateralmente con una velocidad de 30 kilómetros por segundo. Necesitaríamos una masa de reacción

infinita para entrar en una órbita que cortase con el caparazón en el ángulo deseado.

Jonás pensó en eso durante un instante.

—¿Entonces, qué pasaría si la nave quedara averiada en su interior? —dijo preocupado—. ¿Nos estrellaríamos contra las "paredes" internas?

—Avería, ¿por qué?

—Imagine que alguien nos dispara. ¿Podríamos salir de ahí?

—Hemos considerado esa posibilidad. Nuestra órbita es una elíptica que volvería a sacarnos por donde hemos entrado tras girar en torno a esa estrella amarilla.

Se desplazaban por inercia, con los motores parados...

—¿Cuánto tardaríamos en salir por ese sistema? —preguntó el biólogo.

—Eeeh... unos diez años.

El comandante se volvió.

—No se preocupe, doctor Jonás; aquí podrían esconderse flotas enteras de angriff. Pero iremos con cuidado.

—"Flotas enteras" son una insignificancia, mi comandante. ¿Sabe qué volumen relativo tiene la Esfera? —dijo Pramantha. Tenía en su mano una regla de cálculo, cosa que despertó sonrisas en los oficiales de la Vijaya—. Sobre mil doscientos cincuenta millones de planetas de tamaño normal.

El comandante arqueó las cejas. Miró interrogativamente a Ban Cha.

Este tecleó algo con mirada incrédula. Pero luego carraspeo.

—Es correcto, mi comandante. 1.247.240.000 para ser exactos.

—Estupendo —dijo Pramantha con un leve tono histérico—. Sólo me he equivocado en tres millones: tres veces la superficie de todos los mundos habitados de Akasa-puspa. ¿Cómo vamos a explorar eso? Podríamos esconder a toda la población del Imperio, de la Utsarpini, a los angriff ya los habitantes de más allá del Horizonte Estelar, en esos asteroides, y quedaría sitio para otros mil cúmulos tan poblados como Akasa-puspa... Bueno —usó de nuevo la regla de cálculo —, para ser más exactos, aquí cabe mil veinte veces toda Akasa-puspa.

—Tenemos buenos instrumentos de detección —dijo Ban Cha—. Quizá no esté usted bien enterado de la tecnología imperial, reverendo, pero podemos fotografiar un área de un kilómetro cuadrado de superficie planetaria en un milisegundo, con una resolución de medio metro. Nuestro ordenador —palmeó con afecto la consola— puede examinarlas en casi el mismo tiempo. Un planeta entero en seis días, y no se nos escapa ningún objeto artificial más grande que un macuto.

Su voz tenía un leve tonillo de suficiencia.

—¿A esta distancia? —preguntó Pramantha—. Impresionante. Bueno, si pueden fotografiar la superficie de un planeta en seis días, tardarían... —la reglilla deslizante se movió adelante y atrás en sus manos— ...aproximadamente, veinte millones de años en reconocer toda la Esfera.

Pronunció la cifra con deliberada indiferencia pero sonrió ante la cara de Ban Cha cuando éste comprobó el cálculo, y añadió:

—Incluso una simple fotografía infrarroja de una superficie del tamaño de un planeta por segundo, representa treinta y nueve años y medio. Y una foto así no tendría detalle, sería insuficiente para detectar una civilización...

»Vayan haciéndose a la idea, señores: la Esfera es muy grande.

Nadie dijo nada más en el puente durante las siguientes horas. Mientras tanto, la "boca" fue perdiendo su identidad como tal conforme la Vijaya se fue precipitando hacia ella, y los labios se distendieron hasta casi desaparecer en la distancia. La estrella amarilla brillaba cegadoramente directamente frente a ellos.

¡Estaban dentro de la Esfera!

## CUATRO

—¿Todavía no hay respuesta?

—Nada, mi Comandante. En ninguna de las bandas. Este lugar parece estar muerto.

La Vijaya se deslizaba por el interior de la Esfera como una mosca atrapada en una botella de luz. Esta era una imagen tentadoramente gráfica para Jonás. La nube de asteroides que orbitaban la estrella amarilla en apretadas y perfectísimas órbitas tenía el aspecto de un velo semitransparente al ser contemplado desde fuera. Pero una vez dentro la cosa cambiaba. Gracias a la tenue vegetación plateada que las recubría, cada roca reflejaba una gran parte de la luz que caía sobre ella. Los resplandores se fundían en una única pared luminosa que parecía abarcar el Universo entero.

En el puente de la Vijaya todo el mundo contemplaba el espectáculo ofrecido por la pantalla geodésica en un respetuoso silencio. Pero el ordenador de la nave, durante toda la aproximación, había emprendido una frenética cantinela en todas las frecuencias y bandas posibles, buscando desesperadamente comunicarse con los hipotéticos habitantes de la Esfera.

La Esfera, lógicamente, era producto de una tecnología superior a la alcanzada jamás por el Imperio. Se imponía, por tanto, que la Vijaya procediera con precaución.

Dohin había sugerido que sin duda poseerían sistemas detectores de cometas y desechos espaciales, pero con un suficiente grado de complicación para distinguir las naves de los asteroides interestelares. Por tanto, al entrar en ella, habían mantenido una deceleración regular mientras inundaban todas las bandas de radio con cientos de miles de mensajes amistosos en todas las lenguas conocidas en Akasa-puspa.

Ante la falta de respuesta a las señales, Prhuna decidió adoptar precauciones incluso mayores. ¿Era posible que los Esferitas hubieran abandonado la radio y las señales luminosas ya en la época en que construyeron el caparazón? ¿Y cuánto

tiempo habría transcurrido desde entonces... ?

—¿Es posible que estén tan avanzados que, simplemente, no sientan interés alguno por nosotros?

—Eso, Comandante, sería más bien un signo de regresión que de progreso —apuntó Lilith.

—Si la misma Esfera ha llegado a estar superpoblada, y la civilización se ha venido abajo, los supervivientes podrían encontrarse en un estado de salvajismo similar al que hemos encontrado en tantos planetas de la periferia de Akasa-puspa —sugirió Dohin.

—El hecho de que la Esfera continúe existiendo nos demuestra que sus sistemas todavía funcionan, incluido probablemente el de defensa. Quizás de una manera completamente automática —replicó Lilith. Tras una pausa, añadió —: Claro que a ese nivel de progreso, tal vez no seamos capaces de distinguir a quien tengamos enfrente: sus sistemas automáticos podrían pareceremos seres vivos dotados de gran inteligencia.

—Entonces, ¿por qué no hemos detectado ninguna señal de civilización, ningún mensaje de radio?

—No hemos buscado donde deberíamos. Es posible que en estos momentos nuestra situación se parezca a la de esos salvajes de Anandaloka, que se comunican con sus vecinos tocando el tambor, pero que ignoran el vasto tráfico interfónico que va por encima, alrededor, y a través de ellos.

—¿Qué sugieren entonces? —pregunto Prhuna impaciente. Parecía al borde del agotamiento físico. Desde que entraron en la Esfera no había abandonado en ningún momento su puesto de mando. Su Segundo había acudido a relevarlo en dos ocasiones, y en ambas había permanecido en el puente, pero sin llegar a asumir el mando.

—¿A qué se refiere, Comandante?

—¿Qué sería más seguro para la nave? ¿Debemos interrumpirla aproximación, y proceder al envío de sondas no tripuladas?

—¿Qué solucionaría eso? Las sondas podrían engañarnos de la misma forma que nuestros instrumentos de largo alcance. Nos guste o no, al final tendremos que arriesgarnos a una aproximación física.

—Al menos, todavía no han dirigido un haz de partículas contra nosotros —comentó Yusuf—. Esa sería una forma muy desagradable de entrar en contacto.

A nadie pareció gustarle aquella broma.

—¿Es posible que toda la Esfera esté deshabitada? —preguntó Jonás.

—¿Por qué no? Esta cosa pudo ser construida hace millones de años —respondió alguien.

Yusuf se aproximó al sillón de mando de Prhuna.



—Comandante, ¿han probado en la frecuencia usada por los colmeneros?

—Tiene usted razón, doctor. ¿Sabe en qué bandas debemos buscar?

Yusuf asintió y leyó los números al oficial técnico de comunicaciones. El oficial pidió al ordenador que buscara en aquella banda y..

—¿Ha encontrado algo? —preguntó Prhuna al contemplar la expresión de asombro de su oficial.

—Sí..., mi comandante —respondió éste, confuso.

—Bien, páselo a los altavoces.

Un súbito estampido de chillidos, gorgojeos, trinos y silbidos llenó el puente.

—Por el Sagrado Lingam, baje el volumen de esto!

El sonido se redujo hasta casi desaparecer.

—¿Alguien había dicho que este lugar estaba muerto? —bromeó Gwalior.

—Colmeneros... Estamos escuchando la frecuencia a la que se comunican los colmeneros... —dijo alguien.

—Evidentemente —añadió Jonás—. Sabemos que los juggernauts provienen de aquí. Y los colmeneros nunca andan muy lejos de los juggernauts.

—Todos esos asteroides... —dijo Lilith—. ¡Deben de estar infestados de colmeneros!

—Exacto.

—Todo esto es un maldito galimatías, Jonás. ¿Qué significado tendría que alguien se hubiera tomado todas esas molestias sólo para procurarles un hábitat a esos animales?

—En la banda de radioemisión señalada por el doctor Yusuf —anunció Ban Cha, que acababa de reincorporarse a su puesto de guardia tras cumplir su período de descanso, ahora de cuatro horas por cada cuatro de servicio —, el ordenador ha conseguido detectar una zona donde la emisión de los Colmeneros parece situarse a varios miles de kilómetros más cerca de nosotros que el resto.

En la pantalla geodésica del puente aparecieron unas raras formaciones situadas en la zona señalada por el teniente.

—Parecen nubes... —dijo Lilith, muy consciente de lo absurdo de su comentario.

¿Cómo puede haber nubes en el vacío? —se preguntó Jonás— ¿Tal vez serán nubes de polvo?

Pero no. A lo que Lilith se había referido era precisamente a nubes de agua. Lo que estaban viendo en aquellos momentos era muy parecido a una imagen del suelo contemplada desde un ascensor en una babel. Las formaciones nubosas se deslizaban perezosamente sobre las tierras y los campos de algún planeta habitado, proyectando su sombra sobre las irregularidades del terreno.

Aquello no podía ser real. Jonás trató de recordar la escala. Una vez más eran engañados por la incapacidad de su mente para interpretar fenómenos tan enormes.

Ante éstos, sus subconscientes buscaban frenéticamente lugares y situaciones semejantes con los que orientarse.

—Quiero una ampliación de eso —ordenó Prhuna.

Las nubes crecieron ante sus ojos como si fueran pájaros abalanzándose hacia ellos.

Jonás había empezado a acostumbrarse a las sorpresas, y creía que éstas ya no podían afectarle. Estaba, por tanto, mentalmente preparado para cualquier cosa, menos para lo que apareció ante sus ojos. Quizás lo único que, en buena lógica, debía de haber esperado.

Las nubes estaban formadas por...

—¡Juggernauts...!

—Exacto, una gigantesca manada de nuestros viejos conocidos... —dijo tranquilamente Lilith. ¿Quizás ella si lo había esperado?— Debe de haber miles de millones... y tal vez "nubes" como éstas se pueden encontrar a lo largo de toda la Esfera...

Los juggernauts se movían perezosamente ante sus ojos; a Jonás le vino la imagen de un rebaño de vacas ramoneando en un prado infinito.

—Bien, ya sabemos con seguridad de dónde viene —añadió Yusuf—. Debe de haber millones de colmeneros viajando con ellos... Pero, claro, aún estamos demasiado lejos para poder distinguirlos.

—Comandante —dijo Lilith —, ahí tenemos la respuesta al problema de los cintamanis. Sólo necesitamos capturar uno de esos juggernauts, y someterlo a observación para saber cómo controlar la plaga que está destruyendo nuestros rickshaws.

—En ese caso nos dirigiremos hacia ellos, doctora —replicó el Comandante tras repartir las correspondientes órdenes a los pilotos y técnicos.

Diez horas después, la Vijaya seguía deslizándose por el interior de la Esfera, mientras el ordenador de a bordo intentaba desesperadamente orientarse sobre un fondo tan confuso y mutable como era la "cáscara". Los técnicos del radar especulaban con aprensión sobre las mil y una formas en que les podría sobrevenir un ataque. Estar encerrados en el interior de un espacio tórico, aunque fuera de aquellas dimensiones, no era una experiencia habitual para ningún navegante estelar.

Pero súbitamente las cosas se precipitaron...

El primer planeta apareció en la pantalla de radar como una mota solitaria que se desplazaba sobre el fondo luminoso, a 150 millones de kilómetros de la estrella. El ordenador calculó rápidamente el plano de la órbita y ésta resultó ser casi perpendicular con respecto al ecuador de la Esfera. Esto significaba que una vez por año el planeta pasaría cerca de las aberturas polares del cascarón. A partir de aquí, empezaron las sorpresas; el ordenador detectó ciertas inexplicables alteraciones en el

movimiento del planeta, y esto le llevó a descubrir un segundo mundo, viajando por la misma órbita pero unos millones de kilómetros por delante del primero. Y un tercero aún más adelantado.

Con estos tres mundos, el ordenador formuló una predicción: debían hallarse tres planetas más, equidistantes en los vértices de un hexágono perfecto. En muy poco tiempo la Vijaya obtuvo las sorprendentes imágenes de seis mundos viajando por una misma órbita. De repente, se contaba con más información de lo que cualquiera hubiera imaginado. Información que debía de ser tratada y procesada. La Esfera empezaba a convertirse en algo mucho más complejo de lo que incluso los más imaginativos habían osado aventurar.

Un inconmensurable cascarón formado por rocas voladoras cubiertas de bosques plateados, una estrella amarilla con una composición química similar a las estrellas de la Galaxia, nubes de millares de millones de juggernauts, colmeneros omnipresentes y parlanchines, y ahora seis mundos situados en los puntos troyanos del sistema, formando una estable roseta hexagonal.

El comandante Prhuna convocó a todos los científicos en una reunión en la sala de conferencias de su nave.

## CINCO

La sala de conferencias de la Vijaya era un calco de la que Jonás había conocido en la estación del juggernaut. Probablemente esta configuración era un estándar en las naves militares del Imperio.

Había una diferencia. Detrás de la butaca desde la que el Comandante presidía la mesa había una amplia pantalla de vídeo que cubría todo el mamparo. Esta pantalla estaba dividida en seis partes, cada una de las cuales mostraba un mundo azul, curiosamente similar a sus vecinos.

—Está claro que son artificiales —estaba diciendo un científico imperial de aspecto juvenil con el que Jonás apenas había intercambiado un par de frases de todo el viaje, y que Lilith le había presentado como Ivraim Zhastra, físico teórico.

—¿Por qué está tan seguro, doctor? —preguntó Jai Shing desde un extremo de la mesa.

—Bueno, ¿no es evidente? Esa disposición en hexágono representa muchas ventajas para los habitantes de esos seis mundos: estabilidad orbital, sencillez de las comunicaciones..., ¿cómo, si no, se podría gobernar la Esfera y cómo se comunicarían los habitantes de un lado del sol con el otro? Como siempre permanecerían en la misma posición relativa, y como ninguna señal de radio o de televisión puede viajar directamente a través de una estrella, ni de la corona solar que la rodea, la comunicación interna entre los Esferitas se vería seriamente entorpecida.

Gracias a esa disposición las señales pueden saltar de un planeta a otro sin ningún problema, pero, sin duda que los planetas no pueden reordenarse espontáneamente en órbitas tan interesantes, las probabilidades en contra serían monstruosas...

—Podrían haber sido reordenadas sus órbitas, al igual que fueron reordenadas las órbitas de todas esas rocas que forman el caparazón.

—Cierto, pero por otro lado los seis poseen casi exactamente la misma masa, el mismo radio, la misma aceleración entre mar y tierra seca. El espectrómetro da proporciones en los elementos constitutivos muy similares. Esos mundos, por decirlo de algún modo, han sido manufacturados en serie...

—¿Planetas fabricados en serie? —Hari protestó—. ¿Nos está tomando el pelo, doctor?

—La construcción de esos planetas no representaría demasiados problemas para aquellos que han sido capaces de crear la Esfera —replicó Ivraim—. Bastaría con reunir la suficiente masa en un punto prefijado en una órbita adecuada. Se forzaría a grandes montones de materia a caer uno sobre otro. Para ello bastaría con frenar sus trayectorias. La leyes gravitatorias predicen que cuando esto ocurre, el objeto final creado por las colisiones tendrá que ser esférico, en cuanto alcance la masa suficiente. Incluso el Imperio podría llevar a cabo tareas así con sus naves...

—El resultado del proceso del que usted me está hablando, —dijo Hari— sería un mundo muerto. Una roca agrietada y reseca. En absoluto lo que en estos momentos nos muestran nuestros aparatos.

—Más tarde podrían ser terraformados.

—¿Terraformados? —preguntó Hari—. Sé de lo que me está hablando. Y también sé que el Imperio emprendió múltiples proyectos con ese objetivo sin ningún éxito. No me hable de fantasías; hableme de realidades. ¿Han detectado ya las babeles?

—Si, aquí parece funcionar el mismo principio que en Akasa-puspa: un planeta habitable, una babel...

—Por supuesto, —añadió Hari satisfecho —, no podía ser de otra forma, puesto que todos son obra de un mismo Creador. Ya tienen sus respuestas, caballeros. La curiosa disposición de los mundos sólo puede obedecer a algún desconocido Plan de Dyaus Pitar...

—No me ha dejado terminar, reverendo. Les estaba diciendo que aquí se sigue el mismo principio en cinco de los seis planetas. El sexto es una notable excepción.

Han se volvió sorprendido hacía la pantalla mural en el que una de las seis secciones que la formaban creció hasta superponerse a todas las demás. En sus labios se formó una exclamación de asombro, pero se contuvo.

Aquel mundo poseía decenas de babeles que surgían de él como los radios de la rueda de una bicicleta, y un delgado anillo unía sus extremos. Parecía insignificante a un millón de kilómetros, apenas un hilo brillante rodeando un mundo. Pero Hari

recordó la escala. Su radio era unas seis veces el del planeta, de modo que podía parecer algo etéreo y sutil, pero no lo era en absoluto. Mirando con atención, era posible ver las sombras de las babeles que formaban sus radios, y sólo aquello era capaz de marear a un hombre de Akasa-puspa. Una babel por planeta; siempre era un fenómeno único, sagrado e irrepetible. ¡Y allí había un planeta con un centenar!

Claro que, tras las maravillas que habían encontrado, casi parecía algo insignificante. Un planeta con cien babeles era mucho, pero un anillo que rodeaba un mundo era maravilloso... Y un Sol rodeado de una cáscara, inimaginable.

Sus compañeros no parecían muy afectados. El choque de las novedades era tal, que ya les había privado de la capacidad de asombro. Incluso Jonás tenía que hacer un esfuerzo en adaptar su mente a la escala de cada descubrimiento.

—Si hay un Centro de la Civilización de los esferitas, lo hemos encontrado.

—¿Por qué dice eso, doctor Ivraim? —preguntó Han.

—¿No es evidente? Imagine una civilización asentada sobre un planeta, y en pleno crecimiento. Primero construiría una babel para acceder más fácilmente a las colonias en el espacio.

Acto seguido, y cuando la primera se viera sobrecargada, algunas más. Más tarde tendería puentes entre ellas formando ese anillo, y mandaría a él sus excedentes de población. Cuando incluso el anillo estuviera superpoblado, se verían forzados a emprender la construcción de la Esfera.

—En Akasa-puspa jamás nos hemos visto con esos problemas demográficos.

—Cierto. Hemos tenido demasiadas guerras.

—Comandante, ¿qué piensa hacer?

—¿A qué se refiere exactamente, doctor Yusuf?

—¿Piensa dirigir su nave hacia ese planeta anillado, o hacia el enjambre de juggernauts que hemos detectado?

—¿Qué sugiere?

—Conduzca a la Vijaya hasta los juggernauts. Puede que en esos animales encontremos las respuestas a muchos interrogantes.

Shing negó con un gesto espasmódico.

—Lo siento, doctor, pero no podemos arriesgarnos acercándonos tanto a la cáscara. Si tienen armas, sin duda que éstas están dispuestas en los asteroides que las forman. A la distancia a que se encuentran esas "nubes", la Vijaya sería un blanco perfecto.

—¿Preferiría acercarse al planeta anillado, gramani? —preguntó irónicamente Lilith.

—Preferiría que todos pensáramos las cosas con más calma. Hay mucho en juego.

—No tenemos tiempo —dijo Gwalior—. les recuerdo que mí nave sigue esperándonos a medio camino entre Vaikunthaloka y Martyaloka..., y la Vajra no

dispone de una autonomía similar a la Vijaya. No podemos alargar indefinidamente esta expedición.

—En ese caso —añadió Jonás —, lo mejor sería que nos dirigiéramos directamente hacia el planeta anillado. Sí en algún sitio podemos encontrar rápidamente las respuestas a todos nuestros interrogantes, sin duda es allí.

A Yusuf parecieron amontonársele las palabras en la boca.

—P-pero... Nadie ha visto nunca tantos juggernauts juntos... Podemos aprender mucho a cambio.

Shing se revolvió en su asiento; por otro lado, el Comandante Prhuna no parecía nada convencido.

—Comandante —intervino Lilith —, no olvide los motivos originales que nos han llevado hasta aquí. Todavía tenemos pendiente la solución al problema de los cintamanis... Ahora por fin tenemos al alcance de nuestros aparatos a suficientes individuos como para llevar a cabo una investigación seria.

—Por supuesto, no me estoy negando a que investiguen ese rebaño de juggernauts —aclaró Prhuna—. Simplemente les digo que no llevaré la Vijaya hasta ahí. Aparte del hipotético peligro de un ataque al que hacía referencia el gramani Jai Shing, les recuerdo que nuestro deber principal sigue siendo el de establecer contacto con la civilización constructora de la Esfera.

—Me temo que ninguno de los presentes ha comprendido la situación —dijo Hari muy lentamente. Todos se volvieron hacia él. Durante los últimos minutos había permanecido en una silenciosa introspección, pero ahora volvía a ser el centro de atención de la sala. Había algo en su tono de voz que provocó un estremecimiento incluso en Jonás.

Han se acercó a la pantalla mural que ofrecía la imagen del planeta anillado.

—Esta imagen —dijo, señalando la pantalla —, no es desconocida para mí, y tal vez tampoco lo sea para aquellos que hayan leído las Sastras. Fijaos bien, porque tenéis ante vosotros a Meru, la Montaña del Mundo, centro del continente circular de la Rosa, llamado Jambudvipa por nosotros los bhaktas. A éste lo rodea un mar circular (el vacío esférico encerrado por el cascarrón), rodeado a su vez por otro continente anular (el cascarón de rocas en sí). Y así hasta siete. ¿Puede estar más claro? Dios en persona reside en Meru, sobre esta montaña reside la región divina de las formas; sobre ellas, la región suprema del vacío. Así lo afirman las Sastras... Tal vez aún estemos a tiempo de dar media vuelta y alejarnos. Sí no lo hacemos así... hay algo más que nuestras envolturas carnales en juego, tal vez incluso nuestras atmans estén en peligro...

»¡Las Sastras también nos hablan de siete infiernos...!

Una voz que Jonás no pudo identificar, dijo:

—¡Mierda...! Es lo único que nos faltaba.

Durante años recordó luego la voz anónima en aquel silencio sepulcral expresando en una sola frase lo que él pensaba de la Hermandad, el Imperio y la Utsarpini juntos.

# **X. EL CONTINENTE DE LA ROSA**

*Dios creó los Siete Cielos y los Siete Infiernos*

KORAN (4.3)

## **CERO**

(ACTA DE LA CONFERENCIA DE KRISHNALOKA, ENTRE EL IMPERIO Y LA BANJARA, SOBRE EL USO DEL "SISTEMA CADENA". 2217 DFI)

El Imperio, a través de la Banjara, su varna representante; deseando establecer las condiciones más favorables al comercio y la civilización en todos los planetas que forman parte del círculo de rickshaws del Sistema Cadena; deseoso, por otra parte, de prevenir los malentendidos y disputas entre los gobiernos coloniales usuarios, y preocupado por el bienestar material y moral de las poblaciones emigrantes, y las civilizaciones sub-técnicas a las que afecta, o pueda afectar en un futuro, ha resuelto aprobar los siguientes puntos:

Capítulo Primero: Declaración relativa a la libertad de comercio a través del Sistema Cadena.

Artículo 1: El comercio de todos los sistemas planetarios gozará de una completa libertad en todos los soles de Akasa-puspa.

Artículo 2: Toda mercancía importada a través del Sistema Cadena, cualquiera que sea su procedencia, no habrá de pagar otros impuestos que los necesarios para sufragar los gastos de las oficinas de tráfico de la Banjara.

Artículo 3: Los emigrantes se considerarán legalmente "mercancías" desde el punto de vista legal.

Artículo 4: No se podrán conceder monopolios o privilegios de ninguna clase, exceptuando los previstos en el artículo 6.

Capítulo Segundo: Disposiciones relativas a la protección de los emigrantes forzados o voluntarios, y de los viajeros y misioneros.

Artículo 5. Los signatarios del presente documento se comprometen a: Velar por la conservación de las poblaciones emigrantes o indígenas, y por la mejora de sus condiciones materiales y morales de vida, así como la supresión de la esclavitud y la trata de esclavos, exceptuando los casos previstos en el Artículo 6. Asimismo, los gobiernos signatarios protegerán a los tirthamkara de la Hermandad, científicos y exploradores, así como a sus escoltas, astronaves, bienes y colecciones, pudiendo recabar, de ser preciso, protección armada a cargo de los guardias de la Banjara.

Capítulo Tercero: Declaración referente a la trata de esclavos.



Artículo 6. La trata de esclavos está prohibida. No obstante, el imperio se reserva el derecho de transportar emigrantes forzados a las colonias, a cambio de una remuneración en materias primas.

Capítulo Cuarto: Declaración relativa a la Dastak.

Artículo 7.. Con objeto de mantener la seguridad del comercio y el desarrollo de las colonias, la Banjara se compromete a garantizar la libertad de navegación espacial entre los diferentes soles de Akasa-puspa. Y, en caso de necesidad, a intervenir militarmente para salvaguardar la integridad, y neutralidad, del Sistema Cadena.

(Tomado de HISTORIA DE Akasa-puspa de M. Kriahna. Editorial Sutra, 2740-dfi.)

## UNO

El pequeño transbordador del Imperio era una nave originalmente concebida para transporte en órbita alta, capaz incluso de descender en un planeta sin atmósfera. Su forma recordaba a un largo y delgado lagarto con cuatro patas. Cada una de estas "patas" terminaba en un patín de aterrizaje, dispuesto bajo sendos motores iónicos. El "abdomen del lagarto" era un contenedor intercambiable de acuerdo con las necesidades de la emisión. En aquella en particular había sido seleccionado un modelo diseñado para el transporte de personal.

Jonás se sentaba en una de las hamacas de aceleración, rodeado por un heterogéneo grupo, compuesto por científicos imperiales e infantes de marina de la Utsarpini.

Aquella hamaca era increíblemente confortable en la escasa gravedad producida por la aceleración del transbordador. Los imperiales siempre conseguían dotar a sus enseres de una asombrosa comodidad, ya Jonás poco a poco se le fueron cerrando los ojos.

—¿Doctor Chandragupta? —le despertó el técnico de radio del transbordador, inclinándose sobre su hamaca.

Jonás levantó la vista. El técnico le pidió que le siguiera hasta la cabina de control. En el camino, Jonás consiguió enterarse de lo que se trataba: una llamada desde la Vijaya destinada para él.

Penetró en la angosta cabina, iluminada por una tenue luz roja que facilitaba la lectura de los instrumentos, y durante un instante quedó extasiado por el asombroso espectáculo que se podía contemplar a través del "hocico" transparente de la nave.

A menos de un millar de kilómetros, Jambudvipa llenaba todo el firmamento. Sólo era posible contemplar una pequeña sección del mismo, una inmensa estructura de metal gris que parecía cernirse sobre el brillante remolino azul y blanco de la superficie del planeta. Nubes blancas y mares azules, los colores siempre presentes en

un mundo vivo. Debido a su tamaño, parecía casi recto, excepto cuando se lo seguía con la mirada. Entonces la vista lo perdía entre el resplandor de la "cáscara". El continente circular se curvaba en la distancia como una cinta que envolviera el planeta entero.

Desde donde estaba podía ver algunas de las babeles que formaban los radios de Jambudvipa. Pero, al no apreciarse la curvatura, el efecto recordaba el de un enorme dolmen, o quizás los arcos que soportaban un acueducto.

El continente circular tenía sección transversal rectangular, con el lado mayor yaciendo en el plano ecuatorial del planeta, pero era tan delgado, que visto de perfil casi desaparecía. Los lados medían, según el telémetro que manejaba uno de los científicos imperiales, doscientos kilómetros el mayor, por un kilómetro el menor. Jambudvipa parecía un delgado disco gramofónico con un agujero de ochenta mil kilómetros de diámetro en su centro. Uno de los científicos del Imperio había dado una rápida explicación a la forma aplastada de la estructura: en las zonas más alejadas de la órbita geosincrónica se tendría gravedad gracias a la fuerza de marea.

Chait Rai se volvió para saludarle desde el asiento del piloto. Su antigua experiencia con naves del Imperio le resultaba ahora muy útil.

—Lilith está en el comunicador —dijo, señalando la diminuta pantalla de vídeo situada en un extremo de la cabina. Jonás se sentó frente a ella, y el rostro de Lilith le saludó desde la pantalla.

—Kalyanam, Jonás. Espero que estés disfrutando del viaje. En estos momentos quisiera estar en tu lugar. Fuiste muy valiente al presentarte voluntario.

Lilith bromeaba, el valor no había tenido nada que ver con aquello. Había un número limitado de plazas en el transbordador, y él iba como representante científico de la Utsarpini, y como biólogo. Aunque Lilith se había presentado como voluntaria, Prhuna había considerado innecesario enviar a dos científicos con especialidades semejantes. ¿Advertía ahora en ella un cierto aire de reproche?

—Es lo mismo, vosotros estaréis aquí en un par de meses —dijo conciliador.

—Sí, pero nos habremos perdido la emoción del primer contacto.

—Si es que hay alguien con quien contactar.

—De eso puedes estar seguro. Yo, en tu lugar, iría haciendo ejercicios para prepararme a la gravedad de ese planeta.

Jonás hizo una mueca de disgusto, y miró sus piernas preocupado. Después de un año de libertad, volvían a estar encerradas en anillos de hierro. Prhuna había estado a punto de rechazarlo para aquella misión sólo por ellas, pero Jonás le había demostrado, en la sala de centrifugado de la Vijaya, que no las había descuidado durante los meses pasados a baja gravedad.

De todas formas, le asustaba la posibilidad de tener que volver a caminar por un planeta con un campo de gravedad normal.

—Por cierto —dijo, intentando cambiar de tema —, ¿qué sabéis de Hari y los demás?

¡Pobre reverendo Hari Pramantha! Todo aquello le había impactado de una forma muy distinta, y mucho más intensa, que a los demás. Se había negado a viajar hasta el planeta anillado en el que, según él, habitaba Dios. El mismo Dios creador del Universo, Akasa-puspa, los planetas y las babeles. Según la descripción de las Sastras, aquélla era su casa, y ellos no habían sido formalmente invitados. Había intentado convencer a los demás de que se retiraran de la Esfera, y sólo había tenido éxito con el gramani Jai Shing al que últimamente nadie hacía mucho caso en aquella nave.

Finalmente, Hari había sido seleccionado para representar a la Utsarpini en la expedición que se dirigía al encuentro de la nube de juggernauts. Esta estaba comandada por el exobiólogo imperial Yusuf, que en un transbordador similar al que Jonás ocupaba, pasaría los próximos meses estudiando a los gigantescos animales.

—Precisamente por eso te había llamado —respondió Lilith—. Hemos recibido las primeras imágenes de la nube de juggernauts contemplada a sólo medio millón de kilómetros.

—¿Puedes pasármelas?

—Por supuesto... Espera un segundo.

La pantalla quedó en blanco para dejar paso a una vista del enjambre de juggernauts captado por los telescopios del segundo transbordador. La inmensa manada parecía llenar el firmamento, moviéndose como un manso río viviente. Jonás pudo advertir claramente los miles de diminutos puntos que saltaban como pulgas de un juggernaut a otro: colmeneros. Como fondo, la inmensa arboleda plateada que formaba la "cáscara" de la Esfera, increíblemente cercana en aquella imagen. Los asteroides parecían pequeñas patatas de las que brotara una inmensa espesura de tallos y follaje.

¿A qué altura puede crecer un árbol en un asteroide? —Se preguntó Jonás. La respuesta era clara: en cualquier cuerpo espacial, con un diámetro del orden de los cincuenta kilómetros o menos, la fuerza de la gravedad es tan débil que un árbol puede crecer a una altura infinita.

¡Infinita!

Sin duda allí había un territorio que explorar.

¿Era eso lo que andaba buscando Yusuf? —se preguntó Jonás. Podía comprender las motivaciones de Hari para no querer visitar el planeta anillado, pero Yusuf... Estaban, posiblemente, ante el planeta de los creadores de los árboles asteroides, los colmeneros, y los juggernauts. ¡Y él prefería seguir estudiando a aquellos animales, antes de acudir a lo que podría ser la fuente de todas las respuestas! ¿Cómo podía alguien tener una curiosidad tan selectiva? ¿Era posible que el exobiólogo imperial

quisiera encontrar todas las respuestas por sus propios medios? ¿Que estuviera más interesado en el proceso de investigación que en los resultados... ?

La escena del enjambre de juggernauts se mantuvo durante unos minutos más en el monitor, y finalmente retornó el sonriente rostro de Lilith.

—¿Qué te ha parecido? —preguntó.

—Interesante. ¿Te das cuenta de lo que es este lugar?

—¿A qué te refieres?

—Mira a tu alrededor. Estás contemplando la más perfecta doma de la naturaleza efectuada jamás por ningún ser vivo. ¿Has visto esas plantas? Deben atrapar casi hasta el último fotón despedido por esa estrella. No es extraño que antes nadie viera la Esfera...

—No debemos perder de vista los motivos originales que nos han traído aquí.

—No, claro. Espero que Yusuf dé por fin con la solución al problema de los rickshaws.

—Eso espero yo también —asintió Lilith—. Te volveré a llamar en cuanto tenga más datos. Y cortó la comunicación.

Pero Jonás se estaba preguntando hasta qué punto le seguían interesando las experiencias de Yusuf. Todo aquel problema de los rickshaws destruidos, y las intrigas entre el Imperio, la Hermandad y la Utsarpini, la invasión de Vaikunthaloka, la coronación de Kharole; todo aquello le parecía tremendamente remoto y falto de interés. Estúpidos juegos entre niños malcriados.

Lo realmente interesante estaba ahora frente a él. Quizás en el interior de aquel gigantesco anillo, que se abalanzaba frenéticamente hacia ellos, se encontraban las respuestas a los interrogantes que le habían acosado a lo largo de toda su vida.

Los seres que habían construido todo aquello estaban millones de años por delante de ellos en el plano tecnológico. Tendrían todas las respuestas.

En aquel momento, Jonás fue bruscamente sacado de sus pensamientos por el ululante sonido de alarmas de la cabina.

—¿Qué sucede? —preguntó volviéndose hacia Chait Rai.

—Nada peligroso —respondió éste tranquilamente.

—Pero, ¿qué pasa? ¿Qué es esa alarma?

—Estamos recibiendo un mensaje de Jambudvipa.

—¿Qué? ¿Un mensaje?

—Sí. Finalmente los esferitas han decidido interrumpir su silencio.

## DOS

—Con toda la tecnología Imperial, ¿no hay forma de descifrar ese mensaje? —preguntó Jonás, tras dos horas de observar atentamente el trabajo de los científicos

imperiales.

—No disponemos de datos suficientes para que nuestros ordenadores puedan extraer algún tipo de código —respondió Eknat Sudara, un experto en láseres, que al parecer tenía algunos conocimientos superficiales de criptología—. El mensaje se reduce a una sola frase repetida insistentemente. Yo apostaría que dice algo así: «Cuidado al aproximarse a las babeles», o «Utilice nuestros sistemas de ataque automáticos.»

—¿Por qué? ¿Qué le hace estar tan seguro? —preguntó Jonás mirando fascinado al científico Imperial.

Sudara lucía algo que Jonás no había visto hasta entonces: los lóbulos de sus orejas se descolgaban pesadamente hasta alcanzar una sorprendente longitud. En su interior brillaba una luz rojiza.

—El mensaje se conecta intermitentemente en cuanto pasamos cerca de una de las babeles. Por lógica debe tratarse de un mensaje automático de ayuda al viajero. Tal vez de información sobre el uso de las zonas de desembarco de la babel.

Jonás volvió a estudiar la gigantesca estructura que se deslizaba bajo el pequeño transbordador. Hacia la zona donde cada babel se unía con Jambudvipa, pero en el centro del lado mayor de éste, se veían unas diminutas ranuras negras, semejantes a la boca de un buzón, pero el telémetro había acotado cada una de estas ranuras en mil doscientos metros de anchura por cien metros de altura. Alguien había sugerido que se trataba de las puertas de acceso al interior del continente circular. Era la posición más lógica, cerca de la babel, y por tanto del lugar de acceso al planeta. Pero, en ese caso, Jambudvipa debía de estar en parte sin presión, pues estas compuertas estaban abiertas. Su interior se encontraba sumergido en unas sombras tan densas que ninguno de los instrumentos del transbordador era capaz de atravesar.

—No averiguaremos nada quedándonos aquí discutiendo —dijo Chait Rai mientras dirigía el transbordador hacia una de aquellas aberturas.

—Un momento —dijo el técnico del radar —; tal vez haya una zona mejor para entrar.

—¿Mejor que cuál? Yo las veo todas iguales.

—He detectado varias fuentes de infrarrojos en movimiento, cerca de la base de la tercera babel a partir del lugar en que nos encontramos.

—¿Infrarrojos en movimiento? —preguntó Jonás sorprendido.

—Podrían ser simplemente grandes manadas de animales en plena migración —le aclaró el técnico —, pero de momento es la única señal de vida de que disponemos. Deberíamos investigarla.

—Entonces, ¿vamos a descender por una de las babeles? ¿No sería más rápido hacerlo directamente con el transbordador?

—Y más peligroso también, Jonás —dijo Sudara—. Un aterrizaje directo, sin

haber antes entrado en contacto con los esferitas, podría ser malinterpretado. Quizás ese mensaje que estamos recibiendo diga algo así como: «Largaos a casa.» Si utilizamos una de sus babeles quedará claro que nos estamos poniendo en sus manos, y que por lo tanto nuestras intenciones no son agresivas.

—¡Kamsa y Putana! —gritó Chait, sorprendiéndolos a todos.

—¿Qué sucede? —Jonás observó que tanto el copiloto como el técnico del radar del transbordador parecían tan alterados como el mercenario.

Chait Rai forcejeaba frenéticamente con los mandos. Durante un instante pareció tener diez brazos, como la representación de alguna antigua divinidad. Finalmente, decidió darse por vencido y rendirse ante lo inevitable: se echó hacia atrás en su sillón, cruzo los brazos tras su nuca, y resopló.

—¡¿Qué sucede?! —repitió Jonás, cada vez más aterrorizado. Todas las pantallas habían quedado en blanco, excepto un par de ellas que transmitían símbolos extraños.

Chait intentó aparecer tranquilo y con buen humor, aunque Jonás, que había empezado a conocerle, identificó al instante los signos de tensión ocultos bajo su impávido rostro.

—Han tomado el mando de esta nave, anulando todo control sobre ella por parte nuestra...

—Pero...

—No me preguntéis cómo han hecho algo así, ni hacia dónde nos llevan.

Ante ellos, una de las negras entradas rectangulares de Jambudvipa se iluminó súbitamente. La nave se dirigía directamente hacia ella, como un insecto atraído por la fatídica luz de una llama.

—No debemos preocuparnos —dijo Sudara.

—Ah, ¿no?

—No. Debe tratarse del sistema automático de acoplamiento. Esto demuestra que el contenido de los mensajes que recibimos debía de estar advirtiéndonos de esto, y eran asimismo automáticos...

—Supones demasiadas cosas, romaka —dijo Chait furioso—. ¿No crees que debemos interpretar esta acción de privarnos del control de nuestra propia nave como el primer acto hostil por su parte?

—En absoluto —dijo Sudara sin alterarse—. Los técnicos que diseñaron Jambudvipa no podían arriesgarse a que un piloto inexperto chocara contra él durante una aproximación. Por eso dotaron al sistema con un mecanismo automático.

—¿Sugieres que un miembro de la ksatrya es un piloto inexperto?

—¡Mirad! —gritó Jonás señalando a través de la tronera de proa.

El transbordador atravesaba en esos momentos la gigantesca abertura rectangular, y sus pasajeros tenían entonces la primera visión del interior de Jambudvipa.

Frente a ellos se extendía el lugar cerrado más grande que Chait Rai había visto

nunca, y había estado en el interior de varias mandalas imperiales. Se trataba de un hangar, un hangar inmenso en el que se alineaban, una junto a otra en apretadas filas, millares de naves iguales, de sección troncocónica, y construidas con algún material gris perla semejante al de las propias paredes de Jambudvipa.

## TRES

Jonás y Chait Rai pusieron en funcionamiento sus pequeños reactores de mochila y se dirigieron hacia la nave más cercana. Era gemela de las otras miles que llenaban el hangar, y sus medidas eran idénticas: doscientos metros de proa a popa, por cincuenta de anchura en su sección mayor.

Al llegar junto a ella, Jonás pasó su mano sobre el gris material del casco. Su mano estaba enguantada por el elástico material producido por los sprays de trajes imperiales, pero éste se ajustaba a su piel como un preservativo, y a través suyo Jonás no logró sentir el menor roce de aquella superficie.

—Es el mismo material del que están hechas las babeles —dijo dirigiéndose al mercenario.

—Debemos encontrar la escotilla de acceso. Debe de haber algún sistema para entrar en esta nave.

Dieron la vuelta en torno a ella, y no vieron nada que se pareciera remotamente a una puerta. Sólo aquellas diminutas troneras circulares.

—Capitán —la voz sonó intensa junto al oído de Jonás. Se volvió, e intentó localizar al infante que había hablado. Dos o tres filas de naves más allá, uno de los hombres de Chait hacía señales con su brazo.

—¿Qué sucede, Ozman? —preguntó Chait, reconociendo la voz del que había hablado.

—He encontrado una puerta, mi Capitán.

El grupo se reunió en torno al infante. La nave junto a la que él esperaba era exactamente igual al resto, excepto por una abertura que las demás no tenían. La escotilla de acceso estaba situada en una zona por la que Jonás había pasado su mano un minuto antes sin descubrir nada más que el liso metal.

Entraron. A pesar de su aparente solidez, el casco era increíblemente delgado. Jonás cerró un ojo, y miró hacia el quicio de la puerta. Sí se colocaba perfectamente perpendicular, desaparecía. No debía medir más de unas pocas micras de grosor.

El interior de la nave decepcionó a los exploradores. Estaba compuesta por veinte cubiertas exactamente iguales. En cada cubierta lo único que había eran butacas de viaje, cientos de ellas dispuestas una junto a otra en apretadas filas, y con sólo un estrecho pasillo de acceso entre las filas.

Chait parecía furioso y asombrado al mismo tiempo. Había visto muchas naves, y

muy diferentes, del Imperio, de la utsarpini, de los subandhus en planetas semisalvajes... Pero aquella no sabía cómo catalogaría. Para empezar, ¿era realmente una nave?

—¿Cómo se maneja esto? —dijo—. ¿Por telepatía? No hay controles, ni puente, ni sala de ordenadores. Ni siquiera espacio, con todas esas absurdas butacas.

—Quizás la nave se maneje desde una de las butacas —sugirió Jonás, sentándose en la más cercana—. Tienen un aspecto muy complejo.

—¿Y los motores? Hasta el último milímetro del espacio interior está ocupado, y ya has visto el grosor del casco: no pueden estar ocultos en él.

Jonás se concentró en aquella butaca. Era idéntica al resto, al igual que cada cubierta de la nave era similar a las demás, al igual que cada nave parecía gemela del resto. La variedad en el diseño no parecía ser la especialidad de los esferitas.

La butaca poseía multitud de artilugios que el biólogo identificó al instante. ¿Qué podía ser aquel objeto cóncavo, con muescas laterales, sino un cenicero adosado al brazo de la butaca? Sin embargo, el reconocimiento de otros se le resistió desde el primer momento. ¿Para qué serviría aquella especie de pedales situados junto a sus pies? ¿Y la compleja red de tubos, llenos de líquidos multicolores, que corría paralela a los brazos del sillón?

Levantó la vista; sobre su cabeza el respaldo del sillón se extendía en una especie de sombrilla con dos asas laterales. ¿Qué era aquello? Sin poderse contener, alargó los brazos, y tiró de las dos asas a la vez.

Por el rabillo de su ojo derecho vio a Chait saltar hacia él, al tiempo que le gritaba algo. Pero sólo durante un instante, pues la sombrilla se alargó formando una especie de cúpula que le envolvió hasta los hombros. Tras un segundo de oscuridad total, empezaron a aparecer las imágenes...

Se encontraba en la orilla de una playa, rodeado de arena blanca y palmeras; las olas rompían a un par de metros frente a él, removiendo la inmaculada arena. Miró hacía abajo, pero no logró ver su propio cuerpo. Aquello no podía ser real, no había sido teleportado, ni nada por el estilo; simplemente estaba viendo una película, una filmación directamente proyectada en su cerebro.

Sin embargo los detalles eran muy realistas. Sintió la fragancia del mar, y el roce de la brisa sobre su inexistente cuerpo. A lo lejos, un grupo de extraños veleros de diminutas velas multicolores parecían competir en una carrera. Más lejos aún, azuladas por las capas de aire que se interponían, se levantaban, aparentemente en el centro del mar, una especie de complejas estructuras semejantes a edificios diseñados por algún arquitecto loco.

Pero lo que más le llamó la atención fue el cielo. Un cielo tan extraño, que apenas dedicó un rápido vistazo al resto del paisaje, antes de concentrarse plenamente en él.

Todo el cielo parecía emanar luz. La luminosidad era tan intensa, que Jonás no



pudo localizar en ella el sol amarillo que era la fuente.

En el lugar de donde venía, las estrellas eran rojas, por lo que aquella luz amarilla lo teñía todo de colores extraños. Pero lo más sorprendente era un sector casi circular del cielo que aparecía mucho más oscuro. La abertura polar de la Esfera —pensó Jonás. En el centro de aquella zona más oscura destacaba una curiosa formación de estrellas. Una formación que al instante le resultó conocida.

Súbitamente todo desapareció, el cielo, el mar, las palmeras y los veleros. Jonás se encontró con el repulsivo rostro de Chait Rai a escasos centímetros del suyo.

—¿Te encuentras bien, Jonás?

—Sí, ¿por qué?

—¿Te das cuenta de que acabas de hacer una estupidez? —dijo Chait, furioso.

—No te comprendo.

—Eso que has accionado podría haber sido un sistema de expulsión. Podría haberte lanzado arriba aplastándote contra el techo.

—No lo era. Se trataba simplemente de...

—¿No lo era? ¿Qué sabías tú lo que era o dejaba de ser? ¿Acaso entiendes tú mejor que yo todos estos aparatos?

—No.

—Entonces...

—Chait, no he corrido ningún peligro —repuso Jonás tranquilamente—. Está demostrado que cuanto más avanzada culturalmente es una criatura, más apego le tiene a la vida. Unos seres como los que construyeron todo esto no se jugarían la existencia con un aparato tan peligroso como el que tú pretendes. Sin duda que habrían sabido dotarle de los suficientes sistemas de seguridad.

—¿Pondrías tu mano en el fuego para demostrar eso? Bueno, no importa. ¿Qué decías que era ese aparato?

—Una especie de reproductor de imágenes, pero con el detalle ingenioso de que proyecta directamente en el cerebro. Ha sido muy interesante.

—¿Proyección en el cerebro? ¿Cómo? Por lo que sé, ni siquiera el Imperio ha conseguido jamás algo así.

—No lo sé. Tal vez alguno de los científicos romakas pueda tener alguna idea al respecto... Pero más sorprendentes que el proyector eran las imágenes proyectadas.

—¿Qué has visto?

—La superficie del planeta... creo —dijo Jonás pensativo—. Quizás la filmación era muy antigua. Parecía un paraíso; a Hari le hubiera gustado...

—¿Has visto gente? —preguntó Chait ansioso.

—He visto barcos... veleros, quizás tripulados, pero no he distinguido a ninguna criatura humana o no... En el cielo brillaba Akasa-puspa. La filmación debió hacerse en una época en la que el planeta, en su órbita por el interior de la Esfera, pasaba

cerca de una de las aberturas polares.

—¿Akasa-puspa?

—Parecía extraño, demasiado alejado y rodeado por una multitud de estrellas que en realidad no existen. Además, había demasiada luz para poder verlo tan nítidamente. Tal vez todo fuera un truco.

—¿Un truco? ¿Con qué objeto?

—Ya te he dicho que el paisaje era demasiado idílico. Quizás la única función de esa película era la de distraer al pasajero de esta nave durante el viaje. De todas formas, tú mismo puedes sacar tus propias conclusiones, no tienes más que probar uno de esos asientos. Me pregunto si todos contendrán la misma película, o si se podrá seleccionar un programa determinado...

—No. De momento estoy yo al mando de esta expedición, y no voy a permitir que nadie ponga en peligro su vida de nuevo. No habrá más experimentos con máquinas extrañas, hasta que no hayamos averiguado exactamente cómo funcionan.

## CUATRO

—Hay cosas que son iguales en todas partes —dijo Jonás mirando alrededor.

La gravedad había ido aumentando paulatinamente a cada paso como consecuencia del efecto de la marea del planeta sobre los niveles más exteriores. Ahora sus pies se asentaban firmemente en el suelo.

Tras abandonar el hangar, los expedicionarios habían descendido por una escalera de forma troncocónica que desembocaba en el centro de una amplia sala circular de unos quinientos metros de diámetro. Jonás había interpretado rápidamente cada uno de los detalles que le rodeaban: Los gigantescos paneles repletos de extraños símbolos, los bancos alargados con ceniceros adosados a su estructura, las cabinas telefónicas, las pequeñas tiendas y quioscos que flanqueaban las paredes curvas... En la Utsarpini, el Imperio, o cualquier otro planeta yavana que poseyera un nivel tecnológico suficiente para disponer de transporte colectivo, se podían encontrar salas muy parecidas a aquella.

—Esto es una estación —dijo.

—Si, yo también había pensado eso —dijo Chait Rai, pensativo—. Sin duda, para ser utilizada por los pasajeros de las naves que hemos encontrado en el hangar.

—Parece ser —añadió Sudara— que tenían mucho interés en abandonar el planeta cuanto antes. Este lugar ha sido diseñado para contener a un gran número de viajeros. Y si no me equivoco, y dada la afición que hemos observado en los esferitas de hacer las cosas en serie, no sería extraño que encontráramos una de estas salas por cada entrada rectangular.

Jonás asintió, y avanzó hacia uno de los extremos de la estación. Las paredes y el

suelo eran de una blancura tal que casi lastimaban con sólo mirarlos; parecían emanar luz, y tal vez lo hicieran, porque Jonás fue incapaz de distinguir la fuente de la cual provenía ésta.

Los diez infantes de marina, con sus armaduras de combate caladas, parecían cucarachas en el rincón de una blanca y reluciente cocina. Las descomunales medidas de la sala, y como consecuencia de la perspectiva, ayudaban a completar el efecto de negros insectos escabulléndose para no ser pisados por las monstruosas botas del dueño de la casa.

Los infantes parecían nerviosos, y Jonás no podía reprochárselo. El lugar pondría nervioso al más valiente de los hombres. La sensación de estar siendo observados por los invisibles constructores era casi tangible. Se habían situado muy distanciados entre sí, desplegándose de acuerdo con las reglas de la infantería de marina, y vigilando desde sus posiciones cada uno de los extremos de la sala. Las armas, dispuestas para abrir fuego a la menor nota de alarma, descansaban en sus brazos. Jonás se preguntó qué podrían hacer aquellos miserables proyectiles contra las criaturas que diseñaron la Esfera.

El techo era una cúpula semiesférica situada a cien metros sobre sus cabezas. Del centro de la cúpula, atravesando una abertura circular, descendía la escalera que los había conducido hasta allí. Jonás comprobó que la escalera era en realidad una espiral, como un amplío y largo tornillo. Imaginó que debía de poseer alguna especie de mecanismo, que una vez conectado, la haría girar sobre sí misma transportando a sus usuarios hacía arriba, hacía el hangar de las naves plateadas.

Las paredes estaban adornadas por grandes carteles holográficos, cada uno de ellos repleto de flotantes e incomprensibles símbolos. Lo cotidiano de todo aquello despertó en Jonás una curiosa simpatía hacia los esferitas. No eran, después de todo, tan diferentes a ellos.

Sudara, que se había colocado a su lado, también compartía aquella idea.

—Parece ser que también sufrían la publicidad —comentó divertido.

La mayor parte de los carteles mostraban bucólicos paisajes. Limpias playas como la que Jonás había visto en el psicoprojector, y verdes praderas.

Jonás se detuvo frente a una holografía que representaba al cúmulo globular Akasa-puspa rodeado por un mar de estrellas. Aquello le recordó la imagen que había visto en la nave del hangar. Se detuvo comprendiendo que estaba ante algo que sin duda era muy importante. Allí había algo que quizás era la clave del problema... Pero, ¿el qué? Aquella holografía, ¿se trataba de otro truco? Si no era así, ¿de dónde habían salido aquellas estrellas que rodeaban a Akasa-puspa? En la realidad no existían, sólo el vacío intergaláctico rodeaba al cúmulo globular. No era posible detectar ni una sola estrella a menos de diez mil años luz que no perteneciera al propio Akasa-puspa. ¿Quizás no había sido siempre así? En aquel momento, y por

primera vez, empezó por fin a comprender lo que realmente había sucedido. Tuvo una rápida imagen de cómo la humanidad había llegado a Akasa-puspa, pero algo distrajo súbitamente su atención alejándola momentáneamente de aquel asunto.

—¡Fíjense en eso! —dijo Ozman, intentando inútilmente contener un grito de asombro. A su pesar su voz había resonado demasiado fuerte en la semivacía sala.

Chait y Sudara se acercaron hasta ellos.

—¿Qué sucede, soldado? —preguntó Chait, y por toda respuesta Bana señaló uno de los carteles.

Un brazo humano, musculoso como el de un atleta, surgía en línea recta de la pared. Entre sus fuertes dedos apretaba una botella de exótico diseño repleta de un líquido azul. Sobre el brazo y la botella, una frase, que parecía escrita con llamas en el aire, trazaba un arco.

—Ahí dice —bromeó Sudara teatralmente —: «Beba tal.»

—Muy inteligente, lingüista —dijo Jonás—. ¿Por qué estás tan seguro de que eso es un refresco? Podría tratarse de un perfume.

—Luego, después de todo son humanos —dijo Chait.

—Eso parece —corroboró Jonás acercándose al brazo para contemplarlo desde más cerca.

No había duda de que era humano. Las articulaciones de los dedos, las cuidadísimas uñas, los músculos del antebrazo, el dibujo de las venas bajo la bronceada piel... Todo era perfectamente normal. Quizás, incluso, demasiado perfecto, pero no más que la foto retocada de una modelo en la portada de una revista de modas.

## CINCO

—Los constructores de la Esfera son seres humanos, pero con una tecnología muy por delante de todo lo conocido incluso por el Imperio —dijo la imagen de Sudara desde la pantalla del puente de la Vijaya.

—Muy bien, doctor, le felicitó —dijo el Comandante Prhuna revolviéndose nervioso en su sillón de mando—. Veo que no han perdido el tiempo, pero, ¿dónde están ahora el doctor Chandragupta y el capitán de los mercenarios?

—Jonás y Chait Rai han tomado uno de los ascensores-babel, y en estos momentos descienden hacia el planeta.

—Pero... —Prhuna intentó calmarse—. Ustedes tenían órdenes de no separarse.

—Ya lo sé, Comandante, pero se tardan dos días en descender por una babel. Y todos estuvimos de acuerdo en que no era conveniente arriesgar al grupo entero. Pensamos que ésta es la actitud más prudente por nuestra parte.

—Podrían haber empleado el tiempo explorando ese anillo. Por lo que he

entendido, sólo han visitado una mínima parte de él.

—Incluso con toda la tripulación de la Vijaya ayudándonos tardaríamos años en recorrerlo todo. Este lugar es mayor que toda la superficie del planeta. Nosotros ya no podemos hacer gran cosa aquí.

—Entiendo. De todas formas manténgame informado, ¿lo hará, doctor?

Sudara asintió, y Prhuna cortó la comunicación. Durante un par de minutos permaneció en silencio, rodeado por el bullicio del puente, sin apenas prestarle atención. Los esferitas eran humanos, después de todo. Esto ya era una respuesta. Pero, a su vez, dejaba abiertos un sinfín de interrogantes.

¿Seremos nosotros sus descendientes...? —se preguntó. A cada momento que pasaba, Prhuna se iba dando cada vez más cuenta de que lo que había empezado como una misión de rutina estaba escapándosele de las manos. Y las consecuencias que derivarían de aquel viaje eran imprevisibles.

## SEIS

Tanto el diseño del ascensor como los tiempos y escalas del viaje habían sido idénticos a los de cualquier babel de Akasa-puspa.

Después de tantas maravillas, Jonás agradeció de corazón la vulgaridad de aquella babel. Por otro lado, esto le convenció, si es que aún le quedaba alguna duda, de que las babeles de Akasa-puspa y las de la Esfera habían tenido un mismo constructor.

Pero Chait Rai no había sido una compañía muy agradable. Prácticamente había pasado la mayor parte del descenso desmontando y engrasando su ametralladora.

—¿Nunca te separas más de dos metros de ella? —preguntó en un determinado momento Jonás.

—Nunca —repuso lacónicamente el mercenario.

Un par de horas después, Jonás volvió a hablar.

—Con las sofisticadas y ligeras armas imperiales que tienes a tu alcance, ¿por qué sigues cargando con ese trasto?

Chait quitó el cargador, y sacó uno de los cartuchos. Era grueso como el dedo gordo del pie de un hombre, y la bala era de plomo revestida con una camisa de acero.

—Fíjate en esto —dijo, lanzándoselo a Jonás, quien lo atrapó al vuelo—. Sopésalo. Un guerrero tecnológicamente muy avanzado, seguro que dispone de sistemas defensivos contra los haces de partículas del Imperio. Pero aún no se ha inventado un chaleco antibalas, que pueda llevarlo un hombre, capaz de detener la coz de una bala de ese calibre. Si no lo mata, por lo menos lo derribará, y de paso le romperá unas cuantas costillas.

Jonás observó con escepticismo el cartucho, y se lo devolvió al mercenario.

No volvieron a cruzar ninguna palabra antes de que, tras las acostumbradas cuarenta y ocho horas de descenso, las compuertas del ascensor se abrieran a la superficie del planeta. Jonás y Chait Rai las atravesaron, y se detuvieron a contemplar el dramático paisaje.

Se hallaban en un vasto anfiteatro bordeado de muros ciclópeos. En torno a ellos sólo había rocas y titánicos árboles. Un largo y asmático silbido, provocado por el viento al deslizarse entre las rocas del desfiladero, les llegó desde lo lejos.

Del cielo llegaba una luz intensamente amarilla, que les obligó a colocarse unas lentillas coloreadas con un filtro. Todo el paisaje estaba bañado por esta luz, lo que le daba un aspecto enfermizo.

Jonás avanzó unos pasos inseguros. ¡Aquella maldita gravedad! Creía que se había ido ajustando a ella durante el descenso, pero ahora sus retorcidas piernas parecían crujir bajo su peso. Los anillos de hierro de su prótesis se le clavaban con saña en las pantorrillas. Levantó los ojos, formando visera con la palma de su mano, mientras intentaba localizar al sol en el cielo. No lo consiguió; la luminosidad parecía llegar de cada punto del firmamento con igual intensidad. Este efecto se debía a la luz plana recibida del cascarón de la Esfera; era como estar en un planeta iluminado por el reflejo de un millón de lunas...

—¿Qué tal tus piernas?

—Sobreviviré... —Dudó un instante—. En realidad me están matando.

—¡Pues siéntate! Ahora no tienes necesidad de hacerte el héroe delante de nadie.

Jonás se sentó en el suelo. De un tirón, aflojó un poco una de las correas.

Sobre sus cabezas se levantaba una amplia pared, cruzada por numerosos y estrechos barrancos cubiertos de vegetación, y que terminaba en una cresta que se recortaba nítidamente contra el cielo, formando una larga arista erizada de titánicas secoyas como centinelas. De la tierra húmeda se elevaba un tibio vapor que se condensaba entre las ramas de los árboles.

Las paredes del desfiladero estaban cubiertas por bloques de piedra de un frío gris metálico; parecían afilados dientes de depredador que surgieran entre las brumas. A Jonás le parecieron siniestras y amenazantes.

—Y éste es, según Han, el planeta del Creador —dijo Jonás para romper el silencio.

—Me recuerda a Strirajyaloka —comentó distraídamente Chait Rai.

—¿Has visitado Strirajyaloka?

—Sí, pero sólo un par de veces.

Jonás se preguntó si habría algún lugar en Akasa-puspa en que el mercenario no hubiera plantado sus pies. Volvió a concentrar su atención en cuanto le rodeaba. La babel estaba situada en la base de aquel inmenso desfiladero. Mirando hacia el frente las paredes paralelas de éste parecían confluír en un mismo punto. Por otro lado, lo

más extraño resultaba que la babel no era perfectamente perpendicular al suelo, sino que, en su último tramo, se inclinaba formando un ángulo de cien grados con respecto a éste. La base de la babel, un disco construido con el mismo material que ésta, de unos quinientos metros de diámetro, sobresalía en parte frente a ellos como una medía luna de metal gris.

Jonás le señaló esto a Chait, quien se encogió de hombros confuso.

—Además —continuó —, fíjate en el desfiladero. Parece un lugar poco propicio para la construcción de una babel.

—Tienes razón. Normalmente se encuentran situadas en lugares o zonas elevadas, no en el fondo de un barranco. ¿Tienes alguna explicación para esto?

—Una, pero casi me aterroriza pensar en ella...

—Bueno, ¿de qué se trata?

—¿Has visto alguna vez un arado trabajando la tierra?

—Por supuesto.

—Pues ahora estás contemplando una versión monstruosa de eso mismo.

—¿Quieres decir que..?

—La babel ha ido abriendo ese desfiladero, como un arado gigantesco. No fue construida en el interior de un barranco: ella misma lo creó al ir separando la tierra, las rocas y los árboles a su paso.

—¿Cómo? ¿Sugieres que la babel se ha movido?

—No, la babel no. Es el suelo el que se ha movido —Y ante la mirada de asombro del mercenario, continuó —: ¿Has oído hablar de la deriva continental?

—No.

—Bueno, no voy a entrar en detalles, pero imagínate a los continentes formando placas que se desplacen como consecuencia de la actividad interna del manto del planeta. Se ha demostrado que sucede en planetas lo bastante grandes como para tener actividad magmática interna, aunque el movimiento es tan lento que resulta inapreciable para nosotros. Una babel individual se movería junto con el terreno sobre el que está asentada, pero ésta forma parte de un todo, de una estructura que es Jambudvipa, que la mantiene fija en una determinada posición. Por eso, al moverse la placa continental bajo ella, ha ido abriendo una monstruosa zanja. Lo que me resulta incomprensible es que la babel no se haya partido hace mucho. Su resistencia a las tensiones debe de ser increíble.

—Un momento. Dices que los continentes se mueven muy lentamente; tanto, que ese movimiento resulta inapreciable para nosotros... Entonces, ¿cuánto hace que fueron construidas las babeles? ¿Decenas de miles de años?

—Eso es lo que me preocupa. Si tenemos que contar el tiempo en el que se desplazan las placas continentales, debemos hablar de millones, quizás decenas de millones, de años. Si alguna vez hubo aquí una civilización, ahora hace mucho que

está muerta y enterrada. Nada puede durar tanto tiempo... ¿Eh? ¿Qué sucede?

La tensión parecía fluir por cada uno de los músculos y tendones del mercenario.

—En ese caso... —dijo Chait muy lentamente, mientras elevaba su arma—. Ahí tienes a sus descendientes.

Jonás se volvió siguiendo la mirada del mercenario. Trepano por la media luna de la base de la babel, un grupo de unos diez hombres, vestidos con amplios mantos púrpuras, y adornados con plumas y colgantes multicolores, se dirigían hacia ellos.



# XI. LA MONTAÑA UNIVERSAL

*En vano trataste, amigo mío, de rehuir la lucha fratricida; nunca podrás, oh valeroso, sustraerte a la ley de la naturaleza.*

BHAGAVAD-GITA (18.59)

## CERO

DEBATE ANTE LAS CÁMARAS DE TELEVISIÓN ENTRE EL REVERENDO HABEL SWAMI Y JASIER WOLFG, PROFESOR DE BIOLOGÍA DE LA UNIVERSIDAD BABILÓNICA DE VAIKUNTHALOKA

HABEL SWAMI: En el Bhagavad-gita, se dice: «yasmín vijñate sarvam evan vijñatam bhavti.» Es decir, si uno conoce la Verdad Absoluta, todas las demás cosas se vuelven entonces conocidas. Yo no soy un científico, sin embargo puedo desafiaros a vosotros los científicos. ¿Por qué? Porque conozco a Dios, Satiasya Satyam. Esta es la clase de conocimiento necesaria. Pero no es conocimiento hacer alguna investigación, elaborar una teoría, y después de quince años decir:

(Imitando la voz de un científico pedante) "No, no es correcta, hemos de intentarlo de otra forma". (Se escuchan algunas risas entre el público.) Eso no es Ciencia; eso es un juego de niños.

JASIER WOLFG: (Carraspeando) Así es como se descubren las cosas: mediante la investigación.

HABEL SWAMI: ¿Y cuál es el costo de la investigación? Todo eso es sólo un "método científico" para sacarle el dinero a los demás. En otras palabras, es un engaño. 1,05 científicos hacéis malabarismos con las palabras como plutonio, fotones, hidrógeno y oxígeno; pero ¿qué beneficio saca el hombre de la calle de todo eso? Un científico explica algo hasta cierto punto, y luego viene otro y lo explica de nuevo, pero de una forma diferente, con palabras diferentes. Dime, ¿qué adelanto se ha hecho?

JASIER WOLFG: Ahora tenemos cosas que no habíamos disfrutado desde la época del Imperio: teléfonos, aviones, televisores, y muchos otros adelantos.

RABEL SWAMI: Pero existen unos teléfonos mejores que vosotros no conocéis. En el Bhagavad-gita Sañjaya demostró eso cuando se encontraba sentado con su amo, Dhrtarastra, relatándole los acontecimientos que habían ocurrido lejos de allí, en el campo de batalla de Kuruksetra. La visión de Sañjaya era de hecho mucho mejor que el teléfono. Era televisión mística. Dhrtarastra le preguntó a Sañjaya: «¿Cómo están mis hijos y sobrinos? ¿Qué están haciendo?» Sañjaya describió entonces cómo

Duryodhana se dirigía a Dronacarya, lo que Dronacarya estaba hablando, cómo Duryodhana respondía, y así sucesivamente. Si bien estas actividades estaban muy lejos como para ser vistas por ojos ordinarios, Sañjaya podía verlas y describirías a través de su poder místico. ¡Eso es verdadera Ciencia! (Aplausos)

JASIER WOLFG: (Tras esperar a que acabe la ovación) En ese caso, ¿qué estamos haciendo en una televisión a base de tubos catódicos?

Fragmento de un programa de televisión de la C.T.V. —CADENA DE TELEVISIÓN  
DE VAIKUNTHALOKA (4.976-dfi)

## UNO

Hacía dos días que no divisaban ya las cumbres, ocultas en una densa capa de vapores que en ocasiones se desgarraba y dejaba aparecer, en un pequeño claro, alguna pared de rocas negruzcas o una afilada aguja granítica.

Los blancuzcos bancos de bruma se cernían a media altura sobre el desfiladero, prendiéndose en los bosques de secoyas, girando en remolinos grises a merced de las corrientes aéreas.

El transbordador del Imperio era un vehículo sin alas: combustible y oxidante se quemaban en una clavija en la base de la nave. La pared exterior de la cámara de impulsión estaba formada por la interacción de la llama con la bolsa de aire producida por la reentrada.

Un distante trueno llegaba a los oídos de Jonás mientras observaba el descenso protegiéndose los ojos del resplandor de la Esfera.

Lo perdió durante un instante de vista, cuando al cruzar el lechoso cielo del planeta desapareció en el interior de un espeso banco de nubes, del que surgió unos instantes después para ir a aterrizar junto a la base de la babel.

La compuerta de carga se abrió, y algo semejante a una bestia mítica descendió lentamente por la rampa. Era una máquina maciza y alargada, que se movía sobre seis patas como un insecto. Cada una de las patas era controlada por un potente motor neumático.

La máquina reptó por el polvoriento suelo del planeta para detenerse junto al campamento improvisado por los científicos y los infantes.

Lilith salió en primer lugar, descendiendo por una escalerilla metálica que había surgido en la popa del aparato. Jonás esperaba a la científico al pie de la máquina, y ésta de un salto cubrió el último tramo, y se arrojó a los brazos del biólogo.

—Te he extrañado, yavana —dijo, tras haberle besado.

Jonás contempló sorprendido su piel.

—¿Y tu maquillaje azul?

—Prhuna nos aconsejó que en el planeta nos abstuviéramos de usarlo. Para no confundir a los nativos, ¿sabes? Yo estuve de acuerdo.

—Además, así estás mejor —comentó torpemente Jonás.

Intentó disimular su turbación señalando el raro aparato, y preguntando qué demonios era. Lilith se separó de él, y le explicó que era un carro todo-terreno de combate del Imperio. Lo llamaban comúnmente reptador, y sería utilizado como medio de transporte para explorar el planeta.

Mientras tanto, por la escalerilla metálica habían ido descendiendo más científicos imperiales, que eran acompañados por infantes de marina cargados con los instrumentos necesarios para éstos. En último lugar salió el comandante Gwalior, y Jonás sintió un cierto alivio al verlo. No es que no le gustara la forma en la que Chait había llevado las cosas hasta ese momento, pero estaría más tranquilo con Gwalior al mando, que con el imprevisible y enigmático mercenario.

Gwalior echó un rápido vistazo al campamento. En él habían vivido y trabajado Jonás y el resto de los expedicionarios durante los últimos dos meses. Estaba constituido por ocho barracones prefabricados, en dos filas de a cuatro, paralelas y separadas entre sí por unos diez metros, y los de cada fila igualmente separados entre ellos por un espacio de siete metros para reducir al mínimo las probabilidades de que un incendio se propagara de uno a otro.

—Muy bien, Jonás —dijo el Ayudante Mayor—. ¿Dónde están esos nativos?

A sus espaldas, los científicos gritaban a los infantes para que tuvieran más cuidado al desempaquetar sus preciosas pertenencias.

Con un gesto de la mano, Jonás indicó a Gwalior y a Lilith que le siguieran. Los condujo hasta la parte de atrás del campamento, donde se amontonaban varias tiendas de campaña de forma vagamente cónica, hechas con parches de piel curtida cosidos groseramente entre sí. Habían sido dispuestas formando un semicírculo, en el interior del cual ardía una hoguera de troncos que calentaba un sucio perol metálico, lleno hasta el borde de algún tipo de sopa, cuyo agrio olor inundaba todo el campamento. Congregadas en torno al fuego, Lilith pudo contar hasta diez figuras humanas.

—Ahí los tienes —dijo Jonás.

Dos de los nativos se levantaron cuando los vieron llegar, y se aproximaron a ellos, mientras ejecutaban una compleja reverencia.

Lilith los estudió. Ambos eran muy altos, dos metros o más, y estaban increíblemente sucios. Tanto, que en sus barbudos rostros apenas era posible distinguir las zonas con pelo de las que carecían de él. En medio de aquella suciedad los ojos destacaban grandes y blanquísimos. Llevaban sus abundantes cabelleras recogidas en largas y delgadas trenzas, que parecían haber sido embadurnadas con algún tipo de grasa animal. Su atuendo consistía en una amplia túnica informe, de color púrpura, enrollada en torno al cuerpo. Algunos adornos y plumas de ave teñidas

en azul cobalto salpicaban, aparentemente al azar, sus monótonas vestiduras.

Uno de los nativos se dirigió hacia Jonás, y dijo un par de frases en voz alta y resonante.

Por supuesto, las frases resultaron totalmente incomprensibles para todos. Era un idioma extraño, curiosamente glótico y monosilábico, que no parecía tener ningún punto de contacto con cualquiera de los utilizados en Akasa-puspa.

—Fijaos en sus pies —dijo Jonás, señalándolos.

Los dos hombres los llevaban descalzos, y los dos mostraban la misma deformidad: cinco dedos en cada pie.

Había más detalles extraños; cabezas de cráneo redondo, ojos demasiado grandes, y algunos más imperceptibles, pero que en conjunto dotaban a los nativos de un aura de misterio.

—¿Tenéis alguna teoría? —preguntó Lilith, sin apartar la vista de los nativos. Estos sonreían de oreja a oreja, y parecían asentir a todo como si lo comprendieran.

—Pensamos que son sacerdotes.

—¿Sacerdotes?

—Sí.

—¿Qué os hace suponer eso?

Jonás hizo un amplio gesto con su mano hacía los nativos.

—Su forma de vestir y comportarse. Estaban esperándonos, como si supiesen que íbamos a venir (está claro que esas chozas son provisionales), pero en cuanto nos vieron empezaron a ejecutar una serie de complicados ritos: Encendieron varitas de algo que parecía incienso, espolvorearon nuestras huellas con alguna especie de polvo negro, entonaron canciones... Por cierto, cantan fatal, pero parecen acostumbrados a hacerlo juntos, como un ritual.

—Ya —asintió Gwalior—. Bien, de todas formas, lo primero es lo primero. No avanzaremos nada mientras no entendamos la lengua de los nativos.

—¿Es ése el plan de trabajo? —preguntó Jonás sorprendido—. ¿Empezar por aprender esa lengua extraña? ¿Cuánto tiempo vamos a dedicarle a eso? Por lo que sé, el equipo de científicos de la Vijaya no incluía lingüistas.

—Emplearemos menos tiempo de lo que crees, y comprobarás que los lingüistas no nos son en absoluto necesarios. —Gwalior utilizó un pequeño dispositivo de los imperiales para llamar a uno de los científicos.

—Ya veo que se ha acostumbrado rápidamente a los artilugios del Imperio —comentó Jonás divertido.

—Lo difícil será acostumbrarme a prescindir de ellos cuando regresemos a la Utsarpini.

—¿Qué están haciendo ahí arriba? —Jonás señaló hacia el cielo.

—Hay un grupo explorando el continente circular, pero es insuficiente; sólo

podremos conocer una pequeña parte de él.

Un grupo de infantes llegó arrastrando una mesita con ruedas sobre la cual descansaba una terminal de ordenador.

—¿Para qué es eso? —preguntó Jonás.

—La Vijaya está ahora sobre nuestras cabezas. En órbita geosincrónica, cerca del continente circular. Esa terminal está conectada por radio con el ordenador de la nave. Nos ayudará a descifrar el idioma de los nativos.

—Estupendo, ¿tendremos que comunicarnos mediante una de esas terminales?

—Mejor que eso, mira... —Lilith extrajo un diminuto artilugio semejante a alguno de los aparatos para sordos utilizados en la Utsarpini—. Esto es un traductor simultáneo. No sólo te traducirá las palabras de los nativos, sino que hará lo propio con las tuyas, con lo que podrás mantener una perfecta conversación con ellos donde quiera que te encuentres.

## DOS

Los nativos estaban congregados en el interior de una de las tiendas, en torno a la terminal, y a cada objeto señalado por uno de los hombres de la utsarpini, o del Imperio, respondían pronunciándolo en su idioma. La palabra quedaba inmediatamente registrada por el ordenador, y pasaba a engrosar su banco de datos, en el que lentamente empezaba a formarse la estructura de un lenguaje coherente.

Jonás y Lilith participaron en aquello durante varias horas, hasta que, ya cansados, decidieron salir al exterior.

Afuera caía una fina llovizna, casi invisible. Los dos científicos corrieron a guarecerse en el casetón prefabricado en el que habían instalado el laboratorio de biología.

Jonás le alargó a la científico imperial una toalla para que se secara, y preparó té en un matraz que, momentáneamente, había cambiado de función.

—¡Este es el planeta originario de la vida bhutani! —dijo súbitamente Jonás mientras le entregaba a la bióloga la taza humeante.

Lilith soltó una risita, y bebió un sorbo antes de contestar.

—Pareces muy seguro de eso. —Ella sabía que Jonás, ayudado por los científicos Imperiales, había llevado a cabo profundos estudios de la ecología planetaria.

—Lo estoy. Hace tiempo que lo había sospechado, pero ahora tengo pruebas.

—¿Incluyendo a la Humanidad?

—Incluyendo a la Humanidad. Hay demasiados indicios; por ejemplo, está el asunto de la diversidad. Es difícil hacer estimaciones, pero hay millones de especies.

—¿8.400.000, como dicen nuestros santos ulamas?

—No tantas, aunque nuestros imperturbables maestros nunca nos han dado una

lista. Pero en Akasa-puspa no hay planeta que se acerque a un número así. Cincuenta mil, cien mil, sí; pero no tres millones...

—¿De veras habéis catalogado tantas?

—No, catalogado no. Pero... Mira, en un kilómetro cuadrado de este terreno que nos rodea, tan sólo en insectos, hay más de mil especies. En los continentes vecinos deberemos encontrar otras tantas o más, ¡y diferentes!

—Un momento, un momento. Haciendo de abogado de Putana por un rato, podríamos decir que este mundo ha sido poblado hace mucho tiempo, lo que explicaría la mayor diversidad. De hecho, en Vaikunthaloka...

—Pero, Lilith, no es sólo eso. Admito que algunos planetas de Akasa-puspa podrían tener muchas especies, aunque no tantas, pero hay algo más.

—¿Más?

—En Akasa-puspa, las especies inferiores de bhutani están muy diversificadas, pero son muy uniformes entre ellas. ¿Alguna vez has clasificado insectos o ácaros?

—Por supuesto. Recuerdo una vez, en la Universidad. Teníamos que clasificar no sé qué bicho. Al final llegué al género. ¡Mil quinientas veintiuna especies donde elegir! Tras cuatro horas de agotador esfuerzo, conseguí ver que la especie se distinguía de otra porque el insecto tenía tres pelos en el tórax en forma de triángulo equilátero. La especie más parecida se diferenciaba en que los tres pelos formaban un triángulo isósceles.

—Tantas y tan parecidas que los zoólogos se pelean en los congresos por cómo distinguir una especie de otra, y si dos especies no pueden ser dos razas... También en la Universidad de Vaikunthaloka pasaba eso. Pues bien, aquí hay especies que se reconocen a simple vista.

—Increíble. ¿Y qué hay de los bhutani superiores?

—Ah. También es interesante. En Akasa-puspa tenemos dos grupos bhutani: Especies aprovechables por el hombre, como trigo, arroz, vacas, etcétera. Y plagas. Ratas, mosquitos, malas hierbas del campo. Todo eso.

—Y las especies ferales.

—Sí, también. Y las especies no domésticas, divididas en superespecies muy semejantes. Esto fue lo que permitió el desarrollo de la teoría de la evolución...

—Conozco la historia.

—¡Y yo también! Eso es lo que puso a los dharmamahatras tras mis talones.

—Perdona, lo había olvidado.

—No importa. Pues bien, aquí no hay la menor duda de que ha habido evolución. Además de diversidad, aquí hay continuidad. En Akasa-puspa no hay intermedios. Aquí hay especies que rellenan los huecos. Hay herbívoros salvajes parecidos a vacas, caballos, asnos, camellos... Hasta hay un cerdo gigante acuático y con aletas en lugar de patas. ¿Sabes que aquí hay equivalentes salvajes de varias plantas cultivadas

en Akasa-puspa? No asilvestradas. Salvajes. Nunca han sido cultivadas; apenas producirían harina o algo así.

—¿Y fósiles?

—¿Crees que hemos tenido tiempo de eso? Pero probablemente existan. Al menos hay fósiles de bacterias en algunas rocas. ¡Fósiles de bacterias! Fue uno de nuestros especialistas quien lo descubrió. Cada día que pasa me asombro más de la ciencia imperial. ¿Sabes qué antigüedad le ha calculado?

—Si tú me lo dices, lo sabré.

—Unos tres mil millones de años estándar.

—¡Tres mil...! ¿Tenéis muestras?

—Claro, luego te las enseñaré. ¿Qué antigüedad le habéis calculado al microfósil de bhutani más antiguo conocido en Akasa-puspa?

—No llega a los diez millones de años.

—Francamente, no me imaginaba que fuéramos tan antiguos. Sospecho que hay fósiles abhutani anteriores.

—Y ganarías la apuesta. Aunque es difícil de decir. Las bacterias fósiles no poseen demasiados rasgos.

—Espera, querías ver los especímenes. Antes quiero enseñarte algo.

Jonás se levantó y se dirigió hacia un punto de la habitación. Allí apartó una cortina de tela roja, y accedió a otro laboratorio contiguo.

Lilith le siguió, y contuvo la respiración sorprendida. Aquella sala estaba repleta de jaulas toscamente elaboradas por los infantes de marina para contener una muestra de cada uno de los representantes de la fauna planetaria que los científicos habían conseguido capturar vivos.

—¿Habéis hecho esto en sólo un par de meses?

—Francamente, yo estaba tan sorprendido como tú, pero vuestros científicos, y nuestros infantes de marina dirigidos por Chait Rai, parecen formar un equipo excepcional.

—¿Qué son esos...? —Lilith señalaba un grupo de jaulas que contenían a unos diminutos animales, algunos muy conocidos por todos los hombres del Cúmulo, y otros completamente desconocidos—. ¿Ratas?

—Más o menos. Fíjate, hay unas cuantas centenas de especies de roedores, algunos parecidos a nuestras ratas, otros distintos. Tres voladores. —Jonás le iba mostrando los especímenes mientras hablaba.

—Déjame ver si he entendido bien. Aquí hay muchas más especies, y muchas diferencias de una especie a otra. En Akasa-puspa hay muchas especies, pero muy parecidas. Aquí hay especies que no existen entre nosotros, y que llenan los huecos entre nuestras especies domesticadas y salvajes. Pero, si las formas de vida de este lugar han estado separadas millones de años de las nuestras, unos y otros deberíamos

haber evolucionado por nuestro lado. Me figuro que habrán pruebas.

—Otra vez ganas el premio. Unos y otros tienen sus diferencias. Está el caso de las secuencias de aminoácidos en proteínas homólogas. Las sustituciones isomorfas indican que han estado sujetas a mutaciones neutras durante un determinado tiempo... Hemos comparado las secuencias de aminoácidos de algunas proteínas que tienen equivalente en la vida de aquí y en la de Akasa-puspa. Bacterias y algunas otras cosas. Algunas enzimas comunes, hemoglobina, y esas cosas. Por otro lado, la sustitución de un aminoácido por otro similar, uno con carga positiva por otro también con carga positiva, uno apolar, etcétera. No afecta demasiado a la función de la proteína, en este caso. Una mutación que provoque una sustitución isomorfa es muy posible que no cambie nada. Por eso, los aminoácidos pueden variar al azar, siempre que no afecten al centro activo o a la estructura. Y, como la frecuencia de mutaciones depende del tiempo, los aminoácidos sustituidos indican el tiempo que dos especies llevan separadas. Te sorprenderían los resultados... Eh, ¿qué te pasa?

La bióloga le estaba contemplando de una forma muy especial, y parecía no haber escuchado ni una palabra de lo último que había dicho.

—¿Te apetece un poco de sexo? —preguntó Lilith.

Jonás parpadeó completamente desorientado.

—Perdona, ¿cómo has dicho?

—¿Quieres que hagamos el amor ahora?

La sangre afluyó al rostro de Jonás. Rezó porque Lilith no se hubiera dado cuenta de este detalle. Ella era del Imperio, y él no deseaba que lo tomara por un mojigato. Tragó saliva, e intentó actuar con naturalidad.

—¿Aquí?

—¿Por qué no? ¿No puedes cerrar este lugar desde dentro?

—Claro.

Se dirigió a la puerta del laboratorio, y le dio un par de vueltas a la llave. Después buscó una manta eléctrica en un armario, y la extendió sobre el suelo de madera.

—¿Qué tal?

Por toda respuesta, la bióloga lo atrajo hacia sí y empezaron inmediatamente. Hicieron el amor rodeados por los ruidosos y alborotadores animales encerrados en las jaulas. Al principio Jonás no pudo evitar mostrarse tenso y torpe, pero lentamente Lilith fue imponiéndole su propio estilo tranquilo y relajado.

Cuando acabaron, Jonás se tumbó boca arriba, agotado. La manta eléctrica de diseño Imperial detectó el sutil descenso de la temperatura superficial de los dos cuerpos, y se conectó automáticamente. Jonás se sentía muy bien, Lilith era más desinhibida que cualquier mujer que hubiera conocido hasta entonces, pero el suelo no había resultado ser el lugar ideal. Le dolían los codos, las rodillas, y cualquier hueso del cuerpo que sobresaliera demasiado.



—¿Hacía mucho que...?

—Cuatro años... No, cinco ya.

—¿Cinco años? —Lilith se incorporó un poco, apoyándose sobre su brazo izquierdo—. ¿Me estás tomando el pelo?

—He estado muy ocupado, en Vaikunthaloka... Los últimos cinco años, desde que abandonamos Martyaloka, fueron terribles...

—De todas formas...

Jonás se señaló sus piernas, flacas y retorcidas como sarmientos.

—Eso no me hace precisamente irresistible a los ojos de las mujeres.

—¡Qué estupidez!

—¿A ti no te importa?

—No. Pero si te preocupa a ti... ¿Por qué no vienes conmigo? En el Imperio podrían regenerarte esas piernas.

—Pensaba... eh... pensaba que te unía alguna especie de relación con ese ayudante de laboratorio... No recuerdo su nombre.

—¿Coroes...? Sí, pero en estos momentos él está ahí arriba —señaló con un dedo hacia lo alto—, y yo aquí abajo... contigo. ¿Qué importancia tiene? En el Imperio intentamos desdramatizar todos estos temas. ¿Por qué abandonaste Martyaloka?

—Tenía problemas con la Hermandad. ¿Recuerdas?

—¿Por tu trabajo?

Jonás cerró los ojos con fuerza. Ahora que había llamado a la puerta de sus recuerdos, ya no podía alejar los fantasmas del pasado. Quizás hablar de ello con Lilith le aliviaría el dolor en parte.

—Por algo más... Había una joven...

—Entiendo. Escucha, Jonás, si prefieres no hablar de esto... Yo no tengo ningún derecho a...

—No, no. Antes de ahora jamás había contado esto a nadie. Las heridas a las que no les da el aire tardan más en cicatrizar. Ya lo sabes. De todas formas, no se trata de nada extraordinario. Diariamente suceden cosas como ésta en todos y cada uno de los planetas del Límite. La historia no se preocupa de la gente vulgar...

—Tú no eres vulgar. Y si ella te importaba, imagino que tampoco lo sería.

—No lo era.

—¿Murió?

Jonás la miró, sorprendido.

—¿Eh? Oh no, no. Nada de eso. Imagino que aún vive... aunque no me preguntes por dónde estará.

—¿Qué sucedió, entonces?

—Trabajaba en la escuela de la Hermandad... Algo que a mí nunca me había gustado, pero a fin de cuentas era lo que ella deseaba hacer. Además, por aquel

entonces yo andaba muy ocupado con mi cátedra, así que apenas le presté atención, aunque debería de haberme imaginado lo que estaba pasando... —Jonás se detuvo un instante mientras los recuerdos le invadían—. Un día vino transfigurada, cambiada. Me dijo que Dios la había llamado a su servicio... ¡Dios en persona! Hizo votos para ingresar en las radharanis, y luego le perdí la pista. No sé a qué planeta la destinaron. —Jonás pasó una mano por su cara intentando contener sus emociones—. Qué más da. De todas formas ya no era la misma, su mente había sido cambiada. Intenté rescatarla, ¿sabes? Fui tan estúpido que incluso en contra de su voluntad intenté rescatarla, como un héroe a una princesa cautiva... La Hermandad me acusó de intento de rapto de uno de sus bhaktas, y tuve que huir del planeta.

Lilith apoyó una mano en su hombro, confortándolo.

—No sirve de nada vivir siempre en el pasado...

—No. Tienes razón. Sobre todo ahora que tenemos algo tan importante entre manos. —Jonás sonrió con tristeza y se echó hacia atrás apoyando su cabeza en la manta—. Ahora podemos demostrar que la vida bhutani se originó aquí. Que la evolución es una realidad... Pronto podremos demostrar incluso que las babeles fueron construidas por hombres como nosotros. Mucho más avanzados tecnológicamente, pero hombres al fin y al cabo... no dioses.

—¿Quieres destruir a la Hermandad sólo por aquello que te sucedió? —preguntó Lilith con tristeza—. ¿Es ésa tu venganza?

—No... Sí. ¿Acaso no haría con ello un bien a la Humanidad? La Religión es arena en los engranajes de nuestra cultura... Mientras persistan las supersticiones y el culto a dioses todopoderosos, jamás lograremos despegarnos de la barbarie.

—Creo que te equivocas, Jonás. Estás colocando el carro delante del caballo. Aunque demostraras con pruebas irrevocables que todo lo que afirma la Hermandad es una patraña, ¿qué lograrías con ello? ¿A quién convencerías...? ¿A Sudara? ¿A Yusuf? ¿A mí? Sólo a aquellos que pueden apreciar los argumentos de la Ciencia, y a éstos no hace falta que les digas que Dios es una gran mentira, porque ellos ya lo saben.

¿Convencerías en cambio con tus pruebas científicas a la gente sencilla de las aldeas más atrasadas del Limite, que acceden diariamente a los oficios de la Hermandad? ¿Apreciarían ellos la contundencia de tus argumentos, o preferirían en cambio prestarle oídos al Hermano del pueblo que habla su mismo lenguaje?

—En el Imperio, la Hermandad apenas tiene poder, tú misma me lo has dicho varias veces. ¿Por qué? Porque culturalmente estáis por delante de nosotros. Si acabamos con la incultura de esa gente sencilla del Límite, acabaremos con la Hermandad.

—Hay algo que no sabes. En el Imperio, la Hermandad oficial tiene poco poder, pero en cambio hay multitud de pequeñas sectas heréticas, mucho más fanáticas en

sus creencias que la misma Hermandad, ocultas en cada barrio, en cada callejuela... Si destruyes la confianza de la gente común en una Religión, sólo consigues que ésta se fragmente en pequeños núcleos de fanatismo que aguardarán enquistados a que la situación sea más propicia.

»Tarde o temprano, yo pienso que esto es inevitable, el Imperio caerá. A lo largo de toda su extensión se repetirá el fenómeno del Límite, y la barbarie cubrirá todo Akasa-puspa. Entonces, y sólo entonces, revivirán esos huevos de serpiente.

La superstición triunfará al final.

—¿No hay solución?

—Sólo una: la violencia —dijo ella con tranquilidad—. El acoso y exterminio de todos los religiosos. La quema de todas sus pertenencias.

Jonás la miró sorprendido ante sus palabras.

—¿Repetir la carnicería de Vaikunthaloka? ¿Qué consiguieron con eso? Fue una estupidez. Ahora la Hermandad ha regresado al planeta con nuevas fuerzas, y con sus acciones plenamente justificadas.

—Estoy hablando de una persecución de la Religión a nivel Universal. Ni uno de esos mercaderes de la superstición ajena deberá quedar con vida. Se trata de ellos o nosotros...

—Yo... No imaginaba que pensaras de esa forma.

—Escucha, yo no tengo motivos emocionales como tú para hablar así; ésa es tu principal debilidad. Te hablo fríamente, tras haber meditado mucho esta cuestión. Es terrible, pero nuestra civilización es la que está en juego. Debemos acabar con la Hermandad, o nuestro futuro serán las tinieblas y la oscuridad...

»Un auténtico Kali Yuga.

## TRES

Los técnicos imperiales estaban preparados para la tarea de traducir un nuevo idioma, pero no resultó tan sencillo como habían calculado al principio.

Empezaron por interrogarles sobre el significado de algunas palabras sencillas. El ordenador almacenaba cada palabra y su traducción. Primero, objetos. Luego, una vez se hubo acumulado bastante vocabulario, verbos. Esto era más difícil, porque se trataba de conceptos abstractos.

Se produjeron algunos divertidos lapsus, debido a malentendidos. La expresión "Padre de los Cielos" quedó traducida muchas veces por "Viejo que está en las Nubes". La palabra "interior" se confundió con vacío (se usaron recipientes vacíos para tratar de entender el concepto). Para indicar el concepto "alegría", Sudara señaló a unos perros que jugaban, de modo que las primeras solemnes palabras que pronunció Gwalior fueron «Movemos el rabo al estar entre vosotros», lo que provocó

risas y algunas expresiones de extrañeza.

—Todos los idiomas humanos tienen una estructura igual. Sólo es cuestión de tiempo para que el ordenador logre captarla. El problema es que los ordenadores no saben mucho del mundo real. Si, por ejemplo, decimos: «Hay un hombre en la sala que lleva un sombrero verde», el ordenador podría concluir que es la sala la que lleva el sombrero.

—¿Cómo lo evitáis? —preguntó una vez Jonás.

—Bueno, cada diálogo se incorpora a un tipo de guión, en el que se proporcionan datos sobre las propiedades de cada objeto. De igual modo que nosotros sabemos que las salas no llevan sombrero. Contamos con un total de doscientos treinta y seis guiones sobre situaciones comunes... y a veces aparecen situaciones no previstas —concluyó Jonás.

De modo que, cuando les preguntaron a los nativos «¿Cómo sabíais que íbamos a llegar?», Jonás se sintió escéptico al oír:

—Dios nos lo ha dicho.

Sudara aseguró que la traducción era exacta en el 98.67 por ciento. Una sorpresa mayor fue el oír: «Dios nos dijo que veníais en una nave celestial impulsada por el fuego solar, pero que la dejaríais en lo alto.»

## CUATRO

Hari Pramantha miró a lo lejos. El vacío era muy transparente, y su vista aún era bastante buena, pero no logró distinguir el final de la manada de juggernauts. El pequeño transbordador de la Vijaya se encontraba sobre lo que parecía ser una llanura infinita empedrada de losas verde oliva. En aquel rebaño había suficientes juggernauts para alimentar a toda la población de Akasa-puspa durante cien años. Y ahora sabían que había cientos de rebaños semejantes dispersos por todo el interior de la Esfera.

Los juggernauts viajaban uno junto a otro, tan cerca entre sí que casi era posible moverse entre ellos saltando de uno a otro. De hecho eso mismo era lo que hacían los colmeneros. Los había a cientos, y parecían divertirse saltando, sin motivo aparente, entre las gigantescas moles verdosas de los juggernauts.

Por su parte Hari prefirió usar la mochila impulsadora imperial para recorrer su sendero a través de la gran masa viviente. Su misión era recoger los frascos de muestras que Yusuf había preparado, y que habían sido adosados a la piel de una docena de juggernauts, convenientemente separados entre sí, y marcados con una gran mancha naranja fluorescente sobre sus caparazones. Tres infantes de marina de la Utsarpini le acompañaban y le ayudaban a recoger los frascos.

En realidad, él no era en absoluto necesario allí. Los infantes de marina,

acostumbrados a moverse en cero g, habrían cumplido más rápidamente aquella misión si no hubieran tenido que ir cuidando de él, siguiendo sus torpes movimientos por el espacio. Pero Hari no soportaba permanecer más tiempo encerrado en el claustrofóbico transbordador. Deseaba salir, hacer algo, jugar a ser útil. Pero, sobre todo, contemplar a aquellas milagrosas criaturas directamente, y no gracias a los aparatos electrónicos del Imperio.

Realmente eran unas bestias maravillosamente indolentes.

Carecían de rasgos (rostro, ojos, hocico, etcétera) que uno pudiera humanizar. Eran simplemente gruesos husos verdosos de un kilómetro de largo, con un orificio cerrado por un esfínter en cada extremo, y un amplio disco reflectante semejante a la cola de un pavo real, cruzado por un delicadísimo encaje de nervios azules que le permitían plegarlo o desplegarlo a voluntad. El conjunto confería al animal una personalidad serena y majestuosa, que Hari captó inmediatamente a pesar de la falta de rasgos que pudieran transmitirla.

Sin embargo, ahora sabían que el juggernaut tenía numerosas variedades. Yusuf llevaba catalogadas al menos una docena de ellas. Una de ellas, que el exobiólogo había llamado "bestia-lámpara", era similar al juggernaut, pero de menor tamaño (sobre 0,4 Km. en su eje mayor), con el espejo desplazado hacia delante, rodeando su centro como una pantalla. El espejo se había hecho también mucho mayor, y su finalidad añadida era la de concentrar la luz solar sobre las placas de fotosíntesis, que de este modo resultaban más efectivas, lo que explicaba su menor superficie corporal. En consecuencia, podía vivir a mayor distancia del sol, necesitando desplazarse menos, por lo que su chorro propulsor se había reducido en parte. El metabolismo y sus vías eran enteramente similares a la de los juggernauts conocidos hasta entonces.

Había otra variedad a la que bautizaron como "araña de luz". El tamaño de su cuerpo era muy pequeño en relación a sus congéneres, apenas unos pocos metros de longitud. Su espejo, por contraste, se desarrollaba muchos kilómetros (decenas), formando una vela de luz dividida en finas tiras mantenidas en tensión mediante la fuerza centrífuga que proporcionaba el giro del animal. Exactamente igual que un velero de la Utsarpini.

La vela le servía de propulsor y para concentrar la luz en la estrecha cola del animal, donde estaban emplazadas las placas fotosintéticas. Esto les permitía emigrar a las zonas más remotas de la Esfera.

—Su menor tamaño implica menos necesidades de alimento, lo que permite el viaje; en ello radica su principal ventaja evolutiva —le había comentado Yusuf—. Serían unos perfectos mensajeros en el interior de la Esfera. Mucho más rápidos que cualquiera de su congéneres.

—¿Evolutiva? —preguntó Hari escéptico.

—Tiene razón, reverendo. Algo así jamás podría haber evolucionado solo. Usted

puede pensar que han sido obra de Dios, yo por mi parte me limito a afirmar que fueron creadas por los constructores de la Esfera. Fueran éstos quienes fueran.

Encontraron otras variedades...

Un juggernaut gigantesco (de unos cinco kilómetros de longitud), dotado de una especie de pinza alrededor del esfínter bucal. Yusuf lo había llamado "hormiga guerrera", y cuando Hari le había preguntado por el propósito de aquella pinza, respondió tranquilamente:

—Fíjese en ella, reverendo: es lo bastante grande como para sujetar un asteroide entero, y moverlo de un lugar a otro. Tal vez una sola de esas bestias no fuese capaz, pero ¿se imagina lo que podrían conseguir diez de ellas trabajando en equipo? ¿Y cien?

También dieron con diversas variedades de la "bestia-lámpara" con apéndices semejantes a las palas dragadoras, azadoras, rastrillos y brazos de grúa; todo ello articulado como las patas de un insecto. Yusuf los llamó "jardineros", y su misión era evidente: eran los cuidadores de los bosques del cascarón. El telescopio les confirmó esto. Alrededor de varios de los asteroides de la Esfera vieron a varias cuadrillas de juggernauts trabajando afanosamente.

Todo aquello eran piezas de un entramado que cada vez resultaba más claro para el exobiólogo. Los diseñadores de la Esfera, habían necesitado una fuerza de trabajo capaz de ir manteniendo su estructura en perfectas condiciones a lo largo de los milenios. Pero cualquier máquina que hubieran desarrollado habría tenido el inconveniente de necesitar a su vez a un equipo de reparaciones... ¿Y quién reparará a los reparadores? La solución era genial a los ojos de Yusuf... Simplemente habían desarrollado una criatura viva capaz de reproducirse, y de ir adaptándose a los cambios que fueran produciéndose en su entorno. Una parte de su actividad estaba consagrada al mantenimiento de la Esfera, de la misma forma que una hormiga se dedica a mantener en condiciones a su hormiguero...

Pero la Esfera era algo mucho más complejo que un hormiguero.

La cáscara de la Esfera estaba formada por millones y millones de asteroides en los que crecían plantas. Tales plantas estaban perfectamente adaptadas al vacío, con gruesas cortezas herméticas y espesas epidermis en las hojas... por llamarlas así. Las "hojas" eran grandes escudos circulares y reflectantes, con el pecíolo unido en el centro del envés. Del centro del haz surgía un pedúnculo, rematado en una esfera de un verde tan profundo que parecía negro. El órgano de fotosíntesis.

Los árboles no tenían tejidos de sostén: como las algas, se dejaban flotar lánguidamente, apenas sujetas a la base del asteroide helado que les suministraba alimento. Aunque no necesitarían mucho, pensó Yusuf; seguramente reciclarían sus nutrientes.

Las plantas, sorprendentes en sí, aún guardaban otra sorpresa mayor.

Un órgano cuya utilidad no acertaban a entender era lo que habían llamado "flores": se parecían a las hojas ordinarias, pero carecían del nódulo fotosintético. El pedúnculo central era liso, y Yusuf lo había llamado "el estambre". No parecía tener una función relacionada con la nutrición, así que probablemente fuera reproductor; de ahí el nombre.

Fue casi por accidente que descubrieron que las "flores" emitían energía en forma de microondas: ¡las plantas eran colectores de energía solar! Energía que transmitían a los planetas interiores.

—¿Pero por qué una planta? —dijo Hari sorprendido—. Yo pensé en una red de satélites.

Yusuf tenía una respuesta.

—¿Por qué no? Las plantas se reproducen y crecen. Una vez sembradas las primeras, la red captadora crece sola. Los esferitas no son tontos.

Yusuf no podía creer que aquello funcionara automáticamente; alguien debía de dirigir toda esa actividad, y desde luego a los juggernauts, con sus cerebros del tamaño de un melocotón, no los creía capaces. Fue entonces cuando los colmeneros, dotados de cerebros de tamaño considerable, empezaron a adquirir un nuevo significado para el exobiólogo.

Por su parte, a Hari no le preocupaban todos estos enigmas. Simplemente le gustaban aquellas criaturas... Disfrutaba cuando estaba con ellas, aunque no hubieran sido obra de Dios.

Siguió recogiendo los frascos de muestras.

## CINCO

Yusuf colocó las muestras bajo el escáner del ordenador de la nave.

Seis de aquellos recipientes contenían muestras de los tejidos de seis juggernauts vivos, y en perfectas condiciones. Los otros seis pertenecían a juggernauts que habían sido sacrificados con una descarga del láser de comunicaciones del transbordador.

Han contemplaba en silencio las manipulaciones el biólogo imperial.

—Hay una pieza que todavía no me encaja en todo este entramado, reverendo —dijo Yusuf.

—¿A qué se refiere?

—Toda esa cantidad de juggernauts... A la larga acabarán por destrozar la ecología de la Esfera. Claro que, por lo que sabemos, los diseñadores han desaparecido, y eso sería suficiente para que el control se hubiera perdido... Pero ése no era su estilo, ¿entiende?

—No.

—No, ¿qué?

—No sé de qué me está hablando, doctor. Yo no soy biólogo.

—Los esferitas, los que diseñaron todo esto, no dejaban nada al azar. Aquí todo funciona perfectamente, como en una ecología planetaria. Pero hay un fallo terrible.

—¿De qué se trata?

—Los juggernauts, ¿de qué se alimentan?

—Imagino que de los asteroides del cascarón, ¿no?

—Sí. Sí, y además, como cada uno de ellos posee una ecología cerrada propia, apenas necesitan alimento, excepto para crecer. Pero incluso eso es demasiado.

—Sigo sin entenderle. ¿Dónde está el problema?

—Imagine una vaca pastando en una pradera en algún planeta de Akasa-puspa...

—Lo imagino.

—La vaca depreda la hierba, pero la hierba (con ayuda de la energía solar) se alimentará de la vaca cuando ésta muera. De no ser así, la tierra acabaría por perder sus elementos nutrientes. Piense en esa cantidad de juggernauts extrayendo elementos de los asteroides, y transformándolos en carne de juggernaut... ¿Qué sucede cuando un juggernaut muere? Todas esas valiosas proteínas se pierden en el vacío. Por muy inmensa que sea la Esfera, acabará por agotarse.

—No, doctor, no se pierden. ¿Ha olvidado los cintamanis?

—¿Qué tiene que ver esto...? Los cintamanis se encargan sólo de transportar los genes del juggernaut muerto por el espacio —se detuvo súbitamente al comprender lo que el religioso quería decirle.

—Los cintamanis dividen todas las proteínas de un juggernaut muerto en millones de pequeños paquetes, pero cada juggernaut sólo puede asimilar uno de esos paquetes... ¿Qué sucede con el resto? En el espacio interestelar se perderían, pero aquí. A lo mejor estoy diciendo una barbaridad, doctor. Después de todo, yo no entiendo de estas cosas.

—¡Por Dios que no, reverendo!. —exclamó Yusuf, y al ver la mirada reprobatoria del religioso añadió —: Disculpe, pero tiene usted toda la razón. Eso es exactamente lo que sucede. Los esferitas diseñaron una ecología perfecta, y la función original de los cintamanis debió de ser ésa: devolver los elementos nutrientes de los juggernauts muertos a los asteroides del cascarón. ¿Cómo es posible que yo no pensara en eso?

—Quizás porque usted no considera, como yo, la idea de que El que construyó la Esfera está por encima de cualquier fallo.

Yusuf rumió un instante las palabras de Han, y su rostro se iluminó con una sonrisa de oreja a oreja.

—Muy bien, reverendo, usted gana. —Levantó las manos en un gesto de rendición—. Veamos ahora qué tal funciona su programa.

El ordenador comparó rápidamente las dos series de muestras, anotando las diferencias entre ellas hasta el orden de la millonésima de gramo, y analizando cada



molécula casi individualmente.

El resultado puso fin a un experimento iniciado tres meses atrás.

—Ahora está claro —exclamó Yusuf triunfante al leer los resultados en la pantalla del ordenador.

—¿Lo está? preguntó Hari contemplando la interminable lista de números sin comprender apenas nada. El había diseñado aquel programa de acuerdo con las instrucciones del biólogo imperial, pero estaba muy lejos de entender los resultados.

—Fíjese en esto —dijo, señalando los parpadeantes caracteres verdes—. Aquí tenemos el elemento X que había predicho Jonás: ADXN con hipoxantina.

—¿El mismo ADXN del cintamani?

—Exactamente. La cosa es aún más simple de lo que nos habíamos figurado. Los juggernauts que van marcados con la hipoxantina están a salvo de ser infectados por otros cintamanis. Bastará con vaporizar hipoxantina sintética en la atmósfera de los rickshaws...

—¿Tienen atmósfera los rickshaws? —preguntó Han.

—Helio. Lo usan líquido para refrigerar las paredes cerca de un sol.

—Pero, sintetizar hipoxantina...

—Eso no es problema para los bioquímicos imperiales. —Yusuf meditó un momento rascándose la barbilla—. Podrían acelerarse depósitos que una vez en el interior del rickshaw liberen en el helio algunas moléculas conteniendo polímeros cortos con hipoxantina. Por supuesto, ésta no será la solución definitiva, pero evitará que más rickshaws sean destruidos, y nos dará un respiro hasta que encontremos la forma de controlar a los cintamanis.

Han sonrió tristemente.

—Eso significa que podemos regresar ya a la Vijaya.

Yusuf se acercó a un armario, y destapó una botella de ginebra.

—¿Quiere celebrarlo?

Han agitó la mano negando.

—No, gracias. No bebo ni siquiera el datura.

Yusuf se encogió de hombros, y se sirvió un vaso largo de ginebra.

—¿Le preocupa ir al planeta anillado?

—¿Por qué?

—Afirmó que Dios...

—Nadie es experto en Dios.

Yusufapuró de un trago el contenido del vaso, y dijo:

—Sin embargo, ya ha oído los informes que nos han mandado de la Vijaya. Según los nativos, tenía razón cuando afirmaba que ese planeta anillado era el hogar de Dios.

—¿Cree realmente eso?

—No soy quien debe de creerlo. El religioso es usted. ¿Cree que el propio Dios vive en ese mundo?

—No.

—Pero usted dijo que...

—No importa lo que dijera.

—Entonces, ¿por qué decidió venir en esta misión antes que desembarcar en el planeta?

—No es el más indicado para preguntar eso.

—¿Qué...? Ah, quiere decir que yo hice lo mismo. Pero yo prefería tener la oportunidad de estudiar más a fondo a los juggernauts y a los colmeneros. Ese es mi trabajo... y dejo que el Comandante, Lilith y los demás hagan el suyo.

—Yusuf, usted es un científico, y no puede creer en nada que antes no haya demostrado mediante experiencias.

—Así es como funcionan las cosas. Las teorías sólo son buenas para empezar a trabajar. ¿Quiere saber algo? Hace meses que hubiera jurado que el elemento X era la hipoxantina. Era lo más lógico, pero la lógica no vale nada si no está corroborada mediante experimentos físicos. Para mí esto es un dogma de fe... ¿No es así como lo llama? La Ciencia es mi religión.

—Yo también intenté en un principio llegar a Dios por la lógica. Pensé que podría encontrar argumentos que apoyaran la existencia de un Creador, incluso dentro del medio del método científico. Dios era mi teoría, y pensaba que en sus obras físicas encontraría la firma del Creador, de una manera tan innegable que convencería incluso a los científicos... Rogué a Dios que me ayudara en esta tarea. A lo mejor cometí pecado de soberbia al pensar que yo solo sería capaz de algo así. Lo cierto es que Dios me ha negado hasta el momento esas pruebas.

—Y ahora parece que le ha escuchado...

—Sí, este lugar parece contener las respuestas. Las pruebas físicas de la existencia de un Ser Superior que rige el Universo...

Yusuf le miró sorprendido.

—¿Por qué se niega entonces a visitar ese mundo?

Porque si encontrara algo que desmintiera mi fe —pensó Hari con profunda tristeza —mi vida hubiera resultado muy absurda, ¿no crees?

Pero dijo:

—Yo quisiera poder mostraros a vosotros los científicos, ya los carvakas, las pruebas de la existencia de Dios... Pero estoy seguro de que no será aquí donde las hallemos.

## SEIS

El reptador se movía, cada vez más lentamente, sobre los inseguros bloques de piedra. Su "cerebro" mecánico imponía a cada una de las seis patas un paso lento y regular, calculando el próximo movimiento idóneo a cada décima de segundo.

Chait Rai había preferido manejar personalmente la máquina.

—No parece difícil de conducir —comentó Jonás, después de haberle estado observando una gran parte del camino.

—No lo es. El ordenador hace la mayor parte del trabajo. ¿Quieres probar? —dijo el mercenario ofreciéndole la palanca de mando.

—Soy un pésimo conductor.

—Con este aparato sólo tendrás que indicarle al reptador la dirección general hacia donde quieres ir, como si fueran las bridas de un phante.

—Te advierto que jamás he montado un phante... —dijo Jonás, pero ocupó el asiento que Chait acababa de cederle.

A los pocos minutos comprobó otra de las maravillas de la tecnología imperial. Sólo apuntaba la palanca hacia una zona a la que deseaba dirigirse, y la máquina obedecía, encargándose de sortear todos los obstáculos que hallara en el camino.

El paisaje se había vuelto desnudo y mineral. El bosque fue cediendo el paso a las especies enanas, rododendros y enebros, que salpicaban las viejas piedras desprendidas de los barrancos. Sólo unas milenarias secoyas, con brillantes troncos de bronce, se apostaban como centinelas sobre los grandes bloques de piedra que estrechaban entre sus raíces. A Jonás le parecieron míticas aves de rapiña guardando la entrada de un mundo prohibido.

El desfiladero se ensanchó bruscamente. El reptador dejó atrás una larga zona sombría para penetrar en la zona iluminada por el lechoso cielo.

Ascendieron bordeando un ruidoso torrente que se deslizaba por su lecho de piedras antes de desaparecer en una insondable sima. El desfiladero labrado por la babel se cerraba tras los expedicionarios. Cuanto más avanzaban, más parecía erguirse el muro, y volverse infranqueable. Finalmente el reptador se detuvo, al tiempo que una luz roja aparecía en el tablero.

—¿Qué sucede? —preguntó Jonás alarmado.

—Nada. Simplemente el terreno se ha vuelto demasiado difícil para la conducción automática. A partir de ahora tendremos que hacer el camino en manual. Déjame.

Chait volvió a ocupar su sitio y la marcha continuó, ahora mucho más lentamente.

El reptador trepó dificultosamente por una pared casi vertical, y alcanzó la vasta llanura que se extendía por encima del desfiladero cavado por la babel.

Una vez arriba, Chait detuvo prudentemente la máquina, y utilizó los videotelescopios para explorar los alrededores. Las cámaras de proa le ofrecieron las sorprendentes imágenes de una gigantesca estructura arrastrándose pesadamente por

la llanura. El artefacto se encontraba a unos cien kilómetros frente a ellos.

Chait ordenó inmediatamente que el sacerdote nativo fuese conducido al puente.

—¿Qué es eso? —le preguntó apenas hubo entrado.

El sacerdote nativo elevó su brazo señalando la estructura, mientras mascullaba entusiasmado algo en su idioma.

—Ahí está la ciudad —fue la traducción que los expedicionarios recibieron.

La imagen era algo propio de una imaginación delirante. Sobre una llanura casi desértica corrían frenéticas cientos de máquinas con brazos, piernas, pinzas, tentáculos, ruedas, palas, taladros. Escudriñaban el suelo, el cielo y en torno suyo con lentes, micrófonos, antenas en forma de plato. Taladraban el suelo como insectos chupadores de sangre. Algunas parecían desmontadas y sometidas a reparación, o tal vez eran ensambladas por vez primera. Sobre ellas volaban otras, con hélices, chorros, o cohetes.

El efecto era el de un hormiguero colosal. Se movían en todas direcciones, pero nunca tropezaban unas contra otras, como en un imposible ballet.

En el centro de aquel hormiguero estaba la reina: la Ciudad, como la llamaban reverentemente sus habitantes. Una gigantesca estructura de más de diez kilómetros de diámetro, que se arrastraba pesadamente sobre una base de miles de orugas mecánicas, y que era asistida por aquella pequeña corte mecánica que la rodeaba, en una febril actividad.

—¿Vivís ahí? —preguntó Gwalior al nativo.

—Yo pertenezco a la Ciudad de Dios. Pero mis superiores me destinaron para ser el guía espiritual de esta Ciudad. Su nombre es Hebabeerst.

—¿Desde cuándo vivís en "Ciudades" como ésa?

El sacerdote se encogió de hombros en un gesto común a todos los humanos.

—Desde siempre.

—¿Construisteis vosotros las Ciudades?

El nativo le miró sorprendido. Como si Jonás le estuviera tomando el pelo al preguntarle algo evidente.

—Nadie construye a las Ciudades. Ellas crecen, como tú o como yo.

Según las confusas explicaciones que fueron sonsacándole al sacerdote, la Ciudad era un auténtico ser vivo inorgánico, una máquina capaz de nacer, crecer y reproducirse. Los humanos vivían ocultos en aquella gigantesca mole, como microbios que hubieran infectado sus órganos internos.

¿Qué se necesita para que una máquina se replique a sí misma? —se preguntó Jonás asombrado—. Tres cosas. materia, energía, e información. Si se le proporciona a un ordenador una detallada descripción de sí mismo en un lenguaje codificado, y el control de una serie de herramientas (ellas mismas descritas en las instrucciones), energía (que también debe describirse), la máquina será capaz de copiarse a sí misma,

incluido su conjunto de instrucciones. El ADN llevaba miles de millones de años realizando una labor semejante.

—¿Quién hizo la primera Ciudad? —preguntó Lilith—. ¿Fueron vuestros antepasados?

El nativo sonrió con picardía.

—¿Quién hizo al primer hombre?

—Así no vamos a ninguna parte...

—Fue Dios. Eso todo el mundo lo sabe.

—Dios, ¿de qué Dios hablas? —exclamó Chait Rai furioso—. Maldita sea, este tipo acabará por convencerme de que ese loco de Hari estaba en lo cierto.

—Dios creó a los hombres, a las Ciudades, y a las Babeles. Eso todo el mundo lo sabe.

—Sí, ¿pero cómo lo sabes tú?

—En una ocasión vino hasta aquí, y nos ayudó a cambiar el rumbo de la Ciudad. Las Ciudades y las babeles sólo obedecen a Dios...

—Sí, como todo el mundo sabe... —dijo Gwalior, impaciente—. Pero, ¿qué aspecto tiene? ¿Es un hombre como tú o como yo?

El sacerdote parecía cada vez más atónito ante la estupidez de aquellos extranjeros.

—No, El no es como vosotros en absoluto.

—¿Cómo es? ¿Tiene tres ojos y dieciséis manos? ¿Lo has visto tú en persona...? Oh, vamos... Estamos perdiendo el tiempo. Este tipo no tiene ni idea de lo que está hablando.

—¡Claro que lo he visto personalmente! ¡Todo el mundo lo ha hecho en un momento u otro de su vida... !

—¿Qué aspecto tiene?

—Es... —Durante un momento el nativo pareció no encontrar palabras—. Es como un pez. Un pez enorme que habla y nada por el aire.

—¡Un pez enorme que habla y nada por el aire! Esto cada vez tiene menos sentido.

—Yo creo que nos está tomando el pelo —dijo Chait mostrando los dientes en una media sonrisa.

—Yo os puedo señalar dónde vive —se apresuró a decir el sacerdote—. Cuando lleguemos a Hebabeerst os mostraré dónde se encuentra la Ciudad de Dios.

## SIETE

Jonás y Gwalior se turnaron para interrogar al nativo. Mientras, el reptador seguía cubriendo la distancia que les separaba de la Ciudad.

Al parecer, toda la población de aquel planeta estaba concentrada en diez Ciudades móviles semejantes a aquélla. Estas eran, de Norte a Sur: Siquemhebebel, Hobbelsalem, Hebabeerst, Hegiberom, Suleimanhebir, Betebel, Hericofasath, Canahanladit, Falconhabibarat y Babraham. Además había que añadir a esto la Ciudad de Dios, que estaba poblada sólo por hombres y sacerdotes dedicados al Servicio Divino. Entre todas formaban una población de apenas doscientas cincuenta mil personas.

¿Qué había más al Norte o al Sur? El sacerdote no lo sabía con certeza, pero de lo que sí parecía estar seguro era de que no había más humanos que ellos.

Jonás consideró la buena suerte que los había llevado hasta allí. Estuvieron a punto de aterrizar en cualquier otro lugar, pero el técnico del transbordador detectó movimiento en esa zona. Entonces no hubiera imaginado lo importante que había sido esa decisión.

—¿Estás seguro de que sólo hay humanos aquí? —insistió.

—Seguro, millones de especies animales pueblan el planeta, pero nosotros somos los únicos humanos. Hay una especie de aves, como cuervos gigantes, al Sur, que son inteligentes y tienen civilización. Pero no humanos.

—¿Cuervos inteligentes? ¿Cómo sabes eso?

—Dios nos lo contó.

—Ya.

Siguieron interrogándole sobre la vida en las Ciudades. Al parecer la paz no reinaba entre ellas. Con frecuencia dos o más Ciudades se constituían en alianza, y atacaban a una tercera. A Jonás aquello le sonaba a conocido; había oído hablar de problemas similares entre las mandalas independientes.

Hobbelsalem y Betebel eran las dos Ciudades más prósperas del grupo. Las dos Ciudades tenían además la fortuna de estar tan lejos una de la otra que nunca tuvieron ocasión de enfrentarse hostilmente. Pero hubo comercio entre ellas a través de las regiones intermedias, y ello benefició a ambas, y a Hebabeerst, que era el único oasis de vida en toda aquella llanura que conducía a la Ciudad de Dios. Era también, por tanto, lugar obligatorio de paso para los peregrinos que se dirigían a la Ciudad Santa.

Hebabeerst llegó a ser tan próspera como estas dos Ciudades. Pero estaba atrapada entre ellas. Nunca pudo gozar de la paz que brinda el aislamiento. Durante toda su historia estuvo dominada por una u otra de las dos Ciudades.

El comercio parecía ser una actividad pacífica que beneficiaba a todo el mundo. Y lo era, si cada uno se contentaba con una parte justa. Pero, ¿cuánto es una parte justa?, se preguntaba el sacerdote. Hebabeerst compraba y vendía. Compraba lo más barato que podía y vendía lo más caro posible, pues la diferencia era el beneficio. La Ciudad podía sentirse justificada de actuar así porque, ¿acaso Dios no la había situado por su voluntad en un lugar tan estratégico? Sin embargo, las dos vigorosas

Ciudades que la rodeaban no estaban dispuestas a quedarse sin su ración del pastel.

Hobbelsalem dominaba Hebabeerst desde hacía casi cien años. Conservaba leyendas sobre antepasados, según las cuales éstos se habían apoderado de Hebabeerst en aquella época por voluntad Divina, y desde entonces la tenían sometida a fuertes impuestos. Era difícil para el sacerdote saber hasta qué punto las leyendas se basaban en hechos, pero las gentes que hacían tales afirmaciones las conservaban cuidadosamente porque, en parte, servían para legalizar su soberanía sobre esa Ciudad.

Sin embargo, Betebel (como es lógico) no estaba muy dispuesta a dar crédito a estas leyendas, y había mandado a sus representantes a la Ciudad de Dios para preguntarle a Este la verdad. Pero sus preguntas no habían obtenido respuesta hasta el momento, y el sacerdote estaba muy preocupado por esto. Temía que estuvieran al filo de una nueva guerra, y que en esta ocasión la Ciudad de Dios (que siempre se había mantenido al margen) se viera involucrada.

Entonces habían aparecido ellos, y el sacerdote suponía que su llegada respondía a algún tipo de señal divina, aunque él había sido incapaz de descifrarla hasta el momento.

Cuando el sacerdote terminó de hablar, Jonás y Gwalior se miraron preocupados.

—Esto no me gusta —dijo Gwalior desconectando la traductora—. Parece que nuestra llegada va a desencadenar una guerra.

—La pregunta es: ¿Seremos capaces de mantenernos al margen?

—A mí hay algo que me preocupa aún más: ¿Son estos nativos tan salvajes como pretenden?

—¿Qué quiere decir, comandante?

—Visten como salvajes, se comportan como salvajes, pero habitan ciudades rodantes supertecnológicas ¿Cómo es posible? ¿No estarán haciéndose los estúpidos?

Jonás negó con la cabeza.

—Demasiado evidente, comandante. Lo más probable es que utilicen las máquinas construidas por antepasados tecnológicos, como hacemos nosotros con las babeles.

—Es posible, pero no vamos a arriesgarnos —dijo Gwalior, sentándose frente a la radio del transbordador—. No avanzaremos ni un metro más sin saber algo más del lugar al que nos dirigimos.

El rostro de Karoshti se materializó en el monitor frente a Gwalior.

—Kalyanam, comandante —saludó—. ¿Cómo marchan las cosas?

—Algo confusas —respondió Gwalior —; vamos a necesitar toda la ayuda que podáis darnos.

—Adelante.

—¿Podéis transmitirnos lo que detectáis desde el espacio de la estructura que

tenemos frente a nosotros?

—Por supuesto. ¿Se trata de la Ciudad rodante de la que antes habíais informado, ¿no? Ya hemos dirigido nuestros infrarrojos hacia ella..

Un estruendo, como el producido por un centenar de alarmas antiaéreas, ahogó el resto de la frase del Segundo. Este se volvió hacia un punto fuera de la imagen con el terror pintado en su rostro.

—¿Qué está sucediendo ahí? —preguntó Gwalior, sobresaltado. Pero la comunicación se cortó y Karoshti desapareció de la pantalla.

## OCHO

Habían sido bruscamente interrumpidos por la insistente llamada del teléfono de los serviolas, y el tercer oficial de la Vijaya, que se hallaba ante la pantalla del radar, con los ojos desorbitados y gritando con incredulidad: «¡Comandante!», señalaba los destellos indicadores de que estaban a punto de ser interceptados por minadas de objetos sólidos que un minuto antes no se encontraban allí.

Uno de los técnicos del radar se quitó los auriculares de un manotazo e intentó huir del puente, pero la gravedad había empezado a hacer cosas raras, y el asustado tripulante cayó antes de alcanzar la portilla y rodó ridículamente por el piso sin que nadie le prestara atención.

Resonó por toda la nave el bramido del motor de fusión funcionando al máximo de potencia, transgrediendo todas las normas de seguridad, en un desesperado esfuerzo por evitar la colisión. Casi al instante, y haciendo gala de unos nervios bien tensados, el Comandante Prhuna había radiado a la sala de máquinas la orden casi automática ante un obstáculo a proa:

«¡Timón todo derecho, toda máquina atrás!»

Pero era demasiado tarde. Durante un momento, Ban Cha sintió esa sensación de náusea en la boca del estómago que se experimenta cuando se rompen los cables de un ascensor, y se cae súbitamente al vacío. Todos los objetos que no estaban firmemente sujetos salieron disparados por todo el puente, transformando instantáneamente su ordenado bullicio en una pesadilla surrealista.

Al mismo tiempo, la Vijaya gritó.

El grito, largo y prolongado, surgió al unísono de las gargantas del centenar de seres humanos que formaban la tripulación de la Vijaya, embargados por el miedo y el dolor de la muerte. Un grito que se vio bruscamente sofocado por el alarido desgarrador que surgió de cada remache de la Vijaya, mientras sus entrañas se destrozaban, su casco se desgarraba por un millón de lugares a la vez, y el precioso aire huía al espacio...



## XII. LA CAÍDA

*Incluso si alguien comete las acciones más abominables, si está consagrado al servicio devocional, se le debe considerar un santo, pues está debidamente situado.*

*Prontamente él se torna virtuoso y alcanza la paz perdurable.*

BHAGAVAD-GITA (9.30)

### CERO

#### **Confidencial e intransferible**

(Informe del SEMINARIO DE PSICOLOGÍA DE LA SANTA HERMANDAD a Su Divina Gracia Sríla XII)

La misión fundamental del Seminario de Psicología de la Santa Hermandad (SPSH), y por tanto de los hermanos psicólogos, consiste en crear métodos que siguiendo «los procedimientos de observación habituales en las demás ciencias», permitan el control total de los procesos mentales del ser humano y un más perfecto, e inquebrantable, condicionamiento isitiva.

En esta perspectiva podemos señalar los siguientes planteamientos básicos:

1. El establecimiento de las leyes fundamentales que rigen la actividad mental.

(Con el objetivo de aprender a controlarlas)

2. El estudio de las vías de desarrollo de esta actividad, así como de los mecanismos subyacentes de la misma.

(Con el objetivo de poder obtener individuos ideales con este desarrollo atrofiado de acuerdo con los intereses de nuestra orden)

3. La descripción de los cambios que se producen en dicha actividad como consecuencia de la aparición de elementos patológicos.

(Con el objetivo de poder provocar esas patologías a voluntad contra elementos indeseables para nuestra comunidad religiosa)

TODO SEA PARA MAYOR GLORIA DE DIOS, Y PARA UNA MAS ADECUADA RECEPCIÓN DE NUESTRA SURTÍ.

### UNO

El transbordador se detuvo en las cercanías de Jambudvipa. El radar había detectado la proximidad de tres naves extrañas, y su cerebro electrónico decidió

detener los motores, y avisar a los tripulantes.

—Sin duda alguna, esa nave es la Vajra —dijo el piloto del transbordador, señalando la imagen del telescopio electrónico. La Vajra se deslizaba escoltada por dos veleros de similares características a ella, pero algo más pequeños.

Han y Yusuf se miraron sorprendidos.

—No es posible —protestó el religioso—. El Comandante Prhuna nos aseguró que un velero tardaría casi un año en alcanzar la Esfera.

—Esos dos veleros que la acompañan deben de ser de los que se dirigían hacia el lugar donde quedó la Vajra —añadió Yusuf suspicazmente.

—¡Esto es una encerrona preparada por la Hermandad, y por la Utsarpini! —dijo el piloto rojo de ira.

De improviso, y aprovechando la falta de gravedad, intentó conectar la radio del transbordador. Pero uno de los infantes de marina le interceptó en mitad de su salto, colocándose entre él y la radio.

—¿Qué intentabas hacer, romaka? —preguntó sonriendo cínicamente.

—Debemos avisar a la Vijaya... —replicó el piloto, furioso— Esta nave es propiedad del Imperio. no podéis...

Bana, que hasta el momento había estado observando la escena en silencio, carraspeó apoyando su antebrazo en la culata de su pistola de un modo muy significativo.

—Tranquilícense, señores. El ponernos nerviosos no nos va a llevar a ningún sitio —dijo con falsa amabilidad—. Doctor Yusuf, ¿cómo es posible que esos veleros hayan llegado hasta aquí en tan poco tiempo?

Yusuf volvió el rostro con desdén, y no respondió.

—Fíjense —dijo Hari —, esas naves están parcialmente desmontadas.

Era cierto, ahora que el telescopio mostraba a los tres veleros silueteados contra el fondo del planeta, se podía advertir cómo parte del casco central y parte del anillo que contenía las velas habían desaparecido.

—Muy ingenioso —comprendió entonces Bana—. Hari desmantelado las partes más prescindibles de las naves para alimentar el impulsor de masas.

—Exacto —corroboró Hari —, las piezas metálicas de las tres naves han debido de ser trituradas hasta el tamaño del polvo, y aceleradas en el impulsor. Con ese sistema han cuadruplicado la velocidad de los tres veleros...

—A costa de ir desintegrando sus estructuras.

En ese momento, la Vijaya apareció en el borde del planeta, elevándose como una luna negra sobre él.

Los tres veleros aguardaban ocultos tras Jambudvipa, como tres silenciosos lobos acechando a su presa.

El piloto del transbordador hizo otro intento de alcanzar la radio, y Bana

desenfundó su arma apuntándole distraídamente.

—No te vuelvas a mover, romaka —dijo Bana, fríamente—. No sé lo que se propone hacer el comandante Isvaradeva. Pero puedes estar seguro de que tú no se lo vas a impedir.

Mientras tanto, la Vijaya, siguiendo su órbita en torno al planeta, se puso a tiro de los tres veleros. Una rápida andanada de misiles partió de éstos como fuego surgiendo de las fauces de un dragón. Los misiles cruzaron la distancia que separaba los tres veleros de la nave imperial, y muchos de ellos dieron en el blanco.

La Vijaya estalló en una docena de surtidores de fuego. Su tanque de hidrógeno central reventó como un globo caliente, partiéndola en dos. Cada una de las partes siguió girando en torno al planeta anillado en órbitas distintas.

—Cristo y Buda musitó Hari en voz baja.

Yusuf se volvió colérico hacia Bana. Pero el infante estaba más sorprendido que nadie en la cabina del transbordador. Sus ojos estaban clavados en los llameantes restos de la nave imperial mientras su cerebro intentaba ajustarse a lo que había pasado. ¿Era posible que el comandante Isvaradeva hubiera disparado contra los romakas, sabiendo que en el interior de la nave imperial viajaban los infantes de marina de la Utsarpini?

—¡Asesino —gritó el piloto, y se lanzó hacia Bana.

El infante le golpeó con la culata de su ametralladora, y se volvió hacia su superior, completamente desorientado.

Sargento, en esa nave estaban la mayor parte de nuestros compañeros... Y ahora están muertos... ¿Por la Vajra? ¿Qué locura es ésta?

—¡Mirad! —señaló Hari —: Algunos han conseguido escapar.

Era cierto, de uno de los hemisferios en que había quedado dividida la nave de fusión, se desprendió un pequeño transbordador (semejante al que ellos ocupaban) que inmediatamente se dirigió hacia el planeta, sumergiéndose en su atmósfera.

La señal de llamada de la radio zumbó en ese momento.

Hari conectó el receptor, pero la pantalla permaneció en blanco. El mensaje provenía de la Vajra, y por lo tanto carecía de soporte visual.

—¡Transbordador del Imperio...! —dijo una voz átona desde los altavoces del comunicador— ...les hemos detectado, y están en el punto de mira de nuestros artilleros! Ríndanse, o correrán la misma suerte que la nave de fusión!

—¿Con quién estamos hablando? preguntó Bana, enérgicamente —

—Con la Hermandad —respondió la voz—. Ahora sois prisioneros de la Hermandad.

Cada vez más confuso, Bana se volvió hacia Hari esperando una explicación.

## DOS

—Comandante, ¿me recibe? Cambio. —Durante la última hora Gwalior había intentado inútilmente restablecer contacto con la Vijaya—. Atención, Vijaya, ¿me recibe alguien? ¡Contesten!

—No se esfuerce, comandante —dijo Chait—. Es inútil. Eso que hemos visto en el cielo, no podía ser otra cosa que el tanque de combustible de la Vijaya estallando.

—La Vijaya no ha podido ser dañada sin haber ofrecido antes resistencia —dijo Gwalior, obstinadamente—. En cuanto logre restablecer la comunicación con ella, el propio Comandante Prhuna nos explicará lo que ha sido ese fenómeno.

Chait se encogió de hombros. También a él le preocupaba lo que pudiera haber ocurrido en el espacio, pero dentro de su orden de prioridades lo primero era conducir el "reptador" hasta un lugar seguro.

—¡Mirad!

El grito había surgido de Lilith; todos se volvieron hacia la dirección que ella estaba señalando con su brazo extendido.

A través del amplio parabrisas del "reptador" pudieron ver la bola de fuego que penetraba en las capas altas de la atmósfera como un gigantesco meteorito.

—¡Es la Vijaya! —gritó alguien.

Envueltos en llamas, aquellos restos de la nave de fusión se precipitaban hacia el suelo. Pero nunca lo alcanzarían. La babel se había interpuesto en su camino.

Los pasajeros del "reptador" observaron atónitos el espectáculo. En un fugaz instante antes del choque, todos comprendieron que la babel iba a interceptar la caída del pecio, pero ninguno se habría atrevido a adivinar lo que iba a suceder.

La babel se partió.

Envueltos por una nube de vapor radiactivo, que era todo lo que quedaba de la Vijaya tras el choque, Jonás pudo ver cómo los dos extremos de la babel empezaban a separarse uno de otro.

Creía estar viendo una película a cámara lenta que mostraba cómo una sogas era cortada por un disparo, y cada uno de sus extremos caía hacia un lado diferente: el superior caía hacia arriba. El inferior se curvaba como una serpiente moribunda, mientras se precipitaba hacia el suelo.

La babel medía cuarenta mil kilómetros de altura. Calculó que el choque con la Vijaya la había partido prácticamente por la mitad. Eran por tanto veinte mil kilómetros de material prácticamente indestructible el que se derrumbaba sobre el planeta.

Jonás observó cómo un pálido fantasma de la babel seguía allí en pie, donde siempre había estado. Eran el hielo y el polvo que se habían ido acumulando sobre su estructura durante milenios.

La babel parecía caer con una agobiante lentitud, pero una vez más sus sentidos les engañaban. Era fácil imaginar que lo que estaban viendo era la caída de un árbol

talado a corta distancia, y no una torre de veinte mil kilómetros de altura derrumbándose a lo lejos.

Jonás miró a sus compañeros. Todos contemplaban ensimismados el terrorífico espectáculo. Todos, excepto Chait. El mercenario forcejeaba frenéticamente con los mandos del "reptador"...

¿Por qué...? —se preguntó estúpidamente Jonás.

Levantó la vista a tiempo de ver cómo la babel chocaba contra el suelo.

Fue como recibir el flash de una cámara fotográfica a pocos centímetros de los ojos. Jonás se cubrió la cara con las manos, pero incluso así seguía viendo aquel deslumbrante estallido, como una línea en negativo que flotaba frente a sus ojos.

Con precaución volvió a mirar.

Todo el horizonte era una inmensa cortina de fuego. Nacía en algún lugar frente a ellos, para ir a perderse a lo lejos, tras la curva del planeta. Era como contemplar una línea infinita de explosiones atómicas. La cresta de la barrera de fuego se elevaba hasta la estratosfera.

Jonás se sentía asombrosamente tranquilo, como si estuviera contemplando un espectáculo que no fuera con él. Consideró ociosamente si la babel se enrollaría completamente en torno al planeta, ciñéndolo como un latigazo contra un tronco delgado.

Veinte mil kilómetros... Era lo suficientemente larga como para dar media vuelta en torno a aquel mundo, pero esto no podría suceder; sin duda que la fuerza de aquella explosión había sido suficiente para destrozar la babel por completo, y quizás la mayor parte de aquellos pedazos habrían sido impulsados de nuevo hacia el espacio.

En ese momento les llegó sonido de la caída. Una sucesión de explosiones en "crescendo", conforme la babel había ido rasgando las capas de aire a velocidad supersónica, y finalmente...

Jonás no pudo sentir el último estampido, el del choque de la babel contra el suelo, mas que como un súbito dolor en sus tímpanos. Al mismo tiempo fueron alcanzados por la onda de choque, y el reptador se elevó en el aire como una brizna de hierba arrastrada por un huracán.

El huracán los arrojó por el borde del precipicio, junto con montones de rocas, y puñados de árboles destrozados.

## TRES

Todas las pantallas del puente de la Vajra mostraban la misma imagen de los restos de la Vijaya girando destrozados, dejando tras de sí una estela de diminutos restos que brillaban como diamantes a la luz de la estrella amarilla.

Han Pramantha se detuvo como hipnotizado junto a la escotilla de acceso al puente, sin poder apartar los ojos de la agonizante nave que le había conducido hasta allí. Habel Swami, que se encontraba sentado en el Sillón de mando del Comandante Isvaradeva, se levantó y salió a su encuentro desplegando los brazos en un gesto de fraternal saludo. Su larga cabellera, distintivo de los Sikhs, se agitó a su espalda.

—Hermano Han, ¡tat tvan asi! No sabes la alegría que sentí al enterarme que te encontrabas perfectamente.

Han retrocedió un paso, y evitó así que Habel lo abrazara.

—¿Os dais cuenta de lo que habéis hecho? —dijo con voz ahogada.

Habel le miró confuso.

—¿A qué te refieres, hermano?

Han señaló furioso las pantallas.

—¡Habéis destruido una nave de fusión! ¡Habéis asesinado indiscriminadamente a hombres de la Utsarpini y el Imperio! ¡Y lo habéis hecho a traición, sin previo aviso! ¡Sin darles la oportunidad de que se arrepintieran de sus pecados, y se congraciaran con Dios!

—¿Crees que yo no lamento profundamente todo esto? —replicó Habel fríamente—. En estos momentos, una nave de fusión, si hubiéramos sido capaces de capturarla intacta, habría resultado invaluable para la Hermandad. Pero no podíamos arriesgarnos, hermano. ¿Has visto el estado en que nos encontramos? Para llegar hasta aquí en un tiempo mínimo hemos tenido que agotar todas nuestras reservas de materia eyectable. Estamos prácticamente indefensos, sin capacidad combativa. Sólo podíamos contar con el factor sorpresa para enfrentarnos a la alta tecnología del Imperio... Y ha dado resultado. Nos deslizamos silenciosamente, con los impulsores parados y las velas recogidas, durante el último tramo de nuestro viaje. Los radares de la nave imperial no nos detectaron. Tal vez fuimos confundidos, tal y como teníamos previsto, con alguno de los numerosos cuerpos en órbita que forman ese cascarón. No importa, golpeamos los primeros, y con la ayuda de Dios vencimos. ¿Te das cuenta de lo que eso significa?

—Sí, la guerra contra el Imperio, y tal vez contra la Utsarpini... Nuestros hermanos tirthamkaras en los mundos imperiales serán perseguidos y ajusticiados por traidores.

—Significa el acintyashakti. El prapti para nuestra Sagrada Orden...

—¿Srila ha dado el mando de esta expedición a un rajásico? ¿Crees que la Hermandad puede enfrentarse sola a esas dos fuerzas unidas?

—No, nunca estarán unidas contra nosotros. Srila ha coronado emperador a Khan Kharole. Con eso se ha asegurado su fidelidad incondicional. Y ahora tenemos esto... —abrió los brazos como si quisiera contener con ellos al Universo entero.

—¿Te refieres a la Esfera? ¿Para qué puede...?

—¿Interesar a la Hermandad? ¿Es que estás ciego, hermano? Este será nuestro Madhyadesa, aquí podremos crecer y multiplicarnos sin interferencias ni trabas por parte del Imperio o de la Utsarpini. Y además está la riqueza... ¿Te has tomado la molestia de comprobar las cifras dadas por los espectrógrafos? Aquí hay materiales pesados en una abundancia jamás soñada en los planetas de Akasa-puspa. Quien controle este lugar, controlará el Cúmulo entero.

—¿Y Dios? ¿No has visto los rasgos de este lugar? ¿No te recuerda nada ese planeta rodeado por un anillo?

—Claro, Meru rodeado por Jambudvipa —dijo cínicamente Habel—. A su debido tiempo estudiaremos el origen de esas puranas...

—¿Puranas? —Hari no daba crédito a lo que estaba oyendo.

—Entre los más altos rangos de la Hermandad, se interpretan cada vez más libremente los oscuros mensajes de las Sastras. Pensamos que sólo hay una Satyasyasatyam en ellos:

Dios. El resto puede ser maya. Aunque por supuesto esto no puede ser expresado de esta forma por el surti destinado a los mumukshu.

Hari sintió entonces como si toda su vida fuera un gigantesco castillo de naipes a punto de derrumbarse. Bajó los ojos avergonzado, y deseó con todas sus fuerzas estar lejos de allí, despertar sudoroso en su habitación de Krishnaloka, y comprobar que todo lo sucedido en los últimos meses había sido una absurda pesadilla.

—Aquí sólo hay una realidad —estaba diciendo Habel Swami, ajeno completamente a la lucha que se estaba desarrollando en el interior de Hari Pramantha—. La acintya riqueza que guarda la Esfera para aquellos que sean capaces de controlarla...

—¿Olvidas tus votos sannyasa?

—¿Cómo vencer, si no, a los tirthikas?

—Hay hombres en el planeta, hombres del Imperio y de la Utsarpini. ¿Qué piensas hacer con ellos?

—Deben morir. ¿No lo comprendes, hermano?, no podemos permitir que la posición de este lugar se conozca antes de que la Hermandad se haya establecido.

—Estás a punto de cometer una abominación.

Habel sonrió displicente.

—Te recuerdo las palabras del Bhagavad-gita sobre eso: A quien está al servicio devocional de Krishna, le son perdonadas las mayores abominaciones.

Han comprendió que en aquellos momentos lo único que deseaba era gritar con todas sus fuerzas. Decidió cambiar de tema.

—¿Qué has hecho con el Comandante Job Isvaradeva, y con el resto de la tripulación de la Vajra?

—Están sanos y salvos, pero sólo por el momento. A su debido tiempo deberán de

ser también ajusticiados. Compréndelo, no podemos dejar testigos de nuestras... "abominaciones".

—Quisiera hablar con el Comandante.

—¿Para qué? —preguntó Habel, pero Hari no creyó captar ni un gramo de suspicacia en su voz.

—¿Tengo que darte ahora cuenta de todas mis acciones? Bien, no quisiera que mandaras a Isvaradeva y a los demás a su próxima vida, sin antes haberles dado la oportunidad de congraciarse con Dios.

—Esos servicios ya les han sido ofrecidos.

—¿Y crees que ellos confiarían en uno de vosotros?

—¿En uno de nosotros? ¿Acaso ya no te consideras a ti mismo como tal?

—Ellos han sido mis compañeros durante este largo viaje. Estarán más dispuestos a confiar en mí que en unos extraños.

Habel se encogió de hombros.

—Hermano Isaís —dijo dirigiéndose a uno de los armados infantes Sikhs —, acompaña al hermano Pramantha hasta el camarote donde están prisioneros los oficiales de la Utsarpini.

## CUATRO

Jonás fue recobrando lentamente la conciencia. Abrió los ojos, y vio que el cielo rebosante de luz estaba siendo cubierto rápidamente. Unos negros nubarrones avanzaban siniestramente por el firmamento, como los tentáculos de alguna monstruosa criatura.

Se llevó una mano a la cabeza y la retiró empapada de sangre.

—¿Qué había sucedido?

El dolor empezaba a abrirse camino a través de su conciencia semiaturdida. Sus piernas parecían haber sido vendadas con alambre de espino... Su cabeza...

Estaba tumbado boca arriba en el fondo de un barranco cubierto de piedras e informes trozos de metal. A unos cincuenta metros de donde se encontraba yacían los restos del "reptador": un confuso amasijo de hierros humeantes. Cerca de él pudo ver una de las poderosas piernas neumáticas, destrozada como un miembro salvajemente amputado.

Entonces recordó: La babel había caído.

—Las babeles no caen —se dijo.

Ese era uno de los principales dogmas de fe de la Hermandad. ¿Y él lo creía? ¡Sunyavada!

—Es cierto —añadió para sí—. Debería de haber dicho que jamás hemos visto caer una babel... hasta ahora.



Lo absurdo de su discusión consigo mismo estuvo a punto de provocarle un ataque de risa. Pero se contuvo. No estaba seguro de saber parar si empezaba ahora a reír.

El cielo ya se había cubierto por completo, y empezó a llover torrencialmente. La lluvia azotó con fuerza su rostro provocándole un aullido de dolor. Se dio la vuelta colocándose boca abajo, y escupió el agua que había entrado en su boca. Un agua negra y maloliente como la pez que ahora golpeaba con fuerza su espalda.

Decidió que había llegado el momento de intentar hacer lo que había estado retrasando: ponerse en pie.

Había temido que sus piernas no le responderían, pero no fue así. Con un doloroso esfuerzo, logró erguirse sobre sus maltrechas extremidades. Milagrosamente no parecía tener ningún hueso roto. Sólo infinidad de magulladuras, cortes y contusiones por todo el cuerpo. Como si hubiera rodado ladera abajo por una montaña... ¡y eso era precisamente lo que le había sucedido!

Ahora era necesario que encontrara un lugar donde resguardarse. La lluvia estaba arreciando, y sentía como si cada gota que golpeará su cabeza fuese capaz de hacérsela estallar. Miró alrededor intentando orientarse, pero no era capaz de apreciar nada a menos de cinco metros de distancia. Incluso la potente luz de la Esfera había sido tapada por aquellas nubes de tarquín, y esto, unido a la espesa cortina de agua, había conseguido provocar una especie de oscura noche.

Jonás, como cualquier habitante de Akasa-puspa, no estaba preparado para las tinieblas. Sus ojos eran incapaces de adaptarse correctamente a la oscuridad, de modo que avanzó a trompicones, con los brazos extendidos por delante suyo como un ciego indefenso y vulnerable. Resbalando y cayendo una y mil veces, y cada vez que intentaba levantarse se enfrentaba al mismo tormento proveniente de sus atrofiadas piernas.

Finalmente chocó con algo. La pared de roca.

Se arrastró pegado a ella, hasta que dio con un saliente, bajo el cual pudo al fin resguardarse de la lluvia.

Apoyó su espalda contra la roca, y se detuvo jadeante. Entonces se sintió lo suficientemente seguro como para preocuparse por alguien que no era él.

—¡Lilith! —gritó estentóreamente—. ¡Lilith! —Pero era como si los sonidos no pudieran escapar de su garganta.

El feroz chasquido de un rayo al romper el aire le hizo retroceder asustado.

Había caído muy cerca. El sonido del trueno, que llegó inmediatamente, estaba curiosamente amortiguado. Entonces se dio cuenta; desde que había despertado, sus oídos no habían captado apenas ningún sonido. No oía el golpear de la lluvia contra el suelo, sólo un constante zumbido que le llenaba la cabeza. Decidió dejar de preocuparse por eso. Ya lo resolvería cuando le llegara la ocasión. De momento,

como principal objetivo, debía de reunirse con Lilith, y con el resto de sus compañeros... si habían sobrevivido.

Un nuevo relámpago le descubrió el contorno del reptador no muy lejos de donde se encontraba. Pegado a la misma pared rocosa, con las cinco patas que le quedaban apuntando hacia el cielo, como una cucaracha muerta.

Se dijo que era allí donde debería de empezar a buscar a los supervivientes, y se dirigió hacia los restos del reptador arrastrando su espalda contra la roca, sin atreverse a separarse ni tan siquiera un palmo de ella.

Cuando llegó junto a la máquina, el temporal había empezado a amainar.

Rodeó el reptador chapoteando en un barro negro en el que se retorcían agonizantes algunos peces. Todo estaba cubierto por una viscosa masa de cenizas.

En el compartimento de pasajeros no había mucho que mirar. Estaba sepultado bajo una montaña de escombros, rocas y árboles arrancados de raíz. Ninguno de los científicos o infantes que lo ocupaban había tenido ninguna posibilidad de sobrevivir. Pero la cabina...

El parabrisas de la cabina del reptador había estallado. Sin duda eso fue lo que le salvó, debió de salir despedido cuando la máquina se precipitó al vacío. Quizás los demás habían tenido la misma suerte, quizás Lilith seguía con vida... quizás...

Pasó entre los dientes de cristal del destrozado parabrisas, y encontró el cuerpo de Gwalior tendido junto a la radio. El techo de la cabina se había combado sobre ésta, atrapando al Ayudante Mayor de la Vajra como un martillo neumático. Su cabeza había desaparecido entre los hierros retorcidos, de los que rezumaba una viscosa masa gris veteada de rojo sangre.

No había nadie más. Jonás salió al exterior, y vomitó junto a la cabina. Había dejado de llover.

—¡Jonás! —La voz le llegó como un débil susurro, casi ahogado por el zumbido que llenaba sus oídos.

Se volvió. Chait Rai estaba de pie, frente a él, su uniforme destrozado como si fuera un naufrago.

—Creíamos que habías muerto —dijo tranquilamente.

—No oigo bien... ¿Y Lilith?

—Está bien. Ven, hemos encontrado un refugio. Aquí es peligroso quedarse...

—¿Peligroso? ¡Casi nos cae una babel en la cabeza! ¿Qué más puede pasar?

—Terremotos.

## CINCO

Han siguió al infante Sikh a través de los estrechos corredores de la Vajra. A cada paso que daba sentía flaquear sus piernas. Su cabeza estaba repleta de negros

pensamientos de los que le era imposible alejarse.

Finalmente alcanzaron el camarote de oficiales, el ritmo de su corazón se aceleró mientras el soldado adhyátmico abría la puerta.

En el interior se hacinaban el Comandante Isvaradeva, el Segundo comandante, y el resto de la oficialía de la Vajra.

Al verlo entrar, el Comandante, que estaba recostado en una litera, se puso en pie y avanzó hacia él.

Han observó consternado el rostro de Isvaradeva. En aquellos pocos meses el joven Comandante parecía haber envejecido diez años.

—¿Has venido para saborear tu triunfo? ¿Para disfrutar de las consecuencias de tu traición?

Han bajó los ojos, y durante un momento sintió que sus fuerzas le abandonaban. Las rodillas se le doblaban, y sus piernas a duras penas conseguían seguir sosteniendo su peso.

—Tienes razón, Comandante, soy un traidor. Un traidor mayor de lo que jamás podrías concebir.

Sin darle a Isvaradeva tiempo para reaccionar, Hari introdujo una mano en uno de los pliegues de su hábito, extrajo una larga y afiladísima aguja, y giró sobre sí mismo clavándola en el pecho del atónito guardia Sikh.

El soldado se derrumbó silenciosamente, con el corazón perforado por la mortal aguja, como si no fuera más que un hábito vacío.

Han se quedó inmóvil, observando al Sikh muerto, y a la brillante aguja que sobresalía de su pecho, como si él hubiera sido un simple testigo, y no el autor, de aquella muerte.

Se volvió hacia Isvaradeva, y alzó una mano suplicante. La mano se cerró en un puño, su rostro se crispó de dolor, y Hari cayó como un roble herido de muerte.

Isvaradeva saltó, recogiendo al hermano, y evitando que golpeará su cabeza contra las planchas de acero. Depositó a Hari en el suelo con cuidado, y buscó frenéticamente su pulso.

—¡Rápido, Ajmer, no respira!

El oficial médico se plantó junto a él en un par de saltos, tras reconocer rápidamente a Han, desabotonó la parte delantera de su túnica, y le aplicó al religioso un vigoroso masaje cardíaco.

—¡Ha sufrido un ataque al corazón...! —dijo, jadeando por el esfuerzo— ¡Rattan..., adrenalina!

El oficial de comunicaciones rebuscó en el botiquín del camarote, hasta encontrar varias ampollas, y una jeringuilla de vidrio. Lo llevó todo junto a Ajmer, que rápidamente inyectó el contenido de una de las ampollas en la corriente sanguínea del religioso.

## SEIS

Lilith sollozaba. Toda su frialdad se había esfumado. Ahora era sólo una mujer asustada, con el pelo sucio y revuelto, y la ropa hecha jirones mostrando las magulladuras y erosiones que salpicaban su cuerpo.

La llegada de Jonás y el mercenario le alivió algo. Ella también temía que Jonás hubiera muerto.

Durante el camino habían sufrido varios terremotos, ninguno demasiado fuerte, pero en el transcurso de uno de ellos la montaña había acabado por derrumbarse sepultando los restos del reptador.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —dijo Lilith.

—Iremos hacia la Ciudad. Los salvajes son los únicos que pueden ayudarnos —afirmó Chait.

—¿Quieres decir que todos nuestros compañeros han muerto? —preguntó Lilith casi con un susurro.

—Sí.

—No —dijo nerviosa—, no es posible... Estás equivocado... Eso es imposible...

Chait la tomó de los hombros, y la sacudió enérgicamente.

—Nosotros estamos vivos. No podemos rendirnos ahora.

Jonás sacudió la cabeza como si se negara a creer lo evidente.

—Pero la Vijaya no ha podido...

—Jonás, lo que viste estrellarse contra la babel era la Vijaya. Nuestro campamento estaba en la base de la babel... Somos los únicos supervivientes. Cuanto antes te hagas a la idea de esto mejor para todos.

—Un momento —intervino Lilith—: ¿Y Han, Yusuf, y los demás del transbordador...?

El ksatrya se encogió de hombros.

—Quién sabe. Lo mismo que atacó a la Vijaya pudo muy bien acabar con ellos...

—¿Atacó? ¿Quién...?

—¿Qué más da? Ya lo averiguaremos. Hay cosas más urgentes. A partir de ahora deberemos proceder sin esperar ninguna ayuda del exterior. Vamos.

Se pusieron en marcha. Chait había mirado al cielo intentando orientarse, pero el sol amarillo era imposible de distinguir entre la espesa capa de nubes que lo cubría. De no ser por la luz extra proveniente de la Esfera, la oscuridad habría sido total. Pero Chait había decidido una dirección, y los tres se habían puesto a caminar hacia allí. Jonás tenía serias dudas sobre que aquél fuera el camino adecuado, pero sabía que el ksatrya, como buen militar que era, no iba a reconsiderar su primera decisión.

Lilith sangraba por un oído. Al parecer la explosión le había reventado aquel tímpano. Sí algún día regresaba al imperio podrían curarla sin problemas, pero Jonás

apenas oía nada por ninguno de los dos, y ya había olvidado los tiempos en los que no escuchaba aquel constante zumbido.

—No te preocupes —le había dicho Chait —; si oyes algo, es que a ti no te ha saltado el tímpano. En un par de días estarás completamente recuperado.

Jonás se sintió irritado por la indiferencia de Chait Rai.

—Ahora que pienso... ¿tú oyes bien?

—Abrí la boca. Es lo que hay que hacer si va a explotarte un obús cerca. Ahora, no malgastes aliento y camina.

Caminaron, rodeados por un apocalíptico paisaje. Estaban cansados, muy cansados, incluso antes de emprender la marcha. Jonás se sentía como si las prótesis de sus piernas se hubieran convertido en plomo, tenía los huesos molidos, y los músculos al borde del agotamiento. Durante dos veces en los últimos minutos, había tropezado y caído cuando no existía una razón aparente para ello. Pese a todo siguieron adentrándose en la creciente oscuridad que cubría rápidamente el planeta, mientras crecía la preocupación de que cada paso pudiera ser el último. Apenas distinguían el terreno que pisaban, en cualquier momento podían desaparecer los tres por una grieta recién abierta por los terremotos.

Después de media hora, tal vez un poco más, se detuvieron al pie de la empinada pared de roca.

—¿Qué distancia crees que hemos recorrido, Chait? —preguntó Lilith.

—Unos cinco kilómetros; nos hallamos bastante cerca. —Tanteó la pared rocosa que se elevaba frente a él.

—¿Y ahora, qué? —preguntó Jonás mirando desanimado la pronunciada pendiente.

—¿Ahora qué? —dijo el mercenario—. Debemos de subir hasta arriba, por supuesto. La Ciudad está en la cumbre. Des cansaremos cinco minutos, e iniciaremos la ascensión.

—¿Cómo? Por Krishna, has visto mis piernas. No podré escalar esa pendiente.

Chait le echó un vistazo apreciativo.

—Si podrás.

—Chait —intervino Lilith —, ¿no será peligroso? Si un terremoto nos sorprendiera mientras subimos...

—No habrá más terremotos.

—¿Cómo lo sabes? —gritó Jonás —¿Eres experto en sismología?

—No habrán mas terremotos, punto.

—Pero...

—Silencio. —El mercenario había tapado la boca de Jonás con su mano—. Agachaos, alguien viene.

Los dos biólogos obedecieron.

Chait, con su arma preparada, observó parapetándose prudentemente tras una amplia roca. Se puso en pie y alzó los brazos.

—Son los nativos —dijo.

El grupo de nativos llegó hasta ellos cabalgando unos curiosos animales semejantes a cabras, pero sólo un poco más pequeños que los phantes. El sacerdote iba en cabeza.

Chait Rai era el único que aún poseía un traductor en condiciones, por lo que tuvo que ir repitiendo las palabras del nativo.

—Dice que cuando la babel cayó, él salió despedido fuera de la cabina del... No sé cómo lo ha llamado, pero supongo que se refiere al reptador. A diferencia de nosotros no rodó ladera abajo, de modo que se puso en pie, y se dirigió hacia la Ciudad en busca de ayuda... Los terremotos y la tormenta les han retrasado un poco, pero... bueno, aquí están.

—Y qué a tiempo! —exclamó Lilith.

Les habían traído monturas, y Jonás observó con cuidado la suya. Tenía dos amplios cuernos echados hacia atrás, semejantes a los manillares de una bicicleta. Los cuernos surgían de una placa córnea que cubría la cabeza y se extendía hacia delante, formando una especie de pico. El labio inferior, largo y musculoso, se prolongaba para tener la misma longitud que el "pico" córneo. Tenía dos anchos cascos en cada pie, muy separados y un poco prensiles, dotados de una asombrosa capacidad de adherencia a las rocas.

Se dirigieron hacia la Ciudad. Aquellos animales trepaban por el barranco y saltaban las grietas como auténticas cabras.

Rodeado por un paisaje cada vez más sombrío, Jonás no dejaba de tener pensamientos igualmente negros.

¿Quién había destruido la Vijaya? ¿Era posible pensar que todo había sido un estúpido accidente? Pero no, la tecnología imperial estaba muy por encima de ese tipo de accidentes. Alguien había atacado a la nave de fusión; la pregunta era... ¿quién? ¿Algún sistema automático activado casualmente por alguno de los hombres que habían explorado Jambudvipa? ¿Era posible que los nativos hubieran estado mintiéndoles desde el principio? Se hacían pasar por salvajes, y en cambio vivían en ciudades rodantes supertecnológicas. ¿Habían destruido ellos la Vijaya, y ahora conducían a los únicos supervivientes hacía algún tipo de sacrificio ritual...?

Se revolvió inquieto en su montura. No debía de seguir pensando así, o acabaría tan loco como el eunuco... a quien la rueda del samsara le hiciera reencarnarse como bacteria.

Al final, la Ciudad apareció en la llanura que se extendía por encima del cañón labrado por la babel.

No parecía haber sufrido demasiados daños, y seguía moviéndose, aunque Jonás

hubiera jurado que mucho más lentamente. En cambio, las cuadrillas de pequeños robots auxiliares que la acompañaban habían desaparecido. Quizás los terremotos y la tormenta habían estropeado a muchos, y ahora estaban reparándolos.

Siguieron avanzando hasta guarecerse bajo la sombra de la Ciudad. Jonás levantó la cabeza observando la panza del gigantesco hábitat rodante. Una impresionante estructura de placas de acero y tuberías que se deslizaba a veinte metros sobre él. Dispuestas en una rejilla regular se levantaba a su alrededor un bosque de chirriantes orugas. Cada una de ellas mediría diez metros de altura por unos treinta de longitud, y había miles, rodando lentamente y soportando el monstruoso peso de la Ciudad.

Una amplia rampa metálica había descendido frente a ellos, sujeta por unas gruesas cadenas como el puente levadizo de un castillo. Se arrastraba por el suelo gracias a unas pequeñas ruedas metálicas. El grupo de cabras-montura ascendió tranquilamente por ella.

## SIETE

Lentamente, Hari Pramantha fue volviendo a la vida. Abrió unos ojos enrojecidos, miró uno a uno a los hombres que le rodeaban, mientras un sudor frío perlaba su frente. Súbitamente se volvió a un lado para vomitar una espuma amarillenta.

—Lo siento, Comandante... —murmuró con voz débil.

Lo habían tendido en una de las literas, y el oficial médico, sentado en el borde de ésta, le apretó la muñeca.

—Es increíble, Comandante —dijo —; su pulso se ha normalizado de una forma milagrosa.

—No es ningún milagro, doctor —dijo Hari intentando incorporarse. Desistió—. Son los efectos del acondicionamiento chittas de la Hermandad. Se supone que yo no era capaz de hacer... lo que he hecho. Matar a un Hermano.

—¿Qué sabes de todo esto, reverendo? —preguntó Isvaradeva.

Hari pasó una mano por su rostro.

—Yo había sido enviado a la Vajra como espía de la Hermandad... —Pero no debieron de poner a prueba de esa forma mi acondicionamiento, pensó para sí—. Habel Swami es el acaryas que está a cargo de esta expedición. Partió de Vaikunthaloka antes incluso que nosotros, pero tuvo que hacer escala en Martyaloka...

—¿Cuál era su misión?

—Apoderarse de la nave Imperial, averiguar qué tipo de arma estaba destruyendo a los rickshaws... ¿Qué más da? Lo cierto es que apenas avistaron la Esfera, se dieron cuenta de que tenían entre manos un pez mayor del que habían venido a pescar...

—Y tú lo sabías todo durante todo el tiempo —dijo Ajmer acusadoramente.

—Si —admitió Hari—. Fue por eso por lo que no quise descender al planeta. Prefería mantenerme al margen... Estaba seguro de que si ponía a prueba mi acondicionamiento podría suceder algo así.

—Lo pasado, pasado está —dijo Isvaradeva—. Lo importante es que ahora estás con nosotros. ¿Crees que podrás seguir ayudándonos?

—Sí, Comandante. Ya estoy casi bien.

—Perfecto, porque no podremos salir de ésta sin tu ayuda. ¿Sabes dónde están encerrados el resto de mi tripulación y los guardias imperiales?

—No, lo siento, Comandante., pero Swami se mostraba ya muy suspicaz. No me atreví a preguntarle nada mas.

—No importa, sólo hay un sitio en la nave donde pueden haberlos encerrado a todos: el sollado.

## OCHO

Finalmente pudieron ver a los moradores de Hebabeerst. Los hombres vestían túnicas largas y ceñidas con el cuello bordado, a veces con una chaquetilla encima, de cuero o terciopelo, y calzaban botas bajas. Se cubrían con pequeños turbantes planos. Las mujeres llevaban faldas con volantes, corpiños ajustados, y se tocaban con boinas adornadas con plumas. Ambos sexos llevaban collares o brazaletes de diferentes materias: metal, hueso o piedras pulidas. Las calles metálicas estaban adornadas con excrementos de perro o ganado vacuno, aparte de basuras diversas.

Un vaho a estiércol seco y a heno marchito surgió de lo que parecía un largo establo de vacas. Las débiles llamas de las antorchas prendidas en la pared metálica, sólo iluminaban una parte del inmenso cobertizo, en el que podrían cobijarse unas cincuenta cabezas de ganado. De aquel lugar emanaba una mórbida tristeza. Jonás casi decidió marcharse; le deprimía contemplar una vez más la barbarie y la decadencia superponiéndose y venciendo a la tecnología.

El techo de viguetas de acero, que parecían haber sido cortadas y vueltas a soldar una y mil veces, estaba salpicado por manchas de óxido y moho. Por la puerta de la bodega, mal cerrada, llegaba un inconfundible olor a leche agria.

Con gestos, el sacerdote le indicó a Jonás que le llevaría a un lugar desde el que podría contemplar la morada de Dios.

Entraron en la habitación principal. Era una gran sala cuadrada, levemente iluminada por una pequeña abertura practicada, tal vez siglos atrás, en los gruesos muros de acero, y defendida por una sólida reja de hierro colado. Una vaga luz llegaba también del tosco hogar de granito. A doce metros de altura, los cuatro muros de la cocina se inclinaban a cuarenta y cinco grados para formar una pirámide



regular, que iba reduciéndose hasta la estrecha abertura de la cumbre. Una caperuza de madera, que podía maniobrase mediante una larga varilla de hierro, orientándose según la dirección del viento, ocultaba a medias aquella abertura. Todo el interior de la pirámide estaba negro de hollín y de humo. Colgados de barras de hierro, acababan de secarse y ahumarse jamones y diferentes tipos de embutidos preparados por los nativos.

El hogar estaba formado por dos grandes piedras de granito y una placa de hierro fundido, adosada a la pared y fijada por un par de groseros puntos de soldadura.

En el pavimento, formado por grandes planchas de goma mal unidas, descansaban pequeños cinces de acero, cubos de madera; y junto al hogar, un gran caldero de cobre que se usaba para preparar la comida de la comunidad.

El sacerdote le señaló una de las paredes, en la que Jonás observó una irregular serie de grapas de hierro dispuestas como escalones, e inició la ascensión por ellos. Jonás le siguió en silencio, sumergiéndose en el espeso y asfixiante humo que se concentraba en la amplia bóveda de la sala.

Al llegar al final, el sacerdote empujó una trampilla; el techo se abrió de pronto y se encontraron mirando hacia arriba, por encima de la falsa cubierta, hacia una caverna atravesada por vigas cuadradas y chirriantes tiras de acero que se tensaban y destensaban en una estremecedora danza. Estaba contemplando los "huesos" y los "músculos" del gigantesco ser vivo que era la ciudad.

La parte superior de ese espacio también era de planchas de acero, pero los remaches que las unían eran distintos de los que había en la cubierta inferior; eran dos veces más grandes, y no estaban espaciados de la misma manera.

Allí, la altura del techo, cubierto de tuberías pintadas de color terracota, no era superior al metro y medio. Jonás, medio arrastrándose acucillado, medio reptando, siguió al nativo a través de la claustrofóbica cavidad, mientras se sentía confundido y aplastado por el indefinido y confuso espacio que le rodeaba.

Avanzaron penosamente hasta un lugar donde había sido retirada una de las planchas de acero, dejando una amplia abertura cuadrangular, un nítido cuadrado azul recortándose entre la negrura del acero. A través de él, ambos hombres salieron al exterior.

Estaban en la cima de la inmensa ciudad viviente, a gran altura sobre el nivel del suelo.

El biólogo miró a su alrededor. El techo de la ciudad estaba formado por un espeso entramado de cables metálicos sostenido por postes de metal de diez metros, como un colosal tendedero, formando un enorme cuadrado de algo más de cinco kilómetros de lado.

Recogiendo el maná que cae del cielo —pensó Jonás. Aquella red no era otra cosa que un sistema de antenas, que alimentaba a la ciudad con la energía de la Esfera

radiada hacia el planeta en compactos haces de microondas.

El sacerdote levantó la mano señalando hacía lo lejos. Jonás intentó concentrar su vista en el punto señalado, pero no pudo discernir nada entre las sucesivas capas de bruma.

—¡Zwodd! —dijo el nativo. Jonás conocía aquella palabra en esferita; significaba: Dios.

Esforzó sus ojos hasta que le dolieron, intentando traspasar la espesa atmósfera. Se quitó las lentillas coloreadas que había llevado puestas desde que llegara al planeta, y volvió a mirar. Fue entonces cuando creyó ver unos confusos contornos a lo lejos. Algo semejante a una gigantesca cordillera que se extendía en el horizonte, pero no fue capaz de distinguir ningún detalle más.

Dio media vuelta y observó el lugar en el que había caído la babel.

Se habían formado grandes lagos de lava fundida que teñían de reflejos rojizos las nubes. El impacto había cortado la corteza terrestre como un latigazo corta la carne humana, y por la herida supuraba fuego.

Se estaba preguntando si estarían realmente seguros, si aquella lava no podía alcanzarles, cuando vio la estela de un transbordador imperial aterrizando junto a la Ciudad.

Se volvió hacia el sacerdote; éste también miraba asombrado. Preguntó algo que Jonás, por supuesto, no entendió.

—Juraría que ése es uno de los transbordadores de la Vijaya —dijo casi para sí.

Eso podía significar que había habido supervivientes. Pero también podía significar problemas.

## NUEVE

Hari Pramantha caminó lentamente por el curvado corredor que conducía al sollado. Dos monjes Sikhs montaban guardia frente a la puerta de la mayor sala de la nave.

Han se detuvo junto a ellos.

—Santam, siram, adwaitam, hermanos —dijo solemnemente—. He sido enviado por nuestro común hermano, el acarya Swami, para procurarles un poco de paz espiritual a estos desgraciados.

El más veterano de los dos monjes le dirigió una mirada suspicaz.

—Nuestro común hermano no nos ha advertido al respecto.

—En ese caso, nuestro común hermano ha cometido un descuido imperdonable. Es vikarma negarle el consuelo espiritual a unos condenados.

Los dos guardias se miraron un instante.

—De acuerdo. Pasa, hermano.

Hari atravesó el umbral, y tuvo que enfrentarse una vez mas con las miradas de asombro de sus antiguos compañeros. Allí estaban todos los demás: Yusuf, el sargento Bana, y los marinos de la Vajra, acompañados por el capitán Ulm Idlis y los guardias del Imperio.

Bana se adelantó furioso.

—¡Qué asuras...! —empezó a decir apretando los puños.

Pero Hari actuó rápidamente. No había tiempo para explicaciones. Sacó la ametralladora arrebatada al Sikh muerto, y que había mantenido oculta bajo los pliegues de su hábito, y se la entregó a Bana.

El sargento de infantes se quedó mirándole estúpidamente. Hari se apartó, y señaló la puerta.

Bana no necesitó nada más. Abrió fuego. Una ráfaga de ametralladora se esparció regularmente de derecha a izquierda, a la altura del pecho. Los proyectiles con camisa de acero atravesaron la delgada puerta del sollado como si fuera una cortina de seda. Hari se quedó aturdido por la súbita violencia y las narices atascadas por el acre olor de pólvora quemada. Hubo dos períodos de momentáneo silencio, ambos seguidos por la larga tos de la ametralladora. Después, silencio otra vez.

Un instante después la destrozada puerta se abrió. Lo primero que vieron fueron los cuerpos de los dos guardias Sikhs tendidos en el suelo.

El Comandante Isvaradeva pasó junto a los dos cadáveres, y se dirigió a sus hombres.

—Debemos darnos prisa si queremos que esta nave vuelva a ser nuestra —dijo—. El factor sorpresa era nuestra única ayuda... pero me temo que después de esto ya no podemos contar con ello.

## DIEZ

La voz de Jai Shing era más chillona debido a la ira.

—¿Dónde estaban ustedes escondidos mientras la Vijaya era atacada?

Jonás se limitó a parpadear con lentitud.

—Investigando.

—¡Investigando! ¡Investigando! ¡Y mientras tanto, han destruido a la Vijaya! ¡Sí, destruida! Todos muertos, salvo los pocos que hemos podido escapar en el transbordador de salvamento.

Jonás miró el pequeño grupo. Apenas veinte personas entre científicos e infantes de marina. Reconoció a Dohin entre los científicos, y al cabo Konarak entre los infantes, y... a nadie más. Prhuna, Sudara, Ban Cha, Coroes... ¿Todos habían muerto? A Jonás no acababa de entrarle esto en la cabeza.

—¿Por quién? —Era Chait Rai.

—¡Kharole o la Hermandad, no importa quién!

—Importa mucho —dijo el mercenario—. Pues, si Kharole es quien la ha destruido, quizás debo considerarlo a usted como enemigo. ¿La nave atacante se identificó?

—No —dijo Chait tras meditar un segundo—. Nos haremos fuertes aquí. Fabricaremos algunas armas. Podemos entrenar a los nativos y...

—Un momento, un momento. ¿De qué Putana está hablando?

—Sea lo que sea lo que atacó a la Vijaya tendremos que hacerle frente tarde o temprano. Lo mejor es que empecemos a prepararnos desde ahora mismo.

—¿Me está tomando el pelo, mercenario? Lo único que quiero es salir de aquí y regresar al Imperio. No voy a permitir que empiece a disponer las cosas como si pensáramos quedarnos más tiempo.

—Es usted un estúpido, Shing. Así que "quiere regresar al imperio" —Chait imitó la vocecilla y los gestos del eunuco—. ¿Y qué mierda cree que queremos todos? Salir de aquí, nada más que eso. Pero, ¿cómo? ¿Tiene alguna genial idea de cómo vamos a regresar a Akasa-puspa, gramani? ¿Con ese transbordador?

—Tiene que haber un medio... Usted tiene que sacarme de aquí... —El eunuco se dejó caer sobre una silla, y se puso a sollozar amargamente.

Chait lo contempló durante un rato con una mueca de repugnancia pintada en su rostro.

—Vamos —dijo, dirigiéndose a los catorce infantes supervivientes—. Tenemos trabajo que hacer.

## XIII. EL DIOS

*Nunca hubo un tiempo en el que Yo no existiera, ni tú, ni todos esos reyes;  
y en el futuro, ninguno de nosotros dejará de existir.*

BHAGAVAD-GITA (2.12)

### CERO

Sobre la muralla que rodea a Uruk, Gilgamesh arrodillóse y dirigió estas palabras al dios Shamash:

«¡Deseo partir, oh Shamash, y elevo mis manos hacia ti! ¡Ojalá pueda volver con vida! ¡Haz que regrese a la amurallada Uruk! ¡Concédeme tu protección!))

Y, dirigiéndose a Enkidu, dijo: «Voy a emprender un viaje desconocido; si triunfo, te celebraré en la alegría de mi corazón, te haré sentar en un trono.»

Los herreros trajeron las espadas, el arco y el carcaj, y los pusieron en las manos del héroe...

POEMA DE GILGAMESH (Tablilla III. Columna V)

### UNO

El corredor estalló en un rugido ensordecedor.

El centro de la puerta del puente se desintegró en una nube de astillas metálicas, destrozado por los proyectiles disparados por la ametralladora que saltaba salvajemente en las manos del sargento Bana.

Swami se volvió, sorprendido, e intentó levantar las manos como si pretendiera detener las balas. Una de ellas le alcanzó en el centro del esternón y lo tiró hacia atrás como un hombre que recibe un mazazo.

Estaba muerto antes de llegar al suelo.

El resto de los Hermanos del puente se rindieron sin disparar un tiro.

Isvaradeva volvió a sentarse en el sillón de mando del puente de la Vajra. Emocionado, acarició los brazos de piel del sillón mientras consideraba lo mucho que habían cambiado las cosas en los meses que había pasado alejado forzosamente de su puesto. Ahora, al menos, sabía que su senapatí, Kharole, no le había traicionado. Tenía algo por lo que luchar, algo por lo que morir si era preciso.

Se volvió hacia su Segundo.

—Gorani, manténgame informado de la situación en las cubiertas uno y dos... Y

saquen esa carroña de aquí —dijo señalando el cuerpo de Habel.

La nave aún no era completamente suya. Algunos monjes Sikhs seguían peleando en las cubiertas exteriores. El oficial del Imperio se había puesto al mando del grupo cuya misión era la de reducirlos.

—Comandante —la voz surgió de un altavoz a su derecha, la reconoció como la de uno de los suboficiales artilleros—. Sala artillera de proa lista y en zafarrancho.

Una tras otra, las distintas partes de su nave le fueron informando de que habían regresado a la vida.

—Timonel —dijo Isvaradeva conectando el intercomunicador —, enfile la proa hacia la nave enemiga más cercana.

—Entiendo, Comandante.

Lentamente la Vajra empezó a girar sobre sí misma, dirigiendo sus piezas artilleras de proa hacia uno de los dos veleros de la Hermandad. La sección L de marinería empezó a repartir armaduras de vacío en el puente.

—Mi Comandante —dijo el oficial de comunicaciones treinta minutos después.

—¿Sí...?

—Estamos recibiendo llamadas de los veleros de la Hermandad.

—Conecte el altavoz.

—A la orden.

Un chasquido de estática, y...

—¡Atención Vajra, estáis maniobrando sin habernos informado previamente! ¿Tenéis algún problema, hermanos? ¿Podemos ayudaros... ?

—No conteste... Les dejaremos seguir preguntándose lo que está pasando hasta que sea demasiado tarde. Ellos tampoco jugaron limpio con nosotros.

—Mi Comandante...

—¿Sí, Gorani?

—Estoy recibiendo informes del teniente imperial —dijo tapando con una mano el auricular.

—Pásemelo, Gorani.

El segundo accionó un interruptor, e Isvaradeva sintió en sus auriculares el fragor de la batalla que seguía en algún lugar de la nave.

—¿Cómo va todo, teniente?

—Bastante bien, Comandante —dijo el oficial de la guardia imperial—. Los religiosos se han encerrado en uno de los almacenes de herramientas, pero no nos costará mucho sacarlos de ahí.

—No se arriesgue inútilmente, teniente. Si les dan demasiados problemas, ordene que se haga el vacío en esa sección, y líbrese de esas ratas con el menor costo posible...

—Comandante —era el piloto —, tenemos la primera nave de la Hermandad

enfilada con nuestra proa.

—Estupendo. ¿Los religiosos siguen llamando?

—Con más insistencia que nunca, mi Comandante.

—En ese caso, ya es hora de que reciban una respuesta... ¡Atención salas artilleras de proa...! ¡Abran fuego!

Isvaradeva se concentró en su monitor. Seis estelas flamígeras surgieron paralelas de la proa de su nave, y cruzaron el espacio con una aparente lentitud de pesadilla.

El tiempo pasó, mientras el chorro propulsor de los misiles se reducía a diminutas estrellas relampagueantes. Tres minutos... Cinco... Era curioso pensar que los Hermanos deberían de estar viendo venir la muerte sin tener ninguna posibilidad de hacer nada... Diez... Quince...

Cerca de la curva del planeta estalló un surtidor de llamas. Una exclamación de júbilo recorrió el puente.

—Le hemos dado de lleno, mi Comandante. Un blanco perfecto —dijo alguien.

—Aún queda otra. Piloto.

—¿Sí, mi Comandante?

—Proa hacia la segunda nave enemiga. ¡A toda velocidad!

—Nos llevan ventaja, mi Comandante —dijo Gorani con gesto preocupado—. El segundo velero de la Hermandad empezó a maniobrar cuando nuestros misiles estaban a mitad camino.

Un silencio tenso cayó sobre el puente. Los veleros espaciales se mueven muy lentamente, pero unos minutos de diferencia podían ser definitivos. La nave enemiga dispararía primero.

El silencio fue cortado por la voz del teniente imperial.

—Toda la nave está ya en nuestro poder, mi comandante. Hemos capturado a una docena de Hermanos vivos.

—Le felicito, teniente —dijo Isvaradeva con más entusiasmo del que sentía. Ahora era necesario que aquella victoria no hubiera sido inútil.

—Piloto, ¿cuánto tiempo nos resta para completar nuestra maniobra? —preguntó.

—Treinta y cinco minutos, mi Comandante.

—¿Gorani?

—La nave enemiga nos tendrá a tiro en veintiocho minutos. Lo siento, Comandante...

¿Nos quedan veintiocho minutos de vida? —se preguntó Isvaradeva. Si ordenara que algunos de sus hombres utilizaran el transbordador del Imperio para descender al planeta... Eso estaba previsto en la Ordenanza: la brigadas, con él al frente, se quedaría. El resto podrían marcharse. Podrían descender al planeta, y unirse a los supervivientes que estaban en tierra, y juntos organizar un frente contra los religiosos... ¡Si al menos Gwalior estuviera allí! Su Ayudante Mayor era el más

indicado para decidir quiénes deberían de marcharse y quiénes no.

—Mi Comandante, ¿me permite que compruebe su armadura de vacío?

—El repostero le había sacado de sus pensamientos. Isvaradeva asintió, y levantó los brazos para que el marino pudiera repasar las fijaciones del peto metálico.

—Están perfectamente; gracias, Comandante.

El hombre pasó a comprobar la armadura de Gorani. Isvaradeva se removió nervioso en su asiento.

—¿Cuánto tiempo falta? —preguntó.

—Diez minutos para que ellos nos tengan a tiro.

—Muy bien, Gorani, que las brigadas L y T, y todo aquel de la brigada 5 que no esté en un puesto de combate o de maniobra, se dirijan al transbordador imperial y que se preparen para abandonar la nave.

—¿Qué hacemos con los hermanos prisioneros?

—Que embarquen también, junto con los infantes del Imperio.

Gorani radió las órdenes.

Tiempo... Arrastrándose con demencial lentitud... Cada pocos segundos Isvaradeva debía de volver la vista hacia el indicador de posición para asegurarse de que la nave se estaba moviendo.

—Tres minutos, y estaremos a tiro.

Isvaradeva observó fijamente la pantalla. La nave enemiga aparecía como un punto luminoso sobre el continente circular...

Súbitamente el punto estalló en un millón de partículas deslumbrantes.

Durante varios interminables segundos nadie dijo nada en el puente. No podían creer lo que habían visto; era como un sueño hecho realidad, y nadie quería decir algo que los hiciera despertar. Normalmente, los enemigos no desaparecen sólo con desear que lo hagan.

—¿Qué ha sucedido? —dijo finalmente alguien.

Uno de los serviolas se volvió con un gesto de asombro pintado en el rostro.

—Mi Comandante... Un láser que ha partido del planeta para alcanzar a la nave enemiga.

—¿Un rayo láser?

—Si, Comandante, y de una increíble potencia. Mucha más de la que normalmente usa el Imperio para comunicaciones de larga distancia.

—¿Han localizado el lugar de procedencia de ese rayo?

—Si, ha quedado perfectamente registrado en nuestros instrumentos. El láser ha partido de alguna zona cercana al lugar donde aterrizaron el comandante Gwalior y los demás.

Isvaradeva se frotó los ojos enrojecidos por el agotamiento. Un poco más...

—Bien, normalmente no se le deben contar los dientes al phante regalado, pero



creo que es hora de averiguar lo sucedido con los compañeros que aterrizaron en el planeta.

## DOS

Dohin estaba inclinado sobre una mugrienta puerta de acero junto con varios infantes de marina, y un par de científicos del Imperio. Jonás se acercó al grupo, y Dohin se incorporó en cuanto el biólogo llegó a su altura.

—¿Sigues con la idea de hacer esa expedición? —preguntó.

—Sí, el reptador que trajisteis en vuestro transbordador ya está preparado.

—Pero, ¿qué pensáis encontrar?

—Ayuda. Si alguien puede ayudarnos contra los que destruyeron la Vijaya ese alguien debe de estar en ese lugar. Vuestros instrumentos registraron allí una gran concentración de energía, ¿recuerdas? Tendrás que admitir que todo lo que estamos encontrando desde que llegamos a la Esfera es muy extraño. Y los salvajes no dejan de hablar de ese dios que vive justo allí. —Jonás señaló la dirección con el brazo extendido.

—¿Precisamente tú esperando ayuda divina...? ¿Se está agrietando tu ateísmo?

Jonás se preguntó a dónde quería ir a parar el científico imperial.

—Aún no he visto nada que no pueda explicarse con una tecnología muy avanzada. Creo que algún grupo de esferitas ha podido muy bien mantener su civilización a lo largo del tiempo. Si fuera así, sus vecinos podrían llegar a considerarles "dioses".

—Sí, eso todos los sabemos. De hecho, en el pasado, en muchos planetas salvajes han tomado por dioses a los exploradores del Imperio.

—Entonces...

—¿Por qué crees que sea lo que sea lo que encuentres, estará dispuesto a ayudarnos? ¿Por qué estás tan seguro de que no fueron precisamente ellos los que destruyeron la Vijaya?

—Sólo hay una forma de contestar a todas esas preguntas: viajando hasta lo que los nativos llaman la "Residencia de Dios", y averiguar de qué se trata. —Jonás se volvió, señalando a los infantes y científicos que seguían trabajando en la puerta—. Y vosotros, ¿qué estáis haciendo?

—Más o menos lo mismo que tú... creo. Intentamos encontrar algo en esta Ciudad que nos pueda ayudar en su defensa. Las fotos de infrarrojo nos han mostrado que la zona de la Ciudad ocupada por los salvajes es una mínima parte del volumen total de ésta.

—¿Y qué hay en el resto?

—Eso estamos tratando de averiguar. Fíjate en esa puerta, —creemos que

conduce a las zonas interiores de la Ciudad, pero debe de haber estado cerrada durante siglos; los salvajes no han podido tener jamás acceso al interior.

—Y, ¿podréis abrirla?

Dohin se encogió de hombros.

—Se trata de una simple cerradura magnética. En estos momentos el ordenador está intentando descifrar la clave.

—Ya veo. Bien, en ese caso iré a ver si está todo preparado. Os deseo suerte.

Jonás se alejó por el corredor iluminado con antorchas, y Dohin regresó al trabajo. Tal y como habían previsto, la cerradura de la puerta cedió al cabo de unos minutos, y ésta se abrió con un débil chasquido. El interior estaba oscuro, pero al fondo parpadeaban malévolamente diminutas lucecillas, como los ojos de millares de ratas.

—Bien, ya está —dijo, y entró en primer lugar encendiendo una linterna láser de diseño imperial.

Apenas hubo cruzado el umbral las luces se encendieron, lo que hizo inútil la linterna que Dohin apagó rápidamente. Los infantes y los dos científicos cruzaron tras él.

Estaban en una amplia sala circular de más de doscientos metros de diámetro, por unos treinta metros de altura. A diferencia del resto de la Ciudad, tanto el suelo como las paredes estaban inmaculadamente limpios. En el piso de metal gris perla no era posible apreciar ni una mota de polvo. Las paredes estaban cubiertas de extrañas máquinas cuyas diminutas luces parpadeantes eran lo primero que Dohin había visto. El techo parecía irradiar luz en toda su superficie. Había al menos una docena de puertas en puntos equidistantes de las paredes, y una escalerilla metálica que atravesaba el techo por un orificio circular. El conjunto recordaba a la estación del continente circular.

Uno de los infantes, que había estado fumando, arrojó descuidadamente al suelo su colilla. Instantáneamente, una diminuta trampilla se abrió en un lugar de la pared, y de ella surgió un artefacto rodante del tamaño aproximado de una rata.

El infante se sobresaltó al verlo dirigirse directamente hacia él, y elevó su arma, pero Dohin le rogó con un gesto de su mano que se estuviera quieto. La diminuta máquina pasó rápidamente junto a él, cruzó la sala, y fue a desaparecer por otra trampilla que se había abierto en el otro extremo. La colilla había desaparecido.

—Es sólo el encargado de la limpieza —dijo uno de los científicos—. Este lugar no podría estar tan limpio si no hubiera alguien que se ocupara de ello.

El grupo tomó al azar una de las puertas, y exploró rápidamente el lugar. Encontraron decenas de salas como aquélla, y otras más pequeñas que parecían apartamentos individuales. Los apartamentos estaban dotados de mullidas camas de agua, con colchas y sábanas limpias como si acabaran de ser cambiadas, baños

lujuriosos con bañeras del tamaño de pequeñas piscinas, sauna, grifos de los que brotaban tanto agua como bebidas alcohólicas. Parecía haber cientos de estas viviendas en el interior de la Ciudad, todas exactamente iguales, como si se tratara de algo estandarizado; pero cada una de ellas hubiera dejado a los aposentos privados del Emperador reducidos a la categoría de simples chozas.

—Nuestros compañeros que exploraron el continente circular —comentó Dohin — encontraron también apartamentos semejantes a éste.

—Está claro que los esferitas consideraban como algo normal el vivir de esta manera.

—Sí, la Ciudad va rodando, recolectando minerales y materia orgánica del subsuelo, que transforma gracias a la energía que recibe de la "cáscara" en forma de microondas. Con todo esto asegura que sus habitantes disfruten de una vida de auténticos cakravartis. Y cuando la población de la Ciudad ha aumentado tanto que todos no pueden gozar de las mismas comodidades, ésta simplemente se reproduce, creando otra ciudad idéntica a ella que recogerá el exceso de población. Sin duda, algo digno de los constructores de la Esfera.

—Y sin embargo sus descendientes viven en las cloacas de esta Ciudad, a pocos metros del paraíso... —añadió alguien.

—Evidentemente, o bien ellos no fueron los constructores, o ha pasado tanto tiempo que lo han olvidado absolutamente todo.

—¿Se dan cuenta? —dijo Dohin —: La Ciudad sigue funcionando perfectamente, manteniéndose limpia y activa como un ser vivo sano. Pero las criaturas que la construyeron han quedado reducidas a simples parásitos de sus intestinos.

## TRES

Gorani observó la zona señalada por Yusuf. La regular disposición de babeles, formando una especie de tirantes del puente colgante sin extremos que era Jambudvída, se veía alterada en ese punto. Era como una mella en una dentadura perfecta. Un hueco asimétrico que no podía explicarse de ninguna forma, excepto...

—Aún me parece increíble que algo pueda destruir realmente una babel —dijo finalmente Gorani—. ¿Cómo es posible? se encontraban en el transbordador imperial. Allí, con mejores instrumentos, el Segundo de la Vajra esperaba descubrir más datos sobre el destino de sus compañeros, y sobre la procedencia del misterioso láser que los había salvado en el último minuto.

Yusuf conectó una de las terminales del ordenador. La pantalla mostraba una perfecta simulación del continente circular, rodeando al planeta a una distancia de seis veces el diámetro de éste. Datos que todos ya conocían, pero en la simulación había algo nuevo: Jambudvipa vibraba. Unos rápidamente cambiantes dígitos

situados en un extremo de la pantalla señalaban la magnitud máxima y mínima de esa vibración.

—Todos esos miles de kilómetros de estructura metálica están tañendo como una gigantesca campana. La mitad de esa babel cayó. Se derrumbó sobre el planeta, ¿comprende? Ha provocado un invierno nuclear que quizás dure cientos de años. La otra mitad saltó hacia arriba, escapando por el impulso de la gravedad del planeta, y desgajándose de la estructura de Jambudvipa. Jambudvipa aún se está sacudiendo. El material del que están hechas las babeles es muy duro, pero no indestructible...

Gorani intentó comprender las implicaciones de esto: las babeles podían ser destruidas. El poder eterno de la Hermandad tenía una fisura... Tal vez el saber eso en las actuales circunstancias les iba a ser de mucha utilidad...

—¿Puede imaginar los efectos de una torre de cuarenta mil kilómetros de altura estrellándose sobre un planeta? —seguía diciendo Yusuf—. Algo así ha podido muy bien acabar con toda la vida de este mundo, y desde luego ha sido suficiente para lanzar toda esa cantidad de polvo a las capas más altas de la atmósfera... Es muy posible que no quede nadie con vida ahí.

—Alguien queda vivo. De eso puede estar muy seguro, doctor. Ese rayo láser no ha partido de la nada. Alguien debió de enfocarlos cuidadosamente sobre nuestros enemigos, y alguien debió de disparar... ¿No han descubierto nada con los telescopios?

—No mucho. Hay demasiada niebla. Pero eso ya lo había previsto, así que he dirigido los telescopios de infrarrojos sobre la zona de la que, según ustedes, partió el rayo...

—¿De veras? ¿Y qué han descubierto?

Yusuf utilizó la pantalla del ordenador para mostrar a Gorani las diapositivas tomadas con el telescopio de infrarrojos. Al principio el marino no fue capaz de ver nada en la borrosa imagen, pero Yusuf alteró los colores y todo apareció mucho más nítido.

En realidad, no había mucho que ver: un objeto alargado con un techo curvo... sin detalles...

—Parece... un edificio. ¿Un hangar para aviones...?

—La verdad es que el infrarrojo no dice mucho desde esta distancia. Lo que sí le puedo asegurar, es que si se trata de un edificio, está en proporción a todo cuanto hemos encontrado aquí... Es un cilindro, mide aproximadamente diez kilómetros de longitud, por dos de diámetro.

Gorani dirigió su mirada estupefacto hacia la pantalla.

—¿Y de ahí partió el rayo?

—Eso parece. Hemos detectado también un consumo de energía.

—¿De qué tipo?

—Fusión.

El Segundo de la Vajra silbó.

—Fusión? ¿Y todavía se está preguntando si queda alguien ahí?

Puede ser un sistema de defensa automático, despertado por la caída de la babel.

En ese caso, ¿por qué no disparó también sobre nosotros?

—Quizás tuvimos suerte. El artefacto estaba medio estropeado, y sólo pudo efectuar un único disparo. Por fortuna eligió a nuestros enemigos, y no a nosotros, como blanco.

—No lo creo. El que abrió fuego contra nuestros enemigos sabía muy bien lo que hacía. Debemos enviar una expedición hacia ese lugar. Mientras tanto, doctor, nuestro objetivo primordial es entrar en contacto con nuestros camaradas supervivientes de ahí abajo.

—Si los hay.

—¿Eh?

—Según nuestros últimos informes habían establecido el campamento en la base de la babel. Si fue así no debieron tener ninguna oportunidad.

—¿Olvida usted el transbordador de salvamento que partió de la Vijaya poco después de ser ésta alcanzada?

—No lo olvido, pero... Bueno, haré lo que pueda, comandante.

## CUATRO

La Ciudad del Dios parecía poco impresionante a distancia: sólo un pequeño cilindro. Comenzaron a tomar conciencia de su magnitud conforme iban pasando las horas de marcha, y parecía no acercarse. Sólo cuando estuvieron a unos cuarenta kilómetros pudieron apreciar su tamaño real.

La estructura parecía una cadena de montañas a la que un dios caprichoso diera forma de cilindro metálico que yaciera sobre uno de sus costados. Había manchas verdes en su costado superior. Deben ser árboles, pensó Jonás. No deben crecer sobre el metal, sino entre las grietas. El viento sin duda ha acumulado tierra.

En el costado superior se veían parches blancos.

—Nieve —pensó Jonás en voz alta—. Está sucia y medio fundida por las últimas lluvias, pero no hay duda de que es nieve.

El cielo seguía cubierto por una capa de nubes negras, que parecían tener la consistencia del granito. Pero la lluvia había ido amainando hasta convertirse en sólo un lento goteo de barro. Todo el paisaje estaba teñido por el tono ocre sucio de este barro.

El reptador sorteó una grieta producida sin duda durante los recientes terremotos. El vehículo, que había pertenecido a Jai Shing, era mucho más cómodo y lujoso que

el primero. Jonás no podía figurarse qué hacía a bordo de una nave espacial. Presumiblemente, al eunuco le gustaba ir bien preparado para lo imprevisto.

Lilith miraba con unos prismáticos.

—Nieve —dijo—. Esto indica la altura. Con este clima, las nieves perpetuas deben estar a unos dos mil metros.

—Con las proporciones que tiene, su largo debe ser veinte kilómetros —Jonás las estaba midiendo con el lápiz al extremo de su brazo estirado. ¿Pero qué es eso?

Jonás miró con atención a uno de los extremos del cilindro.

Preguntó:

—Decidme lo que veis allí arriba. ¿No son motores de fusión?

—Lo son —contestó Chait—. Una de esas toberas serviría de hangar para la Vijaya. ¡Krishna, Cristo y Mahoma! Es una nave.

—Una nave!

—¿De qué os asombráis? —dijo Lilith—. Para alguien capaz de construir la Esfera, una nave espacial de veinte kilómetros de largo es una insignificancia.

Trató de que su voz no sonara impresionada. Las babeles eran mayores, pero eran demasiado imponentes en su grandeza. En cuanto a la Esfera, el Anillo y todo lo demás que habían visto, había destrozado el sentido de las proporciones de todos.

Pero aquí tenían una pequeña enormidad, por así decirlo. Algo lo bastante grande para impresionar, y lo bastante pequeño para que la mente pudiera abarcarlo.

—Cascadas —dijo Lilith de repente—. Hay algunas cascadas cayendo por el costado. Desde cerca deben ser una preciosidad. Una caída de mil metros. Este chisme es lo bastante grande como para interceptar los vientos húmedos y provocar lluvia!

Jonás tomó sus prismáticos. Preguntó al sacerdote a través del traductor:

—¿Vosotros vivís ahí debajo? Bajo el cilindro veo muchas casas... Una ciudad.

—Oh, claro. Estamos a salvo de la lluvia, y las fuentes que manan de la Casa de Dios nos abastecen. ¿Ves cómo la ciudad se alza sobre un terraplén?

—Hmm... Sí, lo veo.

—Nuestros antepasados viven ahí desde hace mucho. Construimos sobre las ruinas de los edificios viejos. Así estamos protegidos en caso de asedio. Ningún peligro nos amenaza.

Excepto que os caiga el cielo sobre la cabeza, pensó Jonás.

El reptador cubrió el último tramo que les separaba de la residencia de Dios, y se aproximó a la boca abierta del cilindro.

Allí les esperaba un nutrido grupo de sacerdotes ataviados con largas túnicas blancas. Aparentemente, la explanada que se extendía ante el cilindro era el mayor centro de culto del planeta. Había pequeños edificios ordenados en hileras, con calles regularmente espaciadas, suntuosamente decorados y de paredes cubiertas de

pinturas. Templos y santuarios. Ninguno era demasiado grande.

Indudablemente, la inmensidad de la Ciudad de Dios apabullaba a su clero.

Tras los templos había un muro con una sola puerta. El interior de la nave debía ser tabú.

El reptador se detuvo a una indicación de su guía. Bajaron.

El sacerdote se acercó con una reverencia a sus colegas. Conferenciaron en voz baja.

—Espero que no nos sometan a una larga ceremonia de purificación —dijo también en voz baja Jonás—. Baños rituales, incienso, esas cosas. Estoy impaciente por entrar.

El guía se volvió hacia ellos. Había sorpresa en su rostro. Aparentemente él también esperaba una ceremonia.

—Dios ha ordenado que entréis. Podéis entrar con vuestro vehículo, pero sólo tres de vosotros. El resto deberá esperar aquí fuera.

Los componentes del grupo se miraron.

—Ni hablar —dijo Chait.

El sacerdote se volvió hacia él con un gesto de horror pintado en el rostro.

—Habéis llegado rodeados de grandes catástrofes —el traductor no dejaba traslucir ninguna emoción en la voz del sacerdote—. No debéis desobedecer Sus órdenes ahora, o provocaréis Su cólera.

—Esto no me gusta —susurró ásperamente Chait Rai.

—¿Por...?

—Quizás ese dios de pacotilla haya decidido que somos justo lo que necesita para un sacrificio. O un banquete en el que figuraríamos en el menú.

Jonás resopló.

—¿Y nos deja entrar con el reptador?

Chait asintió con un gruñido, y dio orden a los infantes de marina de que desembarcaran. Los diez hombres armados descendieron del reptador, y se situaron estratégicamente en varios puntos del poblado. Las mujeres y los niños nativos les miraban con curiosidad, los hombres parecían esforzarse en aparentar indiferencia ante aquellos guerreros cubiertos de acero.

—Por favor —Jonás se dirigió al sacerdote —guíanos.

Los dos biólogos y el mercenario subieron de nuevo al reptador. La máquina caminó hacia la puerta.

—Dime una cosa —preguntó Jonás —; ¿cuál de estas figuras es la de Dios?

Señaló a los templos.

—Pues... ninguna. Dios ha prohibido la reproducción de Su Divina Figura. No existe ninguna imagen.

—¿Ninguna... ninguna?

—Pues... —el sacerdote vacilaba, pero había tomado confianza con los extraños—. En algunos lugares sí, se han levantado. El pueblo es supersticioso... —se encogió de hombros—. Para el verdadero creyente, la Forma Divina no es sino un disfraz de Su Inmanencia Inaccesible e Impersonal.

Jonás asintió solemnemente.

—Nuestros hombres santos dicen que el arcavighraha (esto es, la imagen venerada de Dios, bendecida por el acarya) puede ser adorada legítimamente. Si Dios está en todas partes, como los verdaderos creyentes admiten, ¿por qué no puede estar en una figura de piedra, barro o mármol?

El sacerdote lo miró con asombro complacido.

—Ignoraba que fueras un sabio tan erudito.

—He tenido el privilegio de escuchar a grandes maestros —dijo modestamente Jonás—. Por casualidad ¿no llevas contigo una imagen de Dios?

Era un tiro a ciegas; pero había observado durante el viaje que el sacerdote tocaba algo bajo su túnica mientras murmuraba rápidamente en voz baja. Ahora Jonás clavó su mirada en ese punto.

—¿Eh? —El sacerdote miró en torno suyo. Ninguno de sus colegas les acompañaba—. Pues... a decir verdad, tengo una pequeña... —dijo con embarazo—, regalo de una pobre mujer... Un simple recuerdo de la Divina Forma... No soy idólatra, naturalmente.

—Naturalmente. ¿Podría verla?

El sacerdote parecía sentirse culpable. De repente dijo:

—Haré algo más: te la regalo, como recuerdo de nuestro encuentro.

Sacó de su túnica una pequeña figura de marfil, que cambió rápidamente de manos. Jonás sonrió, inclinándose un poco.

—Muchas gracias. No esperaba tanto de tu generosidad.

Jonás miró la figura, se levantó, sentándose al lado de Lilith.

—¿De qué hablabais tú y el sacerdote? —dijo Lilith, acercándose a él.

—Le he ayudado a deshacerse de un objeto cuya presencia le sería muy difícil de explicar a sus superiores.

—¿Qué?

—Luego te lo explicaré. —Abrió brevemente la mano—. Te presento a Dios.

Dios tenía forma de pez: un cuerpo fusiforme, con aletas, y un cómico morro en forma de botella que parecía sonreír. Lilith lo examinó.

—Un animal acuático, pero no un pez. No tiene opérculo ni escamas... a no ser que sea un convencionalismo artístico. ¿Un tótem?

—Lo veremos pronto... ahí está la puerta. El sacerdote se levantó.

—A partir de aquí, os dejo. Seguid recto.

—¿No entras?



El sacerdote estaba algo alterado.

—Dios ha ordenado específicamente que entréis vosotros tres nada más. De todos modos, la Presencia Divina debe ser contemplada por aquellos a los que el llama.

Bajó apresuradamente. Chait Rai miró hacia Jonás, como diciendo Lo sospechaba. Pero puso en marcha la máquina.

El interior era una ciudad con avenidas y calles flanqueadas por jardines muertos y abandonados, y casas de sorprendente diseño, ninguna de una altura superior a una planta. No había más iluminación que la que entraba por el extremo abierto, que apuntaba al norte.

Montones de tierra y escombros cubrían muchas de las avenidas haciéndolas intransitables. Chait condujo el reptador entre ellas como una cucaracha moviéndose por un laberinto.

—Es como una mandala —dijo Lilith mirando ensimismada hacia arriba—. Esto está creado para viajes muy largos. Una mandala mayor que cualquiera construida jamás por el Imperio. ¿Pero qué hace en el suelo?

Jonás también levantó la vista hacia el cielo de aquella ciudad. Entre los jirones de nubes pudo distinguir calles y edificios semejantes a los que tenía junto a él. Una imagen semejante a la que vería un aviador contemplando una ciudad a gran altura. ¡Pero aquellos edificios colgaban boca abajo, a dos kilómetros de altura sobre su cabeza Los montones de tierra provenían de los jardines de la ciudad superior. Sin duda se habrían desprendido cuando la ciudad se dio la vuelta. ¿Cómo?

—Esto no pudo construirse aquí —dijo—. Debió nacer en el espacio, y lo hicieron aterrizar de alguna forma en el planeta.

—¿Cómo?

Jonás se encogió de hombros. Uno acaba por acostumbrarse a los milagros.

El reptador siguió sorteando automáticamente los obstáculos durante varias horas. Finalmente se detuvo al otro extremo de la gigantesca nave. Allí el cilindro se combaba formando el lado interno de una semiesfera. En el centro de ella, suspendida a mil metros sobre sus cabezas, se erigía una complicada estructura colgante.

—Eso debe de ser el puente de control —aventuró Jonás—. Me temo que si queremos encontrar algo de interés deberemos de ascender hasta ahí.

—Con el reptador no va a poder ser. Esa pendiente es demasiado pronunciada incluso para él.

—En ese caso, continuaremos a pie —dijo Lilith resueltamente.

Del cubo surgían doce nervaduras, como tubos de unos diez metros de diámetro, con una superficie rugosa que recordaba el aspecto de la tráquea de un hombre. Cada una de las doce se curvaba hacia la periferia de la semiesfera, dividiéndola en doce secciones iguales. Chait Rai se echó su ametralladora a la espalda, y empezó a trepar por la más cercana de esas nervaduras. Los demás y Lilith le siguieron.

## CINCO

Los dos hombres de la Utsarpini, y la mujer del Imperio estaban llegando al término de su escalada. Los últimos cien metros habían resultado los más peligrosos, pues en ellos aquella especie de tubería ascendía casi vertical, y los anillos que recorrían su superficie apenas dejaban espacio para apoyar las plantas de los pies.

A Jonás le dolían los dedos de los pies, los hombros, los músculos sóleos, y su respiración se había convertido en un jadeo. Sin embargo lo peor eran los brazos. El biólogo se veía obligado a suplir la debilidad de sus piernas con un esfuerzo extra de sus brazos. Cada poco tiempo tenía que detenerse, bajar las doloridas extremidades y agitarías con fuerza.

Podía ver a Chait a unos veinte metros sobre su cabeza, a punto ya de alcanzar la estructura central, pero no se atrevía a mirar hacia abajo para comprobar en qué situación se encontraba Lilith. Temía que el vértigo le hiciera caer el largo kilómetro que le separaba del suelo.

Esos últimos veinte metros se convirtieron en una eternidad, pero finalmente alcanzó la cima. El mercenario le alargó la culata de su ametralladora, para que Jonás se agarrara a ella, y salvara el último tramo. Sólo entonces pudo volverse, y comprobar que la bióloga le seguía casi pegada a sus talones. La ayudó a completar la escalada, tumbándose en el suelo, y dándole la mano. Luego se dejó caer. Le habían fallado las piernas, tenía los músculos gemelos agarrotados y el sóleo parecía atravesado por agujas ardientes. Pero lo peor eran los glúteos. Le dolían horribilmente, y Jonás llegó a temer que jamás pudiera volver a sentarse. Al volverse hacia Lilith comprobó que la bióloga se palpaba cuidadosamente esa misma zona de su cuerpo, mientras su rostro se crispaba en una máscara de dolor.

Mientras tanto Chait, aparentemente en perfecta forma, estaba explorando el lugar donde se encontraban. Era una especie de cornisa de unos setenta centímetros de ancho que rodeaba totalmente el edificio colgante. Dio la vuelta a una esquina, y desapareció de su vista.

Los dos biólogos se armaron de valor, y poniéndose en pie con un esfuerzo de sus doloridos músculos, se dispusieron a seguirle. Pero Chait reapareció en la esquina.

—Venid, he encontrado una puerta de entrada.

Avanzaron por la cornisa.

Jonás cometió el error de mirar a lo lejos. El interior de aquella nave era un mundo de pesadilla. El paisaje parecía retorcerse demoníacamente, las casas colgaban boca abajo... Durante un instante pareció que los setenta centímetros de cornisa se encogían rápidamente, y el biólogo se aplastó desesperadamente contra la pared.

Lilith, en cambio, se movía con confianza; ella ya había visitado numerosas mandalas, y aquello no era tan distinto.

Atravesaron la puerta de doble hoja, que les llevó a un largo y estrecho pasillo al estilo esferita. Es decir, paredes que irradiaban luz, e inmaculados suelos en los que parecía que jamás se había posado una sola mota de polvo.

El corredor desembocó en una sala que se ampliaba en una cúpula de forma troncocónica. Las paredes estaban limpias de cualquier decoración, y Jonás imaginó por un momento que se encontraba en el interior de un gigantesco embudo de metal reluciente.

Una trampilla se abrió en el centro de la cúpula y a través de ella, bañado por un potentísimo chorro de luz, descendió levitando con la suavidad de una pluma una criatura extraña.

Su cuerpo tenía forma de proyectil, y estaba cubierto por una brillante piel grisácea. Su boca se curvaba en una sonrisa sardónica que mostraba una hilera de puntiagudos dientes. Parecía una criatura acuática, pero se movía por el aire.

El cuerpo de la criatura estaba rodeado por dos anillos transversales de metal. ¿Levitación magnética? ¿Laghima?

—Bienvenidos a la Tierra —dijo apenas llegó a su altura.

## SEIS

Su nombre, dijo, era Oannes DNB—2347856.

—Seguidme —añadió, arqueando su cuerpo en el aire.

Chait Rai hizo un gesto a sus compañeros para que no se movieran. Su voz estaba cargada de sospecha cuando preguntó:

—¿Cómo hablas tan bien la lengua del Imperio?

Oannes se volvió. Su rostro parecía sonreír eternamente. Eso no es ningún misterio. Esta nave dispone de aparatos de comunicación extremadamente sensibles de acuerdo con vuestros parámetros. Hace años que capto las emisiones radiofónicas de Akasa-puspa. Ordenador hizo el resto.

—Entonces, ¿por qué no te pusiste en contacto con nosotros cuando entramos en la Esfera? Oportunidades no te han faltado.

Jonás contemplaba atónito el cuerpo sin brazos ni piernas, con aletas, la cabeza sin cuello de la criatura.

—¿Eres un alienígena, o algo así? Su voz sonaba preocupada; los únicos alienígenas inteligentes que conocía era los peligrosos angriff.

—Por favor —dijo Oannes pacientemente —, seguidme y responderé a todas vuestras preguntas.

Chait accedió, y el grupo siguió a la criatura a través de los corredores de la nave. Oannes levitaba a un metro del suelo, y agitaba sus aletas como si nadara en el aire.

## SIETE

Una puerta se abrió frente a Oannes, y éste atravesó el umbral sumergiéndose en la oscuridad interior.

Chait montó su ametralladora y avanzó con precaución. Jonás y Lilith le siguieron al interior de la sala.

No se distinguían las paredes; podrían estar en el centro de una burbuja negra, o parados en el espacio. Pero lo más sorprendente eran los extraños cubos luminosos que flotaban por el aire.

Estaban en una galaxia de estrellas cúbicas. Los había de todos los tamaños y colores, y aunque todos emanaban luz abundante, no conseguían despejar la negrura que cubría la estancia.

Algunos de aquellos cubos contenían gráficos. Otros mostraban tablas de números. Otros parecían libros: mostraban texto en un alfabeto desconocido en una de sus caras mientras las restantes aparecían blancas. Otros estaban llenos de imágenes. Eran tridimensionales como el holotank que Jonás había visto en la Vijaya, pero lo increíble era que aquí aparecían en profusión. Mostraban la Esfera, Jambudvīpa, la babel rota...

Uno de ellos, que originalmente mediría unos diez centímetros de arista, empezó a crecer ante sus ojos hasta alcanzar unos dos metros. Jonás observó las imágenes que se desarrollaban en su interior: Una docena de criaturas semejantes a Oannes saltaban y jugueteaban frente a la quilla de una embarcación, rodeados por un mar verdoso y encrepado.

Oannes se acercó a ellos surgiendo de la oscuridad.

—Soy un delfín —explicó —, un mamífero adaptado a la vida marina, cuya inteligencia y longevidad fueron considerablemente reforzadas por la ingeniería genética de los antiguos humanos. Los delfines éramos muy apreciados como pilotos de naves espaciales; nuestro cerebro está mejor diseñado para la orientación tridimensional que el de los humanos. Yo fui adiestrado para pilotar la Konrad Lorenz, esta nave interestelar colectora de hidrógeno. Ahora estáis en la sala de Ordenador. Entre él y yo intentaremos contestar a todas vuestras preguntas.

—Empieza por contestarme a mí —dijo bruscamente Chait Rai —: ¿Por qué has esperado tanto para entrar en contacto con nosotros? A nuestra llegada inundamos la Esfera de mensajes radiofónicos. Y nadie nos contestó.

El delfín se agitó nerviosamente en el aire.

—Por favor, por favor... Yo sólo intentaba pasar inadvertido, pero me habéis demostrado que sois demasiado peligrosos para teneros por enemigos; he decidido convertirme en vuestro aliado. Por favor, mirad a vuestro alrededor, esta sala ha sido preparada para vosotros. Os daré toda la información que me pidáis.

Jonás tocó suavemente uno de los cubos. El cubo se apartó, sin la menor resistencia. Retiró rápidamente la mano.

—Sí te estorba —dijo Oannes— toca el vértice superior izquierdo y se cerrará. O apártalo con la mano.

—Ventanas —susurró Lilith—. Esto es un ordenador con un monitor holográfico, que proyecta ventanas tridimensionales. ¡Lo que ocurre es que estamos dentro! ¿Qué vendrá después de esto?

—¿La televisión védica? —ironizó Jonás. Tocó uno de aquellos cubos. Notó resistencia bajo sus dedos, una suave vibración—. Sorprendente. No sólo visión y sonido, sino tacto.

Llevado por un impulso, apretó un cubo entre sus manos. Se redujo instantáneamente de tamaño. Jonás dijo, sin poder ocultar su excitación:

—La última palabra en interfaces: la mano.

—O la aleta —dijo Lilith señalando a Oannes—. Supongamos que quiero escribir. ¿Qué hago?

—Este ordenador reconocerá el habla. ¿Estoy en lo cierto? —preguntó Jonás a Oannes.

—Sí, pero también puedes tener un teclado —fue la respuesta—. Ordenador, un teclado virtual para nuestro visitante.

Una caja rectangular flotante apareció ante el sorprendido mercenario. Su cara superior, de color azul, estaba cubierta de letras y números encerrados en cuadraditos blancos.

—No existe, pero puedes escribir con ella. Toca las teclas. Ah, Ordenador: Cambia las letras por los caracteres de la lengua del Imperio.

Jonás preguntó:

—¿Puede tu ordenador hacer gráficos en cuatro dimensiones? —cosa que sorprendió a sus compañeros.

—Dejemos que el ordenador mismo conteste. Ordenador, ayuda. Haz ahora tu pregunta.

Jonás se aclaró la garganta. Su voz temblaba ligeramente.

—Ordenador, ¿puedes crear ventanas de más de tres dimensiones?

—Sí —la voz tenía un agradable tono. Jonás siguió.

—¿Cómo Kamsa podríamos verla?

—Ponme un ejemplo de número de dimensiones.

—Te lo pongo fácil. Cuatro dimensiones.

—Un tesseract tiene ocho hipercaras cúbicas. Girándolo en la cuarta dimensión, podrás verlas de una en una.

—Ingenioso... ¿Y en cinco dimensiones?

—Un hipertesseract tiene dieciséis hiperhipercaras tesseracticas. Girand...

—Ya basta, ya basta. Me marea pensarlo. ¿Hay un límite a las dimensiones que puedas representar?

—Sí.

—Menos mal. ¿Cuántas?

—1.048.576 dimensiones. ¿Quieres que te muestre un ejemplo? —Jonás creyó advertir un leve tono de ironía en la voz del ordenador.

Chait Rai resopló furioso junto a él.

—¿A qué viene perder el tiempo con todo esto? ¿Acaso estamos en una excursión de fin de semana? —Se volvió hacia Oannes—. Escucha, pez, dijiste que nos ayudarías. ¿Lo harás también contra aquellos que destruyeron la Vijaya? ¿Qué sabes al respecto?

—Sé que habéis traído hasta aquí vuestros conflictos. Y que habéis destruido una babel.

—¿Nuestros conflictos? ¿De dónde vienes tú, entonces?

—De la Galaxia. De vuestro pasado.

El delfín debía saber interpretar las expresiones faciales humanas, porque ante la mirada de asombro de Jonás añadió:

—Nuestras naves exploradoras fueron lanzadas por toda la Galaxia. Miles de naves semejantes a ésta. Normalmente los pilotos eran delfines como yo, conectados mentalmente con un poderoso ordenador. Los pasajeros eran humanos. La totalidad de los humanos de la Tierra...

—¿Porqué...? —preguntó Lilith—. ¿Por qué decidisteis emigrar a Akasa-puspa?

—No emigraron a Akasa-puspa —dijo entonces Jonás— Akasa-puspa se les vino encima.

Lilith y Chait Rai se volvieron asombrados hacia el biólogo.

—¿De dónde has sacado...?

—¿Cómo puedes...?

Jonás levantó las manos pidiendo silencio a sus compañeros.

—Cuando usé aquel psicoprojector... ¿recuerdas, Chait?, vi a Akasa-puspa en el cielo, demasiado lejos, demasiado pequeño... Bueno, fue entonces cuando de alguna forma supe la verdad... No lo sé, pero es posible que aquella máquina me la insertara en alguna remota zona de mi cerebro...

—Pero, ¿de qué estás hablando? —preguntó Lilith.

Jonás se volvió hacia el delfín.

—¿Estoy en lo cierto?

—Estás en lo cierto —confirmó Oannes.

—Escuchad —Jonás se dirigía ahora hacia sus dos compañeros —, sabíamos que el sol amarillo de la Esfera no podía pertenecer a Akasa-puspa, pero no comprendíamos cómo pudo la Esfera haber cruzado el vacío que separa nuestro

cúmulo estelar de la Galaxia. ¿Recordáis aquello de Mahoma y la montaña? La Esfera no se movió, fue Akasa-puspa quien viajó hasta el lugar de la Galaxia donde se encontraba la Esfera, y la atrapó.

—¿Eso te parece menos increíble que lo contrario? —protestó el mercenario.

—No, espera, Chait —dijo Lilith —; lo que está diciendo Jonás tiene sentido. Sabemos que los cúmulos globulares orbitan el núcleo galáctico, de la misma forma que un satélite órbita a un planeta, pero...

—Los brazos espirales son prácticamente vacíos —completó el delfín—. El cúmulo globular que vosotros llamáis Akasa-puspa atraviesa un sector de uno de los brazos espirales cada mil millones de años aproximadamente. Al hacerlo pierde estrellas por evaporación, pero también gana algunas otras atrapadas por la gravedad de alguno de sus soles...

Lilith se volvió hacia Jonás, furiosa.

—¿Sabías eso todo el tiempo, y no nos habías dicho nada?

—No, no lo sabía... Quiero decir, no estaba seguro, sólo era una idea absurda insertada en mi mente... Pero ahora...

El delfín revoloteó frente a ellos.

—Permitidme que os muestre algo...

Otro cubo se deslizó hacia ellos. En su interior brillaba la imagen de un planeta azul y blanco, visto desde alguna luna. Formaba un creciente con los cuernos hacia abajo, y un cegador sol amarillo comenzó a emerger tras su curva. Jonás oyó el boqueo de asombro de Chait Rai. Lilith permaneció impassible; estaba acostumbrada a los sofisticados aparatos del Imperio.

—Al principio fue la Tierra —dijo la voz de Ordenador.

El espacio aparecía singularmente desnudo, pero no vacío, como el cielo de Martyaloka. Había estrellas, pero pocas y apagadas, apenas cabezas de alfiler de un frío color blanco sobre un fondo negro. Jonás lo halló casi desagradable, acostumbrado al cálido fondo multiestrellado de Akasa-puspa.

—La historia de la Tierra es larga y oscura. Pero sólo adquiere interés a partir de los primeros viajes espaciales. En esta ocasión prescindiré de la historia, pero puedo aseguraros una cosa: los que llamáis "bhutani" son, en efecto, nativos de este planeta.

El cubo mostraba ahora un vehículo espacial en forma de cilindro puntiagudo, despegando sobre una columna de llamas naranja.

—La ingenua idea primitiva era construir ciudades bajo cúpula en otros planetas. Esto era una estupidez, ya que la gravedad exige un alto precio en energía. De hecho, apenas se construyeron. La colonización del espacio, no de los planetas, fue factible incluso en las primeras etapas.

El planeta desapareció. En su lugar, una mandala colgaba ahora sobre las cabezas de los espectadores. Parecía muy similar a las que ellos conocían. De hecho hasta les

pareció anticuada.

—Un momento... —era la voz de Chait Rai. El mercenario —miró a los dos biólogos que parecían embelesados por el espectáculo, y luego se volvió hacia el delfín—. ¿Qué significa todo esto? Puede que para vosotros sea muy interesante, pero a mí me parece que el momento no es el más apropiado para una clase de historia.

—Por favor, Chait... —le susurró Jonás.

—¡Y una mierda! Tenemos problemas muy graves, amigo.

El delfín levitó junto a ellos.

—Os pido un poco de paciencia. Todas vuestras preguntas serán contestadas... Os lo prometo. Pero, si quiero tener alguna esperanza de que me entendáis, antes deberé explicaros los antecedentes. Estáis contemplando el pasado de vuestra raza, el inmenso poder que llegaron a alcanzar vuestros antepasados. Prestad atención y comprenderéis lo terrible de nuestro destino.

—Por favor, continúa —dijo Lilith.

Chait se calló a regañadientes, y se puso a pasear furioso por la sala.

—Una vez alcanzado un nivel inicial —siguió imperturbable Ordenador—, se produjo un rápido despegue. —La imagen en el interior del cubo suspendido sobre sus cabezas era ahora la de un asteroide. El cubo se agrandó aún más, dando la sensación de que el pequeño mundo caía sobre ellos. Jonás encogió la cabeza entre los hombros.

Un objeto destacaba: una serie de anillos plateados y alineados, reconocibles como un impulsor de masas. De nuevo algo conocido.

—La minería asteroidal fue el incentivo económico. La escasez de materias primas de todas clases se hacía sentir en la Tierra. La crisis del petróleo, la crisis del aluminio, del cobre, del fosfato, de una serie de materiales imprescindibles, habían creado una situación de tensiones permanentes entre los grupos nacionales de la Tierra. De modo que la nueva riqueza "llovido del cielo" fue bien acogida...

La imagen del asteroide desapareció. Su lugar fue ocupado por... ¿Una ciudad? Era una disposición regular de pequeños objetos en forma de cuadrados y rectángulos conectados por pistas de metal. Jonás estaba a punto de reconocerlo cuando se le anticipó Lilith.

—Circuitos integrados de ordenador. Como los del Imperio —dijo en voz baja a sus compañeros.

—Casi al mismo tiempo que los viajes espaciales —continuó Ordenador— nacieron dos ciencias que se desarrollarían mucho en los siglos que siguieron. Una fue la mecanización del pensamiento; la otra...

Una nueva imagen apareció. Era como dos serpientes enroscadas una en torno a otra, con peldaños uniéndolas. Esta vez fue Jonás quien la reconoció primero.

—La doble hélice del ADN.



—La otra fue la ingeniería genética. Ambas contribuyeron a la colonización del espacio, cada una a su manera. Los ordenadores fueron necesarios para ir al espacio. La ingeniería genética permitió poblarlo.

La nueva imagen era irreconocible. En el vacío poblado por las pocas estrellas se distinguía lo que parecía ser una bola de pelusa plateada. La imagen se fue acercando, mostrando que los "pelos" eran...

—Árboles. Como los de la cáscara —dijo Lilith.

—Después de todo —siguió narrando Ordenador —, el vacío es un medio. Las plantas no deben soportar su peso, lo que les permitía emplear sus recursos en escudarse contra el vacío y las radiaciones. Pero ya habían tenido ocasión de adaptarse a un medio hostil, cuando pasaron del mar a la tierra seca.

Unas figuras humanas flotaban junto a un tallo. A juzgar por la escala, dicho tallo debía medir cuarenta centímetros de diámetro por algunas decenas de kilómetros de largo. Los enormes tallos flotaban lánguidos en el espacio.

—La energía solar es más intensa y continua en el espacio. El principal problema era la falta de materia orgánica. Los asteroides eran de roca o metal, y apenas algunos poseían hidrocarburos. El agua había que buscarla en planetas masivos, como la Tierra... o en el frío espacio.

El cubo mostraba ahora al sol de la Tierra como una pequeña luz de arco. Una gigantesca mandala flotaba en primer término.

—El halo de cometas del sol poseía ingentes cantidades de agua, metano, amoníaco y granos de minerales que las plantas podían aprovechar. En suma, a la Humanidad le aguardaba un futuro prometedor. Pero aquí se sembraron las semillas de discordia.

El cubo se cerró, y otro ocupó rápidamente su lugar. Contenía una escena de la Tierra. Un grupo de hombres ataviados con ropajes extraños estaban reunidos en un hemicírculo. Escuchaban el discurso de un individuo con túnica y sandalias, y algunos de los oyentes discutían entre ellos con acritud. Al menos eso podía deducirse de sus gestos.

Uno de los grupos de presión de la época era el de los ecologistas. Los cuasidesastres ecológicos del siglo anterior les habían dado la razón en parte, pero ahora muchos de ellos se indignaban por lo que llamaban "contaminación del medio ambiente cósmico". Afirmaban que contaminar de vida, los Planetas naturales era un crimen ecológico de naturaleza similar a la destrucción de los bosques. No querían ver a "esos radiantes kilómetros cúbicos de luz pura y celestial" ocupados por receptores de energía solar, pese a que ellos abogaron elocuentemente por su uso en la Tierra.

»De todos modos, no era la Opinión mayoritaria de tales grupos. Otros sostenían que la colonización espacial por medio de seres vivos era el triunfo definitivo de sus

ideas. Hablaban de una "Ecogalaxia" en el que las civilizaciones se comunicasen, no por medio del rugido de los cohetes, sino saltando de oasis espacial en oasis espacial.

Inconscientemente, Jonás evocó una imagen absurda: enormes camellos saltando sobre asteroides, como niños sobre las Piedras en el cauce de un río...

El Primer cubo volvió a abrirse. En su interior seguía flotando la mandala. Pero ahora ya no era una sola.

—En lo que respecta a la vida diaria, sencillamente no se podía prescindir de la tecnología mecánico-electrónica. Los robots y ordenadores seguían siendo auxiliares valiosos, mientras el proyecto biótico seguía desarrollándose. Eran dos enfoques distintos, pero no opuestos.

Semejante a un cangrejo metálico, una máquina con patas se arrastraba por un paisaje rocoso y caótico bajo un sol ardiente. Más conjeturó que estaban en algún planeta cerca del sol.

Las máquinas necesitan principalmente metal, silicio y energía. Estas cosas estaban disponibles en la Parte más interior del Sistema solar. Las plantas necesitan principalmente carbono, oxígeno, hidrógeno, nitrógeno. Y energía. Estaban disponibles en los cometas. Los colonos humanos del sistema solar interior necesitaban materia orgánica. Los del exterior, energía. Durante varios milenios no hubo problemas. Pero, para solucionar sus necesidades comunes, emprendieron un proyecto colosal...

La imagen que flotaba ahora en el centro del cubo, mostraba el típico aspecto de un planeta gigante gaseoso: bandas coloreadas representaban las zonas de alta y baja presión del titánico mundo alargadas y comprimidas por el rápido giro de éste. Una curiosa mancha roja cerca de su ecuador, sin duda una milenaria tormenta.

—En nuestro primitivo sistema había un planeta gigante gaseoso al que llamábamos Júpiter —siguió narrando Ordenador.

Enormes reactores de fusión, de aspecto no muy distinto a la Konrad Lorenz, fueron colocados en sub—órbitas dentro de la atmósfera de Júpiter. Absorbían el hidrógeno gaseoso gracias a sus estatorreactores, y lo convertían mediante fusión en elementos más pesados, como el hierro. Unos poderosos campos magnéticos, activados por satélites sincrónicos, extraían los elementos de Júpiter y lo propulsaban a través del espacio interplanetario hasta las proximidades del sol.

Jonás contemplaba boquiabierto la espectacular obra de ingeniería.

Los gigantescos fragmentos de hierro y rocas, algunos casi del tamaño de un planeta como la Tierra, fueron puestos en órbita, volviéndose más numerosos a cada momento.

La película había acelerado, y ahora mostraba la labor de décadas comprimida en unos pocos minutos. La Esfera estaba tomando forma.

—Sin embargo —continuó el ordenador —, la fusión nuclear no sólo convierte el

hidrógeno en elementos cada vez más pesados, sino que también libera grandes cantidades de energía. Ciertas partes del planeta se calentaron hasta formar un horno nuclear que emitía una fuerte radiación en forma de peligrosas ondas cortas, que se dispersaban en todas direcciones, y que interceptarían la Tierra.

—Hubiera tenido poco sentido construir la Esfera —comentó irónicamente Oannes— si con ello la mitad de la población humana fuera a enfermar mortalmente de cáncer a causa de los desechos industriales de su construcción.

—¿Qué hicieron entonces? —Preguntó Jonás.

—Fíjate...

El cubo mostraba ahora un diminuto planeta calcinado, con una órbita muy cercana a la estrella amarilla.

—Este era Mercurio, que distaba sólo 58 millones de kilómetros del Sol, y que tenía una superficie intolerablemente caliente, de forma que nunca llegaron a establecerse estaciones permanentes en su superficie.

Una serie de titánicas explosiones en puntos escogidos de su superficie lo sacaron de su órbita, y lo lanzaron describiendo una espiral hacia las proximidades de la órbita de Júpiter, donde fue rápidamente desmantelado con varias explosiones más, y con sus restos fue construida una especie de mini-esfera en torno al gigante gaseoso para proteger a la Tierra, y al resto de los planetas interiores, de las mortales explosiones de radiación nuclear. Mientras tanto, los nuevos materiales obtenidos en Júpiter eran lanzados a través de las brechas de la mini-esfera.

—Conforme avanzó la obra fue preciso ir reforzándola con los materiales extraídos de Io, Europa, Ganímedes y Calixto, las mayores lunas de Júpiter, que también fueron desmanteladas.

»Doce siglos después de haber iniciado la empresa, millones de objetos volantes rodeaban al Sol, formando una cáscara cada vez más espesa, que aprovecharía la energía solar hasta el último ergio. Finalmente fue necesario desmantelar también a Saturno, Urano y Neptuno, (el resto de los gigantes gaseosos con los que contaba el sistema solar) para ver completada la Esfera.

»La construcción de la Esfera de Dyson fue una empresa Conjunta de los colonos del Halo y los colonos Interiores. Estos últimos blandían un argumento tradicional... la necesidad de disponer de más energía. Los del Halo decían que "no debía permitirse que el Sol desperdiciase el 99.999999999 por ciento de su energía en calentar e iluminar espacio vacío, derroche digno del bárbaro Siglo Veinte".

»Ambas tecnologías siguieron desarrollándose. Y los colonos del Halo incluso descubrieron algo que los favoreció aún más.

Una imagen familiar pareció materializarse sobre sus cabezas. Era un juggernaut.

—Eso ya lo conocemos —dijo en voz alta Jonás—. Mide más de un kilómetro.

—Este ejemplar mide cinco milímetros —fue la respuesta de Oannes.

—¿Eh? —dijo Jonás, no muy elocuentemente.

—Al parecer, existía vida natural en el espacio. Estas criaturas parecían adaptadas a él. Se ignora si evolucionaron en un cometa de órbita irregular que se acercaba a algún sol, o a partir de esporas microbianas de origen planetario; o eran artificiales.

—No creo que lo hiciesen en un cometa —dijo Lilith—. No tendrían bastante masa como para acumular gran variedad de compuestos de carbono. Y entonces... Bueno, escuchemos.

—Los colonos del Halo se encontraron con una criatura mucho mejor adaptada que cualquiera de las que habían creado.

—Una imagen subrayó las palabras de Ordenador:

Un grupo de hombres con traje espacial trataban de poner un parche en el tronco de un árbol, del que escapaba un chorro de vapor blanco. El chorro hacía saltar al parche a varios metros antes de que lo recuperasen.

—De todos modos —dijo Oannes con una voz cargada de dramatismo —, el descubrimiento no tuvo la trascendencia que luego adquirió cuando quedó patente la terrible amenaza que pesaba sobre la recién concluida Esfera, y sobre toda la Humanidad...

Un nuevo cubo se dirigía hacia ellos, al tiempo que aumentaba el tamaño de sus aristas, mostrando las increíbles imágenes que danzaban en su interior.

La voz de Oannes enmudeció, en el mismo momento en que una siniestra nota de órgano subrayaba su punto y aparte.

## XIV. SEDICIÓN

*Yo soy la fuente de todos los Mundos materiales y espirituales. Todo emana de Mí.*

BHAGAVAD-GITA (10. 8)

### CERO

#### MANDALAS CONSTRUIDAS POR EL IMPERIO

Diámetro en km.	Vel. giro en rpm.	Poblacion en miles	Cantidad
Modelo 1	0,4	2,85	10
Modelo 2	1,2	1,67	200
Modelo 3	4	0,95	2.000

### UNO

El eunuco irrumpió en la cabina del transbordador de salvamento como tifón en miniatura.

—¿Han conseguido hablar con la Vajra? Rápido, ¡explíqueme lo que está pasando!

Konarak le dirigió una mirada de desprecio, e hizo una señal al infante que estaba en la radio para que siguiera con su trabajo.

—Al parecer —empezó con una meditada lentitud que exasperó al gramani —, hemos sido traicionados por nuestros antiguos aliados de la Hermandad. Los religiosos capturaron a la Vajra en el espacio, viajaron hasta la Esfera, y destruyeron su nave de fusión. Ahora la Vajra vuelve a estar en poder de nuestros camaradas. Así como el transbordador en el que viajaban el doctor Yusuf y Hari Pramantha. Nos hablan desde él.

—¡Estupendo! —exclamó el eunuco riendo entre dientes. —La Vajra nos sacará de aquí... No será un viaje muy cómodo, pero eso es mejor que nada. Apártese —se dirigía al infante que se sentaba frente ala radio —, quiero hablar con su comandante.

El infante no se movió.

—Déjale el sitio al gramani —le dijo Konarak con una sonrisa cínica en los labios —. Veremos para qué lo quiere.

Jai gruñó algo contra los infantes de marina de la Utsarpini, mientras ocupaba el asiento.

—Comandante... Isvaradeva —dijo abriendo el canal —, ¡me alegro tanto de que se encuentren bien!

—No soy el Comandante, gramani. Soy el Segundo de la Vajra.

—¡Oh! —exclamó, mirando contrariado el desconocido rostro de la pantalla—. Bien, pásame con su superior.

—Temo que eso no va a ser posible —dijo Gorani—. El Comandante tiene asuntos muy importantes que atender en estos momentos.

—¿Sabe usted con quién está hablando?

—Por supuesto, gramani.

—Entonces...

—La respuesta sigue siendo la misma.

Jai tragó saliva intentando contener su cólera.

—Muy bien. En ese caso trataré con usted...

—Le escucho.

—Quiero que dispongan las cosas para evacuarnos rápidamente de este planeta de mierda.

—Yo también quisiera muchas cosas en este momento, pero el que da las órdenes es el Comandante.

—Creo que no me ha comprendido...

—No, el que no ha entendido nada es usted. Sí pone un pie en esta nave, será (en el mejor de los casos) en calidad de pasajero, y estará obligado a acatar cualquier orden, aunque le llegase del último de nuestros oficiales. ¿Me he explicado con claridad? ¿Sí? Bien, en ese caso, pásame con el cabo Konarak.

—¿Qué piensan hacer, entonces? —La voz de Jai era ahora casi suplicante—. Creo que tengo derecho a saberlo.

—Evacuaremos el planeta, como usted quiere, pero antes tendremos que esperar los resultados de la expedición comandada por Chait Rai... Nosotros íbamos a enviar también una misión hacia ese lugar, pero Konarak nos ha puesto ya al tanto de los últimos acontecimientos. No podemos arriesgar más hombres. Esperaremos al capitán Chait.

—Y después...

—Después nos ocuparemos de devolverle a usted al Imperio. ¿Qué le parece?

El eunuco se retorció las manos nervioso antes de contestar. Por fin comprendió que no iba a conseguir nada si seguía discutiendo con aquel hombre.

—Bien. Gracias, comandante —dijo con la mayor humildad.

## DOS

Jonás había perdido la noción del tiempo. ¿Cuántas horas o días llevaban allí? No

le importaba en realidad, cualquier síntoma de cansancio o hambre carecía de importancia. Estaba contemplando ¡con sus propios ojos! la increíble película del pasado de la Humanidad. ¿Qué más podía pedir un arqueobiólogo?

Desde luego Oannes no había resultado ser un dios, pero él, en esos momentos, se sentía en el Paraíso.

La imagen que contemplaba era ahora aún más extraña.

Otra vez el fondo estrellado. Pero había algo nuevo: parecía un hueco en el patrón aleatorio de estrellas. Un hueco de forma irregular.

—¿Una fluctuación aleatoria en el número? No, no creo —pensó Lilith en voz alta.

Fue Jonás quien halló la respuesta. Recordaba vagamente haber leído...

—¡Por Rama, Krishna y Mahoma!

—¿Qué es?

—Una nube de gas —aclaró el paleobiólogo—. Una nube de gas interestelar.

La escena no era tan estática como parecía. Apareció una estrella nueva en el borde de la nube. Luego, otra. Luego, tres más. Evidentemente era una simulación acelerada.

Las estrellas recién aparecidas formaban una reluciente uña cortada en el borde. Pronto fueron tan numerosas que fue imposible distinguirlas.

La uña se había convertido en un semicírculo. Pronto se hizo evidente que la forma de aquello era circular, o esférica, si la escena era tridimensional.

Y fue entonces cuando comprendieron qué era aquello. Algo que tardaron un momento en reconocer...

—Akasa-puspa —fueron las palabras que se elevaron, más o menos al unísono.

Chait Rai se volvió súbitamente interesado hacia el cubo proyector.

Aquello que consideraban su Universo presentaba un aspecto insólito... Tal vez porque lo veían desde fuera. Ya aparecía como una resplandeciente esfera de soles, que se coagulaban en el centro en un sólido bloque de luz naranja que hería a los ojos.

La música se había atenuado, como silos músicos estuvieran aterrorizados por la escena. La voz del narrador continuó.

—Estaba oculto por la nube de gas —dijo la suave voz de Ordenador —, pero ahora se reveló. Un cúmulo globular que atravesaba el disco de la Galaxia. Su movimiento era retrógrado respecto al del Sol en torno al Núcleo galáctico. Poco tiempo después de su descubrimiento estuvo claro que una catástrofe sin precedentes se cernía sobre la Esfera.

Una música amenazadora zumbaba siniestramente. La imagen de Akasa-puspa crecía con inexorable lentitud. Periódicamente, el sonido distante de una campana parecía marcar las horas de un titánico reloj que señalase el fin de un kalpa.

A Chait Rai la escena le parecía absurda. Akasa-puspa era su hogar. Trató de formarse la imagen que los antiguos esferitas debieron tener sobre aquel amasijo de soles: un demonio destructor.

—Era difícil predecir qué destino le aguardaba a la Esfera.

Había demasiadas variables en juego. El Sol podría ser capturado. Los asteroides que formaban la "cáscara" verían perturbadas sus órbitas y se perderían, como por evaporación. O bien chocaría con una estrella del cúmulo. O bien sería despedido fuera de la Galaxia. Algunos astrónomos incluso empezaron a hacer apuestas, pese a que no vivirían suficientes años como para cobrarías, o, de vivir lo bastante, difícilmente hubieran podido hacerlo.

Otra imagen, que Lilith reconoció con facilidad. Eran simulaciones por ordenador de todas estas catástrofes, y algunas más improbables.

—Quedaba claro una cosa: aunque el Cúmulo se dirigía hacia la Esfera, no lo hacía directamente. Dada la inmensidad del espacio, incluso este "roce" era un acontecimiento sumamente improbable.

»Corramos un tupido velo sobre lo que pasó en la Tierra. De todos modos, si el remodelado del sistema solar sobrevivía, lo haría como cautivo del Cúmulo. De hecho, ya se observaban capturas similares, junto por pérdidas de soles del Cúmulo, por interacción con el campo gravitatorio galáctico. Hubo dos opciones; o tres, más bien.

De nuevo la escena del hemiciclo. Pero ahora el orador apenas era oído. La atención del público se centraba en una media docena de peleas a puñetazos.

—Dos de ellas implicaban la emigración, pero no podían ser más distintas.

»La primera era la Opción Von Neumann. Consistía en colonizar otros planetas de la Galaxia, o sus cinturones asteroidales. A las preguntas sobre cuánto tiempo se tardaría, o el enorme esfuerzo de construcción necesario, tenían una ingeniosa respuesta: máquinas capaces de autorreplicarse.

—¿Semejantes a las Ciudades? —preguntó Jonás.

—Muy parecidas —fue la respuesta del delfín.

—...de este modo —estaba diciendo Ordenador —, la Humanidad hallaría cómodos hogares aguardándoles en la Galaxia. Pero estaba la segunda opción.

Ahora aparecía una flota de juggernauts. Se movían con majestuosa pereza en la inmensidad, ahora decorada con la imagen de Akasa-puspa.

—Los colonos del Halo, que ahora estaban en proceso de colonizar la "cáscara" de la Esfera, acuñaron el lema "¡Los planetas están obsoletos!", y sugirieron independizarse totalmente de los planetas y los soles. Los halos cometarios de la Galaxia proporcionarían un hábitat adecuado, sin perturbar las ecologías planetarias.

»Los colonos del Halo eran, naturalmente, los que más temían ser afectados. Sus... arrecifes espaciales estaban lejos del Sol, y era fácil que la gravedad del



Cúmulo los arrancase del Sistema Solar. Por otro lado, tenían buenas posibilidades de sobrevivir. Mientras contasen con cometas y una brizna de luz, estarían a salvo. Pero, ¿qué sucedería con la Esfera?

La imagen que estas palabras acompañaban seguía siendo la amenazadora esfera de Akasa-puspa. Pero pronto cambió.

De nuevo, un campo estrellado. De una aislada estrella emergía una línea de luz no más gruesa que ella, un tentáculo luminoso y rojo que crecía hasta tocar otra estrella. Se subdividía y seguía creciendo. Y se subdividía de nuevo.

—De una forma u otra, había llegado la hora de emprender la colonización de la Galaxia.

Chait Rai había permanecido observando en silencio. Ahora trató de imaginarse a sí mismo empuñando un arma, desembarcando en un mundo remoto entre extrañas y salvajes criaturas... La Galaxia era grande, incomparablemente grande.

—Partieron las sucesivas oleadas de emigrantes. Fue necesario construir el anillo... el continente circular, como le llamáis vosotros, para albergarlos a todos. La Tierra estaba superpoblada, y vaciarla totalmente fue una gigantesca tarea logística.

El planeta, rodeado por Jambudvipa, tal y como todos lo habían visto desde el espacio no hacía mucho. De él partían incontables naves con forma de aguja estableciendo un puente continuo con varias naves semejantes a la Konrad Lorenz que orbitaban al planeta a considerable distancia.

—Ya veo —dijo Jonás —, esas naves eran simples transbordadores. Deben funcionar gracias a los campos magnéticos de las naves estatorreactoras. Por eso no pudimos encontrar los motores.

—Exacto. Fijaos en ese estatorreactor.

La imagen tridimensional efectuó un zoom, al tiempo que las aristas del cubo crecían rápidamente, y fue como si uno de los estatorreactores se hinchara como un globo hasta ocupar todo el hemisferio.

—¿Es la Konrad Lorenz! ¿Es esta misma nave?

—Exactamente. Poco antes de partir.

—¿Y toda la población de la Esfera emigró?

—Toda la que habitaba los seis planetas troyanos. Pero con algunas interesantes excepciones...

Varios cubos diminutos se dirigieron hacia ellos volando como una escuadrilla de reactores. Uno tras otro empezaron a crecer conforme iban llegando a su altura.

Primer cubo: Mostraba una amplia plaza con una tienda negra en forma de cubo en su centro. Unos pocos cientos de individuos se arrodillaban en torno a este cubo, inclinándose y adorándole entre desgarradas e incomprensibles plegarias.

Segundo cubo: Ahora se veía un largo muro de piedra. Varias figuras vestidas de negro se pegaban contra el muro, y parecían susurrarle cosas.

Tercer cubo: Un gigantesco edificio rematado por una impresionante cúpula, en el centro de una ciudad vacía. Unos pocos hombres se congregaban en torno al edificio.

Cuarto cubo: Un río atravesando una ciudad no menos vacía que la anterior. Unos cuantos hombres se sumergían en él, lavándose y bebiendo sus aguas.

¿Qué unía entre sí a todas estas imágenes?

—Religión —comprendió Jonás.

—Exactamente —corroboró el ordenador—. La creencia en seres sobrenaturales capaces de intervenir y alterar las vidas de los seres humanos.

—Como es lógico —añadió Oannes —, hacia la época en la que la Tierra quedó casi vacía, los más reacios a emigrar eran los que se negaban a alejarse de sus lugares santos.

»Entonces se produjo la captura.

Akasa-puspa llenaba completamente el hemisferio sobre sus cabezas.

Ordenador retomó la narración:

—Los efectos fueron interesantes. El sol quedó gravitatoriamente ligado, y conservó la Esfera prácticamente intacta. Fue después cuando se dieron cuenta de algo curioso...

»El Cúmulo había capturado planetas, en su paso a través de la Galaxia.

»Sabemos que el espacio interestelar no está vacío del todo. Hay gases muy tenues, polvo... y cuerpos del tamaño de planetas no ligados a ningún sol, nunca antes descubiertos debido a su pequeño tamaño comparativo. A medida que el Cúmulo recorría su paso, muchos cuerpos de pequeño tamaño fueron capturados. Así se originaron los sistemas planetarios del Cúmulo...

—¿Qué sucedió después? —preguntó Jonás.

—Eso deberíais respondérmelo vosotros —contestó el delfín—. Vosotros sois los descendientes de esos fanáticos religiosos que se quedaron en la Esfera.

Durante un instante las imágenes se sucedieron en un ballet de locura en la mente de Jonás. Vio a fanáticos religiosos super-tecnológicos saltando de planeta en planeta en Akasa-puspa. Erigiendo babeles. Grabando sus Libros Sagrados en las paredes de éstas. Invadiendo el planeta vecino con el único objetivo de imponerle su fe. La Civilización elevándose y cayendo como consecuencia de las continuas guerras religiosas, unido al apiñamiento de los Sistemas planetarios en Akasa-puspa... Así ¿durante cuánto tiempo? ¿Cientos de años? ¿Miles? ¿Millones...? ¿Cuánto tiempo transcurrió antes de que alguien como Alikasu-dara-Maha proclamara el Imperio, y la unidad de todas las religiones? ¿Cuántos Imperios fueron fundados para luego caer en la oscuridad como consecuencia del influjo de los religiosos?

Se encendieron las luces de la sala. Todos parpadearon para ajustar sus ojos a la nueva circunstancia. Jonás miró alrededor asombrado. Estaban en el centro de un vasto anfiteatro donde cabrían unas cien mil personas sentadas. Por supuesto todas las

gradas estaban vacías. Miró hacía arriba; el techo se cerraba en una especie de cúpula, como un tazón puesto boca abajo; en el centro de esta cúpula colgaba un artefacto de aspecto complicado, una especie de hidra con cables como tentáculos y miles de lentes como ojos; ¿Ordenador?

Se volvió hacia sus compañeros que, en un pensativo silencio, consideraron lo que acababan de oír.

—Todo lo que hemos visto... —preguntó Lilith confusa —, ¿cuándo sucedió?

El delfín revoloteó sobre su auditorio.

—Yo nací en el año 10.567 después de Cristo.

—¿Cristo? ¿Se trata de un personaje real? —preguntó Jonás.

—Por supuesto, al igual que Mahoma o Buda. Y todos son casi contemporáneos míos. Sobre todo si tenemos en cuenta la escala de tiempo de la que estamos hablando...

—¿A qué te refieres?

—Relatividad. Para la Konrad Lorenz han pasado sólo seiscientos años, tiempo de a bordo. Para vosotros han transcurrido veinticinco millones de años desde entonces.

¡Veinticinco millones...! Jonás se quedó sin aliento. Lo había sospechado pero... El movimiento de las placas continentales... Se volvió hacia Lilith, y hacia Chait Rai. Parecían tan impresionados como él.

—De esos seiscientos años —siguió hablando Oannes— sólo cien los pasé viajando por el espacio a velocidades relativistas. Hace quinientos años que regresé a la Tierra. Abrí las compuertas de la nave, y mis pasajeros salieron al exterior. Los salvajes que habéis encontrado son sus descendientes... Yo busqué a mis congéneres en los mares de la Tierra, pero sólo encontré intrusos llenando sus nichos ecológicos: Un pingüino de más de cuarenta metros de longitud, con el pico transformado en un tamiz de plancton. Y otro pájaro del tamaño y la forma aproximada de un delfín, pero con un pico largo y aserrado para capturar peces. Ni delfines ni ballenas... sólo pájaros.

—Regresasteis, ¿por qué? ¿Por qué no desembarcasteis en cualquier planeta de la Galaxia?

El delfín pareció sonreír con tristeza.

—La proyección se refería a las máquinas Von Neumann... Oannes hizo una pausa. Sólo obtuvo miradas de incompreensión.

—El proyecto original era que las Máquinas abriesen camino a la colonización humana. Muchos planetas son adecuados para la vida, pero no existe en ellos vida nativa. Otros son casi habitables. Las Máquinas debían terraformarlos. Pero...

—Pero... ¿qué? —preguntó intrigado Jonás.

—Pero... Nada. No hay huellas de civilización humana en la Galaxia. Si hay

humanos vivos, no tienen civilización.

Una sombría premonición se apoderó de todos. Jonás sintió un escalofrío. Sólo Chait Rai parecía impasible.

—Cuando regresé —prosiguió Oannes— traté de comunicarme con quien fuera. No obtuve respuesta. Sólo oí códigos cifrados en binario, que mi ordenador no pudo descifrar. Eran comunicaciones máquina-máquina. No había la menor huella de voces o imágenes humanas.

»No obtuve respuesta a mis mensajes, aunque los radiofaros debían responder a la clave en que emití.

»Pasé mucho tiempo reuniendo información para decidir mi próximo paso. Escuché todas las frecuencias. Obtuve imágenes de la Galaxia en todo el espectro. Medí campos magnéticos, radiaciones, incluso cuenta de neutrinos. Mi ordenador quedó empachado de números...

»La inevitable conclusión es ésta: La Galaxia está infestada de Máquinas de Von Neumann. Millones de ellas. Esparcidas por todos los soles, incluso el Núcleo, que su programación original ordenaba evitar.

»Sólo puedo proponer una explicación: Se han vuelto locas.

—¿A qué te refieres exactamente? —preguntó Lilith.

—La programación de las Máquinas —respondió Oannes— estaba codificada en bloques de cristales aperiódicos de... Bueno, no importa. Pero ningún modo de almacenar información está a salvo de pérdidas o cambios aleatorios, debidos a inevitables errores de copia o la acción de radiaciones...

—Mutantes —habló Jonás—. Esas máquinas son mutantes.

—¿Eh? —exclamó Lilith.

Fue Oannes quien respondió.

—Eso es lo único que lo puede explicar. A lo largo de los milenios, sus instrucciones pasaron de "padres" a "hijos". Pero debieron deslizarse algunos pequeños errores. Y al acumularse con el paso del tiempo, dejaron de seguir las intenciones originales de los programadores.

—¡Como los seres vivos! —dijo Lilith—. Creyeron asegurarse unos esclavos fieles, pero esto los independizó.

Increíblemente, Jonás se echó a reír con una risa casi histérica. Sus compañeros le miraron con alarma.

—No, no estoy loco... —Se fue calmando—. Es sólo que... bien, estaba recordando una conversación que tuve con Hari sobre evolución. Aquellas primeras máquinas rebeldes obtuvieron una ventaja selectiva sobre las obedientes.

Ahora fue él quien obtuvo una mirada de incompreensión.

—¿No os dais cuenta? Las máquinas tienen que trabajar para la humanidad y para autorreplicarse. Las rebeldes sólo trabajan para sí mismas. Así que disponen de más

recursos para autorreplicarse. Intentad contemplarlo desde mi punto de vista...

»Un ser vivo distribuye los recursos capturados (energía o materia) en estas partidas: crecimiento, células reproductoras, reposición de células no reproductoras perdidas (epidermis, pelos, cutículas, y demás), energía muscular. Hay además una pérdida de calor.

Una fábrica gasta la mayor parte de sus recursos en transformar materias primas, y el resto en mantenimiento. Si gastase una apreciable cantidad de recursos en crecimiento, quedaría poco para el procesado de materias primas. Su rendimiento sería menor.

»Por ejemplo: una placa solar tiene un rendimiento del 18 al 20 por ciento. En cambio, la fotosíntesis tiene un rendimiento (en condiciones óptimas) de apenas el 3 por ciento. Las plantas están hechas para sobrevivir, no para ser explotadas.

»Una factoría capaz de autorreplicarse necesitaría gran cantidad de máquinas y herramientas para ello, que serían poco útiles en el procesado de materias primas. De forma que cada copia mutante de una Máquina, que dedicara una menor parte de su esfuerzo, en la elaboración de estas materias, y más en su propia reproducción, gozaría de una ventaja evolutiva definitiva con respecto a sus hermanas... En sólo unas pocas generaciones acabaría por imponerse totalmente a ellas.

»Una vez lanzada al espacio la primera máquina Von Neumann la secuencia de los acontecimientos será inevitable... ¿Cómo pudisteis cometer un error tan estúpido?

—No lo sé —dijo Oannes lentamente—. El sistema fue diseñado a prueba de fallos... al menos en teoría.

—Y ahora, ¿qué podemos hacer? —preguntó Chait.

—¿Hacer? —dijo Oannes—. Quizás estemos razonablemente a salvo aquí. Los cúmulos globulares son pobres en metales, y por tanto poco interesantes para las Máquinas... No lo sé. Lo cierto es que, probablemente, en Akasa-puspa se encuentre la última reserva de seres humanos del Universo.

—Pero las Ciudades... —insistió Chait —son Máquinas Von Neumann, ¿no?

El delfín cabeceó asintiendo.

—Sí, y las babeles también. Se coloca un satélite en órbita, y éste se encarga de tender una babel por si mismo... Pero no hay peligro. Las mutaciones se produjeron a lo largo de milenios de autorreplicarse. Pero las Ciudades, mientras los humanos no ocupen sus zonas habitables, no se replicarán.

—Por eso estableciste un tabú sobre la utilización de esos sectores... —dijo Jonás.

—Sí. El jugar a dios no me gusta tanto como podáis haber imaginado. Pero me vi obligado a establecer unas reglas para mi protección personal.

—Reglas tales como el tabú de que tu imagen sea reproducida...

—Sí. Pero me temo que existe algo en las religiones que las obliga a proveerse de iconos. Mi prohibición no resultó demasiado efectiva.

—Pero, ¿por qué? No lo entiendo.

—Piensa en esto: he vivido seiscientos años. Con un poco de suerte podría llegar al milenio. Aquí, en la Esfera, no hay nada que me lo impida... Pero tengo unos vecinos muy ruidosos. Por lo que sé, lleváis veinticinco millones de años de interminables y continuas guerras, y yo estoy más indefenso de lo que parezco. Pensé que el mantenerme oculto era mi única posibilidad de supervivencia.

»Pero me equivoqué. La violencia debe estar más sólidamente implantada en vuestros genes de lo que me figuraba. Me habéis dado una buena prueba de esto destruyendo una babel que había estado firmemente levantada en su lugar durante millones de años, y lo hicisteis nada más llegar.

»Comprendí entonces que debía cambiar la táctica. Debía tomar partido, y esperar que el bando vencedor se mostrara dispuesto a dejarme en paz...

Oannes agitó su cola, y durante un momento su eterna sonrisa pareció convertirse en una máscara de amargura.

—Mirad, ya veis lo que soy —dijo girando sobre sí en el aire —: Ni un dios, ni un héroe, ni siquiera un humano. Sólo un viejo delfín que un día sirvió fielmente a vuestros antepasados... Os he contado todo lo que sé. Ya no lograréis obtener nada más de mí. Ni siquiera matándome...

—Has dicho que piensas tomar partido —dijo fríamente Chait.

—Ya lo he hecho. He salvado vuestra única posibilidad de regresar a Akasa-puspa... a vuestro hogar... He salvado a la Vajra de la destrucción.

Los dos hombres de la Utsarpini y la mujer del Imperio se miraron asombrados.

—¿La Vajra? —preguntaron casi al unísono.

## TRES

Durante el viaje de regreso, la cabeza de Jonás era un torbellino.

Descubrir que el antiguo hogar de la Humanidad, la Tierra, había sido capturado por Akasa-puspa en el pasado era bastante impresionante.

Descubrir que ellos eran los descendientes de los fanáticos religiosos, que se negaron a abandonar sus Lugares Sagrados cuando Akasa-puspa se les vino encima, también lo era.

Pero descubrir de pronto que toda la Galaxia estaba repleta de hostiles máquinas autorreplicantes, y que ellos eran los trucos humanos que quedaban en el Universo, los únicos que podrían hacerles frente en algún momento del futuro... Bueno, aquello era... Se preguntó cuántas generaciones deberían de transcurrir en Akasa-puspa antes de que su población se adaptara a esta nueva visión de las cosas. Se preguntó qué haría la Hermandad cuando se difundieran estas noticias. ¿Intentaría mantenerlas ocultas en la Utsarpini? Sin duda que sí. Pero, ¿cómo iba a lograrlo en el Imperio?

Recordó lo que le había dicho Yusuf sobre la desaparición de los datos referentes a los colmeneros, y una nueva y terrible idea asaltó su mente. ¿Era posible que la Hermandad supiera toda la verdad desde hacía mucho? ¿Por qué no? Ellos eran los únicos que tenían un acceso directo a las Sastras, y las Sastras fueron grabadas por aquellos primeros pobladores de Akasa-puspa. ¿Quizás en alguna parte de los Textos Sagrados se encontraban reflejados todos los acontecimientos que les había narrado el delfín, y la Hermandad había silenciado estos textos? ¿Incluso los datos obtenidos por los científicos referentes a los colmeneros? Yusuf no lo creía posible; pero él, ahora, ya no sabía qué pensar.

Sería terrible descubrir que la Hermandad era aún más poderosa de lo que el Imperio se atrevía a imaginar.

Desde que emprendí este viaje siempre me he estado enfrentando al mismo problema... —comprendió de pronto—. ¿Cómo no me había dado cuenta? La religión es una idea autorreplicante. En la esfera de las ideas, las ideas crecen, se extinguen, mutan, se reproducen. Y obedeciendo a la misma regla de selección natural. Aquellas ideas que favorezcan su propia reproducción, sobreviven. "Si quieres ganar el Cielo, practica tales y cuales reglas de vida y convence a los demás de esta misma proposición."

»Pero las ideas no existen aparte de la realidad física. Existen en la mente humana, o en la de cualquier ser pensante. Si la Humanidad se extinguiese, las ideas se extinguirían.

»La religión es ventajosa para los grupos sociales, porque proporciona normas de conducta que preservan el grupo. "No mates", "no robes", "come prasada", todo eso. Pero ahora, la idea de Dios se ha vuelto destructiva contra sus creyentes, se ha transformado en una enfermedad. Dios se ha rebelado contra el Hombre.

»De la misma forma que la Galaxia, infestada por máquinas que también fueron diseñadas por el ser humano.

»¿Y los cintamanis? Ellos también se autorreplican, y también son obra de la mente humana... Como las ideas. como las máquinas...

»Todo ser autorreproductor tiende a producir tantas copias de sí mismo como pueda. Esa es la única Ley Suprema de este Universo. En algún momento del más remoto pasado, un grupo de moléculas descubrieron la forma de hacer copias de sí mismas. Y desde entonces hasta ahora, todo lo que ha sucedido, ha sido inevitable...

Chait Rai cedió el asiento del piloto a uno de los infantes, y se dirigió hacia la parte trasera del reptador, donde estaba tumbado Jonás.

—Perdona —dijo —, quiero hablar contigo.

Jonás, saliendo de su ensimismamiento, se frotó unos ojos enrojecidos. Le dolía horriblemente la cabeza.

—Si no te importa —dijo —, ahora quisiera dormir un rato. Por lo menos hasta

que lleguemos a la Ciudad.

Chait siguió hablando como si no hubiera escuchado las palabras del biólogo. Esta era una característica que Jonás ya había observado en el mercenario: cuando algo no se ajustaba a sus deseos, simplemente lo ignoraba.

—Escucha, Jonás, creo que tú y yo estamos destinados a entendernos.

—¿Qué te hace suponer eso? —preguntó distraídamente Jonás mientras consideraba diferentes maneras, algunas no muy educadas, de deshacerse del mercenario.

—Vosotros los científicos sabéis lo que es la muerte —dijo Chait sentándose junto a él —, porque la habéis estudiado, y conocéis sus causas y circunstancias. Nosotros los militares también lo sabemos, porque estamos destinados a sufrirla. Un político como Jai Shing tiene puntos de vista diametralmente opuestos al nuestro. El piensa en otros términos...

—¿A dónde quieres ir a parar? —preguntó Jonás, intrigado.— ¿Tú has creído hasta la última palabra de todo lo que nos ha dicho ese pez?

—¿Tú no?

—No.

—Ya veo. Desconfiado por naturaleza.

—No es eso, pero... —Chait bajó la voz hasta convertirla en un susurro—. Los antiguos humanos construyeron la Esfera. Alteraron la estructura y disposición de todo un sistema planetario. Viajaron entre estrellas que estaban separadas por años, ¡años luz!. Descubrieron la forma de crear seres prácticamente inmortales...

»Diseñaron máquinas capaces de autorreproducirse infinitamente, y no las dotaron de un sistema de control totalmente a prueba de fallos. No eran dioses. Para algunas cosas eran tan estúpidos como nosotros.

»Pero alcanzaron un poder inmenso...

—Eso ya lo habíamos adivinado desde el principio. La Esfera es un magnífico monumento a su antigua gloria.

—¿Antigua gloria? Jonás, es eso precisamente lo que no puedo creer. ¿Toda esa tecnología se perdió? ¿Así de simple? —el mercenario hizo un gesto con la palma de la mano, como si ésta fuera un pájaro que se alejara—. ¡Plas!

—No fue tan simple. Akasa-puspa, diez millones de soles, se les vino encima. ¿Crees que eso no fue motivo suficiente para hacer desaparecer una civilización entera, por poderosa que ésta fuera?

—No —dijo enérgicamente—. Nosotros estamos aquí. ¿No prueba eso que sobrevivieron? Y si fue así, ¿por qué perdieron su Ciencia?

Jonás miró hacia arriba como si implorara al Creador.

—¿Debo explicártelo otra vez? Fanatismo religioso, intransigencia de pensamiento unida a la cercanía de los sistemas planetarios en Akasa-puspa. Mira,



con la tecnología que tenemos en la Utsarpini, si viviéramos en la Galaxia no podríamos ni soñar con alcanzar la estrella más cercana, ¡incluso el Imperio tendría problemas! Pero aquí ya lo ves, las cosas son distintas. ¿Y qué significa eso...? Guerras, guerras, guerras... Planetas enteros arrasados por salvajes pilotando naves espaciales. Y cada vez que nos hemos elevado de la barbarie, ¿qué hemos encontrado? Las babeles, con las Sastras malignamente impresas en sus paredes..., y de nuevo vuelta a empezar.

—Todo eso lo he entendido tan bien como tú. Pero hay algo que el pez se cuidó mucho de aclararnos...

—¿De qué se trata? —preguntó Jonás intrigado.

—¿Qué sucedió con los habitantes del Halo? Ellos fueron los que desarrollaron los árboles que crecen en el "cascarón" de la Esfera. Los que rediseñaron a los juggernauts. Su especialidad eran las ciencias biológicas, la ingeniería genética, ¿recuerdas? ¿Qué ha sido de ellos?

—De alguna forma el delfín nos lo dio a entender... —dijo Jonás, aunque su seguridad empezaba a hacer aguas por mil sitios—. El Halo estaba débilmente ligado al Sol, al aproximarse Akasa-puspa debió de desorganizar todas las órbitas cometarias... No, no es posible que nadie viviera ya allí.

—Exactamente —dijo Chait triunfante—. Una vez concluida la Esfera, ésta privaría al Halo de la totalidad de la energía solar. Los habitantes del Halo debieron de trasladarse a la Esfera mucho antes.

Jonás observó al mercenario con nuevos ojos. ¿Había menospreciado la inteligencia de aquel hombre?

—Y la Esfera sigue ahí —completó—. No se ha desmembrado a pesar de la influencia gravitatoria de los soles de Akasa-puspa...

Jonás intentó imaginárselo. La Esfera había sido construida en una zona del Universo en la que los soles estaban separados por una media de diez años luz. Las órbitas de cada uno de los miles de millones de asteroides que formaban el "cascarón" debían de estar milimétricamente calculadas para que ocupara exactamente su posición a lo largo de los años... ¿Qué debió suceder cuando la Esfera fue atrapada por Akasa-puspa? De repente cayó bajo la influencia de diez millones de soles amontonados en una bola de apenas cien años luz de diámetro. Jonás imaginó la absoluta confusión que esto produciría en las órbitas asteroidales. Muchos se estrellarían entre sí, o caerían hacia los planetas troyanos. La mayoría escaparían de la influencia del sol.

Y eso no había sucedido.

—¿Crees que sobrevivieron...? ¿Durante veinticinco millones de años?

—Sí. El pez nos dijo que no tenía nada más que ofrecernos. Mentía, él sabe que sobrevivieron. Imagínatelo, ¡veinticinco millones de años de avance tecnológico

ininterrumpido!

—No me lo imagino. ¿Dónde están en ese caso?

—En el "cascarón" de la Esfera, por supuesto.

—Por supuesto deberíamos haber tenido ya noticias de ellos.

—Quizás han preferido permanecer ocultos, como el pez.

—¿Y tú crees poder encontrarlos?

—¿Por qué no?

—El "cascarón" es muy grande.

—Podemos dedicarle todo el tiempo que haga falta.

—¿Todo el tiempo? Sospecho que no es precisamente la curiosidad científica lo que te mueve.

—No.

—¿De qué se trata?

—Inmortalidad.

Jonás le dirigió una mirada de asombro. Nunca hubiera imaginado que Chait Rai tuviera esas inquietudes.

—¿Inmortalidad?

—Sí, la juventud eterna. Ese pez ha vivido cientos de años.

—Se trata de una mutación dirigida. Eso no te hará inmortal

—Es posible que en veinticinco millones de años hayan encontrado algo mejor...

—Y si así fuera, ¿cómo esperas convencerles de que lo compartan contigo?

Chait se encogió de hombros.

—De momento lo primero es encontrarlos. Cuando llegue a ese otro puente, ya lo cruzare.

## CUATRO

Cuando el reptador se detuvo junto a la Ciudad, Chait Rai montó en cólera.

—¿Quién ha ordenado que se prepare el transbordador para partir?

El transbordador del Imperio tenía las compuertas de carga abiertas. Ayudados por los nativos, los infantes de marina subían pesados bultos por la rampa de acceso.

—El gramani...

—¿Dónde está ese bastardo?

—En la cocina, mi capitán.

—Ustedes —dijo a los infantes de marina—, síganme.

Chait Rai se dirigió hacia la Ciudad, avanzando a grandes zancadas. Jonás y Lilith también le siguieron. Una vez en el interior de la sucia sala, el ksatria buscó con la vista a Jai. Lo localizó cerca del hogar, donde una gran cacerola de bronce se calentaba al fuego. Konarak estaba junto a él.

—Cabo —dijo Chait controlando su furia —, infórmeme sobre lo que está sucediendo aquí.

Konarak se cuadró.

—Estamos preparando las provisiones para el viaje de regreso a Akasa-puspa.

—¿Quién ha dado la orden? —preguntó Chait muy lentamente.

—Su propio Comandante —dijo el eunuco con una sonrisa cínica.

—La Vajra está aquí, capitán...

—Lo sé. —Konarak le miró sorprendido—. Continúe.

—Bueno, el Comandante Isvaradeva dijo que fuéramos preparando las cosas para partir en cuanto regresaran...

—Olvídenlo. De momento nadie va a salir de este planeta.

Todos los infantes se volvieron hacia el mercenario buscando una explicación. Jonás comprendió que, en pocos minutos, allí iba a suceder algo muy grave.

—¡Usted está loco! —gritó Jai Shing—. Nadie le seguirá si intenta desobedecer a su superior.

—Me temo que la situación es muy compleja, capitán. Debemos regresar a la Utsarpini para informar. La Hermandad nos ha traicionado...

—Lo sé. Todo eso ya lo sabemos. Pero no podemos dar la espalda a la inmensa riqueza que guarda este planeta.

—¿Inmensa riqueza? —Konarak parecía cada vez más confundido.

—¡Sedición! —dijo Jai acusadoramente—. Aquellos de vosotros que obedezcan a ese hombre serán culpables de sedición, y de alta traición contra sus naciones.

Ya basta, eunuco —dijo Chait con una mortífera sonrisa. Empiezas a ser un engorro demasiado molesto.

Por favor, capitán —dijo Konarak suplicante—. No sé qué información ha obtenido en su viaje, pero le ruego que llame a la Vajra y coteje sus datos con el Comandante.

Ya no es tiempo de eso. He recibido demasiadas órdenes a lo largo de mi vida. Demasiadas. He cumplido de sobra mi Juramento de Lealtad... —Chait se volvió para que todos pudieran contemplar su rostro desfigurado en el combate—. A partir de ahora empezaré a actuar por cuenta propia.

—Yo mismo avisaré a Isvaradeva.

Jai Shing se dirigió resueltamente hacia la salida. El mercenario hizo una muda señal a sus dos infantes de confianza.

Al ver a los dos hombres armados avanzar hacia él, el eunuco retrocedió tembloroso. A duras penas consiguió modular su voz infantil para que el miedo no la hiciera ininteligible.

—¿Qué es esto, señores? —murmuró aterrorizado mientras retrocedía un paso —. ¿Sabéis que estáis desobedeciendo al representante del Emperador...? No podéis...

Por favor, no... ¡No...!

Su vocecilla se transformó en un aullido de dolor. El primero de los infantes le golpeó con su pesada bayoneta, y la hoja atravesó la blanca piel del gramani, y se clavó entre sus costillas por el lado derecho. El infante retiró su arma con un tirón seco, y a través de los amplios labios de la herida surgió un amarillento jirón de grasa, seguido casi al instante por la roja sangre manando a borbotones.

El eunuco contempló durante un momento la herida, con la incredulidad pintada en su rostro de luna; alguna fibra en su cerebro se negaba tercamente a reconocer que estaba a punto de morir. Intentó retroceder otro paso, mientras murmuraba algo con la boca llena de sangre, pero tropezó contra el caldero donde se cocía la comida de los nativos, y cayó hacia atrás, entre una lluvia de chispas y troncos ardientes. El contenido del caldero se volcó contra su cuerpo salpicándolo con el líquido hirviente.

El eunuco se retorció agonizante en el barro formado por la mezcla de su sangre, la sopa derramada, y el polvo que cubría el piso de la cocina. Allí recibió varias cuchilladas más, que pusieron fin a su sufrimiento.

—Bien, ya está hecho —dijo Chait dirigiéndose al asombrado grupo.

Jonás observó a aquel hombre que estaba lleno de resentimiento. Resentimiento contra el cielo y la tierra. Contra Kharole y contra el Emperador. Contra el Jagad-guru y contra Dios. Tal vez contra todos los seres humanos a los que otros podían contemplar sin sentir revolverse sus tripas.

Los otros no se daban cuenta de que algo fatídico y sombrío dominaba la voluntad del mercenario. Jonás sí, pero no sabía exactamente qué.

—¡No! —dijo Jonás, elevando su voz sobre la del resto de los presentes. Todos se volvieron, y Jonás pasó a ser el centro de atención.

—Amigo Jonás —dijo Chait dirigiéndole una mirada helada —, no te metas en esto.

—Escúchame, Chait: vas camino de cometer una locura...

—¡Basta! Llévoslo de aquí. —Un par de infantes agarraron a Jonás de los brazos, y empezaron a arrastrarlo hacia la parte posterior del campamento.

—¡Chait! —gritó Jonás mientras forcejeaba con los dos hombres—. Espera, estoy contigo..., creo que debemos quedarnos... Hay grandes tesoros tecnológicos ocultos en algún lugar de la Esfera.

Chait levantó una mano, ordenando a sus esbirros que se detuvieran.

—Entonces, ¿apruebas que todos debemos quedarnos?

—No. Sería una locura. ¿No lo ves? la Vajra —dijo señalando al cielo — regresaría a la Utsarpini, y denunciaría nuestra sedición. En un año estarían aquí las tropas de Kharole...

—El Comandante Isvaradeva enviará a los infantes romakas contra nosotros. Podremos entonces forzar una batalla, y vencerlos. Ya lo hemos hecho en el pasado...

Lilith y los hombres del Imperio y la Utsarpini permanecían silenciosamente atentos a la confrontación entre el científico y el militar. Se había creado un círculo de atención para ellos, al que los demás asistían como espectadores a un torneo entre dos combatientes.

—¿Y qué conseguirás con eso? La Vajra seguirá sobre nuestras cabezas, inalcanzable para ti. Si los hombres que envía Isvaradeva son vencidos por tus fieles, simplemente irá a por refuerzos. Ni siquiera tú puedes enfrentarte a toda la Utsarpini.

—El Comandante no se marchará de la Esfera si piensa que abandona a algunos de sus hombres —dijo Chait.

—No necesitaré hacerlo —rebatí rápidamente Jonás —; simplemente sacaré la Vajra fuera de la "cáscara", y radiaré un mensaje solicitando ayuda.

—Bien, eso me dará un año para prepararme...

—Si el mensaje es interceptado por los romakas no tendrás tiempo para nada. En sólo unas semanas, las tropas del Emperador y la Utsarpini caerán sobre ti aunque te escondas en la zona más remota del planeta... Y una vez hayan acabado contigo, se dedicarán a destruirse mutuamente. Sin duda lucharán por el control de estos mundos, que como ya te he dicho, yo también creo cargados de tesoros. El Imperio contra la

Utsarpini... Precisamente lo que la Hermandad andaba esperando. Al final ellos serán los únicos beneficiados, llegarán a la Esfera, y tomarán las riendas de un poder tan inmenso que en unos años les conducirá a la conquista de todo Akasa-puspa.

»Puede que Akasa-puspa, bajo la dominación Imperial, no fuera un lugar perfecto para vivir. Sin duda no lo fue durante el Avasarpini, y quizás tampoco lo sería con la Utsarpini.. Pero, ¿podéis imaginar en lo que se convertiría bajo las sandalias de los Hermanos? Ahora todos habéis tenido una prueba de hasta dónde alcanza su ambición, y su falta de escrúpulos. ¿Queréis ver la totalidad de los planetas de Akasa-puspa sometidos a una férrea dominación religiosa?

—¿Qué propones entonces? —preguntó Chait confuso. Sin duda las palabras de Jonás le habían impresionado.

—Deja que aquellos que así lo deseen regresen a la Vajra. Ninguno dirá nada sobre este lugar...

—¿Estás loco? ¿Por qué iban a actuar así?

—Porque no son estúpidos, y saben que tanto el Imperio como la Utsarpini están abocados al entendimiento mutuo. La tensión que existe entre ellos en estos momentos es una consecuencia de la ineptitud de sus dirigentes, y de las intrigas del hábil Srila. Pero algo así no puede durar para siempre. Ahora tienen una excusa para unirse: la Hermandad, al enviar esos veleros, ha traicionado tanto a unos como a otros.

»Una nave del Imperio ha sido destruida por los religiosos, romakas y yavanas han muerto juntos en ella.

»Todos hemos visto cómo las babeles, el poder eterno de la Hermandad, pueden ser destruidas. Quizás esto sea sólo un símbolo, pero creo que el oscurantismo religioso tiene sus días contados aquí en Akasa-puspa.

»Sólo una cosa podría desequilibrar la balanza, y obligar a estas dos naciones, destinadas como te he dicho a colaborar, a enfrentarse en una guerra de posesión: la Esfera...

—¿Piensas que el Comandante Isvaradeva guardará silencio de todo lo que aquí ha pasado? ¿Piensas que los romakas harán lo mismo, que ocultarán pruebas a sus superiores? En ese caso, amigo Jonás, es que durante todo el tiempo que llevas en la Marina, no has alcanzado a comprender la mentalidad militar.

—Quizás sí, o quizás no. En todo caso no radiarían el mensaje referente a la posición de la Esfera. Isvaradeva regresaría al Halo, y allí susurraría esta información al oído de Kharole, asegurándose de que ningún Hermano ande cerca. Los romakas harían otro tanto. Si tanto Kharole, como el Emperador se decidieran a actuar de la peor forma posible, eso sin duda te daría más tiempo que si retienes a los hombres de Isvaradeva, y le obligas, de acuerdo con esas normas militares a las que antes hacías referencia, a radiar un mensaje pidiendo refuerzos.

—¿El Emperador? —dijo Lilith cínicamente—. Cuando partimos de Cakravartinloka se rumoreaba que había sido asesinado por su madrastra. Si así fuera, Whoraide podría necesitar el apoyo de Kharole para legitimar su posición. Yo también pienso que el Imperio y la Utsarpini están destinados a entenderse. Whoraide podrá ser muchas cosas, pero no es estúpida.

—Chait lo consideró un momento. Su rostro quedó inmóvil, como la máscara de una figura de cera medio fundida.

—No me importa lo que pueda hacer esa furcia de Whoraide —dijo al fin, entre dientes—. Ni tampoco las intrigas de esa momia senil de Srila. Ni siquiera ese loco de Kharole me importa lo más mínimo. Ya ha pasado mi hora de servidumbre. Sólo necesito tiempo. Tiempo para encontrar la inmortalidad, y las inmensas riquezas de la Esfera. Un año. Dadme un año, y Akasa-puspa, la Hermandad, el Imperio y la Utsarpini se pondrán a mis pies...

Dio la vuelta, y avanzó lentamente hasta situarse en el centro de la sala, a la vista de todos sus hombres.

—¡Escuchadme todos! —gritó, con su rostro diabólicamente contorsionado—. Podéis regresar a Akasa-puspa, y apurar el resto de vuestras absurdas vidas de esclavos, o podéis seguirme en mi camino de gloria, hacia la riqueza, el poder y la inmortalidad... Sé que no hay una unidad de opiniones entre vosotros. Unos, sin duda, queréis quedaros a explorar y poblar estos planetas, y haceros aquí un lugar donde vivir, aunque sea a punta de bayoneta. Otros queréis regresar a una rutina que, puesto que ya conocéis muy bien, tiene menos de temeraria. Se podría plantear la cuestión

de otra manera; podría decirlos que se trata de un problema de valientes o cobardes, o quizás, de hombres con esperanza o de desesperados, pero no lo haré. Quiero que la decisión sea enteramente vuestra. Decidid, pero decididlos pronto. Yo estaré esperando a aquellos valientes que quieran seguirme. El resto, deberán abandonar este planeta en el plazo de doce horas.

Sin decir nada más, se dirigió rápidamente hacia la salida de la cocina. Desapareció a través del umbral metálico.

Jonás le siguió con la vista, y luego permaneció un par de minutos inmovilizado por un torrente de pensamientos, observando el lugar por el que el mercenario había desaparecido. Lilith se aproximó a él.

—Has estado muy convincente, biólogo.

Jonás se volvió hacia ella, y la contempló como si la viera por primera vez.

Tal vez en otras circunstancias —pensó—, habría sido interesante profundizar más en el conocimiento de esta sorprendente mujer romaka

Lilith captó su mirada, pero no supo cómo interpretarla. Se encogió mentalmente de hombros, y dijo:

—Será mejor que nos vayamos preparando para partir. Nos espera un largo e incómodo viaje de regreso hasta el Límite.

—Yo me quedo... —dijo Jonás casi en un susurro.

Al principio Lilith no supo a qué se refería, luego...

—¿Qué has dicho...?

—Me quedo, Lilith. Id preparándoos vosotros para ese viaje, pero yo no iré. Seré uno de los que se queden a acompañar a Chait Rai en su aventura.

—¿Te has vuelto loco...?

—Quizás.

## CINCO

El transbordador humeaba listo para partir. Aparte de las abundantes provisiones, transportaba a los infantes de marina comandados por Konarak, y a algunos científicos del Imperio.

Sólo diez infantes y Jonás Chandragupta habían elegido quedarse con el ksatrya.

Lilith se detuvo a mitad de la pasarela y se volvió hacia Jonás.

—¿Seguro que prefieres quedarte?

Al pie del transbordador, Jonás tenía un aspecto insignificante y desvalido. Se encogió de hombros.

—Ya lo hemos hablado. Quedan demasiadas cosas aquí que todavía no hemos averiguado.

—Volveremos en menos de un año —se apresuró a decir Lilith—.

Convenientemente preparados.

—Quizás sí, o quizás no. Un año puede ser mucho tiempo, y la Hermandad no dejará que todos sus privilegios le sean arrebatados sin pelear. Puede que estéis demasiado ocupados como para dedicaros a la exploración.

—Vamos, la Hermandad no es enemigo contra el Imperio.

—Peleando frente a frente, quizás no. Pero no creo que Srila sea tan estúpido como para daros esa oportunidad.

—¿Y qué ganarás quedándote? ¿También buscas la inmortalidad?

—¿Por qué no? No soy un héroe... pero mi curiosidad no ha sido totalmente satisfecha. Y, ¿quién sabe? Quizás encontremos algo que arrojarles a los Hermanos.

—En este planeta se van a poner las cosas muy feas en poco tiempo —dijo Lilith, señalando hacia la impenetrable capa de nubes—. Se prepara una larga edad del hielo. ¿Cómo esperáis sobrevivir?

—Nos las arreglaremos. Recuerda que sabemos cómo entrar en la zona habitable de las Ciudades. Viviremos rodeados de unas comodidades dignas del Emperador. No debes preocuparte por eso.

Lilith suspiró, y levantó la vista hacia la Ciudad en cuyo interior aguardaba Chait Rai.

—Ese hombre está loco. Os llevará a la muerte a todos.

—Te repito que no soy un héroe. No me gusta Chait más que a ti, pero el mercenario es de los que sobreviven...

—¿No puedo decir nada que te convenza?

Jonás negó con la cabeza. Lilith descendió un tramo, y se aproximó a él. Le besó.

—En ese caso, te deseo suerte, yavana. —Se volvió, y subió rápidamente hasta la portezuela del transbordador. Allí se dirigió a Jonás por última vez.

—¿Sabes lo que pienso? Que Hari y tú habéis cambiado los papeles. Por lo que he oído decir, él está ahora amargado y pensativo, fraguando su venganza contra la Hermandad. Creo que piensa escribir un libro denunciando todas sus mentiras.

»En cambio tú... De alguna forma has empezado a tener fe por algo, aunque no sean dioses sino sólo seres supertecnológicos. Pero lo que te impulsa a quedarte es algo muy parecido a la devoción religiosa. Esperas que unas criaturas con poderes divinos te den la inmortalidad, y te ayuden a aclarar todas tus dudas sobre este Universo. ¿Cómo le llamarías tú a eso? —Sonrió después de esta última frase, y sin decir nada más, desapareció en el interior del transbordador.

Jonás también sonrió pensativo. Lentamente, desplazándose inseguro sobre sus atormentadas extremidades, se encaminó hacia la Ciudad.

A su espalda, el transbordador del Imperio se elevó con un prolongado estruendo.



# EPILOGO

*La naturaleza física se conoce como interminablemente mutable.*

BHAGAVAD-GITA (8.4)

## UNO

Axzel se movía delicadamente entre las plantas que cubrían el asteroide, con la economía de movimientos nacida de la multimilenaria adaptación de los colmeneros a la vida en el vacío. Su comportamiento no hubiera llamado la atención de cualquiera que lo hubiese observado. En apariencia no hacía otra cosa que lo que los hombres esperaban de un animal corriente. Comida, sexo, sueño. En apariencia.

La Galaxia entera se desplegaba ante sus ojos, entre los enormes tallos de las plantas captadoras de energía. Parecía haber sido inmovilizada en pleno giro, como si contemplara un fotograma suelto de la casi interminable película cósmica.

Axzel se detuvo sobre una hoja de veinte metros de ancho, sujetándose con su rabo al pecíolo del órgano fotosintético. Allí disfrutaría de la concentración de calor y luz. Además, aquella hoja, similar en apariencia a cualquier otra, tenía la orientación adecuada para su propósito.

—Zuival —llamó. No necesitaba identificarse; la señal radial llevaba todo lo necesario.

—Aquí estoy —fue la respuesta que obtuvo, tras una imperceptible demora de un tercio de segundo.

Para cualquiera que lo hubiera oído (suponiendo que una nave humana hubiera podido recibir el estrecho haz) no hubiera sonado distinto al ininteligible "ruido blanco" de los colmeneros. Ininteligible para cualquiera no dotado del complejo, aunque pequeño, sistema nervioso de un colmenero. El exceso de información es difícil de distinguir de su ausencia.

El haz radial portaba señales que iban más allá de las simples palabras: las emociones, los movimientos del cuerpo y las impresiones sensoriales. Era lo más cercano a la telepatía permitido por las leyes físicas. Axzel podía comunicarse con Zuival como si estuviera a su lado.

—¿Qué opinas de la presente situación? Te dije que podríamos forzar a un arreglo entre el Imperio y la Utsarpini con un pequeño estímulo de grado menos seis —dijo Axzel.

La respuesta estaba teñida de ironía. Como la comunicación no era puramente verbal, venía acompañada con una imagen ridícula: un colmenero que abría el enorme fruto de una planta asteroidal con idea de comérselo... y en pocos instantes, la

sabrosa pulpa quedaba deshidratada en el vacío. La imagen era doblemente absurda, ya que ni la Naturaleza ni los ingenieros genéticos que crearon a los colmeneros pensaron en dotar a sus esófagos de una cámara de descompresión, que les permitiese comer en el espacio.

—Yo no calificaría a alterar la trayectoria y velocidad de un cintamani para que atacara a un rickshaw de un millón de toneladas, como un "pequeño estímulo", excepto tal vez a escala cósmica. No obstante, tú predijiste que se produciría espontáneamente.

Axzel expresó embarazo (la imagen mental fue la de un colmenero sorprendido por una erupción solar durante una muda de su gruesa piel de quitina).

—Salvando el margen de error...

—Todos estamos hartos de oír de tus "márgenes de error". No acabas de entender que tus ecuaciones no pueden predecir la evolución política: estos márgenes de error crecen exponencialmente, hasta que el comportamiento del conglomerado humano se vuelve aparentemente caótico. ¿Cuánto tiempo llevas perfeccionando tu modelo?

—Desde la anterior dinastía imperial —reconoció Axzel —; pero el hecho de que un sistema determinista presente ocasionalmente un comportamiento caótico no implica que sea siempre impredecible. El caos puede invertirse y recuperar la información perdida, como sabes...

La respuesta de Zuival estaba tan carente de contenido como un carraspeo.

—Y además —contraatacó Axzel —, ¿crees que tu sistema es mejor?

—Por supuesto. Está basado en la realimentación negativa: un proceso autocorrector, por tosco que sea, es mejor que uno determinista exactísimo, pero sin posibilidad de control.

—¿Y eso es mejor? Hace poco sostenías que la creación de un Imperio sería la solución de nuestros problemas. ¡Y mira la situación! —"Hace poco" había sido cinco mil años atrás—. Autocorrección, dices. Desde luego: todo poder central fuerte produce contrapoderes periféricos. Un buen ejemplo de realimentación.

Zuival hizo el equivalente telepático de encogerse de hombros.

Axzel y él lo habían discutido miles de veces. Axzel continuó:

—Las recriminaciones mutuas son inútiles. Yo podría recordar tu anterior movimiento: la Hermandad. «La religión es una de las principales fuerzas unificadoras», decías. Según nuestros informes, hay listadas diecisiete mil novecientas treinta y seis sectas heréticas en todo Akasa-puspa.

—Expresión del nacionalismo planetario: pocas de ellas se han extendido.

—Debilitador de todos modos. Y no necesito recordarte lo que eso significa.

Axzel recibió la amenazadora imagen de una nube de miles de millones de Máquinas Von Neumann, cabalgando sobre estatorreactores, y surgiendo de improviso tras el Horizonte Estelar.

—A veces pienso que sería mejor si tuviéramos instintos agresivos —meditó Axxel—. Eso nos evitaría recurrir a estas filigranas. Podríamos hacerles frente a las Máquinas ahora mismo.

La respuesta de Zuival estaba cargada de horror: un colmenero comiendo carne cruda, blandiendo un hacha de hierro meteórico, y, lo que era peor, caminando por la superficie de un planeta.

—No sólo es primitivo, sino inútil. Los humanos viven confinados en la superficie de los planetas, e incluso los que viven en mandalas dependen de los planetas. ¿Nos serviría de algo el instinto territorial? Los humanos tienen agresividad de sobra, por otro lado.

—Nuestro problema —recordó Axxel— sigue siendo la canalización de estos impulsos. Sostienes que la Hermandad podría ser la solución. Pero están desarrollando una intensa tecnofobia. Si siguen así, ¿qué crees que harán cuando lleguen las Máquinas? ¿Recitarles fragmentos del Bhagavad-gita, o lanzarles exorcismos?

—Ya estoy decepcionado con ella —admitió Zuival —; pero hay cierta secta, una ramificación de los jainistas (los digambara o los svetagambara, no recuerdo), que tiene posibilidades. Ética puritana... exaltación del trabajo... predestinación. Podría convertirse en una ideología dinámica. A decir verdad, yo no confiaría mucho en esta alianza Imperio— Utsarpini.

—Mejor que la Hermandad, sin duda —se defendió Axxel.

Axxel contempló la inmensa rueda de la Galaxia. A través de su canal de comunicación, supo que Zuival estaba haciendo lo mismo. Era como ver a través de los ojos de su hermano alejado miles de kilómetros de donde se encontraba. Cerró los suyos, y dirigió hacia la Galaxia sus órganos detectores de infrarrojos situados al extremo de su hocico. La Galaxia adquirió entonces un aspecto enfermizo. Su cerebro reinterpretaba la información referente a las zonas de distinta temperatura en la masa de estrellas, asignándoles nuevos y extraños colores: verdes, violáceos, sepia, terracota...

Transmitió esta imagen a Zuival. La Galaxia era un gigantesco ser vivo, una criatura atacada por una enfermedad que, como la gangrena, se extendía irremisiblemente por sus miembros. En ella, un número incalculable de Máquinas se afanaban creciendo, viajando, expandiéndose, en unas actividades que los colmeneros apenas podían comprender.

Una enfermedad creada por el más diminuto de los seres que naciera en el rincón más apartado de uno de sus brazos espirales.

—Me pregunto lo que estarán haciendo. ¿No hay cambios? —preguntó Zuival.

Según mi información, no. Pero ya sabes que está algo atrasada —dijo Axxel, con humor. Quince mil años luz implicaban una inevitable demora. Únicamente hay

cambios cuantitativos. ¡Esas cosas crecen deprisa!.

—De todos modos no creo que nos afecte, aun cuando decidan venir aquí. Nuestros soles son pobres en elementos pesados. Debemos parecer un bocado poco atractivo. Y quince mil años luz es una distancia a respetar. Aunque poseyeran, como nosotros, el impulso T; la barrera de la luz seguiría siendo tan infranqueable aquí, como en cualquier otro lugar del Universo. Eso es una limitación; tendrás que admitirlo.

Zuival bostezó. El reflejo seguía existiendo, aunque era una reliquia del pasado. Los fuertes esfínteres de su garganta les impedía desperdiciar valiosos gases.

—¿Qué sabemos nosotros de sus motivaciones? Son mutantes. A lo mejor les apetecen elementos ligeros le recriminó Tampoco podemos detenernos a Considerar la Posibilidad de que quizás jamás vengán, porque no se atreven a franquear el vacío que nos separa... Demasiado conveniente para ser cierto. Nuestro deber es preparar a los humanos para que esa posible llegada no los coja desprevenidos. Debemos hacerlo por su bien... y por el nuestro.

Era una discusión inútil y ambos lo sabían. Decidieron ignorarla.

—Desde luego, pero yo no apostaría nada por la supervivencia de la Utsarpini tras la muerte de Kharole. Ni siquiera con toda la tecnología que puedan obtener de la Esfera.

—¿Lo dices en sentido literal?

—¿El qué?

—Lo de apostar. Te apuesto un turno de mil años de vigilancia de la Vía Láctea a que la Utsarpini no sobrevive esos mil años.

—Aceptado.

Ambos volvieron a mirar a la Galaxia. Zuival preguntó:

—¿Cuándo crees que vendrán? —Era una pregunta retórica y Axzel no sintió necesidad de contestar.

Los próximos cien mil años prometían ser muy interesantes.

**FIN**

# APÉNDICE

# GUÍA DE PRONUNCIACIÓN DE PALABRAS SÁNSCRITAS

Las vocales se pronuncian como en castellano, excepto que existen vocales largas y cortas; las largas son como las acentuadas en castellano. La letra rz es una vocal. Las consonantes se pronuncian casi como en castellano, con estas excepciones:

1) Cuando van seguidas de h (ejemplos: kh, gh, ch, jh, th, dh, ph, bh) son aspiradas, es decir, se pronuncian emitiendo el aire con cierta fuerza. La sh se pronuncia como en sha.

2) La g se pronuncia como la g de goma.

3) La c se pronuncia como la ch de chino.

4) La j se pronuncia como una ll fuerte.

5) La y se pronuncia como i.

6) La ll se pronuncia como l.

7) La h es aspirada.

# GLOSARIO

ACARYA: Sacerdote experto en la interpretación de las Sastras.

ACINTYA: "Aquello que no puede calcularse".

ACINTYA-SHAKTI: Poder inconcebible para la mente humana.

ADHYAKSA: Inspector del Imperio en los reinos yavanas.

ADHYÁTMICOS, SOLDADOS: Brazo armado de la Hermandad. A partir de la abjuración Vognid, formado por monjes Sikh.

AHIMSA: Prohibición de matar.

Akasa-puspa: Textualmente, "una flor en el cielo". Nombre con el que sus habitantes llaman al Cúmulo Globular en el que viven, el cual está formado por diez millones de estrellas amontonadas en una esfera de apenas 150 años luz de diámetro.

ALAYA-VIJÑANA: Conciencia acumulativa que se continúa y transforma a través de las reencarnaciones, y de la que nacen todas las experiencias subjetivas y los fenómenos del mundo exterior, reales sólo en apariencia, actuando de nuevo las experiencias e impresiones acumuladas.

ANANDA: Bienaventurado.

ANGRIFF: Alienígenas inteligentes de Akasa-puspa. Carecen de un gobierno centralizado y actúan en hordas. Son hostiles al hombre.

ARCA-VIGRAHA: Imagen en la que está encarnado Dios. Sólo se aceptan aquéllas consagradas por el acarya legítimo.

ARTHA: Utilidad política (ver DHARMA y KAMA).

ASAF-JA: Virrey.

ASURA: Demonio.

ATMAN: Alma individual.

AVASARPINI: Tiempo de decadencia y degeneración. ("Período descendente")

AVASTHAS: Sutiles deseos latentes.

AVATAR: Encarnación de Dios. (Literalmente, "Descenso". Buda, Krishna y Cristo son avatares de Dios.)

AVIDYA: Ignorancia.

BABEL: Un objeto situado en órbita geosíncronica, en torno a un planeta, a (aproximadamente) cuarenta mil kilómetros sobre su ecuador, tardaría exactamente un día local en recorrer su órbita. De modo que, visto desde el suelo, aparecería inmóvil en el cielo. Así, se podría levantar una torre entre el suelo y el espacio. Nadie sabía quién o quiénes las construyó. En la mayoría de los casos se les atribuía origen divino, ya se tratase de toscos dioses del trueno o la lluvia, en los planetas primitivos, o divinidades abstractas, como sucede entre los seguidores de la Hermandad, que las consideran obras directas de Dios, y a sí mismos como los guardianes de las Sastras impresas en sus paredes (ver SASTRAS).

BABILONIA: Ciudad-puerto al pie de una babel.

BALI: Tributo.

BANIANO: (Árbol) Higuera sagrada. Unos brotes de sus ramas descienden hasta el suelo, enraizándose y sosteniendo así sus ramas madres. El árbol se va extendiendo de esta manera, y llega frecuentemente a ocupar un área muy grande.

BANJARA: Casta que monopoliza el transporte a larga distancia.

BHAGAVAD-GITA: Libro esencia del conocimiento védico. Contiene las Sagradas Instrucciones que Krishna le dio a Arjuna, su íntimo devoto, en el campo de batalla de Kuruksetra.

BHAKTA: Devoto.

BHAKTI: Amor extático a Dios.

BHAVANA PADARTA: Estado de conciencia en que se percibe la verdad.

BHUMIKA: Etapas de la iniciación en la Hermandad.

BHUTANI: Seres vivos emparentados genéticamente con el Hombre.

BODDHISATVAS: "Los Iluminados Bondadosos".

BRAHMAN: Alma del mundo.

BRAHMASTRA: Arma nuclear sutil empleada por las milicias védicas. Se disparaba mediante el canto de un mantra, y podía aniquilar cualquier objetivo, grande o pequeño, sin hacerle daño a ninguna otra cosa.

CAKRAVARTIN: Soberano del mundo; emperador.

CARVAKA: Materialista (ver DARSANA).

CHATTRAPATI: "Señor del parasol". (Título real)

CHAUTH: Tributo impuesto a una nación vecina, a cambio de no atacarla.

CHITTAS: Mente subconsciente.

CINTAMANI: Joya capaz de multiplicarse en muchas otras joyas, y al mismo tiempo permanecer tal como es.

DAMARA: Terrateniente.

DARSANA: "Ideas". Sistemas filosóficos. Ver: 5AM KHYA, VEDANTA, CARVAKA.

DASARAJÑA: "Batalla de los diez reyes".

DASTAK: Libertad de paso.

DASYU (DASA): Esclavo.

DATURA: Bebida intoxicante, de uso religioso.

DFI: Después de la Fundación del Imperio.

DHARANJ: Fórmula mágica.

DHARMA: Derecho, justicia. El Artha, el Dharma y el Kama son las tres aspiraciones del hinduismo.

DHARMAMAHAMATRA: Funcionario que controla la moralidad pública y las órdenes religiosas.



DIGAMBARA: "Vestidos con el aire". Secta jainista. Ver SVETAGAM BARA.

DYAU PITAR: "Padre del Cielo".

EKAGRA CHITTAS: Concentración de la mente en un solo objeto.

EKAM EVADWITYAM: "Uno sin segundo". (Dios)

ESTADO DE PECES: Estado sin autoridad central en el que reina la lucha entre las facciones.

GAMA: Pueblo (forma degenerada de GRAMA).

GANIKA: Prostituta.

GRAMANI: Jefe de una caravana o expedición.

GURUA: Líder religioso.

HERMANDAD: También llamada "Gran Hermandad" o "Santa Hermandad", representa la unión de todas las interpretaciones de Dios bajo una sola Religión. Su doctrina principal dice que todas las Sastras hablan de un mismo Dios.

ISITVA: Poder que permite dominar y controlar por completo a otra mente.

JAGAD GURU: Guru del Mundo entero. (Por extensión del Universo entero.)

JAGAD MITHYA: "El mundo es falso".

JADAG SETH: Banqueros mundiales. Los Seth constituían una aristocracia mercantil. Los beneficios de las inversiones de los abuelos eran recibidos por sus nietos. Pero los abuelos podían trabajar, especulando con esos futuros beneficios. Fueron los Jagad Seth quienes subvencionaron el proyecto imperial de la construcción del rickshaws mediante sucesivos créditos con astronómicos intereses; pero empezaron a ponerse nerviosos. Diez siglos de espera, sin haber obtenido beneficio alguno, era más de lo que estaban dispuestos a soportar. Exigieron el pago de al menos de una parte de sus cuotas.

Al Imperio, completamente acorralado, sólo le quedó una solución. Una solución que a la larga resultaría fatídica, pues creó un peligroso precedente. El Imperio subastó el control del proyecto de los rickshaws entre los principales Clanes aristocráticos, así como el pago de la deuda contraída con los Jagad Seth. Una casta banjara, que controlaba los transportes marítimos de varios mundos imperiales, se hizo cargo. En el futuro, el Imperio debería de recurrir a este sistema una y otra vez. Repartiría competencias y tierras entre los nobles fieles, a cambio de sus servicios. (Ver JAGIR)

JAGIR: Concesión de tierras a los nobles por parte del rey.

JAGIRDAR: Feudo; dominio concedido por el JAGIR.

JAINISTAS: Secta religiosa, herética según la Hermandad, que niega el VARNA, practican el ascetismo, y para la que el pensar en Dios está totalmente prohibido.

JAMBUDVIDA: Continente Circular de la Rosa. Mítico. (Ver MERU)

JIZYA: Impuesto por cabeza.

KALI: Negro. Diosa esposa de Siva.

KALI YUGA: La Era Negra (actual). Ver YUGA.

KALPA: Un día en la vida de Dios. Cuatro mil Yugas.

¡KALYANAM!: ¡Salve! Fórmula de saludo.

KAMA: Amor.

KAMSA: El demonio más grande de su tiempo, así como también el más persistente enemigo de Krishna, al que trató de matar en repetidas ocasiones. Finalmente, en la arena de lucha de Mathura, Krishna mató a Kamsa con sus propias manos.

KARMA: Literalmente "actividad". La ley del Karma se refiere al proceso mediante el cual autoridades superiores nos confieren reacciones favorables o desfavorables, conforme a nuestras actividades piadosas o impías, respectivamente.

KARMAKARA: Trabajador asalariado.

KARMAN: Actos de una vida anterior.

KAYASHTA: Contable, recaudador de impuestos.

KROBILO: Moño alto, interpretado como una prominencia del cráneo y que era uno de los 32 signos característicos del hombre superior, igual que el remolino entre las cejas, la dentadura compuesta por 40 dientes, y una rueda de 1.000 radios en cada planta del pie.

KSATRA: Primitiva aristocracia guerrera. Sus descendientes se convirtieron en mercenarios al servicio de cualquier Estado dispuesto a pagar su precio.

KSATRYA: Miembro del Ksatra. También RAJANYA.

LAGHIMA: Poder místico que permite a una persona volverse más ligera que el algodón, y contrarrestar la ley de la gravedad.

LIMITE: El sector más externo de Akasa-puspa. Abandonado por el Imperio hacia el 4.600-dfi.

LINGAM: Pene, símbolo de Siva.

LOKA: Planeta.

MADHYADESA: País central.

MAHA: "Grande".

MAHAMATRA: Funcionario (en general).

MAHASABHA: Gran Consejo.

MAHATTARA: "Los Mayores". Miembros del Mahasabha.

MANDALA: Círculo. A veces, provincia o distrito. También ciudad en el espacio construida por el Imperio como puesto avanzado en zonas que carecen de planetas naturales. Suelen estar construidas con formas de toro, o cilindro de unos cinco kilómetros de diámetro, que gira sobre su eje para proporcionar gravedad a sus pobladores.

MARTYA: Donde termina el Universo Físico.

MAYA: Ilusión.

MERU: La Montaña Universal, centro del JAMBUDVIDA (Ver).

MIR BAKSHI: Oficial pagador.

MUMUKSHU: Aspirante a la Hermandad; novicio.

NAGARAKA: Literalmente "ciudadano". En sentido amplio: petimetre.

NAYAK: Gobernador militar.

NIRGUNA: Que carece de cualidades materiales.

NIRVANA: ("Dispersión") Estado de serenidad incommovible, en la que los factores vitales han sido arrancados de raíz.

OM, TAT, SAT: Triple designación de Dios. (Divinidad, universalidad, existencia real eterna.)

PANDAVA y KAURAVA: Familias nobles que lucharon en la guerra civil descrita en el

Mahabharata.

PESHA: Primer ministro.

PRAKRTI: Materia.

PRAPTI: Poder mediante el cual quien lo posea puede conseguir cuanto quiera.

PRANAYAMA: Disciplina respiratoria.

PRASADA: Comida Sagrada.

PURANA: "Las Historias antiguas".

PURANDARA: "Destructor de fortalezas". Título del dios Indra.

PUTANA: Diablesa.

RADHARANI: Devota suprema de Krishna. Su consorte eterna. A ella también se la considera la personificación de la energía espiritual interna y de placer de Krishna.

RAJAN: Rey o Presidente.

RAJAS: Pasión.

RAJASICO: Personalidad dominada por el RAJAS.

RAJÁTIRAJA: "Rey de Reyes". Título real persa traducido al indio.

RICKSHAWS: Cada una de las unidades de transporte que forman el Sistema Cadena, en una especie de tensa cuerda que mantuvo unidas las provincias de Imperio durante un milenio. Fue necesario construirlos por cientos de miles, por lo que los rickshaws resultaron extremadamente simples y especializados, apenas una burbuja de aluminio modelada mediante campos magnéticos en el vacío. El resultado era un cilindro hueco, de extremos redondeados, de un kilómetro de longitud.

Sin embargo el problema más arduo fue acelerarlos. Se trataba de una cuestión matemática. Si se pretendía mantener, por cada planeta del Imperio, una periodicidad anual de envíos y llegadas, el número de rickshaws necesarios dependería de la velocidad a la que éstos se aceleraran. Cuanto a más velocidad se moviera un rickshaw, menos rickshaws se necesitarían para cubrir la ruta. Un cincuenta por cien

de la velocidad de la luz, sería lo aceptable. Pero, ¿cómo alcanzarla? Los rickshaws eran relativamente baratos, pero la energía necesaria para acelerar cada uno de ellos a esa velocidad, era impensable.

Fue necesario instalar láseres de un megavatio en asteroides a lo largo de todo el circuito. Los rickshaws fueron llenados de hidrógeno. Tanto como la presión sobre su casco pudiera soportar. Los láseres calentaban el hidrógeno, que al ser eyectado por las toberas del rickshaw le daban un empujón acelerador. El rickshaw alcanzaba la siguiente estrella, y recibía un nuevo impulsor. Por este sistema, en mil años de aceleraciones, se alcanzó un diez por ciento de la velocidad de la luz.

Para entonces los Jagad-Seth empezaron a crear problemas. (Ver JAGAD-SETH).

ROMAKA: Ciudadano del Imperio. Término despectivo empleado en el Límite.

RTA: Verdad según la cual el cosmos y la vida siguen su curso normal.

SABHA (SAMITI): Consejo.

SAMADHI: Consciencia superior.

SAMKHAYA: Sistema filosófico basado en la oposición de la materia (PRAKRTI) y el espíritu (PURUSA).

SAMSARA: Ciclo de las reencarnaciones.

SAMSKARA: Impresiones dejadas en la mente.

SANNYASA: Vida de renunciación.

SANTAM, SIVAM, ADWAITAM: "Paz, Prosperidad y no-Dualidad". (Saludo formal en la Hermandad).

SARAI: Albergue para viajeros.

SARDESMUKHI: Impuesto a la tierra. SARVA-GATAH: "Que existen en todas las circunstancias".

SARVA-JÑA: "Aquel que todo lo sabe".

SASTRAS: Las Escrituras Reveladas. Conjunto de Libros Sagrados entre los que destacan: El Bhagavad-gita, la Biblia y el Corán. Los originales fueron grabados por Dios (según la Hermandad) en las paredes internas de las babeles.

SATYASYA SATYAM: "Verdad de Verdad".

SENAPATI: Caudillo guerrero. General.

SHAKTI: Energía vital.

SIKH: "Discípulos". Inicialmente fueron una secta que rechazaba el sistema de castas y el ahimsa, si bien respetaba el samsara y la ley del karma. Fundaron su propia sucesión de acarvas, dando origen a un cisma religioso, seguido de rebelión armada. Tras la ejecución de su fundador Rudahab, su sucesor Vognid abjuró de sus errores, aunque los Sikh siguieron conservando los símbolos del pelo largo y el puñal. El Jagad-guru Putnar los convirtió en soldados adhyátmicos, pronunciando la célebre sentencia: (El Artha precede al Dharma.)

SIMHA: León.

**SISTEMA CADENA:** Sistema de transporte interestelar del Imperio. Para muchos, comparable a una extensa red de ferrocarril entre los planetas. Los vagones de esta "red" eran los rickshaws. Cuando un rickshaw alcanzaba su punto de maniobra, extendía dos largos cables cargados de electricidad cuyo alto voltaje interactuaría con el campo magnético del núcleo de Akasa-puspa, obligándose a variar su dirección anterior. El rickshaw así efectuaría una curva por detrás de la estrella próxima, y se encaminaría hacia su siguiente destino. Las mercancías que transportaba eran aceleradas y deceleradas gracias a los láseres de un megavatio que quedaron tras la puesta en marcha del Sistema. Los láseres actuarían entonces sobre las velas de luz de los containers preparados por cada una de las colonias.

**STRIRAJYA:** Reino de las Amazonas.

**SUBANDHU:** Que pertenece a una varna de nobles.

**SUDRA:** Siervo de la gleba.

**SUNYATA:** Vacío.

**SUNYAVADA:** "La Verdad suprema es cero". (Concepto ateo)

**SUYTRA:** Tratado científico. ("Guía")

**SVETAMBARA:** "Vestidos de blanco". Secta jainista. Ver JAINA.

**SRUTI:** "El oír". Doctrina transmitida oralmente.

**TAMAS:** Inercia, ignorancia.

**TAMASICO:** Personalidad dominada por el TAMAS.

**TANTRIN:** Guardia de infantería.

**TAT TVAM ASÍ:** "Ese eres tú". (Fórmula de unidad universal).

**TIRTHAMKARA:** Apóstol.

**TIRTHIKA:** Hereje.

**TRISCHNA:** Intenso deseo ardiente, incluso después de haber alcanzado el goce.

**TUSNIMDANDA:** "Tácita violencia del castigo".

**TVASTR:** "Lo que crea".

**ULAMA:** Teólogo.

**UPARAJA:** Regente.

**UTSARPINI:** Tiempo de mejora; Edad de oro. ("Período ascendente").

**VAIKUNTHA:** VAi significa "sin", y KUNTHA significa "ansiedad". Los míticos planetas Vaikuntha se encuentran en el ámbito espiritual, mucho más allá de los universos materiales, y todo afortunado que se encuentre allá, vive con bienaventuranzas y conocimientos eternos, presentándole servicio devocional a Visnú. Vaikuntha es también el nombre del sexto planeta de la estrella del Halo llamada Rahu. Su Historia no se caracteriza precisamente por la tranquilidad, o la falta de ansiedades.

**VAISNAVA:** Devoto del Señor Visnú.

**VAISYA:** Campesino.

VAJRA: Centella. Maza de Indra.

VARISHTA: Iniciado del séptimo bhumika.

VARIYAN: Iniciado del sexto bhumika.

VARNA: Casta. Literalmente "color".

VASANAS: Sutiles deseos latentes.

VEDANTA: "El Fin de los Vedas". Sistema filosófico que ve la salvación en la fusión de las almas en el Brahman, o alma del mundo.

VEDI: Lugar de sacrificio.

VID-VARAHA: "Cerdo coprófago".

VIKARMA: Acto pecaminoso, que influye negativamente en el karma.

VIRAT-RUPA: El Cuerpo Universal de DYAUŠ PITAR.

YAVANA: Bárbaro.

YUGA: Era. Su duración es de un millón de años.

YUGADHARMA: El imperativo del día; destino del tiempo.



JUAN MIGUEL AGUILERA, es diseñador industrial de profesión compaginando este trabajo con la escritura. Ha escrito en solitario y en colaboración con otros autores.

Comenzó cultivando la novela de ciencia ficción hard, evolucionando a la novela fantástica y continuando por la novela de ficción histórica. Ha recibido varios premios, entre ellos varias veces el Ignotus.





JAVIER REDAL Nació en Valencia, allá por 1952. Es licenciado en Ciencias Biológicas y hoy por hoy es profesor de BUP/ESO y aquello.

Su principal afición es leer y escribir ci-fi, y navegar por Internet y Fidonet. Es un apasionado de Star Trek y, así, como quien no quiere la cosa, se ha convertido en uno de los mejores (si no el mejor) especialistas españoles en Babylon 5.

Según la Guía de Lectura de Miquel Barceló es, en colaboración con Juan Miguel Aguilera, uno de los primeros autores españoles en cuidar el aspecto científico de sus obras, al más puro estilo del hard anglosajón., es diseñador industrial de profesión compaginando este trabajo con la escritura. Ha escrito en solitario y en colaboración con otros autores.

# Notas

<sup>[1]</sup>El propio Dyaus Pitar le ayudó en esta empresa. <<

[2] He aquí sólo algunos de estos acontecimientos similares:

1. El rey Kansa ordenó que Devaki (la madre de Krishna) y su marido Vasudewa fuesen puestos en prisión. Allí, en la oscuridad de la mazmorra, y rodeado por los ángeles de Dios, Krishna vino a este mundo de forma parecida a Jesús en el establo de Belén.
2. También los ángeles estaban presentes y rodeaban a la Virgen Mais y al Niño Buda, cantando alabanzas: "Bendito entre todos" y "Alégrate, reina Maya, y regocíjate de júbilo porque el niño al que has dado a luz es santo".
3. Zoroastro, Confucio y Jesús fueron visitados por "Magos" u "hombres sabios" poco después de nacer.
4. Una voz celestial habló al padre adoptivo de Krishna y le dijo que huyera con el niño a través del río Jumma porque el rey Kansa trataba de quitarle la vida al divino infante: y para cumplir su propósito envió mensajeros para que matasen a todos los recién nacidos de los lugares vecinos.

También Jesús logró escapar a una matanza de inocentes semejante; en su caso las muertes fueron ordenadas por el rey Herodes.

<<

[3] Los Cristianos, por ejemplo, consideraban el Avatar "Cristo" como único es decir, pensaban que Dios sólo se había encarnado una vez y esa encarnación se llamaba Jesucristo. Los hinduistas, en cambio, creemos que Dios ha "descendido" muchas veces, y lo seguirá haciendo de tiempo en tiempo, para encauzar la vida de los hombres y para que la humanidad tenga siempre testigos de su existencia. <<